

Carlos Dosel

SOMBRAS EN EL FARO

Javier Manzano en tierras de penumbra

Lectulandia

Un terrible suceso ocurrido en el faro del pueblo costero de Castelouriño, en La Coruña, deja consternado a todos los habitantes del lugar. El encargado del faro, Alejandro, asesina a su esposa en un crimen pasional, arrojándose a continuación a los acantilados de *A Costa da Morte*.

Veintiún años después de lo sucedido, es encontrado el cadáver de un hombre en las rocas de los acantilados del faro, el mismo lugar donde se suicidara Alejandro. Se trata de uno de los trabajadores del terrateniente de aquellos pazos: Fernando de Castro y Sanjurjo.

El inspector Manzano recibe una extraña carta de su tía en la que le habla acerca de unas luces extrañas y siluetas de una mujer en la ventana del misterioso faro. Todo ello aterra a los habitantes de Castelouriño, un pueblo donde la superstición, las meigas y otras creencias místicas envuelven a los lugareños en un ambiente oscuro y misterioso.

Lectulandia

Carlos Dosel

Sombras en el faro

ePub r1.0

Karras 03-05-2019

Título original: *Sombras en el faro*
Carlos Dosel, 2018

Editor digital: Karras
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Agradecimientos

Prólogo

Preludio

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Parte I

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Parte II

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Parte III

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Parte IV

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Parte V

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Parte VI

	Capítulo 25
	Capítulo 26
	Capítulo 27
	Capítulo 28
Parte VII	
	Capítulo 29
	Capítulo 30
	Capítulo 31
	Capítulo 32
Parte VIII	
	Capítulo 33
	Capítulo 34
	Capítulo 35
	Capítulo 36
	Capítulo 37
	Capítulo 38
Parte IX	
	Capítulo 39
	Capítulo 40
	Capítulo 41
Parte X	
	Capítulo 42
	Capítulo 43
	Capítulo 44
	Capítulo 45
Parte XI	
	Capítulo 46
	Capítulo 47
	Capítulo 48
	Capítulo 49
Parte XII	
	Capítulo 50
	Capítulo 51
	Capítulo 52
	Capítulo 53
Parte XIII	

Capítulo 54	
Capítulo 55	
Capítulo 56	
Capítulo 57	
Parte XIV	
Capítulo 58	
Capítulo 59	
Capítulo 60	
Capítulo 61	
Parte XV	
Capítulo 62	
Capítulo 63	
Capítulo 64	
Capítulo 65	
Parte XVI	
Capítulo 66	
Capítulo 67	
Capítulo 68	
Capítulo 69	
Parte XVII	
Capítulo 70	
Capítulo 71	
Capítulo 72	
Capítulo 73	
Parte XVIII	
Capítulo 74	
Capítulo 75	
Epílogo	
1	
2	
Bibliografía y documentación	
Sobre el autor	

*Dedicado a mi madre. La mejor.
A mi mujer e hijos.
A mis hermanos.*

Agradecimientos

A toda mi familia, sin excepción, por todo su apoyo e ilusión.

A mi amigo *Alfonso*, un gran profesional de la Medicina.

A mi editor, *Javier Salinas Ramos*, por la extraordinaria calidad y profesionalidad que desarrolla en la edición de mis libros.

A mis queridísimos amigos del *Ulloa*. Ellos saben quiénes son.

A la escritora y poetisa aguleña *Rosa Raya Carrasco*, por permitirme incluir unas preciosas estrofas, liderando estas páginas.

A mi nuera *Mari Carmen Pérez Gutiérrez*, licenciada en Periodismo, por escribir el prólogo, al igual que lo hiciera en mi primer libro.

A mi amigo *Chris Thompson*, siempre dispuesto a sus buenas críticas constructivas y correcciones oportunas.

A *Juan José Ballester Pérez*, policía de la época y profesor de Criminología en la UMU. Asesor también de mi primer libro: *El Legado del Mal*.

A mi gran amiga *Luisa Aboal Sanjurjo*, licenciada en Filología Inglesa por la Universidad de la Merced, Murcia. La primera persona en leer el borrador y perfilar matices.

A mi amigo *Leo Azorín Galindo*, por aportarme ideas para el título del libro.

A mi amigo *Eric Robert Fowler*, por su interés en mis lecturas y valiosísimas traducciones al inglés.

A mi amigo *Pedro Villanueva*, por captar las ideas que le he dado para el diseño íntegro de la portada de este segundo libro, así como las del primero: *El Legado del Mal*.

A mi amiga *Kika Sureda Adrover*, por apoyarme y darme buenos consejos literarios.

A mi amiga *Rosa Mar Bea Santos*, por sus aportaciones en lengua gallega.

A mi amiga *Clara Ferreiro Álvarez*, por su inestimable interés literario.

A mi estimada amiga *María del Pilar Vidal Lillo*, Guardia Civil en activo.

A mi querida amiga *Ángeles Cortés Sánchez*, tarotista y experta en Astrología, por hacer posible unos capítulos del libro.

A todos ellos, GRACIAS de todo corazón.

*A veces vienes y liquidas mi esperanza
A veces te quiero, otras te suplico libertad
A veces eres mi condena sin fianza
Esa fuerza que se marcha o abalanza...
Pero siempre vuelves sin pedirlo...
Soledad.*

Rosa Raya Carrasco,
poetisa

Prólogo

Debo reconocer que me invade una inmensa y desbordante sensación de alegría, a la vez que un sentimiento de gran responsabilidad y temor de no estar a la altura después de que nuestro entrañable autor, Carlos Dosel, confíe una vez más en mi persona para presentar ante ustedes unas líneas, en forma de prólogo, donde debo intentar plasmar unas pinceladas de la singular e intrigante historia que nos presenta en esta su segunda obra: *SOMBRAS EN EL FARO*, sin caer en el *spoiler* o los típicos halagos soporíferos que hacen que nadie lea estos renglones.

Precisamente por ello y para no caer en dicho error, permítanme aconsejarles que sean ustedes mismos quienes, de la mano de nuestro impecable y eficaz sabueso policial, el inspector Javier Manzano, se guíen a través de cada capítulo y de su propio instinto en el estudio antropológico de la lucha de poderes y sentimientos impregnados en cada frase o palabra de esta obra literaria, obra que refleja las diferentes clases sociales, valores, pensamientos y creencias de nuestros personajes, dejándose arrastrar por esa mezcla de sensaciones que les invitará a devorar cada página con más interés si cabe que la anterior.

Este *thriller* psicológico, inspirado en la sociedad y costumbres de «Los Años del Hambre» de la España de los 50 como telón de fondo, nos conduce a un pequeño pueblo costero de La Coruña, Castelouriño, donde la superchería y las creencias místicas de sus lugareños se entrelazan con la lucha de poderes entre las diversas jerarquías sociales, llevando esto a nuestro inspector a cancelar sus tan ansiadas vacaciones, para investigar un antiguo *crimen pasional* entretejido de traiciones, celos, amores, desengaños y conspiraciones, junto a un sinfín de ingredientes más, que hacen de este libro una vertiginosa bomba de novela negra policiaca, donde la tensión y el suspense están garantizados letra a letra de principio a fin.

Guíense por sus instintos en la resolución de esta trepidante aventura policial, impregnada de la esencia de este gran autor, desgranando por sus

propios medios, paso a paso, nuevas y sorprendentes revelaciones urdidas en una trama de poder, infamias, corrupción y asesinatos que envuelven a nuestro protagonista en un nuevo y vibrante caso criminal que lo hará retroceder hasta 1931, donde junto a él descubrirán que el pasado esconde secretos que hacen que hasta en el presente, nada sea lo que parece...

Mari Carmen Pérez Gutiérrez, periodista

Preludio

PUEBLO DE PESCADORES DE CASTELOURIÑO.
A COSTA DA MORTE. LA CORUÑA.
2 DE MARZO DE 1952. 23:00 HORAS.

En la fría y desangelada noche, una luz pobre intentaba dejarse ver en aquella ventana de aquel faro, en una habitación que antaño albergaba vida y esperanza. Una silueta con forma de mujer paseaba por la habitación como alma en procesión de un extremo a otro. Algunos vecinos la habían visto. Decían que era el alma en pena de la mujer de Alejandro, el antiguo farero, que vagaba por su interior. Pero las gentes del lugar desconocían la realidad de lo que allí ocurría. Nada más lejos de toda superchería, de *meigas* y leyendas de *trasnos* (duende bromista).

Aquella sombra se disponía a realizar su ritual. Había tomado una decisión y no había vuelta atrás. El destino de los culpables estaba a punto de ser marcado por una mano despiadada y vengativa.

—*Pai, nai. Aquí estou, ante vós depois de tantos anos* (Padre, madre. Aquí estoy, ante vosotros, después de tantos años). Ha sido difícil. Lo sé, pero nada ni nadie impedirán que venga a veros. Siempre estaré a vuestro lado. *Hoxe teño que darvos unha noticia. É unha boa noticia* (Hoy tengo que daros una noticia. Es una buena noticia) —sonrió.

1

CASTELOURIÑO.

4 DE MARZO DE 1952. 9:25 HORAS.

Aquellas manos sabían cómo tratar las cuadernas que adornaban la embarcación que pronto abrazaría el mar, como un padre abraza a su hijo por primera vez en la vida; unas manos firmes y experimentadas con el manejo de unas herramientas que daban forma y elegancia a la madera para que aquel bote hiciese su trabajo de la manera más eficaz y duradera posible.

Ignacio había aprendido muy bien su profesión; uno de los calafateadores mejores del pueblo, incluso de toda la costa. Desde bien niño, había estado con su padre, también calafateador, para aprender el oficio. Estopa, algodón, masilla, brea, pinturas y aceite, así como unas fuertes manos que dieran buen uso a las herramientas, eran todo lo que se necesitaba para que una falúa o bajel pudiese navegar por las aguas de *A Costa da Morte*; unas aguas tan peligrosas como el temporal que las incitaba a bramar.

En aquel recoveco de playa, Ignacio embutía el esparto entre las cuadernas del casco con la gubia y el mazo de madera coronado en los extremos para evitar que con el tiempo se abriera a consecuencia de los golpes. Pero la mente de Ignacio rara vez estaba en su trabajo, aunque lo hacía a la perfección porque eran ya muchos años realizándolo una y otra vez. Sus pensamientos revoloteaban alrededor de una muchacha que un día de verano tuvo que marchar para Madrid tras la deshonra que supuso seguir allí. La pena de este hombre fue la impotencia de no poder hacer nada; sabía que todo era mentira. Don Fernando, dueño y señor de los Pazos de Castro, había acusado a Alba, la hija de Ignacio, de haber robado en su casa. Pero la joven le contó a su padre la verdad. El señorito había intentado abusar de ella en su propio hogar, con la esposa dormitando en su alcoba. Marcial, el sobrino de don Fernando, también lo había intentado reiteradas veces, en otras ocasiones, sin importarle las evasivas de la muchacha. Don Fernando, con unas copas de

más, asió por los brazos a Alba para forzarla. Ella se deshizo de las garras del sinvergüenza y lo abofeteó en la mejilla. Con la soberbia inyectada en sus ojos, don Fernando le devolvió la bofetada y la echó de su casa.

Poco después, dos agentes de la Benemérita se presentaron en la vivienda de Ignacio para arrestarla. Los cargos: haber intentado robar en casa de don Fernando. Según él, sorprendió a la chica con ciertos dineros en las manos, pero al verle soltó las monedas y echó a correr. Sin embargo, si algo caracterizaba a Alba, era su bondad y honradez. Jamás había mentido y mucho menos tomado algo que no le pertenecía.

Ignacio conocía perfectamente a su hija y también el tipo de calaña que era el terrateniente de aquellas tierras, el dueño y señor de todo cuanto se veía y alcanzaba el horizonte; heredero de esos pazos por voluntad de su padre, don Anselmo de Castro, que era un hombre bueno y justo, lo contrario a su hijo Fernando quien de pequeño despuntaba sentimientos viles y despreciables. A la muerte de su padre, heredó todos los dominios y empleados que puso a su disposición, amparándose en las necesidades económicas que habían contraído con don Anselmo, que al contrario que su hijo, supo tratar a sus trabajadores, dándoles las facilidades para poder vivir y trabajar honradamente.

Don Fernando había esclavizado, de forma subliminal, a todo un pueblo, amparándose en la ley y en el poder que le otorgaba. Todos los habitantes sabían cómo las gastaba el amo y tenían gran temor a sus represalias. Contaba con un matón que hacía las veces de sirviente: Aleixo, su chófer personal y su mayordomo de confianza; un buen perro sabueso que se encargaba de recordar a todos los que tenían deudas pendientes de pagarlas, como fuera necesario.

A Ignacio le ardían las entrañas al pensar en la gran injusticia que se había cometido con su hija. Por culpa de don Fernando, la muchacha tuvo que marchar, obligada, del pueblo. A cambio, retiraría la denuncia. La hija de Piki, como era conocido Ignacio entre los vecinos, marchó a Madrid y allí echó raíces.

Habían pasado cinco largos años desde que sucediera aquello. Desde entonces, Piki no había vuelto a verla, a pesar de las insistencias por carta de Alba para que fuese a Madrid a pasar tiempo con ella. Había un nieto y un yerno a los que todavía no conocía. El resquemor que sentía en su alma no le dejaba vivir en paz.

Un vehículo asomó por la carretera y estacionó en el arcén de tierra, entre la playa y unos arbustos de cardos. Era un impecable Cadillac negro de 1946, el coche favorito de don Fernando. Los perros carroñeros de los Castro habían ido a probar el vehículo después de una puesta a punto. Del asiento del acompañante se bajó Aleixo, de metro setenta y cinco, peinado con la raya hacia la derecha y un pelo tan brillante como el sol. Vestía ropa de uniforme: un chaquetón tres cuartas, con botones negros en dos hileras y un lado remetido en el otro; el cuello bien subido. Se quitó la gorra y la lanzó en el asiento. Cerró la puerta con suavidad.

Ignacio cambió el rostro por el de un hombre preocupado. Sabía a lo que había ido el buitre carroñero del señor. Al volante se quedó Casto, el mecánico, observando. Aleixo recorrió unos metros hacia donde estaba Ignacio. Empezó a dibujar una mueca en su cara.

—Buenos días tengas, Piki —dijo con sorna y una sonrisa propia de un sinvergüenza.

—Ignacio, si no te importa. Piki me llaman los más allegados, mis amigos, y tú no lo eres —apuntilló seriamente, dejando de meter esparto por entre las cuadernas de la barca.

—Veo que estás haciendo una embarcación nueva. ¿Es un encargo o es para ti? —señaló con la cabeza.

—Es un encargo —contestó, dando vueltas al martillo entre sus manos curtidas.

—Bien, así podrás responder a tus deudas con mi señor. Ya sabes, por lo de tu casa. Por cierto, te recuerdo que aún le debes ciertos favores —dijo Aleixo acercándose con pasos firmes a Ignacio.

—Ya hablé con don Fernando y me comentó que no me preocupara, que me tomara el tiempo necesario.

—Sí, bueno. Pero ¿sabes?, ha cambiado de opinión y he venido a recordártelo. Los dineros que te prestó para reconstruir tu casa no se pagan solos. Así que..., quiere que le hagas un *favorciño* —añadió con teatro.

—Lo siento, pero no puedo. Ahora tengo trabajo y no puedo dejarlo.

—¡Ese no es mi problema! —dijo acercándose a un par de centímetros de la cara—. O, ¿quieres irte del pueblo como lo hizo tu hija? —sonrió como una comadreja enseñando los dientes.

—¡Maldito cabrón! —exclamó Ignacio levantando su mano con el mazo.

—¡Quieto, león! —respondió Aleixo, aguantando su muñeca y agarrando a Ignacio por el cuello. Aleixo logró que soltase el martillo e Ignacio arrugó su cara de dolor—. Tienes hasta el lunes que viene para pensarlo. Entonces te

diré lo que tienes que hacer, y más vale que aceptes o yo mismo te meteré una paliza tras la que no podrás moverte de la cama en un año —advirtió sin perder la sonrisa de canalla. Quitó su mano del cuello y le propinó un fuerte puñetazo en el estómago. Ignacio se dobló como una servilleta sin poder respirar, cayó de rodillas al suelo hundiéndose como una plomada. Una patada, de imprevisto, le vino a dar en el costado, tumbándolo de un lado—. ¡Esto no es nada con lo que te espera si no haces caso! ¡Advertido quedas! — Se estiró el chaquetón, dio media vuelta y marchó hacia el coche, donde le esperaba Casto. A mitad de camino, Ignacio pronunció unas palabras que hicieron volver la cabeza de Aleixo.

—¡Un día de estos te mataré, hijo de puta! —atinó a decir con mucho esfuerzo. Aleixo lo miró y sonrió.

—¡Te faltan huevos! —terminó diciendo, sin perder la sonrisa.

El vehículo se alejó de allí como había venido. El lugar parecía estar solitario, habitual a aquellas horas de la mañana. Los vecinos trabajaban y los *percebeiros* se encontraban al otro lado de la costa, en las zonas rocosas. Solo Nicolás, el ferretero, pasaba por allí en su bicicleta. Vio en dificultades a Ignacio, apoyó el vehículo en el suelo y se dirigió corriendo a su encuentro. Asió por la axila a Ignacio, que consiguió ponerse de pie con torpeza. Se atusó un poco las ropas, metió las herramientas en la bolsa, miró hacia la carretera y observó cómo aquel Cadillac se perdía en el horizonte.

—¿Te encuentras bien, Piki? —preguntó Nicolás, sacudiendo sus ropas.

—Gracias. Estoy bien. Solo un poco dolorido.

—Otra vez ese desgraciado de Aleixo, ¿verdad? —preguntó Nicolás compungido.

—¡Algún día juro que mataré a ese desgraciado! ¡Algún día! Y no estaría de más quitarse al otro perro sarnoso de Casto —dijo susurrando y con el estómago comprimido.

—Tranquilízate, anda. No digas más disparates. Comprendo tu frustración y no te culpo por decir esas cosas. Vamos, te acompaño a casa.

—Eres un buen hombre, Nicolás —Piki sonrió de buen agrado.

—¡Qué va, hombre! Nada que no hubiese hecho otro convecino.

Ignacio agarró la bolsa y ambos marcharon carretera abajo. Ya a la altura de la casa de Ignacio, se despidieron.

—Muchas gracias, Nicolás. Oye, por cierto, ¿cómo llevas la pierna?

—Bien, muy bien. Solo cuando hace mal tiempo me resiento un poco, pero puedo andar bien. Gracias por interesarte, Piki.

—De nada, hombre. Cuenta conmigo para lo que necesites —sonrió. Los dos se dieron la mano.

Ninguno de ellos, Ignacio, alias «Piki» y Nicolás, podían imaginar lo que se avecinaba en Casteloruiño, además de un mal temporal...

CUENCA.
5 DE MARZO DE 1952. 10:00 HORAS.

—Javier, en cuanto puedas le llevas el informe al comisario. Lo quiere para ayer —le espetó Martínez al inspector Manzano con un cigarrillo casi apagado entre los labios. El olor y el humo se esparcían por toda la sala a modo de niebla espesa. El ruido de las máquinas de escribir repicaba como miles de gotas de aceite hirviendo.

Javier Manzano estaba a punto de entrar en unas merecidas vacaciones. Necesitaba ese descanso; sí o sí. Había trabajado muy duro durante los ocho meses anteriores, investigando caso tras caso, resolviendo un asesinato tras otro y casi perdiendo una oreja en un tiroteo, hacía escasos meses, en una callejuela del centro de la ciudad. Fue el motivo por el que se había dejado el pelo un poco largo; necesitaba ocultar el trozo de hélix que faltaba en su lado derecho, y todavía podía sentir el fuego abrasador en su oreja. A pesar de su metro ochenta y cinco y setenta y ocho kilos, intentaba aparentar un aspecto de hombre duro. Pero tras ese intento, ocultaba una timidez considerable, en muchos aspectos, especialmente en el terreno emocional. Le costaba hablar con una mujer, por mucho que le gustara, y ese defecto físico le pondría más trabas de las que ya tenía.

El inspector pensaba ir de caza mayor con su buen amigo Federico Siles, hijo del propietario de una tienda de antigüedades en la calle del Arenal, en Madrid. Se conocían desde que estudiaran juntos en el colegio. Javier le protegía de los matones de clase. Desde el primer día, le gustó la forma de ser de su compañero; su timidez y su bondad. Sabía que tenía que defender a aquel chaval de los depredadores. Si había algo que Javier Manzano no podía soportar eran los abusos y los acosos, especialmente hacia las personas nobles. Desde ese día se hicieron grandes amigos. Eran y seguían siendo como hermanos.

Dos leves golpes sonaron en la puerta del despacho del comisario.

—Con su permiso, señor comisario —dijo Javier asomando la cabeza entre la puerta y el marco.

—Adelante, pase usted, Manzano —contestó el comisario Fuertes, dejando ver las pronunciadas marcas en su rostro. Su espeso bigote le hacía parecer mayor de lo que era. Sus ojos reflejaban un cansancio de años, producto de una vida tensa e inquieta.

—Aquí tiene el informe que pidió —aludió Manzano cerrando la puerta del despacho una vez dentro.

—Muy bien, Manzano. Supongo que está todo especificado y en orden cronológico.

—Sí, señor, y bien legible, aunque todo es pura teoría. No hay pruebas concluyentes de que ese hombre, Expósito Fernández, pertenezca a la Gran Logia de España, y mucho menos de que sea el Soberano Príncipe Rosacruz —añadió Manzano con seriedad.

—Lo sé, Manzano, pero debemos tenerle controlado por lo que pueda pasar. Su Excelencia quiere que obtengamos toda la información posible de aquellos sospechosos que puedan tener alguna relación con la Logia. Es difícil controlarlo. El CNI en Madrid quiere un seguimiento lo más exhaustivo que podamos. Se mueve por toda España. —El comisario metió la carpeta en un cajón—. Archivado queda. Y cambiando de tema, creo que empieza usted sus vacaciones, si no recuerdo mal —señaló mirando por encima de sus gafas de pasta negra.

—Así es, señor —contestó Javier algo contraído y cansado.

—Y, ¿se puede saber dónde va a pasar usted sus vacaciones?, ¿si es que piensa ir a alguna parte, claro! —sonrió.

—Tenía pensado salir de caza mayor, pero no estoy seguro —contestó Manzano mientras ajustaba su corbata negra.

—Yo le recomiendo la pesca. Hay unas zonas estupendas, no muy lejos de aquí, para practicarla. Los ejemplares de estos lagos son maravillosos.

—La verdad es que no me va mucho eso de pescar. Prefiero cazar con escopeta —sonrió levemente.

—Bueno, hombre, bueno. También es una forma de pasar el tiempo. Tiene usted muy buena puntería, al menos con arma corta.

—Todo es practicar, señor. Digamos que no se me da nada mal —contestó con humildad.

—Espero que le sirva de relajación. Necesita esas vacaciones y yo le necesito despejado, con fuerzas a su regreso. Aunque tengo entendido que ha pedido traslado a Madrid. Sinceramente, Manzano, ¿no se encuentra bien aquí? —apuntilló seriamente, entrelazando sus manos.

—No es eso, señor. Mis motivos son puramente personales, créame —sonrió.

—Está bien. No le preguntaré cuáles son esos motivos, pero quiero que sepa que se me iría uno de mis mejores hombres.

—Gracias por la confianza y por sus deseos, señor comisario. Procuraré descansar todo lo que pueda. La verdad es que lo necesito, necesito desconectar un poco de todo esto.

—No me cabe la menor duda. Es usted un buen policía, Manzano. El cuerpo siempre necesita hombres como usted: honrados y entregados a su trabajo. Le espero en quince días. —El comisario le tendió la mano enarcando una ceja.

—Gracias de nuevo, señor.

Javier Manzano correspondió al saludo, salió del despacho y recogió algunas pertenencias de sus cajones. Poca cosa. De entre ellas, una pipa Peterson, una bolsa de tabaco y una pequeña foto, que sostuvo entre sus dedos índice y pulgar, de unos niños sentados en unas escaleras de piedra en el portal común de un edificio de una calle de Madrid. La observó fijamente, con nostalgia, con una mirada que profesaba amor y melancolía. Después de eso, salió de allí sin volver la vista atrás.

Ya en la calle, el frío arreciaba dejándose notar como finas agujas en la piel. Dentro de su vehículo sintonizó en la radio una emisora de noticias. Eran tiempos duros para la sociedad española y eso no podía negarlo nadie, aun teniendo que callar por motivos de Estado. Manzano se atusó el pelo y echó mano al bolsillo interno de su gabardina para coger el paquete de cigarrillos. Dio unos golpecitos en la base y extrajo uno. El cilindro austero y recio salió como un torpedo en busca de su objetivo. Agarró su encendedor Cignus y lo prendió. Dio una buena calada y la exhaló con fuerza. Pensaba en los casos que había llevado hasta ahora. Manzano dormía y comía poco y aquello le estaba pasando factura. Necesitaba desconectar de todo, tal y como le dijo al comisario. Y qué mejor que unas buenas vacaciones con el bueno de Federico quien, a pesar de su altura ya de niño, no se defendía por nada en el mundo. No le gustaba pegar a nadie y rechazaba la violencia en todos sus aspectos.

Cuando por fin decidió arrancar el vehículo y salir de allí con aires nuevos, puso rumbo hacia su casa. Su amigo Fede esperaba la llamada para

confirmar su salida. Manzano aparcó justo frente al portal. El tiempo empeoraba a cada momento. Bajó del vehículo y subió el cuello de su gabardina. Le gustaba la idea de ir a cazar. Hacía ya un tiempo que no veía a su amigo y solo, al pensar en ello, se alegró de grata forma. Entró en los soportales del edificio sin notar el contraste de luz. Miró la hilera de buzones de correo en la pared desconchada del rellano y advirtió algo blanco a través de la ventanita de la caja. Introdujo una pequeña llave en la cerradura y abrió la portezuela. Un sobre escrito a pluma se encontraba en el interior. Cogió la carta y leyó: «Benigna Ramírez Martínez. Calle del Camiño, número siete. Castelouriño, La Coruña, Galicia».

Era una carta de su tía, la única que le quedaba por línea materna, que no veía desde que murió su madre, una mujer cariñosa y dada a su familia. Se ocupaba de él y de su marido en cuerpo y alma. Nunca había tenido una mala palabra ni para su hijo ni para su esposo, siempre sonreía y hacía que cualquier problema careciese de importancia. Todo eran buenas palabras para ellos.

La madre de Javier murió un 12 de abril de 1946 de un cáncer de colon. Nada fue igual después de la terrible pérdida. No obstante, la desgracia volvería a abrazar, pocos meses después a la familia Manzano. El patriarca cayó en una depresión al no soportar la muerte de su esposa. Ella lo era todo para él. Murió dos meses y medio después en un hospital psiquiátrico, a las afueras de Madrid, a causa de una gran depresión. Javier quedó en la soledad más absoluta.

Su tía era todo cuanto le quedaba de familia, pero vivía en Castelouriño, un pequeño pueblo costero de pocos habitantes, en el noroeste de Galicia. Benigna contrajo matrimonio con un gallego que fue a hacer el servicio militar a Madrid allá por 1923 y terminó haciendo vida en aquellas tierras. Su marido murió en plena Guerra Civil, luchando en el Bando Nacional. La mujer enviudó a la edad de treinta y dos años, quedando sola hasta la fecha.

Castelouriño era un pueblo de pescadores muy tranquilo situado entre Beo y Malpica, en el saliente del cabo de San Adrián. Sus gentes se dedicaban a trabajar y pasar la vida lo mejor que podían dentro de la austeridad y dificultad en la que se encontraba el país.

Javier no pudo reprimir el impulso de abrir la carta. No había tenido noticias de su tía desde entonces. Ciertos pensamientos le pasaron por la mente, inquietudes que expresaban desasosiego. Pero también cabía la posibilidad de que fuera una misiva preguntando por su bienestar. Al fin y al

cabo, habían transcurrido más de cinco años sin tener noticias suyas. No obstante, leyó la carta con cierta curiosidad e interés.

Querido sobriño:

Espero que, al recibo de esta, te encuentres bien. Llevamos mucho tiempo sin vernos y me gustaría que vinieras al pueblo a pasar unos días conmigo. Si supieras cuánto echo de menos a tus padres, en especial a tu madre... No puedo por menos que llorar cuando me viene a la memoria su recuerdo. Nunca tuve hijos, pero les agradezco que me dejaran un estupendo sobriño. Para mí eres como un hijo, aunque no pueda tenerte conmigo. A pesar de todo eso, somos los únicos parientes que quedamos de una familia bien unida y allegada. Quisiera saber cómo te ha tratado la vida todos estos años y si por fin has dado el paso de formar una familia. Ya sabes que, a tus padres, que en gloria estén, les hubiese gustado tener nietos y poder verlos de vez en cuando. No quisiera perder el contacto con el único familiar querido que tengo. Espero verte pronto. Me gustaría ponerte al corriente de algunas cosas que están sucediendo en el pueblo, pero no por carta. Ya sabes, cosas de pueblo, historias de meigas tal vez, pero que nos intranquilizan a todos. Cuídate mucho. Ojalá y puedas venir, Javiño. Recibe un cariñoso besito. Deseando tener noticias tuyas lo antes posible. Tu tía Beni.

Javier Manzano volvió a doblar la carta y la introdujo en el sobre, esbozando al mismo tiempo una sonrisa de añoranza en sus finos labios; una sensación como la descarga eléctrica que recorrió su cuerpo. Se alegró mucho de tener noticias de ella y en ese mismo instante pensó que le vendría bien pasar unos días en un pueblo, cuyos paisajes eran las zonas de campo y el mar como único horizonte. Poder descansar de la mundana ciudad; su cuerpo y su mente agradecerían esa paz tan merecida.

El inspector subió los peldaños de escalera de dos en dos con gran energía y llamó por teléfono a su amigo. Le explicó que debía ir a ver a su tía por motivos familiares y pospusieron la caza para más adelante. Alcanzó una maleta de viaje y la dejó caer sobre su cama. El polvo expelido le recordó cuándo fue la última vez que la utilizó, probablemente tras marchar de su último destino. Metió unas cuantas camisas, un par de pantalones de invierno, cuatro jerséis de lana, varias mudas interiores de camisetas, calzoncillos y calcetines negros, un par de corbatas y unos pañuelos de algodón. Dejó la maleta junto a la puerta de casa y se dispuso a comer algo.

Ya por la tarde, Javier Manzano se puso en contacto con la agencia de transportes. Sacó un billete de ida para el pueblo. Al día siguiente, subió en aquel autobús sin ser consciente de las extrañas aventuras que le depararía el destino en sus merecidas vacaciones.

3

PLAZA DEL ALZAMIENTO. CASTELOURIÑO.
6 DE MARZO DE 1952. 19:00 HORAS.

Javier Manzano no había comunicado su llegada. Era de esperar que se encontrara solo en mitad de la plaza del pueblo, a excepción de los propios habitantes que recibirían la venida de parientes y amigos.

Tras nueve horas de viaje y un sinfín de traqueteos por aquellas carreteras dejadas de la mano de Dios, Javier bajó de aquel autobús con la sensación de llevar una armadura de caballero medieval. Se despidió del conductor con un saludo de cabeza y se dirigió hacia el bar Rías Baixas. Allí preguntó por una calle en particular.

—Buenas tardes —dijo Manzano apoyando la maleta en el suelo. Los pocos clientes que había lo miraron con extrañeza. El murmullo se apaciguó paulatinamente. Todos observaron con detenimiento a un hombre alto y corpulento, con el pelo algo largo por el lateral derecho y que tapaba su oreja, con cierta expresión de timidez y una gabardina gris con las solapas subidas hasta el cuello.

—Buenas tardes. ¿Qué desea el señor? —contestó el dueño del bar con un mostacho frondoso y barba de dos días. Su pelo parecía haber servido de nido de pájaros; todo alborotado y con cierta escasez por el centro.

—Por favor, ¿la calle Camiño? —preguntó Javier, quitándose el sombrero.

—Tiene usted que coger toda esta vía hacia abajo. No tiene pérdida —contestó con cierto acento cerrado y una musiquilla muy particular. Acompañó la explicación con un gesto de mano a modo indicativo.

—Muchas gracias. Soy sobrino de doña Benigna —acertó a decir Manzano para evitar comentarios erróneos y dudas innecesarias. No era de dar explicaciones. Su carácter y su forma de proceder no iban por esos derroteros, pero también era consciente de cómo se vivía entre las gentes de

pueblo. Todo el mundo se conocía. Sabía que diciendo que era sobrino de Benigna, la hornera del pueblo, evitaría glosa entre ellos de dudosa reputación. Al menos, les obviaría esas molestias.

Javier volvió a asir su maleta y salió del bar bajo la atenta mirada de los lugareños que acompañaron su figura hasta doblar la esquina. Caminó toda la calle hacia el lugar correspondiente. Se ajustó la solapa de su gabán y remitió el lateral tapándolo con el lado contiguo. El frío arreciaba por momentos acompañándose de salitre y mar. Por el camino, el hombre iba mirando las casas, unas construcciones de piedra donde la austeridad y el verdín de la humedad se dejaban notar en todas partes. Justo al fondo de la calle, un trozo de playa mostraba un ponto gris y un pequeño hórreo suspendido entre cuatro robustos pilares de piedra viva. Se paró en el horno, regentado por su tía, y miró la entrada de al lado. Una puerta de madera reflejaba sufrimiento por las inclemencias de la intemperie y el pasar de los años. Número siete. Javier dudo un instante. A continuación llamó con el dorsal cerrado de la mano. El sonido se escuchó ahogado por el grosor de la puerta. Una voz forzada se oyó desde el interior.

—¡Ya va! ¡Un *momentiño*!

La puerta se abrió tras unos segundos. Un cuerpo bajo y orondo asomó por esta y el cerquillo. Apoyada en un bastón recio de madera, miró algo extrañada pero reaccionó de inmediato. Sus ojos reflejaron sorpresa y alegría al mismo tiempo. La figura terminó de abrir la puerta con cierto ímpetu y extendió los brazos en cruz, esbozando una sonrisa.

—¡*Sobriño!* ¡*Deus meu!* ¡Qué alegría! —dijo mientras avanzaba hacia Javier.

—Hola, tía Beni. ¿Cómo está? —sonrió también.

Benigna oteó la figura de su sobrino, abrió los ojos como platos y extendió su boca de extremo a extremo hasta dejar ver sus piezas dentales algo deterioradas. Se abrazó fuerte a él como una lapa se aferra a su presa, dejando caer el bastón al suelo. Le apretó como si no hubiera un mañana. Los sentimientos afloraron y Javier fue condescendiente con ella, aguantando como un valiente.

—¡Debiste decirme que venías, *home de Deus!* —le espetó con alegría.

—Lo sé, pero no tuve tiempo —mintió.

—¡Pasa, anda! ¡No te quedes ahí! —Le agarró el brazo con fuerza y le arrastró hacia el interior de la casa. Javier se agachó para recoger el apoyo y lo ofreció a su tía. Entre el bastón y el brazo de Manzano, anduvieron un tramo de pasillo; una casa humilde pero acogedora. Los dos pasaron a la sala

de estar. Tía Beni deseaba oír todo lo que su sobrino tenía que contarle después de tanto tiempo de ausencia. Se tenían el uno al otro y no estaba dispuesta a perderle de nuevo. Al verlo, fue como estar frente a su hermana. Era muy parecido a ella. Tomaron asiento y comenzaron las preguntas de rigor.

—Bueno. Cuéntame..., que quiero saber todo de ti, *sobriño* ¿Cómo te ha ido todos estos años? Veo que muy bien. Eres igual que tu madre. No has perdido la pinta. Si mi pobre hermana levantara la cabeza. *Pobriña*. Y tu padre. ¡*Carallo* con lo de tu padre! Con lo buena persona que era también... Haber terminado así. —Unas lágrimas se deslizaron de sus ojos negros azabache—. Pero ¡cuéntame anda, cuéntame! —Se pasó las manos por la cara y agarró la mano de Javier, apretándola con cariño.

—Verá tía, poca cosa puedo contarle. Desde que fallecieron mis padres me fui destinado a Cuenca y allí estoy, aunque voy a Madrid para trabajar en casos relacionados. He pedido traslado y espero volver allí, pero la verdad, no sé cuándo podrá ser eso. De momento estoy bien. No puedo quejarme... ¿Qué le ha ocurrido en la pierna? —Javier se fijó en ella. La había visto con el bastón, cojeando.

—Fue una caída que tuve hace ya algunos años, pero este frío húmedo es mortal para los huesos, *sobriño*. Ya estoy acostumbrada —sonrió—. Tienes cara de cansado. El viaje ha de haberte agotado, *filliño* —contestó Tía Beni con preocupación.

—Si solo fuese el cansancio del viaje —argumentó Javier de pasada y sonriendo como un tontorrón.

—¿A qué te refieres, *Javiño*? —preguntó extrañada.

—Estoy algo cansado, tía. Me gustaría poder echarme un poco, si no te importa. Eso sí, antes me comería un caballo. Vengo desfallecido.

—¡Claro, *sobriño*! Faltaría más. Ven, te enseñaré tu habitación. —Benigna llevó a Javier a un pequeño habitáculo, situado en la parte de arriba de la casa. Subieron por unas escaleras angostas. Ya dentro, sobre la cama de un cuerpo, dejó caer la maleta—. Es pequeña pero muy cómoda. No pasarás frío. Te prepararé la estufa. Solo tengo que poner algo de leña.

—No se preocupe, tía. Yo la pondré. Dígame dónde está y yo iré por ella —intervino Javier, sonriendo.

La habitación, que vestía un secreter, un pequeño armario ropero y un par de sillas de anea, quedó bien caldeada después de alimentar la estufa con unos trozos de leños de roble. Javier y tía Beni se dispusieron a cenar antes de marchar a descansar; y en la cocina, siguieron hablando de sus cosas.

—Un buen plato de sopa bien caliente te sentará estupendamente en el estómago y después un lenguado a la plancha con unas patatiñas hervidas a la sal. Come *sobriño*, come —sonrió tía Beni. Se alegraba de tener a aquel muchacho.

—¿Y bien? —comenzó Javier con una pequeña sonrisa en sus labios después de degustar un par de cucharadas de sopa.

—¿Y bien? ¿Qué? —espetó tía Beni.

—Vamos, tía. Cuénteme eso que está pasando en el pueblo. Esas cosas extrañas que dice que están ocurriendo. —Javier la miró de reojo al tiempo que mojaba un trozo de pan. La expresión de la mujer cambió.

—Anda, cómete la sopa. Ya habrá tiempo de hablar mañana. Necesitas descansar —dijo poniendo sus manos en el brazo de Javier.

Después de cenar, Javier Manzano dio las buenas noches a su tía y subió a la habitación. Deshizo la maleta y puso la ropa en el armario, bien ordenado. Se acostó y dejó que su mente viajara por los caminos del recuerdo: sus padres, aquella niña que vio por última vez en una casona derruida por las bombas nacionales: Julia. Su nombre le sonaba ya tan lejos. Un sinfín de evocadoras imágenes que se cernían sobre su cabeza se iban difuminando cada vez más hasta desaparecer de su mente. El calor de la habitación había hecho que cayera fulminado en un profundo sueño.

Ya por la mañana, bajó temprano y en la cocina encontró a su tía preparando un rico desayuno.

—¡Buenos días! —dijo con la cara todavía arrugada por la almohada. Una leve sonrisa forzada apareció en sus labios.

—¡Hola, *filliño*! ¿Has dormido bien? —preguntó mientras pasaba un buen trozo de tocino por la sartén.

—Como un bebé.

—Me alegro. Te estoy preparando el desayuno. Anda, siéntate y tómate el café. Está recién hecho —comentaba mientras le vertía una buena taza de café solo.

—Gracias, tía. ¿Usted no desayuna?

—Ya lo he hecho. Tengo que irme a la hornera a trabajar. Cuando termines, si quieres, puedes ir y hablamos allí. ¿Te parece? —terminó de decir mientras le ponía un plato con el tocino a la plancha y dos huevos duros.

—Claro y así hablamos de esas cosas que tanto le preocupan. ¡Vaya! Veo que el racionamiento en esta parte del país no se está notando mucho. —Las cartillas de racionamiento estaban a la orden del día por aquel entonces. Los alimentos escaseaban y el hambre se dejaba notar en toda la Nación.

—Aquí, *graciñas* a Dios, no podemos quejarnos. Todo esto lo plantamos y criamos la mayoría de nosotros. Aun así, no vayas a creer que nadamos en la abundancia. Lo que pasa es que trabajamos muy duro para poder tener algunas *cosiñas*. Y si no fuera por el sinvergüenza del señorito Fernando, podríamos tener un poco más.

—¿El señorito Fernando?

—El terrateniente del pueblo. No tiene sentimientos. Es un *fillo* de puta. Lleva a casi todo el pueblo sainado. Ahora que conmigo ha dado en hueso ese bastardo. —Tía Beni se exaltaba por momentos—. Su padre, don Anselmo de Castro, que el Señor lo tenga en su gloria, era un bendito. Pero este..., este es un sinvergüenza de tomo y lomo.

—Cálmese, tía. No hablemos de eso ahora. ¿Qué hay de las cosas extrañas que están ocurriendo y que tanto le preocupan?

—No creas, *sobriño*. No es que me preocupen. A algunos del pueblo sí que les preocupan y les asustan mucho. ¡Anda, comete los huevos, el tocino y el café, que se te va a enfriar! Yo me voy ya. Te espero luego en la panadería. Ya sabes dónde está. No tiene pérdida.

Javier terminó de dar cuenta de su desayuno y se acicaló para estar presentable. Al salir, el frío húmedo le abofeteó la cara. Anduvo cuatro pasos exactos y entró en el obrador.

—Espero que hayas disfrutado del desayuno —le soltó tía Beni con una gran sonrisa.

—Delicioso. Bueno, cuénteme, ande. Que ya me tiene usted algo inquieto.

Benigna cogió de un estante un trozo de papel de estraza, lo transformó en un cucurucho y metió algunas magdalenas. Después alcanzó de un lado del mostrador lo que parecía un trocito de pastel y obligó a Javier a probarlo. Tomó una de las dos sillas que había para los clientes y, con un gesto de cabeza, invitó a su sobrino a sentarse.

—Pues verás. Hace ya unos meses que ocurren cosas en el pueblo...

—Cosas, ¿cómo qué? —preguntó Javier arrugando su frente.

—A eso voy, *filliño*. Algunos vecinos afirman que han visto a ciertas horas de la noche luces extrañas en el faro del pueblo.

—¿Luces extrañas? ¿A qué luces se refiere, tía?

—A luces en las ventanas de las habitaciones donde un día vivió una familia.

—Pero, a ver tía. ¿Quién vive en el faro?

—Nadie. Esa es la *cosiña*. Nadie vive en el faro, *sobriño*. Desde que ocurrió aquella desgracia, nadie ha vuelto a habitar en él. Lo cerraron y desde

su cierre, un vecino del pueblo, Suso, se encarga de encenderlo por la tarde y apagarlo por la mañana. —Tía Beni puso todo el énfasis para explicarse.

—¿A qué desgracia se refiere?

—Hace años en ese faro encontraron muertos al farero y a su mujer. Dijeron que fue un crimen de esos por amor —soltó mientras empaquetaba otro cartucho de magdalenas.

—Comprendo. Un crimen pasional —dijo Javier cruzando las piernas y entrelazando las manos.

—Desde entonces, nadie habita en el faro.

—¿Y los vecinos dicen que han visto luces? —Javier frunció el ceño.

—Eso dicen algunos, a pesar de que allí no hay corriente eléctrica. No en el resto del faro. Son luces extrañas que han visto en la parte de las ventanas que dan a las habitaciones de los niños del matrimonio; una luz encendida durante un buen rato, y que una imagen de mujer se pasea por allí dentro.

—Y, ¿eso es siempre? —preguntó Javier, todavía masticando el trocito de pastel—. Esto está delicioso, tía —sonrió.

—Sabía que te iba a gustar. Pues no... No es siempre, alguna vez que otra.

—Ya sabe usted cómo son las gentes de los pueblos. ¿De verdad cree en esas cosas? —Javier cambió de posición las piernas.

—¡Ay, *filliño*! Yo ya no sé qué creer —puso cara de limón.

—Será alguno del pueblo que se mete allí a dormir, a pasar la noche. Vaya usted a saber.

—Probablemente tengas razón. Yo solo sé que hasta la autoridad competente se ha hecho eco de aquella aparición nocturna. El sargento del pueblo y dos guardias civiles entraron para arrestar a la mujer que pudiese estar utilizando el faro para asustar a los vecinos. Pero siempre, antes de acceder, la luz se apagaba y nadie había allí para ser detenido. El miedo se apoderó de los agentes y nadie quiere entrar por la noche en el faro. Aquí todos dicen que es cosa de *meigas*, que el faro está maldito y que el espíritu de la mujer del farero pena por el interior de un tiempo a esta parte. Suso, el vecino que se encarga de su mantenimiento, se asegura muy bien de cerrar la puerta, y te aseguro que la puerta es bien robusta.

—¡Tía, por el amor de Dios! Será alguna vagabunda del pueblo. —Javier estrujó su cara como un papel.

—No. Allí entraron y no había nadie.

—Lo que tienen que hacer es dejarse de historias de *meigas*, como dicen por aquí y ¡cada cual a lo suyo! Que en los pueblos de esta parte abundan

mucho. Deduzco que si hay habitación de niños es porque los hubo, ¿no? ¿Qué fue de ellos?

—Tengo entendido que se habían hecho cargo unos parientes del farero. Aquí, en el pueblo, no se supo más de ellos. El niño, según parece, presencié todo aquello y sufrió una conmoción.

—Comprendo.

—Mira, Javier, ya sabes lo que dicen por estas tierras: «No creo en las *meigas*, pero haberlas *haylas*». —Tía Beni hizo una pausa y sonrió—. Me alegro de que hayas venido, *sobriño*. Y dime, ¿cuántos días vas a quedarte conmigo?

—Tengo quince días de permiso. Estaré por aquí, si usted quiere, una semana y poco más, ¿le parece? —dijo Javier sonriendo cordial.

—¡Por el amor de *Deu*, *sobriño*, por mí como si te quedas para siempre, *filliño*! —Agarró la cabeza de Javier con las dos manos y le besó en el pelo—. Bueno, pero cuéntame, anda. ¿Qué tal con las *mulleres*?

—No tengo tiempo, tía. Además, yo ya me he acostumbrado a vivir solo. ¿Quién sería capaz de soportarme? —bromeó Javier.

—¡Anda, anda, no digas más bobadas!

En ese instante, una clienta del pueblo entró en el establecimiento.

—Buenos días, doña Beni —dijo una voz dulce y sonriente.

—Hola, *Isiña*, buenos días.

—¡Uy! ¡Tenemos vecino nuevo en el pueblo! —dijo sonriendo.

Se trataba de una chica de pelo largo y rubio como el oro, con una sonrisa perlada y labios carnosos. Sus ojos, azules como un mar en calma, radiaban alegría por los cuatro costados. A Javier le recordó a alguien. Su corazón dio un vuelco y se paralizó en el tiempo.

—¡No es un vecino! ¡Es mi *sobriño*! Es todo un inspector de policía —dijo orgullosa, a modo de presentación.

—¡Ah! ¡Pues encantada, sabe usted! Me llamo Isabel —dijo la muchacha ofreciendo su mano a Javier—. Pero todos en el pueblo me llaman *Isiña* —añadió y sonrió, dejando ver su amplia y hermosa boca. El inspector dio un pequeño salto de su silla y tendió la mano a la chica.

—Un placer, señora.

—¡Uy! Señora, dice. Soy señorita —dijo sin dejar de sonreír.

—Usted perdone, señorita —argumentó con cara de tonto.

—Llámeme *Isiña*. Todos en el pueblo me llaman así. —Se cruzó de manos.

—Pues, encantado *Isiña* —dijo él mirándola a los ojos de una forma muy particular—. En ese caso, le ruego que me llame Javier —sonrió hipnotizado.

El hombre sintió algo, como un recuerdo de su dulce amor de juventud, en lo más profundo de su alma. Isabel rozaba cierto parecido a Julia, de cuando eran niños. Pensó que podía parecerse a ella, de tener esa misma edad. Algo le hizo zozobrar en su interior, un sentimiento de culpa tal vez, como si lamentara no haber hecho nada por encontrarla, pero al mismo tiempo, algo agradable; como si aquella muchacha fuese el amor de su niñez. Parecía que se conocían desde siempre y Javier volvió a sonreír como no lo había hecho desde hacía mucho tiempo. Benigna observó la escena y presintió que algo había nacido en el corazón de su sobrino.

HOSTAL LOS PAZOS. CASTELOURIÑO.
7 DE MARZO DE 1952. 08:00 HORAS.

La mañana no pintaba bien. El frío arreciaba acompañado de una humedad espesa como la selva más frondosa. El mar ofrecía un despertar rizado y las gaviotas volaban cerca de la orilla y acantilados, barruntando temporal. Algunas mujeres arreglaban las redes de los marineros pescadores que salían a faenar en alta mar. El sol era repelido por las grandes nubes intensas de un color azul oscuro, difuminando el lugar como si fuese tiza.

La Pensión Los Pazos, en la calle principal del pueblo, a escasos metros del obrador de Benigna, se encontraba casi vacía. Los pocos inquilinos que pernoctaban allí pagaban como podían su estancia, tras servir en los astilleros. Pero poco era el trabajo que había. El país pasaba por una mala racha y la autarquía se dejaba notar en los estómagos de las gentes de clase media baja.

Luciana y su hermano Cayetano regentaban el negocio. Después de marchar de Castelouriño, siendo niños, volvieron para retomar sus vidas. Luciana quería empezar de nuevo, tras la muerte de sus padres. Ella y su hermano fueron cuidados por un tío paterno ya que su abuela fue incapaz de hacerlo. Con el tiempo regresaron para hacerse cargo del pequeño hostel, llevándose a la yaya con ellos. Luciana, como la mayor de los dos, se vio obligada a sacar adelante a todos, especialmente a la anciana, aquejada de un severo trauma en los huesos. El doctor Rosique, médico de familia en Castelouriño, la estaba tratando con unas pastillas que él mismo hacía mezclando; un poco de yodo, alcohol y aspirinas. Era bastante efectivo, pero le dijo a Luciana que sería muy recomendable que tomara, de vez en cuando, unos baños termales de aguas sulfurosas. Para ello tendría que desplazarse a Orense, y a Luciana casi le era imposible abandonar el negocio. El doctor se ofreció gustoso a llevarla sin cobrarles nada, pero Luciana veía excesivo el

favor y se negaba en rotundo. Ella pensaba que se extralimitaba más de la cuenta en los cuidados de su abuela.

—¡Que sí, pesado! Ya sabes que eres el hombre más atractivo del pueblo. ¡Que sí, que me gustas, tonto! —decía Luciana con una sonrisa ladina en sus labios, al mismo tiempo que daba vueltas con su dedo índice al cordón del teléfono—. Te dejo que tengo clientes que atender. Un besito. Adiós —colgó con ímpetu y mirando al teléfono añadió—: ¡Así te diera un dolor de tripa que te murieras gritando de dolor, *fillo* de puta! ¡A ti y a tu tío!

Luciana intentaba camelar al sobrino de don Fernando, Marcial, un tirano igual que su tío. Sabía que, teniendo buenas relaciones con él, podría persuadir a don Fernando de que fuera más compasivo con el arrendamiento del hostel, o eso creía. Tenía que pagar a don Fernando unas cantidades a las que rara vez podía hacer frente. Luciana estaba atrapada en un callejón sin salida y eso la atormentaba, tanto como el sufrimiento de su abuela, impedida físicamente y sin la facultad de hablar tras la muerte de su hijo y su nuera en circunstancias extrañas.

La campanita de la puerta dio aviso de entrada en el hostel. Alguien asomó por el umbral, se apoyó en el quicio de la puerta y sonrió socarronamente.

—¡Buenos días, *Luciña*! —dijo el individuo con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Era Aleixo, todo un perdonavidas con grandes dotes de intimidación. Se deshizo con una sonrisa llena de ironía y cinismo de los tres primeros botones de su chaquetón para estar más cómodo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Luciana con desprecio sin evitar un pequeño sobresalto. Sabía cómo se las gastaba el sinvergüenza.

—¿Es este el recibimiento que le das a tus huéspedes? —contestó sin perder la sonrisa chulesca.

—Tú no eres un huésped ni eres bien recibido en esta casa, así que ya te puedes largar por donde has venido —expresó Luciana con cara de pocos amigos.

—Me parece que te estás equivocando, Luciana —espetó mientras se dirigía hacia ella con pasos muy comedidos. Luciana se pegó a la pared con los ojos abiertos. El miedo que sentía era palpable ya que no era la primera vez que tenía un encuentro de aquella índole. Sabía a lo que se exponía con Aleixo, quien arrinconó a la mujer en la pared sin posibilidad de moverse. La miró a los ojos, aproximando sus labios a los de ella. Se escrutaron mutuamente y bailaron las miradas al unísono. Aleixo puso una mano en uno de los pechos de Luciana y sonrió. Ella notó incomodidad y vergüenza en sus

carnes—. Ya sabes que al amo no le gusta que sus trabajadores se demoren en los pagos.

—Le pagaré cuando pueda. Él ya sabe los problemas que tengo. No es fácil sacar adelante el negocio con una abuela impedida —respondió Luciana, intimidada por la situación del momento. El miedo que sentía hizo que unas gotas de orina le empaparan las calzas. Aleixo recreó su mano en el pecho de Luciana, pero no notó respuesta alguna por su parte. Dejó de sonreír y se quitó de encima de la mujer, que se compuso el vestido con los ojos inyectados en lágrimas ardientes—. ¡Vete de aquí, hijo de puta, o llamo a los civiles!

—¿Crees realmente que me llevarían al cuartelillo? Eres más ilusa de lo que pensaba. Tienes hasta el lunes, Luciana. No lo olvides.

Dicho esto, Aleixo se marchó de allí, haciendo sonar la campanilla de aviso. Luciana se dejó caer bruscamente sobre la pared, cerró los ojos y las lágrimas terminaron por deslizarse presurosas por las mejillas. Suspiró y pasó sus manos por la cara para limpiar el agua que enturbiaba su imagen y su mente, como si pudiese con ello borrar lo acontecido. Solo pudo despegar los labios para dejar caer unas palabras:

—¡*Xuro que o matarei!*

Cayetano presenció la escena con vergüenza ajena.

—¿Estás bien, Luciana?

—Estoy bien, no te preocupes. Sigue con tu trabajo.

—¡Te he dicho muchas veces que no debimos volver a este pueblo de *merda!* ¡Ese *fillo* de puta! ¿Por qué se lo consientes? —dijo con la cara desencajada.

—¿Qué puedo hacer? Además, irnos ¿adónde? Te he dicho que sigas con tu trabajo. ¡Juro por Dios que he de matar a ese *fillo* de puta! Lo juro —dijo en un susurro apretado mientras miraba con odio la campanita que aún titilaba.

I

HOSPITAL LABACA. LA CORUÑA.
4 DE FEBRERO DE 1931. 10:00 HORAS.

Un olor a limpieza impregnaba aquel lugar de piedra y madera. Los niños se encontraban en una gran sala llena de camas, techos altos y amplios ventanales donde el paisaje dejaba ver una gran inmensidad de bosque, con excelsos árboles hasta donde alcanzaba la vista; todo un panorama de quietud y silencio perfecto para pacientes con problemas psiquiátricos.

Pablo estaba acostado en uno de los catres. Su cuerpo se encontraba rígido como un témpano de hielo. Su hermana, sentada en una silla, lo observaba con ojos inundados de agua. Su mano acariciaba suavemente la del niño cuyo cuadro clínico no era muy esperanzador. El doctor Eusebio auscultaba con gran rigor los ojos del pequeño, primero uno y después el otro. Sor Virtudes, una monja perteneciente al hospital, se aferraba a los hombros de Silvia a modo de consuelo. Pablo respiraba con normalidad, pero su mirada seguía perdida en una niebla de imágenes confusas. Su silencio era ensordecador para la niña, que lo observaba de hito en hito. Después de unos minutos de circunspección médica, el doctor pronunció unas palabras.

—Tendremos que internarlo. Necesito hacerle un seguimiento. No cabe duda de que el *shock* producido por la situación vivida ha sido tremendo.

Silvia rompió a llorar desconsoladamente.

—Cálmate, hija mía. Dios está con tu hermanito. Ya verás cómo se recupera. Hay que tener paciencia y fe —comentó sor Virtudes, mientras acercaba su cara a la de la pequeña Silvia.

—Tienes que ser fuerte, pequeña. Se hará lo que se pueda por él —dijo el doctor con frialdad y sin sentimiento alguno. Sor Virtudes miró al médico con ojos de reproche; un hombre acostumbrado a tratar con todo tipo de pacientes, egoísta y autoritario, a quien le gustaba experimentar métodos nuevos sin importarle la salud de sus pacientes, de pelo escaso plateado y un ojo que

miraba hacia el oeste—. No hay que dar falsas esperanzas a nadie, sor Virtudes. Puede ir preparando la documentación para el ingreso. Se queda con nosotros —añadió con acritud.

—¡Solo es una niña, por el amor de Dios! —susurró la monja mientras el doctor se marchaba de la sala.

—¿Quieres quedarte con tu hermanito mientras yo preparo los papeles? —preguntó sor Virtudes a Silvia, que asintió con la cara empapada en sollozos.

La niña se quedó allí, sentada, sin quitar su mano de la de Pablo. El pequeño permanecía con los ojos fijos en el techo de aquella sala enorme que albergaba algunos pacientes divagando y berreando sin sentido. Varios de ellos eran amarrados a sus camas para impedir que se autolesionaran o pudieran escapar; o incluso agredir a alguna enfermera o monja mientras hacían sus labores de limpieza y trabajo médico.

—¡Pablo! ¡Pablo! ¡Háblame, por favor! ¡Dime algo! —exclamó Silvia entre lamentos. Pero no se inmutaba y parecía un vegetal. No había respuesta alguna en su cuerpo, en sus ojos, en ninguna de sus expresiones. Unos destellos asomaron por los ventanales. La lluvia golpeaba suave y el cielo, de un gris plomizo, cubría como una gran manta el lugar. La soledad engullía el tétrico y retorcido espacio. La escasa luz intentaba hacerse hueco, impedida por las grises nubes, sin dar apenas oportunidad—. ¿Qué viste allí, Pablo? ¡Por Dios, te lo suplico! Cuéntame, ¿qué viste? ¡¿Qué tiene que ver don Fernando en todo esto?! —suplicaba sin obtener respuesta alguna. Ella había encontrado a su hermano aferrado a los barrotes de la barandilla de las escaleras, farfullando palabras sueltas, algunos nombres como «don Fernando», «padre», «madre», «ventana».

Sor Virtudes regresó para hablar con Silvia. La agarró de la mano y la acompañó a una habitación contigua al despacho de dirección. Las dos mujeres se enfrentarían a una conversación muy dura. Una para hablar, la otra para oír cosas dolorosas.

—Verás, pequeña. Tu hermanito se quedará con nosotros unos días para estar en observación. Aquí recibirá el tratamiento que necesita para curarse —dijo sor Virtudes con una amabilidad excesiva en su rostro.

—¿Qué es lo que le pasa a mi hermano? —preguntó, compungida.

—Tu hermano ha recibido un susto muy grande, hija mía. Necesita reposo y muchos cuidados.

—Pero, yo quiero quedarme con él. No puede quedarse solo.

—No estará solo, créeme. Aquí recibirá atención médica. Estaremos con él hasta que se ponga bien.

—¿Cree que se pondrá bien, madre?

—Estoy segura, corazón. Dios está con él en cada momento. Velará y obrará buenas acciones en su cuerpo, ya lo verás. —Sor Virtudes seguía sonriendo mientras cogía la mano de la pequeña.

—Y, ¿qué será de mí? ¿Dónde iré mientras mi hermano está aquí? Si no puedo quedarme con él, ¿dónde iré yo? —Silvia intentaba comprender la situación.

—Tranquilízate, mi niña. Van a venir unos parientes de tu papá para quedarse contigo y con tu hermanito cuando salga de aquí. Ya verás, vas a estar muy bien. —Sor Virtudes acariciaba suavemente la mano de la pequeña a modo de consuelo. Comprendía la situación de los niños.

—¿Unos parientes, dice usted?

—Así es. Mañana vendrán para recogerte. Han llamado para avisarnos. No te preocupes, todo va a salir bien. Pasarás la noche aquí hasta mañana y dormirás en una de las habitaciones.

Sor Virtudes preparó la habitación de una de las hermanas de la Caridad que se encontraba en su pueblo visitando a su familia. Allí, Silvia pasó la noche como pudo, pensando en su hermano, meditando en la vida que les esperaba a partir de aquel momento. Intentaba asimilar la muerte de sus padres. Había pasado de tener una vida en familia, protegida por sus progenitores a estar prácticamente sola. Debía cuidar de Pablo. La situación era descomunal para una criatura de esa edad. Quería pensar que su nueva familia se encargaría de ellos, en especial del niño, sumido en aquel caos mental que había sufrido. Silvia no dejaba de pensar en lo sucedido la noche anterior en el faro. Su padre se encargaba de encenderlo y apagarlo y de mantenerlo con vida para los barcos que llegaban a la costa. Pensaba en la gran labor que realizaba su papá; impedía que las embarcaciones embarrancaran con los escollos de la costa de Castelouriño, también conocida como la Costa de la Muerte. Muchos navíos antaño se estrellaban contra los cayos del lugar por no tener una luz que les guiara.

De repente, la mente de la niña volvió a la realidad. Allí estaba sola, con sus cavilaciones, pensando en su hermano de seis años, ido por un *shock* recibido. Se preguntaba una y otra vez qué fue lo que vio Pablo para quedar traumatizado: «Don Fernando», «padre», «madre», «ventana», «hombres malos». Silvia se preguntaba qué quería decir con aquellas palabras sueltas. ¿Qué tenía que ver el señorito con sus padres? ¿Hombres malos? ¿Qué

hombres malos? Silvia se torturaba una y otra vez, incapaz de resolver aquel galimatías que no tenía sentido alguno en su cabeza. Fuere lo que fuese, comprendería con los años todo aquel rompecabezas que tanto la atormentaba.

BAR DE XAVIÑO. CASTELOURIÑO.
7 DE MARZO DE 1952. 20:00 HORAS.

—¡No te oigo bien! ¡Las líneas deben estar saturadas! —gritaba Piki casi comiéndose el micro del teléfono y doblegándose hacia el suelo, como si así pudiese su hija escucharle mejor. La mejor forma de saber algo de Alba era por vía telefónica. Cada vez que hablaba con ella, sentía una pena que le carcomía el alma, pero su orgullo era más fuerte que todo lo que podía padecer—. ¿Cómo está el niño? ¡Ya te he dicho que a mí no se me ha perdido nada en Madrid! ¡Que no Alba, que no! ¡Lo sé!, ¿Y qué culpa tengo yo? ¡Mira, no quiero hablar de eso ahora! ¡Cuídate mucho! ¡Adiós!, ¡adiós! —colgó con rabia.

—¡Qué! ¡Otra vez tu hija te dice que vayas y te niegas a ir! —dijo *Maruxiña* mientras fregaba unos vasos. Meneó la cabeza con aire fracasado. Sabía que Piki no entraría en razón.

—¡Métete en tus asuntos, anda! ¡Yo sé lo que tengo que hacer! —respondió.

—Deberías conocer a tu nieto y a tu yerno. ¡Mira que eres cabezón! —terminó por decir *Maruxiña*, secándose las manos.

—¡Que sí, que sí! ¡Lo que tú digas, *Maruxiña*! Anda, ponme un aguardiente para entrar en calor. ¡Hace un frío del *carallo*! ¡Tengo las manos que ni las siento! —replicó Piki frotándose las manos. Se sentó en un taburete, frente a la barra para hacer compañía a la mujer.

—Mira, Piki. No es por meterme en tu vida, pero ¿no crees que Alba merece que vayas a verla? Ella te necesita. Sabes muy bien que no tuvo nada que ver en aquel asunto con el cabrón de don Fernando. Tu hija es una buena muchacha *e fixo ben* (e hizo bien) en dejar este pueblo de víboras. Es lo mejor que ha podido hacer y estoy segura de que está *sufriendo de non ver ao seu pai* (sufriendo de no ver a su padre).

—*Non é que non quero falar con ela* (No es que no quiera hablar con ella). Es que a mí no se me ha perdido nada en Madrid. No me gustan las grandes ciudades, eso es todo. —Dio un buen trago a su vaso. Piki hizo una mueca con la boca, al tiempo que exhalaba un sonido apagado.

—Sí, claro. Pues para mí que eso es solo una excusa para no verla.

—También podría ella venir a verme y traer a mi nieto para conocerlo.

—Sabes perfectamente que no puede. Don Fernando se lo tiene prohibido.

—Sí, ya lo sé. ¡Ese *fillo* de puta...! —volvió a darle otro buen trago a su aguardiente—. Ponme otro. ¡Si lo tuviera ahora mismo delante de mí, *xuro que o mataría!* —confesó Piki con cara de amargado. *Maruxiña* le sirvió otro vaso de orujo. Hizo oídos sordos a las amenazas puesto que sabía que estaba pasándolo mal.

—Anímate un poco, anda. Ya verás cómo todo se resuelve, aunque tienes que poner de tu parte.

—Sabes, no estoy nada disgustado con mi Alba. Sé que es inocente ante las acusaciones de ese mal nacido. Estoy jodido conmigo mismo. Debí haber actuado ante aquella injusticia.

—Y, ¿qué podías haber hecho?, ¡eh! *Eu direicho*. (Yo te lo diré). Nada. *Non podes enfrontarche ao señorito* (No puedes enfrentarte al señorito). Te aplastaría como a una mosca. No, Piki. Hiciste bien. Además, piensa que tu hija ha salido ganando.

—¿Qué quieres decir?

—Encontró a un buen marido en tierras madrileñas y tienes un nieto precioso. Eso es lo que cuenta —dijo *Maruxiña*, agarrando el brazo del hombre con ternura. Piki sonrió. Metió su mano en el bolsillo de atrás de su pantalón y sacó la billetera. Extrajo una foto de un niño: su nieto.

—¡Sí que es guapo el *filliño!* —mostró la foto a *Maruxiña*, con los ojos húmedos. Después, la volvió a guardar en la cartera—. Algún día me lo echaré en cara, ya. Lo pillaré solo y se va a enterar de quién soy yo.

—¡No digas más tonterías, anda! Tómate el aguardiente y vete a casa. Necesitas descansar.

Piki terminó de tomar su aguardiente de un golpe y sonrió a *Maruxiña*. Pagó con moneda justa y marchó de allí. Ya en la calle, tomó dirección hacia la casa de Benigna. Llamó a la puerta con dos golpes bien fuertes. Ella abrió y le hizo pasar. Iba un poco mareado. Se abrazó a ella y lloró como un niño.

—Vamos, Piki. Cálmate. *Ten que dar unha solución a isto*. Tienes que ir a verla. No puedes seguir así. Olvídate de lo ocurrido. Tu *filliña* es inocente y tú lo sabes —aseveró Benigna mientras pasaba su mano por la espalda de

Ignacio—. Será mejor que vayamos a la cocina o despertaremos a mi sobrino. Está durmiendo. Por cierto, a ver cuándo vienes a conocerle.

—No tengo el cuerpo para conocer a nadie, Beni —afirmó Ignacio desconsolado.

—Pues tienes que hacer el ánimo, hombre.

—Ya habrá tiempo y lugar... Será mejor que me vaya, estoy algo cansado. Me voy a casa, a dormir.

Piki besó a Benigna y salió por la puerta. Sabía que tenía que hacer algo al respecto, pero no cómo. De camino hacia su casa, recordó el encuentro que tuvo con Aleixo. Le vino una mala idea a la cabeza...

6

BOSQUE DE CASTELOURIÑO.
8 DE MARZO DE 1952. 7:35 HORAS.

La muchacha portaba en su brazo un canasto de mimbre. Encima de la ropa, un delantal para no mancharse. Necesitaba recolectar algunas cortezas de carvallo, que tenía propiedades astringentes y antiinflamatorias, entre otras. Había dejado al niño con una vecina de confianza. Solo tenía ese día para dedicar a sus quehaceres personales. El trabajo de *percebeira* no era bien pagado, pero, al menos, tendría para mantenerse a sí misma y a su niño. María de la Soledad sacaba algunos dineros recogiendo hierbas y remedios caseros para los vecinos del pueblo. Tampoco es que su marido ganara mucho trabajando para don Fernando. A pesar de ser parientes, el muro que había entre ellos era sabido por todos; don Fernando guardaba bien las apariencias en ciertos asuntos. Tenía a su marido trabajando en la conservera como favor. Aun así, era tratado como cualquier otro trabajador.

Soledad y Manuel habían reñido por cuestiones matrimoniales y de trabajo. Manuel tenía la obsesión de dejar todo y marchar a tierras extranjeras para ganar más dinero y, de paso, rehacer su vida personal. No podía soportar los rumores y comentarios sobre él y su esposa. Sabía lo canalla que eran don Fernando y su sobrino Marcial, pero el peso de aquellas críticas era más fuerte que la confianza y el cariño.

Soledad odiaba a don Fernando y a Marcial como nunca había odiado a nadie en este mundo. Sabía la maldad que provocaban en el pueblo; era conocedora del control que ejercían en los habitantes de Castelouriño.

Después de patear tanto bosque, llegó a un claro donde un pequeño grupo de carvallos se arraigaban fuertes a la tierra y se erguían orgullosos hacia los cielos gallegos. Soledad sonrió. Se acercó a ellos, sacó su navaja curvada y comenzó a quitar corteza con suma delicadeza para no dañar el tronco. Pero,

después de un cierto tiempo, sumergida en la labor, una voz familiar la sobresaltó.

—*Bos días*, Soledad. ¿Qué tal? ¿Cómo estás?

Soledad se dio la vuelta de inmediato con la mano en el pecho, sobrecogida por la sorpresa.

—¡*Carallo!* ¡Eres tú! ¡Qué susto me has dado! —sonrió tras dejar escapar un pequeño suspiro.

—¿Qué estás *facendo*? ¡Ah!, ¡ya veo! Cogiendo cortezas para tus infusiones. Llevas el canasto lleno —denotó la voz—. ¿Quieres que te eche una mano? —Hizo amago de sujetarle la cesta.

—No, no te preocupes. Creo que con esto *teño* suficiente. ¿Cómo está tu mujer? —Soledad dejó el cuchillo en la canasta y se limpió las manos en el delantal.

—Pues, ahí va la *pobriña*. Deberíamos salir más de este pueblo. A veces tengo la sensación de que estamos muriéndonos en vida. Siempre trabajando y luchando para sobrevivir.

—Sí. Te comprendo. Todos en este pueblo estamos condenados a morir trabajando y todo por culpa de ese... desgraciado de don Fernando.

—Ten *cuidadiño*, Soledad, que hasta el bosque tiene ojos y oídos. Al señorito Fernando *non lle treme o pulso* (no le tiembla el pulso) para joder a las gentes de este pueblo a través de sus perros lacayos —sonrió.

—Pues me da igual. Ya es hora de que alguien le plante cara a ese sinvergüenza y a su sobrino también. Si por mí fuera, estarían muertos esos dos, y sus perros ahorcados y despeñados.

—Cálmate, anda. Bebe un *poquiño* de agua. —Se acercó a ella y le ofreció la cantimplora que llevaba colgada. Soledad aceptó la oferta y agradeció el detalle—. Bueno, yo me voy que tengo que abrir el negocio. Ten *cuidadiño*, anda.

—*Graciñas*, hombre. Mira que eres buena persona. Tu esposa *ten* un gran hombre a su lado.

—Tú sí que eres buena persona. Nos vemos, Soledad.

—¡Lleva cuidado, no vayas a caerte! —Alzó la voz mientras se alejaba del lugar, perdiéndose entre el paisaje frondoso.

Soledad partió también en dirección opuesta hacia su casa. Por el camino, fue recogiendo algo de flores silvestres, entre ellas, malvas y margaritas. Ya en casa, puso las flores en un pequeño jarrón con agua. Allí se erguía su nogal. Le sonrió y le habló como si el árbol la escuchara y le fuera a contestar.

—¡Ya estoy aquí! ¿Ves que no he tardado mucho? El tiempo en recoger las cortezas. ¡Mira, mira qué cortezas más hermosas! —comentaba Soledad con orgullo, sin quitarle la mirada al árbol.

Soledad dejó la canasta encima de una silla de anea, en el patio. Dedicó parte de su tiempo a las tareas del hogar. Recogió a su niño de casa de la vecina y se quedó junto a él. Extrajo de la canasta las cortezas de carvallo y las preparó minuciosamente para hacer sus brebajes. Mientras trabajaba en ello, pensaba en todos los problemas que le estaban acarreado don Fernando y sus perros carroñeros. No podía dejar de darle vueltas a la cabeza... Sus acosos constantes, los falsos testimonios contra ella, todos aquellos supuestos devaneos que propiciaba con el sobrino de don Fernando, incluso con el propio don Fernando. Sintió un fuego subiéndole por el pecho, un ardor de amargura y tristeza. Sabía lo que había hecho.

Lloraba la partida de su marido. Habían pasado dos semanas, pero sabía que no volvería a verlo más. Malditas habladurías, malditos comentarios de fuego que corroen las almas de aquellos que las escupen, desgraciados sin voluntad que bailan al son de los poderosos, marionetas que lamen la suela de la bota del patrón, mientras este los pisa sin contemplaciones. Pero tenía que seguir luchando. Por ella, por su pequeño. Tiempos difíciles en tierras hostiles y de penumbras.

De repente, dos golpes en la puerta sonaron como truenos en una noche de tormenta. Soledad acusó un pequeño sobresalto. Se acercó sigilosa a la puerta.

—¿Quién es? —agudizó su oído.

—¡Soy Aleixo! ¡Vengo en son de paz! —alzó la voz, una voz grave.

—¿Qué quieres?

—¡Traigo un mensaje! ¡Abre!

Soledad abrió con miedo. Asió el pomo de la puerta con cierto temblor. Sabía que nada bueno se podía esperar de aquel supuesto mensaje ni del mensajero. Cuando la mujer hendió un poco la puerta, Aleixo arremetió contra ella para terminar de abrirla. Soledad reuló y se parapetó contra la pared.

—¿Qué es lo que quieres?

—Mi jefe quiere verte —dijo con aires de chulería.

—¿Qué es lo que quiere don Fernando?

—No es don Fernando quien quiere verte, sino el señorito Marcial —sonrió.

—No tengo nada que hablar con ese canalla.

—¡Shhh! Mucho cuidado con lo que dices. ¡Muestra más respeto, *muller!* —contestó mientras puso su gran mano en la cara de Soledad—. Si dice que quiere verte, te arreglas y vas a verle, ¿entendido? Mañana sobre las doce del mediodía. ¡Ah!, y no le hagas esperar. Por cierto, tu niño se parece mucho a cierta persona —rio con fuerza.

—¡Maldito seas! ¡Así te pudras en el infierno! —susurró ella con odio en las entrañas.

Aleixo soltó la cara de Soledad como si fuera de goma, haciendo que la mujer ladeara la cabeza con ímpetu. Dio media vuelta y se fue como si nada hubiese ocurrido. Soledad se quedó apoyada en la pared. Entonces, una pequeña lágrima le brotó y se derramó por su mejilla izquierda. Sacó fuerzas para cerrar la puerta y echó la cadena. Fue a su habitación y vertió un poco de agua en la jofaina. Se lavó la cara un par de veces. De repente, se miró en el espejo. Vio un rostro atemorizado y envejecido por el miedo. Cerró los ojos unos instantes, alcanzó una toalla y se secó la cara. Unos golpes se volvieron a escuchar. Recibió una punzada en su interior. Pero aquellos golpes no eran como los de antes. Eran golpes más suaves. Se acercó con tiento a la puerta. David jugaba con un muñeco de trapo. Soledad preguntó quién era. Una voz de mujer traspasó el umbral de la morada.

—Soy Rosita, Soledad.

Soledad se atusó las ropas y dibujó una sonrisa forzada en su rostro.

—Hola, Rosita. ¿Qué te trae por aquí? —intentó disimular la angustia.

—Pues mira, mujer. Que me he quedado sin tus infusiones. ¿Tienes alguna?

—Claro. Pasa. ¿Lo de siempre?

—Sí, por *favorciño*. Un paquete —sonrió.

Soledad se dirigió a la cocina y extrajo de uno de los armarios un paquete envuelto en papel de estraza, amarrado con hilo bramante. Cuando volvió, Rosita estaba jugando con el pequeño David.

—Mira que es simpática la criatura, ¡eh! Estarás *loquiña* con él —dijo Rosita sin dejar de mover los brazos del niño.

El niño reía y se divertía con Rosita.

—Así es. Es mi vida entera. Y vosotros, ¿cuándo os vais a animar?

—¡Uy! Nico no quiere niños. No le gusta bregar con ellos. —Mintió para no dar explicaciones—. A veces pienso si alguna vez fue niño. Yo creo que nació así. —Las dos rieron.

—Bueno, mujer. Aquí tienes.

—Muchas gracias. Me relajan mucho estas hierbas que haces. Saben a gloria —sentenció Rosita mientras le daba los dineros a Soledad.

—Gracias a ti, mujer. Ya sabes, cuando te hagan falta, vienes. Siempre hago más de la cuenta —sonrió Soledad.

—Bueno, nos vemos. Cuídate —se despidió Rosita.

Soledad volvió a echar la cadena. Se apoyó unos segundos contra la puerta. Cerró los ojos un instante, hizo de tripas corazón y continuó con su trabajo. Asíó las cortezas de carvallo con la mente puesta en Marcial. Cuando volvió en sí, echó en falta algo. Lo buscó sin dar más importancia al asunto. Ya aparecería. Miró a su niño que sonrió a su madre. Soledad le devolvió la sonrisa y abrazó al pequeño. David le hacía olvidar todos los problemas y preocupaciones que tenía en esta vida. Era su motor, lo que más quería en este mundo. A pesar de haberlo concebido en tan terrible momento, jamás permitiría que nada ni nadie le hiciesen daño, ni siquiera la persona más poderosa de aquel maldito pueblo. Estaba dispuesta a todo por salvaguardar a su pequeña familia. Dispuesta a matar, si fuese preciso.

IGLESIA DEL SAGRADO CÁLIZ. CASTELOURIÑO.
08 DE MARZO DE 1952. 09:45 HORAS.

Soledad se había acercado a la iglesia para redimirse un poco y hablar con el Altísimo, sin necesidad de molestar al padre Alberto. Entró en la capilla y se dirigió a uno de los bancos más cercanos al altar. Allí, ante la imagen del Cristo crucificado, se arrodilló en el reclinatorio, cruzó sus manos y agachó la cabeza. Rezó como nunca lo había hecho en su vida. Pidió perdón a Dios por el paso tan importante que iba a dar. Su cuerpo y su alma no podían soportarlo más. Lloró desconsoladamente. La decisión estaba tomada y sabía que tendría que hacer frente a las consecuencias.

El padre Alberto la vio desde la puerta de la sacristía, aunque no quiso intervenir. Se quedó observándola; sintió lástima por aquella mujer que sufría desmesuradamente. A punto estuvo de ir hacia ella, no le faltaron ni las ganas ni la necesidad. Era una sierva de Dios que necesitaba ayuda, al menos podría dar consuelo a su alma. Pero Soledad se levantó en ese preciso instante, se santiguó y se marchó de allí de la misma forma que había entrado. El padre Alberto la vio salir hasta perderla entre los tenues rayos de sol que se filtraban por la gran puerta de la iglesia. El destino de Soledad estaba echado.

Hacia las once de la mañana, un fuerte viento procedente del Atlántico comenzó a castigar el pueblo con furia. El temporal que se avecinaba estaba dando señales de vida. Pocos eran los que se atrevían a salir a la intemperie. Los barcos se encontraban amarrados en el puerto. El mar exigía su terreno imponiéndose con dureza. Las gaviotas revoloteaban en el interior advirtiendo de los peligros de la borrasca. El sol se ocultaba tras las nubes de acero esponjosas.

En la iglesia, algunos feligreses habían acudido a rezar y a pedir por sus seres queridos, especialmente por los que salían a la mar a ganarse el pan de cada día; varias confesiones triviales que, no obstante, para ellos eran

determinante en sus vidas. Tiempos oscuros que enriquecían las creencias y los miedos de la mayoría.

Dentro, una cúpula agrietada y algo deteriorada preocupaba al padre Alberto. Llevaba un tiempo escuchando los ruidos de la piedra a causa de los cambios de temperatura. Finos hilos de polvo caían desde lo alto de la basílica. En los días de lluvia, el agua se filtraba por entre las múltiples grietas que el tiempo había construido con el pasar de los años. Un cubo de zinc evitaba que se formaran charcos en el suelo. Los feligreses estaban desperdigados en los bancos. Algunos, arrodillados y rezando, miraban de vez en cuando hacia arriba como si pudiesen así reparar las fisuras. Otros, de pie cabizbajos, pedían por solucionar sus problemas. Solo Nicolás se acercó para hablar con el padre Alberto. Necesitaba desahogar una inquietud. El ferretero entró por la puerta ayudado esta vez de un bastón. Su sonrisa y fortaleza hacía verlo todo de distinta manera.

—Buenos días, padre.

—¡Hombre! Nicolás. Tiempo sin verte por aquí. ¿Cómo vas de la pierna?

—Bueno, ya sabe que no necesito bastón, excepto *cando o tempo* se encabrona de esta forma. Pero nada que no se pueda remediar con un buen trago de aguardiente —Nicolás sonrió cordial.

—Comprendo, hijo. ¿Qué puedo hacer por ti? —acompañó el padre Alberto devolviendo la sonrisa.

—Pues verá, padre. Venía a hablar con usted de algo que me preocupa bastante. Se trata de Rosita.

—¿Qué le pasa? —puso cara extrañada.

—La notó rara. Lleva unos días que no duerme bien. Se despierta a media noche, asustada. Está muy nerviosa.

—¿La has llevado al médico? Ya sabes que el doctor Rosique es muy bueno en lo suyo. Siempre acierta con sus diagnósticos.

—No quiere ir, padre. Dice que solo son pesadillas.

—Bueno, y ¿qué quieres que yo le haga, hijo mío?

—Verá, padre. Había pensado que, a lo mejor, hablando con ella se sienta algo sosegada. Tal vez sean cosas del alma.

—Comprendo. Bueno, dile que venga a hablar conmigo.

—No creo que quiera venir, padre. Creo que sería mejor que se pasara usted por el bazar, con el pretexto de comprar algo.

—Ya. Bueno. Déjalo de mi cuenta. Pasaré en cuanto pueda y veremos si me cuenta sus inquietudes. Pero, no te prometo nada.

—Gracias, es un bendito. —Nicolás se arrodilló, apoyado en su bastón, y le besó la mano. Se puso de pie y se marchó más contento. El padre Alberto se dirigió hacia la sacristía. Allí se arrodilló ante el Cristo colgado encima de su escritorio. Cruzó sus manos y agachó la cabeza.

—Señor, te pido que perdones a este siervo tuyo por sus pecados. Me postro ante ti con el corazón abierto. Sé que no merezco tu perdón. Llévame contigo pronto y júzgame como merezco.

Sus ojos humedecieron toda su cara. Rezó en silencio. Después, se dirigió al armario de sotanas y sacó un flagelador. Se despojó de sus ropas y se apretó el cilicio que aferraba a su cuerpo provocándole un dolor sin igual. Se volvió a arrodillar ante el Altísimo y comenzó a flagelar su espalda, sin compasión. Un sonido apagado de aflicción rompía en su garganta a cada golpe de látigo. Comenzó a notar un escozor insoportable en su cuerpo. Cesó en sus latigazos y se persignó. Se levantó y se vistió. Luisito, el monaguillo, llamó a la puerta. El padre Alberto lo invitó a entrar y fue solicitado en el púlpito.

—Padre, es la hora —manifestó Luisito con carita de ángel.

8

ZONA DEL FARO DE CASTELOURIÑO.
8 DE MARZO DE 1952. 23:15 HORAS.

La noche era fría, tanto como el alma de aquella sombra que vestía una peluca de pelo largo. En una de las ventanas, la que antaño pertenecía a la habitación de unos niños, felices e inocentes, la sombra practicaba una ceremonia, casi un ritual místico, alumbrada de un fanal y unas cuantas velas que se movían al compás arrítmico del rito que procesaba la siniestra silueta.

—¡Padre, madre! ¡Aquí estoy de nuevo! Os prometí que volvería. A pesar de las dificultades que he tenido en la vida. De toda la carga que he llevado y todo el sufrimiento, estoy aquí para honraros. Haré que los culpables paguen por sus delitos. Os *xuro* que lo pagarán muy caro. Se arrepentirán de haber hecho lo que hicieron. Dadme vuestra bendición. Os quiero. —Sonrió y apagó las velas y el candil que iluminaban todo el recinto de una forma siniestra.

La sombra salió sigilosa del faro, después de treinta y cinco minutos de honores. No se veía un alma por entre sus calles. Todo era silencio, a excepción de los embistes del mar contra las rocas del acantilado. Miró en derredor. Vía libre. Tomó en dirección calle arriba y dobló la esquina por el muelle. Los barcos pesqueros bailaban al compás de las olas que lamían el espigón portuario. Un par de gaviotas posadas en el mástil de un bote salieron huyendo al ver la silueta moverse. Caminó con paso firme y calculado, hasta perderse entre montículos de redes, cuerdas y aparejos.

El trabajo estaba hecho. Ningún testigo. Todo desierto. Todo perfecto.

II

HOSPITAL LABACA. LA CORUÑA.
5 DE FEBRERO DE 1931. 12:00 HORAS.

El día prometía algo más de luz que los días anteriores. Los rayos de sol intentaban por todos los medios colarse por los grandes ventanales del sanatorio. La zona boscosa en la que estaba situado propiciaba una paz que acompañaba al lugar pero, teniendo en cuenta lo sombrío y la austeridad que envolvía al edificio, daba la impresión de que los confinados jamás saldrían de allí a menos que fuera con los pies por delante. Los métodos que el doctor Eusebio utilizaba con sus pacientes no parecían ser los más idóneos para una cura, ni siquiera a largo plazo; los baños de agua helada, las corrientes eléctricas descargadas en las sienes del perturbado y otras tantas que más que curar, empeoraban a los pacientes.

Toda una vorágine de terapias, la mayoría de ellas inútiles, se aplicaban en un intento fracasado para la mejoría de los internos, pero, dicho sea de paso, poco importaba su salud y bienestar; caras perdidas en la inmensidad de la ignorancia y el dolor, miradas de vacío que guardaban un profundo silencio lleno de amargura y soledad. Aquellos enfermos ocupaban un lugar en las salas y habitaciones como conejillos de indias asustadizos, ajenos a una realidad que carecía de toda importancia en aquella fortaleza insondable. La mayoría se movían, sí. Se movían, comían, lloraban, bebían, incluso sentían, pero no eran conscientes de lo que pasaba a su alrededor. Al menos, la gran mayoría de ellos.

En la sala de camas se encontraba Pablo, ausente de aquella realidad, bocarriba, esperando nada, con los ojos abiertos y la mirada perdida, sin decir ni una palabra. Su hermana, sentada en una silla de anea, se hallaba a su lado y ambos con las manos agarradas; sus ojos verdes esmeralda hundidos en un pozal de lágrimas a punto de derramarse. Una leve sonrisa asomó de su cara angelical. Unas breves palabras se vertían de su boca.

—Te pondrás bien, Pablito. Ya lo verás. Estaré siempre contigo. —Las lágrimas brotaron y cayeron precipitándose por sus mejillas hasta su regazo. En ese instante, sor Virtudes entró en la sala con una buena nueva.

—Silvia, hija. ¿Puedes venir un *momentiño*? —espetó la monja con bondad. Silvia la miró y se limpió la cara con los puños de su vestido. Volvió a contemplar a su hermano y le musitó algo:

—Vengo enseguida. —Se levantó de la silla y acompañó a sor Virtudes.

—Vas a conocer a tus tíos. Ellos se harán cargo de ti. Vas a estar muy bien, ya lo verás —afirmó con felicidad.

—Pero mi hermano no puede quedarse solo. Él me necesita.

—Lo sé, mi niña, pero podrás verle siempre que quieras. Aquí estará bien atendido y podrá recuperarse. Ya lo verás —mintió sor Virtudes para tranquilidad de la niña puesto que conocía perfectamente el trabajo y la fama del doctor Eusebio y los pocos éxitos obtenidos por el matasanos.

—¡Yo no quiero irme, madre! —dijo Silvia con su carita empapada de lágrimas.

—No hay más remedio, corazón. No puedes quedarte aquí. No es un lugar apropiado para una *filla*. Solo las personas que necesitan ayuda pueden estar aquí, compréndelo. Mira, si quieres yo iré a verte y estaré contigo, ¿quieres? —dijo la monja arrodillada ante la niña con las manos agarradas a las suyas.

—¿De verdad vendrá a verme, madre? —planteó Silvia con voz quebrada.

—Claro que sí. Iré a verte todas las veces que pueda —tranquilizó a la niña.

Sor Virtudes se levantó y agarró la mano de Silvia suavemente, que se volvió hacia Pablo y lo besó en la frente. Después de eso, iniciaron un recorrido hasta el despacho de dirección. A cada paso que daba Silvia, le parecía soportar una carga muy pesada, como si llevara en sus pies bloques de cemento. Fueron unos metros que le parecieron una eternidad, pero sabía que no había otro remedio. Debía ser paciente y asimilar todo aquello; ya habían transcurrido más de tres días, no obstante, los acontecimientos acaecidos hasta el momento eran demasiado grandes para una niña de su edad. Frente a ella se encontraba muy próxima la puerta del despacho de dirección. Allí viviría un nuevo comienzo que le aterraba. Desconocía aquellas personas que formarían parte de su nueva familia.

—Díganos, doctor. ¿Cómo se encuentra el pequeño? —preguntó Andrés, tío paterno de los niños, algo preocupado por la situación.

—No le voy a mentir, don Andrés. No creo que se produzca alguna mejoría —soltó serio y agrio el doctor Eusebio. Jamás filtraba sus opiniones. Las decía siempre como las sentía.

—Pero, entonces... ¿qué probabilidades hay de que el niño salga de aquí? —preguntó Andrés compungido. Era el hijo de su hermano mayor y apenas lo conocía, pero era su sangre y tenía buenos sentimientos. Le preocupaba el estado de salud de su sobrino.

—Más bien, pocas. Créame —dijo mirando por encima de sus gafas metálicas.

—Comprendo —respondió Andrés mirando a su esposa.

—¿Y la niña? Ella, ¿está bien? —intervino Herminia, la esposa de Andrés. Se atusó el pelo y se compuso el vestido con ademanes milimétricos. Parecía una muñeca de porcelana. Su cara bobona hacía parecer que llevara comida en la boca contenida. Lejos de ser la mujer que fue un día; esbelta y atractiva. El tiempo dejó que hiciese su trabajo en vientre y caderas, especialmente. Su nariz, respingona, y sus ojos negros parecían llevar el cartel de «No molestar»; su antipatía rebosaba por los cuatro costados.

—Sí. La niña está bien —contestó el doctor Eusebio, parco en palabras.

—Debió presenciar toda la escena. No comprendo cómo mi hermano ha podido hacer una cosa así. Él quería a mi cuñada. No entiendo nada. Pobre nena —repuso Andrés compungido.

—Al fin y al cabo, no podríamos alimentar a los dos. Mejor que por su bien se quede aquí. Al menos le darán de comer —apuntilló Herminia con frialdad.

—¡Por el amor de Dios, mujer! ¿Cómo puedes hablar así?

—Andrés, no me seas débil, no lo soporto. Sabes que llevo razón. No estamos en posesión de alimentar a nadie y mucho menos a niños que no son nuestros.

—Son los hijos de mi hermano. Se han quedado huérfanos.

—Tú y tus lastimeros sentimientos. Nunca llegarás a nada si sigues pensando así. —Herminia exprimió su rostro como una bayeta escurrida.

—No se preocupen por el muchacho. Aquí recibirá el tratamiento adecuado para una posible recuperación. Hay que intentarlo todo. No albergo muchas esperanzas, pero ante todo soy un profesional —apuntó el doctor Eusebio interrumpiendo la perorata de Herminia.

La puerta del despacho emitió un par de sonidos secos de madera robusta. Los goznes acusaron la apertura dando paso a la imagen de sor Virtudes que apareció con la niña cogida de la mano.

—Buenos días, tengan ustedes —anunció con una voz dulce y una sonrisa comedida en su rostro.

—Buenos días, sor Virtudes. Pase, por favor —dijo serio el doctor, levantándose de su silla. Andrés y Herminia también copiaron el movimiento casi al unísono del doctor.

—Les presento a la pequeña Silvia —señaló sor Virtudes abrazando a la niña desde atrás.

Herminia observaba a ambas con cara de extraña. No imaginaba que la pequeña fuese a ser tan bonita. Esta las miró en silencio. Andrés le ofreció una tierna sonrisa. Sus ojos expresaban bondad y dulzura, al mismo tiempo que irradiaban dolor y consternación por la situación de los niños. Sabía que tenía la obligación de cuidarlos. Eran los hijos de su hermano. ¿Qué podía hacer si no? A pesar de la oposición de su esposa, no iba a permitir dejar de la mano de Dios a aquellas criaturas. Saldrían adelante como fuera posible. Andrés sabía perfectamente cómo era Herminia. A pesar de ello, la quería. Sentía una cierta dependencia hacia ella, quizá por su disposición a hacer las cosas, su fuerza, su entereza para afrontar la vida, o quizás por el gran trauma que tuvo que pasar antaño. Sea lo que fuese, Andrés era como un pequeño corderito a su lado. Cedía a casi todo lo que Herminia le decía. Su apocada voluntad le hacía ser sumiso ante los mandatos de aquella fémina superficial y sin escrúpulos, aunque él siempre hurgara en su interior para ver cosas buenas en aquel monstruo con disfraz de mujer.

—Así que esta es la niña de mis cuñados. Supongo que estará desparasitada, ¿verdad?

—¡Herminia, por Dios! —musitó Andrés pasando por su frente un pañuelo de bolsillo.

—¡Hay que andar con cuidado hoy día! ¡Los niños portan muchas enfermedades y parásitos! ¡No quiero que se me llene la casa de chinches y piojos! —dijo con desprecio torciendo la boca.

—La niña está libre de cualquier enfermedad y parásitos. Es muy limpia, se lo puedo asegurar —añadió con seriedad sor Virtudes en respuesta a las reclamaciones de Herminia.

Andrés se acercó a la pequeña y se arrodilló ante ella. La miró y le sonrió con dulzura.

—Hola, pequeña. Soy tu tío Andrés, el hermano de tu papá. Supongo que no me recuerdas. La última vez que te vi eras así de pequeñita —midió entre las palmas de sus manos una porción de espacio. Silvia dejó escapar una leve sonrisa a modo de agradecimiento por las bonitas palabras de su tío. Pero a

pesar de la verborrea alentadora de Andrés, la niña desprendía un miedo espeso a la soledad y a la falta de protección que necesita un niño de sus mayores cuando se ven desprotegidos y solos en la vida.

La esposa de Andrés no hacía más que mirarla, observándola con ojos vacíos, como si temiese que fuera a ser sustituida por la niña. Se sentía amenazada por una criatura de apenas ocho años; una mujer que ya, desde su juventud, había conquistado los sentimientos de Andrés con bondad y ternura. Porque Andrés vio en Herminia a la mujer de sus sueños, aunque, poco a poco, Herminia cambió su piel de cordero para descubrirse como un ser maquiavélico. Él no tenía fuerzas para darse cuenta de la verdadera persona que tenía a su lado. Quizá no supo verlo, quizá no quería verlo. Aun así, él la amaba y lo hacía con todas sus fuerzas. Siempre se esforzaba por ver el lado bueno que en tiempos regaló su esposa, aunque ella lo despreciara cada vez más. Siempre le decía que no tenía carácter, que no era lo suficientemente hombre para hacer esto o aquello, que no sabía enfrentarse a la vida; un ser débil y bondadoso.

El continuo bombardeo de mensajes negativos y destructivos hacía que Andrés se apocara cada vez más, aunque eso no le impidió ser el hombre bueno que llevaba dentro. Con el tiempo, Andrés supo construir una gran coraza a su alrededor e impedir que todo aquello pudiese afectarle. Era como vivir solo con una presencia etérea, que pululaba de vez en cuando por su casa y que no hacía caso, un ente al que había llegado a ignorar por completo excepto cuando estaban en compañía de otras personas y amigos. Todo era un paripé de apariencias para ocultar la gran mentira de sus vidas.

Se levantó y cogió la mano de Silvia. Se acercó a Herminia y musitó unas palabras:

—Esta es tu tía Herminia. Ella cuidará también de ti —dijo sin creer en lo que acababa de decir. La niña se dio cuenta de la situación. Herminia la miró sin pestañear de arriba abajo. Luego se dirigió al doctor Eusebio y le hizo una pregunta.

—Entonces, dice usted que el niño no tiene cura, ¿no es así?

Silvia abrió los ojos como platos. No podía creer que aquella mujer dijera una cosa así delante de ella.

—Herminia, ¡por los clavos de Cristo! La niña está delante.

—¡Seamos sinceros y realistas, Andrés! ¡Tarde o temprano tendrá que saber la verdad con respecto a la enfermedad de su hermano! ¡Siempre queriendo enmascarar la realidad! ¡No seas patético, por favor! ¡Compórtate!

—exclamó, imprimiendo una expresión de soberbia y maldad en su rostro. Andrés no dijo nada. Agachó la cabeza en señal de vergüenza.

—Nunca se debe perder la esperanza, pero en las condiciones en las que está el pequeño, me temo mucho que poco se podrá hacer por él —apuntilló el doctor.

Sor Virtudes se aferraba más aun a la niña para darle amor y aliento; una protección momentánea mientras la tormenta caía sin piedad alguna, un consuelo y un amor efímero que se escapaba por momentos de entre sus manos y su voluntad. Sabía de antemano el tipo de vida que le esperaba en un hogar lleno de odio y frialdad. Al menos le quedaba el alivio de su tío, la bondad personificada.

BOSQUE DE CASTELOURIÑO.
9 DE MARZO DE 1952. 07:00 HORAS.

Una espesa niebla abrigaba todo el bosque y parte del pueblo. El temporal había amainado un poco, pero el frío no daba tregua y los lugareños sabían cómo se las gastaba el tiempo por aquellas fechas. Dos personas habitaban en aquel momento el lugar sin importarles las inclemencias de la naturaleza pues solo mostraban su amor irrefrenable y prohibido.

—¿Qué te pasa? Te noto inquieto —dijo la muchacha mientras besuqueaba el cuello de su amado.

—Sabes que no me hace ninguna gracia que nos veamos de esta forma —aseveró él.

—Anda, *amorciño*, no seas así. Pronto acabará todo y nos iremos juntos. Ya lo verás —sonrió la chica mientras acariciaba el pelo del muchacho.

—¿De verdad? ¿Tú crees? —preguntó ilusionado.

—Te lo prometo.

—Sabes que estoy enamorado de ti desde que éramos niños, ¿verdad? —sonrió inocente.

—¡Cállate, anda! Vas a hacer que me sonroje, tonto.

Acercaron sus bocas y se besaron apasionadamente.

—¡Vámonos lejos de aquí! Iremos donde tú quieras —dijo esperanzado.

—¿Y dejarle así?, ¿de esta forma? No, *nenó*, no. Las cosas hay que hacerlas bien. Yo tengo una responsabilidad con él y tengo que cumplirla. Primero tengo que hacer lo que tengo que hacer —afirmó ella seriamente—. No dejaré este pueblo sin hacer las cosas bien. Será mejor que te vayas, anda. Está a punto de levantarse. Debo de estar allí.

—Déjale de una vez, por favor. ¡No lo soporto más! ¡No soporto vernos de esta manera!

—Ten paciencia, cariño. No es tan fácil como crees. Compréndelo. No puedo abandonar así como así la situación. Necesito terminar con todo esto, pero bien. Podría sospechar y no quiero problemas con él. Cuando todo finalice, te prometo que escaparemos lejos de aquí. ¡Anda, vete ya!

Los dos se volvieron a besar, esta vez con toda la pasión que eran capaces de demostrar.

—¡Ah!, ¡por cierto! Te he traído algo que he guardado durante mucho tiempo.

—¿En serio? ¿Qué es? —sonrió ilusionada.

El muchacho sacó de su bolsillo, envuelto en un pañuelo, un objeto. Ella lo destapó y abrió los ojos como platos. Se puso muy contenta.

—¡*Nai de Deus!* ¿La has tenido todo este tiempo? —Se mordió el labio de la emoción.

—Así es. Será mejor que la guardes tú. Así sabrás lo mucho que te quiero.

—Gracias, mi vida. Significa mucho para mí.

—Pero procura que él no la vea. Sería peligroso. Sospecharía y sabría que nos estamos viendo.

—Claro. Descuida. La guardaré donde no pueda encontrarla. —La chica se agarró al cuello del muchacho y volvió a besarlo con pasión—. ¡Vamos, vete ya, anda!

El joven montó en su bicicleta y marchó por entre los árboles, donde la espesa niebla del momento se encargó de ocultarlo, hasta perderse de vista.

RESIDENCIA DE BENIGNA. CASTELOURIÑO.
09 DE MARZO DE 1952. 08:47 HORAS.

El mar empezaba a zozobrar endemoniado, estrellando millones de gotas en las rocas de los acantilados más alejados. Los *percebeiros* hacían su trabajo, arriesgando sus vidas por unas cuantas pesetas por jornada. Los habitantes empezaban a cerrar las contraventanas para evitar la rotura de cristales y los animales se refugiaban hasta en los hórreos y recovecos de las casas. Pero los castelourenses estaban acostumbrados, como buenos gallegos, al mal tiempo. Eso les hacía ser introvertidos y muy trabajadores. Además, el misterio se unía a esas formas y maneras de llevar la vida; creencias de viejas y supersticiones. Era la base de una educación que pasaba por momentos duros en el declive de una España austera y triste. Tiempos difíciles para toda una Nación que se sumía en los entresijos de una política conservadora, de ciertos abusos por parte de los adinerados terratenientes que, como en el caso de aquel pueblo, llevaba a la mayor parte de sus aldeanos a tener una vida de esclavitud y servidumbre. No hacía falta látigo alguno ni guardián para usarlo. Las formas eran más modernas, acordes con los tiempos. Era el caso de don Fernando y sus lacayos, uno de ellos sin escrúpulos. Tenían al pueblo subyugado para pagar las rentas a su tiempo o, mejor dicho, al tiempo que marcaba el hacendado.

Uno de esos sirvientes era el corpulento Casto, mecánico de todos los vehículos que tenía en su finca Fernando de Castro, con unos rasgos bien marcados en sus mejillas, que acompañaban a unos ojos huidizos y negros como el tizón. Su nariz aguileña le daba cierto aire de cuervo. Al fin y al cabo, lo que era. Otro era Aleixo, alto y de musculatura formada. Practicaba por las noches el boxeo, golpeando un saco que colgaba del cobertizo de herramientas de los dominios de Fernando. Estaba rapado y ofrecía una cara de deficiente mental. Tenía aire de bruto; un hombre sin alma, peor que su

amo, si cabía decirlo. No le temblaba el pulso a la hora de dar rienda suelta a su ira. Tenía a casi todo el pueblo atemorizado ante sus formas despiadadas de actuar.

Javier Manzano había quedado con Isabel para dar una vuelta por el pueblo y conocer un poco más a sus gentes y lugares de interés. Pero sabía, en conciencia, que no era ese su propósito. Le había caído muy bien la chica y, sin saber cómo, había despertado en él cierta chispa de un especial afecto. Era como haber resurgido de un letargo triste y apocado, a una soledad que tenía asumida. Desde que tuviera su último encuentro con Julia y perdiera todo contacto con ella, en las postrimerías de la Guerra Civil, no fue el mismo. Se encerró a cal y canto en su trabajo. Se volcó de lleno en todos los casos que caían en sus manos, convirtiéndose en un policía extraordinario.

Meses atrás, Javier había recibido el balazo de un individuo que le había disparado acertando en su oreja derecha, durante un atraco perpetrado a un banco cercano a la avenida principal de la ciudad. La bala le había destrozado literalmente todo el hélix y parte de la fosa triangular. Los médicos no pudieron hacer nada. El único remedio era que se dejase crecer un poco el pelo y consiguiera tapparla para disimular el estropicio, decentemente. Solo asomaba parte del lóbulo, suficiente para pasar desapercibida. Ya de por sí era bastante introvertido y serio, como para preocuparse, encima, de un defecto físico.

Pero la presencia de Isabel, *Isiña* como a ella le gustaba que la llamaran, despertó en él cierto optimismo y alegría. Aunque trataba de disimular su pequeño entusiasmo cada vez que se encontraba cerca de ella, no podía por menos que esbozar una sonrisa que, hacía tiempo, no dibujaba en sus labios arqueados.

Se había puesto su traje chaqueta y una de las corbatas que metió en la maleta; la azul marina que conjugaba muy bien con la camisa blanca, almidonada hasta los picos. Frente al espejo de su habitación, en casa de tía Beni, ajustaba el nudo con cierta indecisión y nerviosismo. De repente, se dio cuenta del desasosiego que tenía y sintió algo de culpabilidad. De nuevo, el recuerdo de Julia afloró en su mente. Un desconsuelo se apoderó de todo su ser, así que intentó despejarla de su cabeza: entornó los ojos a modo de censura. ¿Estaría haciendo lo correcto?

De repente, unos golpes en la puerta de la casa sonaron con insistencia. Javier reaccionó de inmediato. Sus pensamientos volvieron a *Isiña* pues había quedado en que él pasaría por su casa a recogerla. Frunció el ceño y bajó las escaleras con cautela. De nuevo, la puerta fue golpeada, aunque esta vez más

fuerte. Tía Beni no se encontraba en la residencia, pero si quería entrar, llevaba sus propias llaves. Javier abrió y dos siluetas de uniforme aparecieron pétreas incólumes, fijas como dos estatuas de Miguel Ángel.

—¡Buenos días! —dijo el más orondo y corpulento, saludando con su mano derecha—. Usted es el inspector don Javier Manzano, sobrino de doña Benigna Ramírez, ¿verdad? —terminó de pronunciar el sargento de la Guardia Civil, Ricardo Cayuela, bajando su mano con ímpetu. Javier se amedrentó. Tía Beni había ido a hacer unos recados y temió que le hubiese pasado algo.

—Así es. Yo soy. Veo que están bien informados. ¿En qué puedo ayudarles? —contestó cambiando el semblante de su rostro a una tonalidad pálida como el tiempo que hacía.

—Verá usted, señor. Soy el sargento de la Benemérita, Ricardo Cayuela, y este es el cabo primero, Manuel Sagredo —se presentó—. Sabemos que es usted inspector de la Policía de la Brigada Criminal. ¿Podríamos hablar con usted? —Javier observó a los dos agentes intercambiando miradas. Después, asintió amablemente, pero con preocupación.

—Claro, pasen ustedes, por favor. —Terminó de abrir la puerta para que los agentes pasaran a la sala de estar. El desasosiego del inspector iba en aumento y no pudo por menos que soltar de repente una pregunta antes de que los tres terminaran de pasar adentro—. ¿Se trata de mi tía?

El sargento lo miró con extrañeza.

—No. No, no. Tranquilícese, inspector. No tiene nada que ver con doña Benigna.

Javier dejó notar cierta señal de alivio y, a partir de ahí, tomó las riendas del encuentro, ya algo más centrado en lo que los agentes pudieran comentarle. Reconoció que era una situación un tanto extraña. Dos agentes de la Benemérita intentando hablar con él. «¿Acaso querrán darme la bienvenida al pueblo?», bromeó mentalmente. No se le ocurría ninguna razón por la que dos representantes de la ley uniformados pudieran estar allí.

—Bien, sargento. Ustedes dirán. —Miró a los dos.

El sargento lanzó una mirada a su compañero. La pareja se encargaba de mantener el orden público. Sus intervenciones no llegaban más allá de algún arresto menor por borracheras y escándalo público o el comunicado de algún accidente en las inmediaciones del pueblo.

—Acabamos de hallar un cuerpo en los acantilados del faro. Hemos acordonado la zona y los compañeros están allí para impedir que nadie pueda

tener acceso al lugar y, por supuesto, que ningún vecino curioso se asome a olisquear.

La reacción de Javier fue de asombro. No comprendía qué hacían aquellos agentes comunicándole la necrológica noticia. Volvió a mirarlos con incredulidad. Primero al sargento y luego al cabo, como esperando una respuesta más concreta.

—Y, ¿bien? ¿Podrían decirme ustedes por qué me comunican esta noticia? —se atrevió a preguntar. El sargento volvió a mirar a su compañero con cierto recelo.

—Verá usted, inspector. Después de hablar con nuestros superiores en Carballo, y de comentarles que un inspector de la Brigada Criminal está pasando unos días en el pueblo..., bueno..., veníamos a pedirle que se hiciese usted cargo de la investigación —replicó el sargento, mientras sacaba un pañuelo de su pantalón para limpiar su nariz.

—¿Yo? Pero, y ¿qué pasa con las autoridades de Carballo?

—Nos han autorizado, bajo la supervisión de usted, que nos encarguemos nosotros de recabar toda la información hasta que lleguen ellos. Nosotros nunca nos hemos enfrentado a algo así. No sabríamos por dónde empezar. Y mi compañero y yo habíamos pensado que, puesto que está usted aquí...

—... Sea yo el que se encargue de hacer todo. Comprendo —se adelantó a decir Javier.

El inspector se pasó la mano por su cabello a modo de consolación. No podía decir que no. Era un agente de la Brigada de Investigación Criminal y estaba obligado a tomar parte en aquella situación, al menos hasta que las autoridades de la capital se hiciesen cargo del caso. En ese instante, Manzano se acordó en su gran amigo, que estaría cazando por tierras madrileñas con su padre. Echó de menos su compañía y pensó en lo bien que debía estar por aquellos páramos. ¿Quién le iba a decir que sus vacaciones se truncarían de aquella forma? Javier miró a los agentes e hizo una pequeña mueca. Asintió con la cabeza, resignado como un perro moribundo al que deben sacrificar.

—Está bien. Me haré cargo del caso, pero solo hasta que llegue la caballería.

—¡Claro, inspector! —espetó el sargento.

—Será mejor que vayamos al lugar de los hechos cuanto antes. Deberé comunicar a mis superiores las buenas nuevas —comentó Javier sin perder más tiempo.

—Desde el cuartelillo podrá usted llamar, señor.

—Está bien, vamos.

De repente se acordó de *Isiña*. Tendría que avisarla y darle la noticia, pero no en aquel momento. Ya habría tiempo de darle una explicación. Sabría entender la situación. Javier tenía la esperanza de resolver aquello lo antes posible, aunque imaginaba que no llegaría ayuda alguna.

FARO DE CASTELOURIÑO.
9 DE MARZO DE 1952. 09:10 HORAS.

Aunque el tiempo había dado cierto margen de tregua, el viento soplaba acompañado de un frío helado y el cielo amenazaba lluvia. Unas cuerdas rodeaban el lugar de los hechos. El pueblo entero no tardó en hacerse eco de la muerte de alguien en las inmediaciones. Una gran muchedumbre se agolpaba ansiosa. No obstante, agentes custodiaban la zona y para acceder al sitio se debía rodear el faro hasta llegar a un pequeño camino pedregoso y empinado de difícil bajada. Los matorrales impedían el movimiento de cualquiera que bajara o subiera por allí. Por el momento, los únicos que accedían eran las autoridades.

Un Land Rover llegó al lugar y aparcó justo frente a la puerta del gran faro, que se erguía majestuoso e impecadero con el pasar de los años. Del vehículo bajaron los tres agentes. Uno de ellos, el sargento Ricardo, se acercó al compañero que había quedado allí de guardia. Hablaron entre ellos. Javier contempló la escena y observó el faro detenidamente, de abajo hacia arriba. La puerta era de madera robusta. Se acercó a ella, sacó un pañuelo de su bolsillo y asió el pomo. Zarandeó para comprobar su estado. Estaba cerrada. El sargento se acercó a Javier.

—Si hace el favor de acompañarme, le llevaré hasta donde está el cuerpo.

Javier asintió y le acompañó, bajando por el escarpado camino. El sargento resbaló a causa de los cantos rodados y a punto estuvo de caer por la zona de precipicio hasta el agua. Pero el inspector le agarró del brazo y lo aguantó como pudo. Casi consigue arrastrarlo también, pero tuvo suerte de aferrarse a un robusto matorral que logró frenar los dos cuerpos. El sargento palideció y agradeció a Javier que le salvara de una caída segura.

—No hay de qué —dijo sonriendo, para tranquilizarle.

Una vez salvado el acceso, llegaron a la zona rocosa. El mar salpicaba los pies de los agentes. Justo encima de una de las rocas más grandes se encontraba el cuerpo sin vida de alguien que no había sido identificado todavía. Estaba bocabajo, con la cabeza medio ladeada y ensangrentada. Javier se aproximó al cadáver. Para ello tuvo que sortear una gran roca y bajar otras dos más, hasta llegar hasta el lugar. Se agachó para pasar por debajo de la cuerda, que rodeaba la escena del suceso. Se arrodilló y oteó el cuerpo, apoyando el brazo en su pierna izquierda. Observó y miró de un extremo a otro. Los agentes ojeaban todo el ritual. Después de unos minutos, levantó la cabeza y preguntó al sargento.

—¿Quién ha encontrado el cuerpo?

—Unos pescadores que pasaban por esta zona. Desde aquel punto — señaló con su dedo índice una zona concreta del mar— vieron algo extraño sobre la roca y acercaron la embarcación, hasta comprobar que era un cuerpo tendido. Atracaron la barca un poco más allá y uno de ellos subió el montículo para darnos el aviso. El resto ya lo conoce.

—¿Sabe si han tocado el cadáver?

—No. No, señor.

—¿No lo sabe o no lo han tocado?

—No lo han tocado. Subió inmediatamente para darnos parte, mientras el otro se quedaba en la barca.

—¿Han llamado ya al forense y al juez?

—Sí, señor. Están de camino.

—Bien. Por favor, acérquese —dijo Javier en un tono algo preocupante. El sargento se aproximó con cierto ímpetu y recelo. Se colocó a la izquierda de Javier. Allí se arrodilló para quedar a la altura del inspector, pero miraba sin saber lo que tenía que observar. No sabía interpretar las señales que podía emitir un cadáver—. ¿Lo ve usted? —preguntó Javier mirándole fijamente.

—Ver ¿qué, inspector? —el sargento Ricardo observaba sin lograr atisbar nada.

—Observe la zona de la cabeza. ¿Ve la brecha?

—Sí. Quizá se haya golpeado con las rocas —apuntilló el sargento.

—No. Si se hubiese golpeado con las rocas tendría una contusión en todo el perímetro de la herida. Piense que un impacto abarcaría cierta porción en la zona afectada, y esto es una herida limpia. Además, el cuerpo está boca abajo. Tiene la cara casi destrozada. Se ha llevado una fuerte conmoción con las rocas. También ha sido golpeado con un objeto romo.

—Y, ¿no es posible que el mar lo haya devuelto golpeándolo? Suele ocurrir, inspector. Esto es la *Costa Da Morte*. Usted no sabe cómo se las gasta el mar en esta parte del país.

—No me cabe la menor duda, pero no es el caso. Observe bien. El cuerpo está seco. Si hubiese sido el mar, con esta humedad y este tiempo no se habría secado. Y aun habiéndolo hecho, tendría residuos de mar y salinidad en todo el cuerpo. ¿Usted ve alguna prueba de que este cuerpo lo haya devuelto el mar?

—Pues, ahora que usted lo dice, no señor —contestó con asombro.

—Además, no creo que lo hubiese depositado aquí, por muy fuerte que haya sido la marea. Antes, lo hubiera dejado incrustado por entre las aberturas de las rocas principales.

Javier Manzano se percató de que, en la piedra, a la altura de la cintura del cadáver, había sangre. Después, miró hacia arriba, observando la construcción que se presentaba ante él: el faro, sólido e impertérrito, vigilando e impidiendo que todo tipo de embarcaciones se estrellaran contra los acantilados de la costa, salvando vidas y viendo otras perecer por imprudencia y desconocimiento humano. Observó el gran ventanal que daba frente al mar. La ventana estaba abierta. Calculó, a groso modo entre diez y quince metros de altura y enfocó la posición del cuerpo con la posición del ventanal. Había una desviación de un par de metros pero se podía deber a la altura y velocidad de la caída libre. Miró al sargento y comentó su teoría.

—Es muy posible que la víctima cayera desde la ventana del faro. Lo arrojaron a pesar de la resistencia que ofreció la víctima a su oponente.

—¿Está usted seguro, inspector? El faro está cerrado. Yo mismo vi cómo usted lo comprobaba —apuntilló extrañado.

—Seguro no hay nada en esta vida, sargento. Pero, apostaría mi trabajo a que fue arrojado desde ella. El que esté cerrada la puerta no significa que el asesino no pudiera entrar. Podría tener una llave o saber abrir una puerta. ¿La ventana siempre está abierta?

—Pues, ahora que lo dice usted..., suele estar cerrada. Pero el único que tiene la llave es Suso, el encargado de encenderlo y apagarlo, señor. Quizá se la haya dejado abierta.

—Necesito hablar con ese hombre.

—Claro, inspector.

El sargento llamó a uno de sus hombres y ordenó que localizaran de inmediato al encargado del faro.

—¿Tiene usted idea de quién puede ser la víctima? —dijo Javier con el convencimiento de que la respuesta sería negativa. El fallecido tenía la cara irreconocible. Un amasijo de carne dejaba ver con dificultad algunos rasgos de lo que pudo ser un rostro humano. El sargento escudriñó el cuerpo de un extremo a otro. Se agachó y volteó la mano izquierda del fallecido. Después de unos intensos segundos, dijo unas palabras mientras asentía con la cabeza.

—No estoy muy seguro, pero creo que se trata de uno de los hombres de don Fernando, el terrateniente del pueblo. Lleva el anillo con el sello de la casa de los Castro. Por la altura que gasta y la complexión, posiblemente se trate de Aleixo García.

Javier tanteó con rapidez las costillas y los glúteos de la víctima para comprobar documentación alguna. Como sospechaba, no llevaba nada encima. El asesino le había privado de las credenciales suficientes para identificarle, bien para ralentizar la investigación, bien para robarle el dinero que pudiera llevar. Al mirar su mano, comprobó que la tenía manchada de sangre.

Fue entonces cuando el equipo compuesto por el forense y el juez llegó al lugar de los hechos. El sargento Ricardo se encargó de hacer las presentaciones pertinentes de todos los allegados. El cabo Manuel realizaba las fotos de rigor. El sargento y Javier observaban al forense.

—Tiene un fuerte golpe en la cabeza, en la zona parental, producido por un objeto consistente.

Cuando comprobó las manos de la víctima, un objeto redondo apareció en la mano derecha.

—¡Inspector, acabo de encontrar esto en su mano!

Javier se agachó a la altura del forense.

—Parece una pelota de goma.

—Es una pelota de goma —puntualizó Javier.

Uno de los ayudantes de la Benemérita le alcanzó un sobre de papel para meter el objeto.

—Sargento, haga el favor. —Se lo ofreció para que lo guardara.

—Evidentemente, el asesino, después de lanzar el cuerpo desde la ventana del faro, bajó hasta aquí para colocarle en la mano este objeto.

—Y, ¿para qué le pondría el asesino una pelota de goma? ¿Qué esperaba?, ¿que jugara con él después de muerto? —respondió el sargento a modo de sarcasmo. Javier miró al sargento y dibujó una sonrisa fracasada en su rostro.

—Desconozco con qué intención puso ese objeto en su mano, pero podría ser la firma del asesino. También podría significar algo para la víctima o para

el propio asesino, y quería dejarlo constar en el lugar del hecho.

—La víctima intentó defenderse. Las uñas presentan signos de lucha. También hay algunas desportilladas, como si hubiese arañado algo muy duro. Además, las falanges están aplastadas, como si alguien las hubiese pisado con un calzado consistente, con el tacón, probablemente —puntualizó el forense.

—Estoy viendo que este caso nos va a complicar la existencia —anunció con cierto recelo el sargento.

El cielo empezaba a ponerse de un negror más intenso, como si quisiera romper en mil pedazos y dejarse caer en forma de cataratas. El frío también se dejaba notar en los cuerpos de los presentes. En ese momento, agradeció no haber salido con *Isiña*. La chica había estado tosiendo esos días.

—Debemos darnos prisa. Si empieza a llover no podremos continuar con la investigación en el lugar. No quiero que el cuerpo se moje.

Le dieron la vuelta al torso y Santiago terminó de fotografiarlo. Vieron sangre por la zona del costado. Lo habían apuñalado. Javier comprendió entonces la mancha en su mano.

—Cinco centímetros de profundidad —exclamó el forense metiendo en la herida una pluma de ave y midiendo esta con una regla de madera—. La examinaré mejor en el instituto.

—¡Madre mía! Le han hecho de todo. ¡Si es que se lo ha buscado, el pobre diablo! —comentó por lo bajo el sargento.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que extorsionaba a todo aquel que le debía dinero a su señor. Le gustaba hacer uso de la fuerza. En fin...

—Yo ya he terminado, inspector. Seguiré examinando el cuerpo en el hospital —concluyó el forense.

—Una cosa más, doctor. ¿Cuánto tiempo diría usted que lleva muerto? —preguntó Javier.

—Pues, según el estado del cuerpo y la sangre coagulada alrededor de su cabeza, yo diría como unas doce horas aproximadamente. Es imposible constatar la hora de la muerte con exactitud. Son heridas *ante mortem*, en cualquier caso.

—Gracias, doctor. Eso nos daría una hora aproximada; sobre las veintiuna horas de anoche. Señorita, si a bien lo tiene, daré orden para que retiren el cadáver.

—Proceda, inspector —sentenció el juez, tras introducir sus manos en los bolsillos de su chaquetón.

—Sargento, voy a tener que echar un vistazo al interior del faro, concretamente a la zona donde pertenece esa ventana —dijo Javier, señalándola.

—A sus órdenes, inspector —apuntilló el sargento cuadrándose y saludando al mismo tiempo.

Javier sabía que no iba a ser fácil la resolución de aquel caso. Un caso que dejaría al descubierto las vidas oscuras de algunos habitantes del lugar.

CASA DE MARÍA SOLEDAD. CASTELOURIÑO.
9 DE MARZO DE 1952. 10:00 HORAS.

Sentada en una silla de anea, Soledad abrazaba a su niño como si no hubiese un mañana. Frente a su nogal, la mujer le contaba las grandes inquietudes que sentía. Como una perturbada, perdía la mirada en las frondosas raíces del árbol. Arreciaba un poco de frío, pero pareció no afectarle lo más mínimo.

—Te maldigo, *Manoliño*. Te maldigo tanto como te he amado. ¿Sabes? Voy a ir a ver al padre Alberto. Le voy a contar todo. No puedo más. Esta pena me está matando y no puedo soportarlo ya. Lo haré por mi *filliño*, lo que más quiero en esta vida. ¿Me estás oyendo?

Bastaron unos fuertes golpes en la puerta para que María Soledad se sobresaltara de forma estrepitosa. La hizo salir del monólogo retórico que mantenía con el nogal del patio. Cogió a la criatura y lo sentó en una de las sillas del comedor. La chimenea estaba cercada por una reja de hierro fundido para protegerle; era la única forma de caldear la sala en los días fríos y lluviosos. El crepitar de los leños era buena compañía para madre e hijo en las noches solitarias y de penumbra. Eso y una radio medio estropeada. Cuidaba del pequeño, lo más grande que poseía, lo que más le importaba; más allá de toda duda y más que su propia vida.

—Quédate aquí, *filliño*. No te muevas. Mami viene enseguida —dijo al pequeño David.

Se dirigió a la puerta con pasos comedidos. No sabía quién podía ser a esas horas de la mañana puesto que ella nunca recibía visitas, ni siquiera de sus amigas más allegadas. Pensó que podía tratarse de alguna vecina para comprarle alguna infusión. Llegó hasta quedarse a unos centímetros de la entrada.

—¿Quién es? —preguntó con voz trémula.

—¡Un amigo! —se oyó detrás de la puerta. Soledad frunció el ceño, puso la cadena y abrió con una abertura suficiente para comprobar de quién se trataba—. Hola, Soledad. Soy yo. Vengo en son de paz. Solo quiero hablar —dijo el rostro con una voz amistosa y una sonrisa de hiena.

—¡Vaya! Eres tú, Marcial. ¿Qué quieres? —La cara de Soledad era un amasijo de interrogantes.

—Hablar contigo. Tengo una noticia que darte. —La sorpresa de Soledad era mayúscula. Se quedó rezagada. Tenía el miedo reflejado en su cara—. No voy a comerte, mujer. Solo quiero hablar contigo de cierto asunto. Seguro que te va a gustar —anunció el hombre sin perder la sonrisa de lobo disfrazado—. Además, solo será un *momentiño*. Me marcharé enseguida —concluyó con simpatía.

—Está bien. Pero solo un momento. Tengo que hacer cosas en la casa y atender a mi *filliño*.

Soledad quitó la cadena y abrió la puerta. Marcial cruzó el umbral y ambos hablaron en la sala. El pequeño David bajó de la silla y se abrazó a la pierna de su madre al ver a aquel extraño.

—Así que este es tu hijo. Un chico guapo, ¿verdad, chaval? —se acuclilló sonriendo al niño, que se agarró con más fuerza a la pierna. Soledad lo agarró y lo levantó para tomarlo en su regazo. David se abrazó al cuello. Denotó seguridad y tranquilidad.

—Está bien. Dime qué quieres.

—Intuyo que sabes lo que quiero.

—No te entiendo —acertó a decir Soledad con expresión perdida.

—Quiero la carta a cambio de una gran suma de dinero. Y de paso, te marchas de este pueblo.

—No sé de qué carta me hablas. —En ese momento, Soledad cayó en la cuenta. Sabía a qué carta se estaba refiriendo Marcial.

—Lo sabes perfectamente, Soledad. —El semblante del hombre cambió por completo—. Sabes a qué carta me refiero. No voy a repetirlo más veces. Te aseguro que saldrás beneficiada. Te lo prometo. Con el dinero que estoy dispuesto a darte, podrás empezar una vida nueva en otro sitio.

—Tú y tus promesas. No eres más que un parásito que vive a costa del sinvergüenza de su tío. Vete de mi casa. No quiero volver a verte más. No voy a darte nada. Además, esa carta no sé dónde está. Hace tiempo que la perdí —mintió.

—¿Crees que puedes tratarme de cualquier forma? ¿Crees que puedes decirme una cosa así y pensar que me iré..., sin más? —dijo mientras se

acercaba a ella, en tono amenazador.

—No se te ocurra acercarte más. Tengo a mi hijo en brazos. Si te atreves a ponerme una mano encima, te juro que te arrepentirás —acertó a decir Soledad con ojos de pánico. Sabía muy bien cómo se las gastaba aquel sinvergüenza. Marcial miró al niño y reculó.

—Esta vez te salvas. Dale las gracias a tu hijo. La próxima vez que venga ni tu hijo ni Dios que baje del cielo podrán hacer nada para impedir mis propósitos. ¡Quiero esa carta y la quiero ya! No lo olvides. Y recuerda que tu marido se marchó para tierras extranjeras y estás muy sola.

—¡No necesito a nadie! ¡Me basto conmigo misma! —contestó, meciendo a su niño.

—Hazme caso. Si de verdad estimas tu vida y la de tu hijo, acepta el trato que te acabo de proponer.

—¡No estoy dispuesta a marcharme, porque tú me lo digas! —espetó Soledad, armándose de valor. Sabía lo peligroso que era Marcial.

—Si he conseguido echar a tu marido, conseguiré echarte a ti —sonrió enseñando los dientes.

—¿Qué quieres decir? —Le extrañó aquella contestación. Abrazó a su hijo como si asegurara la vida de los dos.

—Lo sabes muy bien. ¡Quiero esa carta y la conseguiré a cualquier precio! ¡Advertida quedas!

Marcial se marchó de allí. Soledad se quedó de pie, con su niño en brazos, llorando desconsolada. No sabía qué hacer. En ese momento recordó cosas más importantes, cosas que le afligían el alma; imposible encontrar consuelo ni en nada ni en nadie. Así que lo mejor que se le ocurrió fue acudir a la única persona espiritual que podía redimir de alguna forma su alma en pena. No veía otra salida. Tenía que contarle toda la verdad y que Dios se apiadara de ella.

III

HOGAR DE ANDRÉS Y HERMINIA. LA CORUÑA.
5 DE FEBRERO DE 1931. 17:00 HORAS.

A pesar de que el sol había salido tímido, no tenía intención de dejarse ver durante mucho tiempo. El frío húmedo que arreciaba acompañaba una dura tristeza al ocaso, que cubría como un manto la ciudad gallega. Era una época difícil para el empleo y Andrés no tenía una estabilidad laboral. Dedicado a la limpieza y mantenimiento de barcos en los astilleros de la ciudad, trabajaba nueve horas diarias comiendo fuera de casa, de lunes a viernes.

Del autobús bajaron los tres nuevos miembros de la familia Fernández. La niña sujetaba fuertemente una maleta vieja con sus cosas personales. Las autoridades locales le habían permitido entrar en el faro para recoger sus pertenencias y las de su hermano. Una maleta bastó para albergar las de ambos. Silvia incluyó algunos juguetes para Pablo: una pelota de goma y un soldadito de metal eran sus preferidos. Miraba en derredor el nuevo edificio donde se encontraba su nuevo hogar. El miedo que albergaba su cuerpo infantil era tan grande como el cielo nuboso que abrigaba la ciudad. A pesar de su corta edad, era consciente de que le aguardaba una vida dolorosa y llena de problemas en las relaciones venideras con su tía Herminia que no se lo iba a poner fácil; era una mujer egoísta y fría, quería ser el centro de atención de su marido, al que utilizaba a conveniencia sin importarle lo más mínimo el precio que tuviera que pagar para satisfacerla.

—Bueno, pequeña. Aquí está tu nuevo hogar —dijo Andrés regalando una sonrisa a la pequeña Silvia—. Te sentirás bien aquí, ya lo verás. Dame tu maleta —terminó de añadir y le quitó de la mano el equipaje. Entró en los soportales lóbregos del edificio. Herminia miró a la pequeña Silvia enarcando una ceja y pasando por delante de ella. La niña les siguió con pasos comedidos.

Ya en el interior, la casa presentaba una cierta austeridad que hacía que cualquiera se sintiese cohibido y algo asustado. Silvia miraba toda la casa de arriba abajo. Se agarraba las manos en un acto de sentirse algo más segura.

—Ven, pequeña. Te enseñaré tu habitación.

Andrés cogió a la niña de la mano y la llevó por un oscuro pasillo al interior de una habitación no mucho más cálida que el resto, con paredes desconchadas por la humedad. Ofrecía un par de camas individuales, en las que tanto el cabezal como la parte de los pies eran de hierro forjado, y dos mesitas de noche con una pequeña lámpara. Sobre una de ellas, un vaso y una jarra con agua. En medio de la pared frontal, un crucifijo de madera que parecía mirarla con gran pena. Una cómoda acompañaba al mobiliario junto a un pequeño ropero de una puerta y un espejo con una gran mancha herrumbrosa en una esquina. El mobiliario era de un color cerezo oscuro que hacía aún más triste la estancia. Andrés y Herminia se encontraban en el umbral de la puerta esperando la reacción de la niña. Él se decidió a darle un pequeño empujón.

—¿Y bien? ¿Te gusta? Este será tu cuarto. Aquí podrás jugar y hacer tus deberes.

—Sí —dijo la pequeña Silvia tímidamente.

—No creerías que ibas a tener una habitación de lujo, ¿verdad? Al menos podrías ser más agradecida. Seguro que aquí dormirás mejor que en ese piojoso faro donde estabas —espetó Herminia sin miramientos.

—¡Herminia, por Dios! —acertó a reprochar Andrés sin mucho éxito.

—¡No, Andrés, no! Tiene que aprender a ser agradecida con lo que se le está dando. ¡¿O acaso cree que nos sobra el dinero?! ¡Tendrá que aprender a ganar lo que se le dé! ¡Mejor que aprenda desde el principio a saber lo que cuesta vivir en este país de mierda!

—¡Herminia! ¡Te puede escuchar algún vecino! ¡¿Quieres que nos metan en la cárcel?!

—¡Déjalo! ¡A ver si así reventamos de una vez!

—Pero querida, es solo una niña. No creo que comprenda la realidad de la vida. Ni siquiera por lo que está pasando. Comprende que acaba de perder a sus padres —argumentó Andrés con sufrimiento en sus palabras.

—Y, ¡¿qué quieres que yo le haga?! ¡¿Que la trate como si nada ocurriera?! ¡¿Que la mime?! ¡¿Que la haga sentir como si todo fuese bien?, ¿como si no hubiesen problemas en el mundo?! ¡No, Andrés, no! ¡Me niego! ¡Cuanto antes aprenda a darse cuenta de lo dura que es la situación en esta familia y lo difícil que es vivir en estos tiempos, antes madurará y podrá

afrontar la vida para ayudar en esta casa! ¡No pienso hacer yo todo para mantener a parásitos! ¡Al fin y al cabo no es hija mía! ¡Yo no he pedido hacerme cargo de ningún niño y ahora nos vemos en el compromiso de mantener a dos: una *parva* (tonta) y un lisiado!

—¡Cállate! ¡Te prohíbo que hables así! —gritó Andrés en un acto desesperado por hacer callar aquellas palabras venenosas de su esposa.

—¡Eso, encima grítame! ¡No te lo consiento!, ¡¿me estás oyendo?! ¡No te lo consiento! —contestó Herminia manoteando y gesticulando sin control.

Silvia caminó sin rumbo hasta la sala de estar donde se arrodilló en uno de los butacones que había para llorar a lágrima viva. Aquello era un infierno para la pequeña, que luchaba en su interior por negar la situación que estaba viviendo. Todo había transcurrido muy rápido y era casi imposible de asimilar para una niña de aquella edad.

—¡Mira lo que has conseguido! ¡Debería darte vergüenza por hacer llorar así a una criatura!

Andrés marchó tras la niña para consolarla. No fue el recibimiento que esperaba darle, aunque sabía que no iba a ser muy agradable para la pequeña, tratándose de Herminia. La sobriedad de la casa acompañaba el carácter austero de su esposa, pero lo que más le preocupaba a Andrés era la calidad de vida que llevaría a partir de aquel momento la niña. Se prometió a sí mismo cuidarla y alejarla lo más que pudiera de las garras de su esposa.

Andrés se consideraba engañado por aquella mujer que un día fue cálida y amable, con sentimientos; una mujer de rasgos suaves y delicados, atractiva y con una sonrisa en sus labios con la que atraía a cualquier hombre que se propusiera. Pero con los años se fue convirtiendo en un ser monstruoso, con un corazón de piedra. La avaricia y la envidia se apoderaron de ella, de su alma hasta ennegrecerla por completo. Herminia no sentía nada por Andrés ni por cualquier otro ser humano. La pérdida de su hijo al nacer, fruto del gran amor que vivió por su marido y el sufrimiento que llevó cuando tuvo a su pequeño entre sus brazos muerto, de un color azulado con carita angelical, sonriendo como si estuviese dormido, fue la causa de todos sus males y su cambio paulatino hacia una especie de perversión demoníaca, carente de sentimientos. Culpaba a Dios de haberle arrebatado no solo a su hijo sino a todo el amor que atesoraba en aquel momento. Y ahora tenía que hacerse cargo de una criatura con una edad avanzada y hacer de madre, pero con unos sentimientos que no existían en su corazón. De alguna forma le recordaban tiempos pasados que nunca llegó a vivir.

Andrés y ella dejaron de tener relaciones al poco tiempo de fallecer la criatura. No más sonrisas ni cariños, ni paseos por la ciudad ni excursiones al campo. Entre ellos solo quedaba un papel firmado en el ayuntamiento y en el libro de registros de la parroquia de San Jorge, donde contrajeron matrimonio. La amargura se apoderó de ellos de diferente forma. Ella sumida en un odio infinito y perenne; él, en la amargura de estar enamorado de una mujer que había perdido el mismo día que Dios decidió llevarse aquel angelito.

FARO DE CASTELOURIÑO.
9 DE MARZO DE 1952. 10:38 HORAS.

Subieron el pequeño tramo, afianzando sus cuerpos con los matorrales a su paso.

—Disculpe, señor. ¿Cómo es posible que la puerta esté cerrada? Si el asesino tiró el cuerpo por la ventana, ¿no es más probable que la puerta se quedara abierta?, ¿forzada en este caso?

—Lo más probable es que el asesino sepa abrir una puerta sin necesidad de llave y tampoco sin necesidad de forzarla. O quizá sea el propio encargado de encender y apagar el faro.

—¿Suso? ¡Pero si es un pedazo de pan, inspector! Ese hombre no mataría ni a una mosca.

—Bueno, eso solo podrán decirlo las pruebas y los hechos que nos revele la propia víctima y el lugar del crimen.

Una bicicleta se desvió del curso normal del camino. Uno de los agentes le facilitó el paso al faro, levantando las cuerdas para que pasara al interior de la zona. Era Jesús, Suso para el resto del pueblo. Nadie le había comunicado el motivo de su presencia allí. Solo que llevara las llaves del faro y se personara de inmediato en la puerta de la gran linterna. Pero los rumores también habían llegado hasta él.

—Buenos días tengan ustedes, señores. —El farero miró a los agentes—. Se rumorea que alguien se ha tirado de lo alto del faro. ¿Es verdad eso?

—Haga usted el favor de abrir la puerta, don Jesús —dijo Javier, afable.

—Lo que usted diga, inspector. A mandar, que para eso estamos —dijo Suso apoyando la bicicleta junto a la puerta. Sacó de su bolsillo un manojó de llaves y buscó de entre todas ellas una de color dorado viejo. Asió el anillo de la llave y giró dos veces con cierta dificultad. La multitud estaba expectante a todo lo que ocurría.

—Voy a tener que ir echándole un poco de grasa de barco a esta condenada cerradura. Cada vez *costa más trabajo abrila* —dijo con una voz quebrada. Empujó la gran puerta con un ruido ensordecedor—. Y a estos goznes también. No les vendrá mal, nada mal.

El primero en pasar fue Suso para hacerles de guía. Los tres subieron despacio por los escalones de la gran escalera de caracol. Lo primero en vislumbrar fue el salón comedor. Se presentaba ante ellos fracasado, lleno de polvo y muebles tapados, con sábanas que mostraban un aspecto fantasmagórico. Javier miró en derredor. De izquierda a derecha encontró lo que parecía un reloj de pared oculto tras un embozo sucio por el pasar de los años. Pensó en la de veces que sonarían las campanadas marcando una época ya pasada. También un mueble que, probablemente, sería la platera que sustentara las piezas de platos, vajillas y demás enseres de porcelana que adornaban la sala y daban cierto aire familiar al lugar. Y la gran chimenea. El hogar presentaba restos de carbón y ceniza. La repisa, llena de polvo como era de esperar, tenía restos de lo que parecían pequeños trozos de figuras rotas. Javier se acercó a ella y examinó el perfil. Metió su mano en el bolsillo de su gabardina pero no encontró lo que buscaba. Fue un movimiento automático, acostumbrado a hacerlo en sus investigaciones diarias. Había dejado en su piso la lupa retráctil puesto que no tenía intención de usarla en vacaciones porque su propósito era pasar unos días con tía Beni, disfrutar de paisajes hermosos y dar largos paseos por la orilla de la playa, conocer gente nueva y tomarse un café al calor de una chimenea oyendo historias de la mar y otras absurdas, de viejas y *meigas*. Se arrepintió en ese momento de no llevarla consigo.

—Sargento, ¿sería posible conseguir una lupa, por favor? ¡Y una linterna! —preguntó sin quitar la mirada del lugar.

—La linterna se la doy yo ahora mismo. La lupa se la fabrico si es necesario —dijo el sargento con determinación. Salió de allí hacia donde estaba el grupo y en un par de minutos volvió a presentarse en el lugar con una lente de mango rígido metálico—. Aquí tiene usted, señor.

—Gracias, sargento —dijo mientras acercaba la lupa a la zona en cuestión. Javier escudriñó bien alumbrando la zona en concreto y revisó las tonalidades de color. Sopló un poco para apartar el polvo afianzado y concluyó de una forma determinante—. Aquí hay sangre. No cabe duda. Sangre reseca de años.

—Es muy normal, señor. En este lugar ocurrió una desgracia que nos conmocionó a todos.

Javier levantó la mirada y la dirigió al sargento.

—Habrà una versi3n oficial, ¿verdad?

—Así es, se1or.

—Supongo que tendr3 tiempo de leerla. Mi tía ya me explic3 por encima la versi3n de *radio patio*. —Manzano dio unos pasos hacia el ventanal. En la zona del suelo había sangre restregada, posiblemente por unos zapatos, una sangre de color m3s vivo. Tom3 el pa1uelo de su bolsillo y termin3 de abrir la ventana. Mir3 hacia abajo, se asom3 y observ3 el vasar. Tenía signos de arañazos superficiales mostrados por el polvo y la suciedad. Tambi3n había unas gotas de sangre—. Esta zona ha sido aprehendida por unas manos. Dígame, don Jes3s, ¿suele dejar usted la ventana abierta?

—No, no se1or. Nunca —dijo Suso con cara de asustado.

—Hay signos de lucha, no cabe duda —volvi3 a asegurar Manzano. Despu3s mir3 toda la zona del suelo a los pies del ventanal, en un radio de dos metros. Buscaba algo que pudiese darle m3s datos—. Hay pisadas. La sangre restregada indica que ha habido lucha. El polvo est3 removido por toda esta parte —indic3 con su dedo índice—. Necesito que tomen huellas del picaporte, de la ventana y quiero fotos de todas las huellas de sangre, especialmente de las que han sido pisadas —advirti3 apuntando con la linterna.

—Llamar3 a Manuel —asegur3 el sargento.

Suso estaba al otro extremo del sal3n sin enterarse de nada. Solo atinaba a persignarse. De pronto algo brill3 en el suelo al ser alumbrado por el foco de luz. Javier frunci3 el ce1o, se agach3 y recogió el objeto con el pa1uelo. Era met3lico y brillaba como el oro. La lupa le ofreció una imagen m3s clara. Se trataba de una medalla de Santa Lucía. El sargento se acerc3 a Javier para ver lo que había encontrado.

—¿Qu3 es eso? ¡Parece una medalla!

—Así es, sargento. No llevar3 un sobre consigo, ¿verdad?

—Antes mi compa1ero me dio un par de ellos. Tenga usted, se1or. —El sargento le alcanz3 el sobre. Javier introdujo la medalla y lo guard3 en el bolsillo de su gabardina. Despu3s pregunt3 al guardi3n del faro.

—Dígame, don Jes3s...

—Por favor, llámeme usted Suso. Aquí, en el pueblo, todos me llaman así —contest3 al mismo tiempo que se pasaba la mano por la cabeza, poni3ndose a disposici3n de la autoridad que tenía frente a él.

—Muy bien. Dígame, Suso, ¿se ha limpiado alguna vez el faro? ¿Le han pasado una escoba, lo han adecentado?

—No, señor. El único que ha estado entrando aquí después de la gran desgracia he sido yo. Nunca he tocado nada por respeto a mi gran amigo Alejandro y su esposa, Silvia... Que Dios los tenga en su gloria. —Miró hacia arriba, en señal de respeto.

—Y, ¿por qué no? ¿Por qué nunca lo han reconstruido y se ha venido usted aquí a vivir?

—¡Uy!, señor inspector. No diga usted eso ni en broma. Mire, desde entonces han ocurrido muchas *cosiñas* aquí. La gente dice que el lugar está maldito, embrujado. Incluso se llegó a decir que en aquella fatídica noche el mismo diablo se le metió en el cuerpo a Alejandro para hacer lo que hizo con su esposa. ¿Qué quiere que le diga? Yo ya tengo bastante con encargarme de encenderlo y apagarlo todos los días a parte de mis quehaceres diarios, ¿sabe?

—¿A qué se dedica?

—A la pesca menor y otros menesteres de la mar, inspector. Tengo un bote en el puerto y unas redes. Cuando estas se rompen me dedico a arreglarlas para continuar con la faena.

—¿Tiene miedo, Suso? ¿Cree realmente que el faro está embrujado?

—Yo, creer no creo mucho en todo esto, pero últimamente se han visto cosas aquí que harían correr a un impedido.

—¿Como cuáles? —preguntó Javier esperando una respuesta disparatada.

—Pues algunos han visto la sombra de una mujer paseando de un lado a otro y dejándose ver por la ventana; luces fantasmagóricas que no se sabe de dónde vienen y que se encienden durante un buen rato, apagándose después.

—¿Usted ha visto esa sombra de mujer?

—No, yo no he visto nada, pero tampoco me hace falta, ¿sabe? Mire, yo no creo en las *meigas*, pero *habelas hainas*. Bastante tengo con tener que entrar aquí todos los santos días de mi vida y encargarme de que las embarcaciones no encallen en los arrecifes de la costa. Cada vez que entro aquí, se me ponen los pelos como escarpas.

—Está bien, Suso. Ya hablaré con usted más adelante.

—Sí, señor. Lo que usted mande.

—Una última pregunta. ¿Sabe si alguien más del pueblo puede tener una copia de la llave del faro?

—No, que yo sepa, señor. A mí me dio esta llave el antiguo señor alcalde y me parece que es la original, la que tenía el pobre Alejandro. Si hay más, yo lo desconozco por completo. Además, ¿quién más podría querer una llave de este lugar? —puso los ojos en blanco.

—Muy bien. Gracias, Suso. Sargento, por lo que a mí respecta podemos irnos. En el cuartelillo abriremos expediente junto con las pruebas encontradas. Llamaré a mis superiores para explicarles la situación.

—Muy bien, pero permítame... ¿Qué opina de todo esto? —preguntó el sargento interesado en saber las conclusiones que, hasta ahora, podría haber sacado Javier.

—Es muy pronto para llegar a un veredicto. Lo que es seguro es que ningún fantasma ni *meigas* que valgan han matado a este hombre. En principio, podría tratarse de una venganza, alguien que se haya hartado de ser presionado y amenazado por este individuo. Por otro lado, la pelota de goma no me cuadra mucho en el escenario del crimen. Podría ser relevante o un simple recordatorio para la víctima de su asesino. Con sinceridad, no lo sé todavía.

Los tres salieron de allí. Ya en el exterior vieron a Nicolás con su bicicleta, tras las cuerdas.

—Hombre, Nicolás. ¿Cómo lo llevas? —preguntó Ricardo.

—Un poco mejor, gracias. Aunque el dolor no llega a remitir del todo —contestó mientras bajaba de la bicicleta.

—¿Qué haces por aquí?

—Salí a dar un paseo. Necesito hacer ejercicio. Ya sabe.

—Mira, te presento al inspector de Policía, don Javier Manzano. Es el sobrino de doña Beni. Está aquí de paso.

—Un gusto, señor inspector. —Nicolás ofreció su mano a Javier.

—Encantado, don Nicolás —correspondió Javier.

—¡Uy! ¡No, por favor! Nicolás a secas —sonrió y miró hacia los alrededores del faro—. Me he enterado, como todos estos, de que han matado a alguien. ¿Quién es? —preguntó extrañado.

—Así es, Nicolás. Creemos que es...

—No estamos seguros..., por ahora —intervino Javier Manzano.

—Ya. Bueno, espero que no sea ningún *percebeiro*. *Pobriños*. Con lo que cuesta ganarse la vida pescando percebes. En fin. Bueno, voy a seguir mi *camiño*. Todavía me queda un buen trecho. Encantado de conocerle, inspector. Estoy a su servicio para lo que disponga.

—Gracias. Tal vez hablemos más tarde. Tenga usted cuidado.

—Lo tendré. Gracias.

Nicolás montó en su bici y se perdió por entre la muchedumbre. Javier echó mano del bolsillo interior de la gabardina, sacó su pipa y la bolsita con

tabaco. Preparó la pipa y dio unas cuantas caladas disfrutando del sabor y el aroma de unas hebras con olor intenso fragante.

—Sargento, esto es una investigación policial. Nada de dar información a nadie. ¿Me he explicado con claridad? —reprendió, mirándolo mientras exhalaba una bocanada de su pipa.

—Claro, señor. Por supuesto. Muy claro. Disculpe usted mi torpeza.

Javier y sus nuevos ayudantes marcharon para el cuartelillo. Allí formalizaron el nuevo caso que tendría a Manzano ocupado buen parte del tiempo. El juego había comenzado.

PLAZA DE ABASTOS. CASTELOURIÑO.
9 DE MARZO DE 1952. 11:00 HORAS.

Isiña siempre ofrecía una amplia sonrisa a todos sus clientes. Su cara aniñada aparentaba tener bastante menos edad. Sus ojos hablaban por sí solos. Tal vez era eso lo que Javier había encontrado en ella; un refugio de positividad, de alegría. Era como un salto de agua en su corazón. Tenía esa gracia que el inspector necesitaba en la vida. Después de perder el contacto con Julia, nunca volvió a ser el mismo. Descubrió en *Isiña* todo lo que no se atrevía a ser. Ella era alegre, espontánea y decida. Él comedido, metódico y retraído. Además, había encontrado en Javier una bondad oculta, un corazón sincero y justo, un niño disfrazado de hombre. Pero por desgracia no todo el mundo era como debía ser y ella lo sabía muy bien.

—Ponme tres pescadillas, *Isiña*. Sin limpiar —exclamó una clienta cordial.

—Ahora mismo, Petra —contestó con ardiles—. Más *cosiñas*, Petra.

—Nada más. Dime qué te debo.

—Dos reales.

Isabel ofreció el paquete y alzó la vista al frente. Alguien la observaba con detenimiento. Aquel cuerpo la miraba con ojos de deseo. Sus manos yacían descansando en los bolsillos de su abrigo. Sonreía como sonríe un psicópata cuando acorrala a su víctima. *Isiña* cambió su semblante. El miedo despertó de su cuerpo y reveló su lado más horrible. Marcial se acercó al mostrador, con paso comedido.

—Hola, *Isiña*. ¿Cómo estás? —preguntó mientras sacaba un cigarrillo, con chulería.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué es lo que quieres? —contestó con preocupación.

—He venido a verte. ¿Está prohibido ver a una vieja amiga?

—Tú y yo nunca hemos sido amigos.

—Eso es cierto. Fuimos más que eso —sonrió.

—Ni siquiera hubo algo más. —Lo miró con desprecio.

—Venga, mujer. Hagamos las paces. ¿Qué necesidad hay? —Marcial puso cara de cordero degollado.

—Tú lo has dicho. ¿Qué necesidad hay? Pues eso, ninguna.

—Mira *Isiña*. Si en algo te he fallado, si te he hecho daño, te pido perdón.

—No quiero tu perdón. Quiero que me dejes en paz. —Limpió el mostrador de agua. Estaba nerviosa.

—Quiero que volvamos juntos. En el fondo me necesitas, me quieres.

—Estás enfermo. ¡¿Crees que tu dinero te va a sacar de la miseria en la que estás metido?!

La cara de Marcial se descompuso como un rompecabezas. Un fuego de soberbia le subió por el estómago, hasta su rostro engréido.

—¡Isabel, creo que no eres consciente de lo que dices! ¡Te puedo hacer la vida imposible! ¡No me conoces todavía! ¡Siempre consigo lo que quiero!

—Te conozco demasiado bien. Más de lo que tú crees. Eres ruin, cobarde y despreciable —*Isiña* secó las manos en su delantal y agarró el trapo, mientras sus ojos se llenaban de agua.

—No sabes lo que estás diciendo. —Negó con la cabeza.

—¡Sé muy bien lo que digo! ¡Ya lo creo que sí! —Isabel descargaba sus nervios a través del trapo de limpieza que estrangulaba por momentos.

—¡No me obligues a hacerte daño! ¡Sabes que puedo hacerlo! ¡Y sin ponerte un dedo encima! —sonrió con desprecio.

—¡No puedes hacerme más daño del que ya me hiciste! —Las lágrimas empezaron a desprenderse de sus ojos como la rotura de una presa de agua.

—¿Tú crees? ¡Veremos qué harás cuando pierdas tu trabajo! ¡A ver de qué comes cuando te veas en la calle!

—¡Eres un hijo de puta! —soltó de repente.

—A lo mejor tu policía te acoge en casa de su tía. Es eso, ¿verdad? Estás encoñada con él. Los rumores son ciertos.

—¡Eso a ti no te importa!

—¿Qué no me importa? Ya veremos si me importa cuando lo destinen a África. Y tú a mendigar por las calles.

—¡No te atreverás! —dijo *Isiña* con los ojos bien abiertos.

—¿Qué no? ¡Ponme a prueba! —soltó Marcial estrellando el cigarrillo contra el suelo y dando media vuelta, alejándose de allí.

Isabel rompió a llorar de impotencia. Sentía en su interior un volcán en erupción capaz de arrasar todo a su paso. No sabía qué hacer. Empezó a temblar. Era consciente del poder que tenía ese hombre, pero ni ella ni mucho menos Marcial conocían bien al inspector Manzano.

CUARTEL DE LA GUARDIA CIVIL. CASTELOURIÑO.
9 DE MARZO DE 1952. 11:10 HORAS.

El sargento Ricardo le facilitó de inmediato una mesa provista de algunas cosas de obligado cumplimiento para un agente de la autoridad. El cuartelillo tenía lo suficiente como para hacer sus funciones; humilde, pero con las herramientas necesarias para hacer un trabajo decente: tres máquinas de escribir Hispano-Olivetti, presididas bajo un tapete de color verde, una bandeja con tinta, pluma y secante, folios y carpetas de informes, un teléfono de pared en color negro situado en la entrada y otros dos de mesa en cada uno de los despachos del sargento y el cabo.

Javier Manzano ocupó una tercera mesa fuera del habitáculo de los agentes de la Benemérita. Un lugar propio para poder trabajar tranquilo. Solo una puerta con un gran cristal mediaba entre ambos compartimentos para estar en contacto, una puerta que Javier mantenía abierta en todo momento. En una de las paredes del despacho había un encerado y un paquete de tizas sin estrenar. El retrato del Generalísimo, presidiendo la pared principal de la oficina, les recordaba el cumplimiento del deber.

—Sargento, he abierto expediente donde irán las fotos de la víctima y un dossier todavía por confeccionar —comentó Javier, enseñando una carpeta casi vacía, por el momento.

—Muy bien, señor. ¿Ordena usted alguna cosa más?

—Necesito hablar con el señor alcalde.

—Eso está hecho, señor.

—Y que me lleve a las propiedades de ese tal Fernando. Tenemos que charlar con él para que nos dé ciertos detalles de la víctima.

—Señor, si usted quiere yo mismo puedo ponerle al corriente de lo que necesite saber acerca de la víctima. No hay necesidad de molestar a don Fernando.

Javier mostró sorpresa por aquellas palabras, exhaladas de un sargento de la Guardia Civil.

—Disculpe usted, sargento. ¿Qué quiere decir exactamente?

—Pues que don Fernando, que es el terrateniente del pueblo, es muy posible que se niegue a recibirnos. Es un hombre muy ocupado y siempre está haciendo cosas en su finca. Ya me entiende.

—Francamente, no. —Javier tomó asiento en la silla del despacho. No sabía muy bien qué era lo que el sargento quería decir, aunque sí intuía algo. Había oído hablar, por boca de tía Beni, acerca de don Fernando; un tipo sin escrúpulos y posiblemente con grandes influencias en la capital. Javier sabía que don Fernando iba a ser difícil de venir a camino. No se lo pondría fácil a la hora de tratar con él. Aun así, el inspector no era un hombre que se amedrentara ni siquiera en las altas esferas. Era un buen profesional y sabía hacer bien su trabajo. No iba a permitir que nadie se interpusiera en la investigación.

—Mire, inspector. Don Fernando es una persona muy influyente, ¿sabe usted? Tiene muchos amigos en la capital y un carácter bastante fuerte. Va a ser muy difícil hablar con él.

—Sargento, esto es una investigación criminal y usted un agente de la ley. Me importan muy poco las influencias que ese hombre pueda tener. Como agente de la autoridad, debe hacerse respetar por todo el mundo, por encima de todo. Usted es la ley. Punto.

—Lo sé, inspector, pero este hombre es amigo del propio Generalísimo.

—Pues entonces, si hay que hablar con el Generalísimo, se habla. Deje que Franco tenga la última palabra, si es preciso —apuntó Javier con contundencia.

—Muy bien, inspector, lo que usted diga —dijo el sargento volviéndose a cuadrar.

—Hábleme de ese tal Fernando.

—¿Qué quiere que le diga de él? —Ricardo se relajó un poco.

—Dígame. ¿Es casado?, ¿tiene familia?, ¿hijos?

—El hombre enviudó hace algo más de dos años. No tiene hijos. Al único que tiene es al parásito de su sobrino. Vive con él, en el caserón. Menudo sinvergüenza. La verdad, son tal para cual. En fin. Poco más puedo contarle de él.

—¿Qué le ocurrió a su esposa?

—Doña Florina. Que Dios la tenga en su gloria. Un encanto de criatura. Un infarto. Fíjese, tan joven y le da un arrechucho. Para mí que fue de algún

disgusto.

—¿A qué se refiere?

—Mire, inspector. Don Fernando es un mujeriego. Ya me entiende. A su mujer no le hacía mucho caso y eso que era un bellezón. Yo creo que se casaron por interés. Ella pertenecía a una de las familias más adineradas de Orense, pero era más estéril que una alfombrilla de esparto. El caso es que el pájaro de don Fernando quería herederos y la *pobriña* de su esposa no podía darle *rapaciños*. Según las lenguas del pueblo, al poco dejó de hacerle caso, en todos los sentidos, y la muchacha debió contraer alguna enfermedad por los disgustos que le diera el sátrapa este. El asunto es que, un día, durante una comida, se levantó de la mesa para ir al baño y cayó fulminada al suelo. Según el informe médico, le dio un infarto de esos que cuando dan, te dejan hecho un pajarito.

—Comprendo. Así que vive entonces con su sobrino.

—Así es, señor. Los dos solos. En ese caserón frío y solitario.

—Está bien. Coja su chaqueta. Nos vamos a hacerle una visita al «pájaro» ese como usted dice. Ya habrá tiempo de ver al alcalde.

—¡A sus órdenes, señor!

Los dos salieron del cuartelillo y montaron en el Land Rover. El sargento condujo por una carretera hasta embonar con un camino de piedras lleno de arbustos y matorrales donde cruzaba un gran riachuelo. Una espesura de árboles y hierba se levantaba por toda la extensión de llanura, allá donde alcanzaba la vista. Los vaivenes del vehículo hacían que ambos dieran pequeños saltos en sus asientos. Javier agarraba la manija de sujeción para amortiguar los impactos que propinaba el camino. Durante el trayecto, el inspector pensaba en el tipo de persona que iba a tratar, ese tal don Fernando, al que todo el pueblo tenía un miedo atroz. ¿Por qué tanto miedo? ¿Acaso era el dueño de sus vidas?

Javier Manzano no era consciente del tipo de existencia que se vivía en los pueblos gallegos. Estaba acostumbrado a lidiar con gentes de ciudad, de otra mentalidad. Pero las costumbres y formas de pensar de los arrabales del país nada tenían que ver con las grandes urbes. Nada le hacía imaginar la frialdad y superficialidad del terrateniente al que iba a interrogar, aunque el inspector no era un hombre al que se le podía intimidar fácilmente. Sí que le gustaba ser prudente al actuar contra una persona influyente y poderosa, pero, de una forma u otra, conseguía hacer justicia al precio que fuese necesario.

La gran puerta metálica enrejada del pazo de don Fernando se divisaba desde el camino de piedras, a unos cien metros de distancia. El Land Rover

paró justo a la entrada sin apagar el motor. El sargento bajó y se acercó a la puerta. La empujó. Se abrió dejando oír un ruido chirriante. Volvió a montar y condujo hasta adentrarse en los terrenos de la gran casona. Unos cuantos perros correteaban por el lugar. Junto a la gran casa, un cobertizo con las puertas abiertas albergaba un par de vehículos. El más visible era uno modelo Peugeot 201, impecable. De ello se encargaba Casto, el mecánico de don Fernando.

La mirada de Casto se clavó en el Land Rover que se aproximaba a la entrada de la casa. Cogió el paño entre las manos con el que sacaba un brillo de espejo y, poco a poco, se dirigió hacia el vehículo oficial.

—Bos días, Casto —dijo el sargento con cara de pocos amigos.

—A la *paciña* de Dios, tengan ustedes —contestó serio mientras estrangulaba el trapo entre sus manos y preguntando—: ¿Qué se les ofrece por aquí, sargento? —lo miró fijamente ignorando a Javier.

—Venimos en calidad oficial. El inspector de Policía, don Javier Manzano, lleva una investigación y necesitamos hablar con don Fernando.

Casto miró a Javier con recelo. El trapo seguía estrangulándose entre sus manos.

—Soy el inspector Manzano, de la Brigada Criminal —apuntó rotundo.

—Mucho gusto, inspector —dijo Casto doblando un poco la espalda.

—Dígame. ¿Qué puede usted decirme de su compañero Aleixo? —aprovechó Javier tanteando a Casto.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho esta vez? Nada bueno, supongo. No lo he visto en toda la mañana. Seguro que está en casa de alguna fulana —sonrió sin conseguir que los agentes le siguieran el juego.

—Aleixo ha sido encontrado muerto en los acantilados del faro —soltó el sargento sin esperar a que Javier interviniera.

—¡*Deus meu!* ¡¿Cómo es posible?! —exclamó con cara desencajada—. ¿Quién lo ha hecho?

—Eso es algo que debemos averiguar. Dígame, ¿cuándo le vio por última vez? —Javier adoptó una postura bastante seria. Casto le miró de arriba abajo.

—Pues ayer noche, sobre las ocho de la tarde.

—¿Dónde? —El inspector empezó a anotar en una pequeña libreta.

—En los soportales de la casa. —Casto señaló la pequeña casa donde dormía la servidumbre de don Fernando.

—¿Le dijo algo? ¿Hacia dónde pensaba ir o hacer? —Javier seguía anotando todo. El sargento observaba el interrogatorio.

—Me dijo que quería acercarse por el bar de Xaviño. Pensaba tomar unos aguardientes y luego, pasar un buen rato con alguna mujer, probablemente.

—Comprendo. ¿Eso es todo?

—Sí. Así es, inspector. Lo *xuro*. —Se pasó la mano por la cabeza.

—¿Qué tal se llevaba con su compañero?

—¿A qué se refiere? —Casto puso cara de tonto.

—Pues que si entre ustedes hubo alguna vez diferencias importantes. Ya sabe, peleas, discusiones...

—No, nunca. Nos llevamos bien..., bueno nos llevábamos bien, quiero decir. En otros asuntos yo no discutía. Aleixo hacía y deshacía a su antojo. Era la mano derecha de don Fernando.

—Sea más específico, haga el favor.

—Pues eso. Yo nunca me he metido con las formas de hacer sus cosas. Mire, yo vivo y dejo vivir —comentó Casto sin convencer mucho a Javier.

—Entiendo. Siga con su trabajo. Es posible que hable con usted más tarde.

Casto miró asustado al sargento. Se le notaba nervioso. Los agentes se despidieron y se dirigieron al caserón. El sargento llamó a la puerta y los recibió una mujer mayor.

—Buenos días. Soy el inspector de Policía, Javier Manzano. Al sargento supongo que ya lo conocerá. Haga el favor de anunciar a don Fernando que tenemos que hablar con él.

—Don Fernando está muy ocupado y cuando está ocupado...

—Pues haga usted el favor de interrumpirle —cortó tajante Javier—. Dígame que el inspector Javier Manzano de la Brigada Criminal tiene que hacerle unas preguntas. —El inspector no pestañeó y miró fijamente a los ojos de la criada.

—Claro. Le comunicaré su llegada —argumentó algo intimidada. La criada dio media vuelta y se dirigió hacia el interior. Después de unos segundos les anunció que hicieran el favor de pasar. Allí les esperaba don Fernando—. Ya sabe el camino, sargento. Yo voy a seguir con mis quehaceres. Con el permiso de ustedes. —Miró a Javier.

—Vaya, vaya usted —dijo asintiendo con la cabeza.

El sargento y Javier Manzano se adentraron en las profundidades del caserón hasta llegar a una gran sala donde una mesa de madera noble alargada y oscura presidía el lugar. La completaba un gran número de sillas del mismo estilo. En el extremo más alejado, don Fernando esperaba sentado a los dos agentes. Unos candelabros en el centro la hacían austera y lúgubre.

—Buenos días, don Fernando —inició el sargento para romper el hielo.

—Buenos días, sargento. ¿A qué se debe esta visita? —preguntó mientras daba cuenta de un succulento almuerzo compuesto de café y tostadas de mantequilla con mermelada de higos.

—Pues, verá usted... —Javier puso su mano en el hombro del sargento para que guardara silencio.

—Buenos días. Soy el inspector de la Brigada Criminal, Javier Manzano —argumentó con la mano todavía puesta en el hombro de Ricardo. La quitó y se cruzó de muñecas.

—Usted debe ser el sobrino de doña Benigna, supongo —manifestó con cierta acritud.

—Así es. Veo que está bien informado —replicó inmóvil.

—A mí me informan de todo lo que pasa en mis tierras, señor inspector —anunció de forma diplomática, sin levantar los ojos del plato.

—Hemos encontrado el cuerpo de su criado, Aleixo García. Aunque eso supongo que ya lo sabrá. Hemos venido a comunicárselo y a hacerle algunas preguntas.

—Pues no. No tenía conocimiento de ello. Además, Aleixo no es mi criado. Es mi sirviente más fiel. Un buen trabajador. No me esperaba una noticia como esta. —Hizo un alto en el camino, con un trozo de pan entre su mano y su boca. Lo dejó caer en el plato—. ¿Se sabe cómo ha sido?

—Al parecer ha sido asesinado. Pero no podemos decir nada más hasta que no concluya la autopsia del cadáver —contestó Manzano.

—Disculpe, inspector. ¿Quiere usted una taza de café? —preguntó don Fernando sin inmutarse lo más mínimo.

—No, muchas gracias.

—¿Sargento?

Ricardo miró a Javier titubeando al contestar.

—No, muchas gracias, don Fernando.

Fernando se levantó de la mesa, dejó caer de entre sus manos la servilleta con la que se limpió previamente la comisura de su boca y se dirigió hacia Manzano. Decidido, se colocó frente a él, a un metro escaso tendiendo su mano.

—Mucho gusto, inspector —dijo fríamente. Javier correspondió el saludo—. Tengo entendido que está usted de paso por nuestro pueblo.

—Así es, señor. He venido a visitar a mi tía.

—Lo sé. Parece que su visita se ha convertido en un asunto oficial, me temo —apuntilló Fernando, serio, entrelazando sus manos.

—Pues sí. Se me ha encomendado la investigación de este caso por orden de mis superiores en La Coruña.

—Muy bien, y, ¿qué puedo hacer yo por usted? —se mostró impávido.

—De momento, podría decirme qué sabe de la víctima. Al fin y al cabo trabajaba para usted. Si tenía enemigos, los sitios que frecuentaba, amistades...

—¿Amistades? ¡Uhm! —sonrió sarcástico—. Dudo mucho de que ese hombre tuviese amistades, al menos en este pueblo.

—Comprendo. —Javier sacó su libreta de la gabardina.

—Aleixo era muy... ¿cómo decirle?, enérgico en su trabajo. Le gustaba hacer las cosas bien. Era muy profesional, pero a la vez tenía el genio aflorado. Respecto a la otra pregunta, no. No sé dónde van mis trabajadores en su tiempo libre —argumentó mientras metía una mano en el bolsillo de su pantalón.

—A parte de ser su hombre de confianza, ¿hacía otro tipo de... trabajo? —preguntó Javier mientras miraba fijamente a Fernando.

—Se encargaba de recordarle a ciertas personas sus obligaciones para conmigo.

—Y claro, se excedía en su papel —aclaró Javier con cierto desdén.

—No me gusta cómo ha dicho eso y menos en mi propia casa, inspector. —Fernando cambió el semblante de su cara.

—Tampoco le deben gustar las maneras con las que se les recuerdan sus deudas a las gentes del pueblo, supongo —contestó Javier aguantando la mirada a Fernando. Hizo una mueca de indiferencia.

—Es mi dinero. He invertido mucho en este pueblo y he sido benevolente para con sus habitantes. Cuando me pidieron crédito, bien que estaban dispuestos a lo que hiciera falta.

—Y por eso enviaba usted a su lacayo. Para recordarles sus obligaciones.

—¡No le consiento, inspector! ¡No me importa que sea usted un agente de la autoridad! ¡Ahora está en mis dominios! ¡Creo que no es consciente de con quién está tratando! —Fernando se encendió como un fósforo. La soberbia se apoderó de su rostro.

—Sé perfectamente con quién estoy..., tratando. Y quiero que sepa que estoy a cargo de una investigación criminal y voy a hacer todo lo posible por resolver este caso —argumentó con templanza. Los dos se miraron desafiantes. Javier le volvió a mantener la mirada a Fernando que sonrió con ironía.

—¡Vejo que es un hombre complicado de tratar, inspector! ¡Sepa usted que no le consentiré que me hable de ciertas formas en mis tierras y menos en mi casa!

—Le repito que estoy aquí para resolver un crimen. No quiero problemas con usted. Mi trabajo es interrogar a todas aquellas personas que hayan tenido contacto directo o indirecto con la víctima para descartar sospechosos. En cuanto termine la investigación, me iré de aquí.

—Y, ¿qué es lo que necesita de mí?

—Necesito una lista de todas aquellas personas que tienen deudas importantes con usted —anunció Javier en un tono muy serio.

—La lista es larga, inspector.

—Necesito los nombres de aquellos que tengan una deuda importante.

—¿Cree que ha sido alguien de los que me deben dinero? —declaró Fernando con cierta inquietud.

—Es muy posible. Podría ser una venganza, aunque también podría ser una forma de llegar a usted.

Fernando enarcó una ceja. Aquella respuesta le dio qué pensar.

—¿Ha dicho de llegar a mí?

—Así es. En realidad, su hombre se limitaba a hacer el trabajo que usted le ordenaba. El foco del problema, si me permite decirlo así, es usted.

—Comprendo —expuso al fin. Miró a Javier. Aquello no le gustó nada a Fernando.

—Está bien, inspector. Le daré esa lista. Yo mismo se la escribiré. Pero quiero dejarle claro que no me gustan ni usted ni sus formas. Soy un hombre acostumbrado a hacer lo que quiero en mis tierras.

—Bueno, digamos que el sentimiento es mutuo. Y le recuerdo que estoy aquí para esclarecer un homicidio. Es muy posible que necesite hablar con usted más adelante.

Fernando aguantó su furia. Pensaba que podía doblegar a Javier. No quería tampoco problemas con la autoridad. Prefirió colaborar. Su turbio pasado podría verse implicado si comprometía su presente. Cuanto antes se resolviera el asesinato de su perro fiel, antes se iría de allí aquel policía incólume. Así que cogió unas cosas de un mueble, entre ellas papel y pluma; de un libro de registros pasó unas anotaciones y después le dio a Javier el papel transcrito.

—Aquí tiene, inspector. Estaré a su entera disposición en lo que necesite —apuntilló mientras se daba la vuelta para dirigirse hacia la mesa y guardar lo que había sacado—. ¿Alguna cosa más?

—¿Necesita protección? Puedo ponerle un hombre apostado en la puerta de su casa —dijo Javier con pocas ganas. Pero el deber le precedía.

—No. Muchas gracias. Me valgo yo solo. Tengo todo lo que necesito para defenderme.

—Está bien, como quiera. Una cosa más. Tengo entendido que su sobrino vive aquí, con usted.

—Así es.

—¿Podría llamarle? Necesito hablar con él.

—No está ahora mismo en casa. Ha ido a tratar unos asuntos.

—De acuerdo. Hablaré con él en otra ocasión. Que tenga un buen día.

—Igualmente, inspector.

Manzano y el sargento salieron de allí un poco más conscientes de que el señor de aquellas tierras de lluvias y penumbras iba a ser más un inconveniente que una ayuda. Javier imaginó que podía deberse a una amargura infinita al no tener a nadie, directamente, al que dejar su patrimonio. Solo un sobrino parásito, al menos que se supiera. Ya en el exterior, camino del vehículo oficial, intercambió impresiones con el sargento.

—¿Qué piensa, sargento?

—Me da pena ese pobre desgraciado.

—Ese pobre al que llama desgraciado tiene algo que esconder. No me trago que vaya a colaborar con nosotros —dijo Javier enarcando una ceja, seguro de que aquel hombre guardaba algo que le inculpaba.

—¿Qué hacemos ahora, señor?

—Habrá que ir al bar frecuentado por la víctima. Allí podrán decirnos algo. Pero no ahora. Antes quiero pasar a ver a una tal Luciana. Está en la lista de este pajarito. Hábleme de ella.

—¡Ah!, Luciana. Claro. Es la dueña de la Pensión Los Pazos. Vive con su hermano y su abuela. Es buena mujer. Vinieron al pueblo hace ya algunos años. Creo que vivían por la zona del faro. Yo la verdad es que no los conocí. Se fueron cuando eran unos *nanos*.

—¿Cuánto tiempo llevan en el pueblo?

—Creo que unos tres o cuatro años, más o menos —titubeó—. Ella es algo ligera de cabeza, pero buena mujer. Su hermano Tano es un poco raro. Buen hombre, aunque muy cerrado, eso sí. Hay que tirarle de la lengua para que diga algo.

—Para usted, todo el mundo es bueno, sargento.

—Hombre, yo...

—Iremos ahora mismo a verla.

—Lo que usted mande, señor.

Pusieron rumbo al centro del pueblo. Javier tuvo un mal presagio en todo lo que rodeaba al caso. Un suceso que ocultaba hechos difíciles de investigar.

IGLESIA DEL SAGRADO CÁLIZ. CASTELOURIÑO.
9 DE MARZO DE 1952. 11:15 HORAS.

—Los techos están muy mal y lo sabe, don Venancio. ¡Una iglesia que tiene más de doscientos años, usted me dirá! El otro día el agua se filtraba por entre las fisuras. La verdad, me preocupa y mucho. ¡El día menos pensado se nos viene abajo y nos mata a todos! —reprimió el padre Alberto al señor alcalde. Su preocupación por la cúpula era evidente.

—¡Ande, ande! ¡No sea tan exagerado, padre! Mire, comprendo su preocupación, pero ya sabe que yo tengo las manos atadas en este asunto. Se lo he dicho muchas veces. No depende de mí. Ya sabe a qué me refiero. — Venancio contestó con displicencia.

—Pues entonces, ya me dirá a quién hay que acudir, ¡*releñe!*

—Lo siento, padre. Pero comprenda que don Fernando es el que se encarga de estas cosas. Es su edificio. Yo no puedo tomar parte en este menester —comentó arrepentido.

—¡No se preocupe! ¡No volveré a hablar más de este asunto con usted! ¡Pero yo creía que era una autoridad competente en estos menesteres! ¡Hablaré con don Fernando, a ver qué se puede hacer! ¡Y si no quiere, pues a ver qué opina el obispo de esto! —respondió el padre Alberto, compungido.

—Bueno, hablaré con don Fernando del asunto y le transmitiré su respuesta. ¡No se me venga abajo! Pero no le prometo nada. Ya sabe cómo se las gasta don Fernando a la hora de pedir arreglos —respondió Venancio con unas palmaditas en el hombro al señor cura.

—Gracias, hijo, gracias. Dios te premiará por tu buena acción —sonrió con satisfacción.

—Por cierto. ¿Se ha enterado de lo de Aleixo? —Venancio cambió la expresión de su cara.

—Así es, hijo. Es un misterio. ¿Quién habrá hecho una cosa así? —respondió el padre Alberto, persignándose.

—Pues está claro. Alguien que estaba hasta las narices de sus formas para pedir los dineros de su patrón.

—Pero no son formas de arreglar estos asuntos, Venancio. Solo Dios puede dejar caer su mano y hacer justicia. No somos nosotros quienes tengamos que tomar la ley a nuestra conveniencia.

—Mire. Ahí entra María Soledad. Como cada día. ¡Pobriña! ¡Me da una pena! —comentó Venancio con un gesto de cabeza. Soledad, una mujer apocada, soñadora e ilusa, según los vecinos; maltratada por su marido hasta que la abandonara a su suerte. Sus ojos hablaban por ella—. ¡Desde que se fue el sinvergüenza de su marido, ya no es la misma! Por cierto, se marchó tan deprisa que no se despidió de nadie. Ni siquiera se le ha visto salir del pueblo. ¡No se puede decir que no tuviera prisa por irse, desde luego!

—¡Ay!, hijo. No juzgues si no quieres ser juzgado. Pero sí, tienes razón. Nunca se portó bien con ella. No sé si decir que está mejor ahora, desde que marchó para tierras extranjeras. Alemania según cuentan, ¿no?

—Eso dicen. Si es que de casta le viene al galgo, padre.

—¿Qué quiere decir con eso, hijo? —don Alberto miró extrañado a Venancio.

—Pues eso, padre. Su marido es primo hermano de don Fernando y claro...

—Comprendo. No hace falta que sigas por ese camino. —Levantó la mano a modo de reprobación.

—Bueno. Yo me voy que tengo cosas que hacer en el ayuntamiento.

—Ve con Dios, hijo. ¡Y no se olvide de hablar con don Fernando! —El padre Alberto le hizo la señal de la Cruz.

María Soledad se cruzó con Venancio y este la saludó con un gesto de cabeza y una leve sonrisa. Se acercó al padre Alberto con reticencia, con pasos comedidos. Llevaba su habitual vestimenta para ir a la iglesia: de negro, con un pañuelo a juego, bien ajustado.

—Ave María Purísima —alcanzó a decir.

—Sin pecado concebida, hija mía. Ven, vayamos al confesionario. Pero no sé qué pecados tendrás que confesar, criatura. Eres una buena persona, María Soledad. En fin, todos somos humanos y llevamos el pecado a nuestras espaldas —dijo el padre Alberto metido en su papel. Era un hombre muy entregado al Altísimo y arrastraba en la conciencia cosas como cualquier otro siervo del Señor. Tal vez, incluso más que otros hijos de Dios.

María Soledad quería arrancarse la pena que llevaba dentro de su alma y su corazón. Inquietudes y miedos. Inseguridades y complejos. Era una esclava temerosa de Dios. Don Alberto se preocupaba por ella, quizá más de la cuenta. Su celo por ella iba más allá de los consejos e inquietudes que un cura de pueblo podía mostrar hacia un parroquiano. Tal vez porque la veía más desvalida que cualquier otra feligresa del municipio. La mujer se arrodilló en el reclinatorio del confesionario. La ventanilla se abrió y el padre Alberto escuchó a su oveja más devota, de un tiempo a esta parte.

—Cuéntame, hija. ¿Qué es lo que te preocupa? —entornó los ojos a la vez que besaba la estola que colgaba de su cuello.

—Verá usted, padre. Es que no duermo bien y tengo pesadillas. No puedo estar tranquila desde que mi marido ya no está. No sé cómo confesar esta pena que llevo dentro de mí, en el corazón —María Soledad zozobraba desde lo más hondo de su alma—. Desearía contarle mi pena, padre. No sé cómo empezar. Tengo miedo. —Unas lágrimas corrieron por sus mejillas.

—No tengas miedo, hija. Todos somos pecadores por naturaleza. Dios, en su infinita sabiduría, sabrá perdonarte, sean cuales sean tus pecados. Tranquilízate, hija mía. A ver. Cuéntame esas penas que te afligen el alma y no dejan que mores en el mar de la tranquilidad.

María Soledad confesó al padre Alberto todas sus inquietudes, empezando por la primera de todas, referente al quinto mandamiento y terminando por aquella famosa carta que tenía en su poder y por la que Marcial la extorsionaba. En ese momento, el cura recordó cierta conversación con la esposa de don Fernando. El párroco supo que la mujer era desconocedora de tal circunstancia ya que doña Florina no quiso revelar.

Lloró como si le desgarraran las entrañas desde lo más profundo de su ser. El sacerdote la escuchó con el corazón en un puño, estupefacto de lo que salía por la boca de su feligresa más devota. Era consciente del dolor que sentía aquella parroquiana y la inquietud que la desbordaba. Pero también comprendía sus razones y motivos por los cuales, aquella mujer, estaba rota de dolor y pena.

Después de aquella confesión, el padre Alberto dio la absolución para tranquilidad de su sierva, aunque sabía que no era suficiente con aquella redención. Soledad tenía que confesarse a otros niveles para redimirse del todo.

—*Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine patris et filii et spiritu sancti...*
Amén.

Hizo la señal de la Cruz cerrando sus ojos y una lágrima resbaló por la mejilla del padre Alberto. Al igual que a María Soledad, un calvario afligía su corazón. A diferencia de ella, el clérigo jamás encontraría consuelo en nada ni en nadie, por más que Dios bajara de los Cielos y le concediera el perdón absoluto.

IV

HOSPITAL LABACA. DESPACHO DE DIRECCIÓN.
6 DE FEBRERO DE 1931. 10:40 HORAS.

El día amaneció lluvioso en una tonalidad azul marina intensa. Por aquellas fechas, raro el día que no estaba lánguido y triste. Allí estaba ella, sentada en una silla al lado de la cama, junto a su hermano, con la mano agarrada a la suya. Las sombras envolvían la sala y el verdín asomaba por entre las grietas de los techos, en una humedad que calaba los huesos.

Pablo tenía los ojos abiertos como platos. Una sábana y una triste manta cubrían su delicado cuerpo. Silvia notaba su manita helada. De vez en cuando, sorbía los mocos en un acto fracasado por esconderlos.

—Hola, hermanito. ¿Cómo estás? —preguntó Silvia en un intento fallido por esperar una contestación. Sabía que Pablo estaba impedido en el habla. Lo que viera la noche del fatídico accidente que le costó la vida a sus padres le había dejado sin esa básica facultad—. Te veo mejor —añadió con una pequeña sonrisa—. Mueves tus ojos, parpadeas. Eso tiene que ser buena señal. Dios quiere que me hables así, con los *ojiños* —le apretó las manos en señal de felicidad—. Tienes que ponerte bien, ¿me oyes? Sí, claro que me oyes. ¿Te acuerdas lo que nos decía nuestro padre cuando no podíamos hacer algo de lo que nos mandaba? Siempre nos decía: «Si os esforzáis, conseguiréis hacer todo lo que queráis en la vida». Y tú tienes que quererlo, *Pabliño*. Tienes que ponerte bien, por el bien de los dos. Cuanto antes te repongas, antes saldrás de aquí y estaremos juntos. No importa que tía Herminia se enfade con nosotros. Lo importante es que estaremos juntos y no nos separará nadie. El tío Andrés es un buen hombre. Estaremos muy bien con él, ya lo verás. —Unas lágrimas corrían por la carita de la pequeña Silvia que se fundían con la leve sonrisa de su fina boca—. Mira, *Pabliño*, te he traído una cosa. —Metió su mano en una bolsa y sacó un objeto de metal. Lo enseñó a su hermano sonriendo y continuó hablando—. Es el soldadito que te

regaló padre cuando cumpliste los tres años, ¿recuerdas? Te gustaba mucho jugar con él. Padre lo pintó para ti.

Pablo no se movía. No decía nada. Solo ojeaba a su hermana de una forma fría, con la mirada perdida en el vacío. La expresión de su carita mortecina reflejaba una imagen desértica como si no hubiese nadie en aquel cuerpo arropado por una fina manta.

La enfermera Roberta entró decidida a echar a la niña. La hora de visita ya había terminado y no era precisamente una seda hablando y dando órdenes a los subalternos, tampoco a los visitantes y parientes de los pacientes, aunque sí sabía con quién se jugaba el tipo a la hora de dirigirse a ciertas personas. Todo dependía del estatus social que ocuparan. Aun así, el carácter de la enfermera dejaba mucho que desear. Una mujer soltera, sin más familia que un novio militar mujeriego; el destino lo había querido trasladar a la Comandancia de Marina en Madrid, tal vez le había hecho empeorar su temple.

—Vamos. La hora de visita ya ha acabado. Dile a tu tío que el doctor Eusebio quiere hablar con él. Mañana sería un buen momento para hacerlo. El doctor es un hombre muy ocupado y no puede perder el tiempo —espetó Roberta sin pestañear.

—Mi hermano se va a poner bien, ¿verdad, enfermera? —atinó a decir la pequeña Silvia con toda la inocencia del mundo. Había ido sola a visitar a su hermano. Herminia hizo un esfuerzo sobrehumano y la acompañó hasta la parada del autobús. Andrés debía trabajar.

—¡Eso no depende de mí, niña! ¡Aunque por los resultados que estoy viendo, dudo mucho de que tu hermano salga de aquí algún día!

—¡No es cierto! ¡Mi hermano se va a poner bien! ¡Yo lo sé! —exclamó la niña con los ojos inundados en un agua pura y cristalina.

—Como tú digas. Ahora, sal de aquí. Tengo que ocuparme de él.

Silvia miró a Pablo que seguía con los ojos abiertos, de par en par. Lo miró fijamente. Las lágrimas comenzaron a brotar de sus lindos ojos, sin control alguno. Se acercó a su hermano y lo besó en la frente. Le susurró unas palabras.

—Te pondrás bien, hermanito. Sé fuerte. Padre y madre nos cuidan desde allí arriba. —Apretó fuerte su mano que aún agarraba el soldadito y añadió—: Nos vemos mañana.

Silvia salió de la sala bajo la mirada atenta de *Antoíño*, un paciente del doctor Eusebio que compartía sala con el resto de enfermos mentales. *Antoíño* padecía demencia con episodios de pánico, aunque la mayoría del tiempo era

consciente de lo que ocurría a su alrededor. Observaba a Pablo muchas veces por las noches antes de que se apagaran las luces, incluso le hablaba y le preguntaba cosas. Pablo no respondía, no obstante, de vez en cuando dirigía su mirada hacia *Antoíño*; era una mirada vacía, sin sentimientos, muy fría... Tanto que *Antoíño* sentía escalofríos de Pablo. Presagiaba acontecimientos terribles con respecto a aquel niño marioneta. Así lo había bautizado: «El niño marioneta». Tal vez porque el doctor Eusebio y la enfermera Roberta querían hacer múltiples aberraciones: terapias de choque, corrientes en las sienas, todo dentro del más estricto sadismo que el matasanos podía aplicar a sus pacientes.

De hecho, el doctor había pensado empezar con Pablito. Quería ver cómo podía reaccionar el niño aun a sabiendas de que, según sus suposiciones, no valía la pena. Pensaba que el fuerte impacto emocional que había recibido el pequeño lo había dejado sumido en un profundo estado de soledad mental, ausente de toda realidad y percepción.

No obstante, para experimentar con él, necesitaba la autorización de los tíos del niño. Aquel hombre era un auténtico monstruo y tarde o temprano debía rendir cuentas ante alguien sobre aquellos métodos tan atroces.

HOSTAL LOS PAZOS. CASTELOURIÑO.
9 DE MARZO DE 1952. 13:45 HORAS.

El doctor Rosique se había ausentado para comer y decidió hacer una pequeña visita a Luciana para preguntar por su abuela. Le preocupaba el estado de salud de la mujer debido a su avanzada edad y a sus dolores de huesos. Luciana había terminado de adecentarla. La anciana requería de muchos cuidados y no daba abasto entre tanto trabajo. A pesar de los pocos clientes que había en la pensión, un lugar como aquel requería una intensa labor en cuanto a organización y limpieza. Su hermano Tano tenía suficiente con el mantenimiento del local y todo lo que contenía ya que siempre había algo que arreglar; él estaba seguro de que el hostel adquirido a don Fernando no era un buen negocio.

Como de costumbre, el tintineo de la campanilla se hizo notar cuando el doctor entró por la puerta. Luciana salió de la trastienda tras secarse sus manos con un trapo viejo.

—¿Qué tal, Luciana? —sonrió el doctor mientras se quitaba el sombrero para saludar.

—¡Doctor! ¿Qué hace por aquí a estas horas? —preguntó sorprendida por la inesperada presencia.

—Salí a comer y me pillaba de paso. Solo quería saber cómo se encuentra su señora abuela.

—Bien. Acabo de asearla un poco y de darle unos masajes. Ya sabe que no habla. Ella nunca dice nada. Ni siquiera se queja —sonrió.

—Claro, comprendo. Si me necesita, ya sabe usted dónde encontrarme —volvió a sonreír como un colegial.

—Muchas gracias, doctor —contestó Luciana extrañada.

—Bueno, me voy. Dé recuerdos a su hermano y a su abuela de mi parte. Adiós, Luciana. —Se volvió a poner el sombrero para despedirse. En ese

mismo instante, Javier Manzano y Ricardo entraban por la puerta para hablar con ella puesto que estaba en la lista de don Fernando como una de las más endeudadas del pueblo.

—¡Doctor! —saludó Ricardo—. ¡Oh! ¡Doctor! Creo que no conoce usted al inspector Javier Manzano. —Ricardo hizo las presentaciones pertinentes—. El inspector lleva el caso de Aleixo.

—Sí, he oído que es sobrino de doña Benigna. Un placer, inspector —saludó con la mano en el sombrero.

—¡Un placer! —Manzano correspondió al saludo.

Los agentes quedaron solos con Luciana. Ricardo cerró la puerta tras de sí.

—Buenos días, Luciana —saludó el sargento para hacer las presentaciones—. Te presento al inspector de Policía, don Javier Manzano.

—Buenos días, tengan ustedes. ¡Inspector! —dijo Luciana dejando el trapo encima del mostrador—. Es el sobrino de doña Bení, ¿no es así? —adecentó sus ropas.

—Así es. Pero no vengo en calidad de presentarme a la vecindad. —Se quitó el sombrero—. ¿Le importa que nos sentemos unos minutos? —sugirió mientras el sargento acondicionaba una mesa con tres sillas.

—Claro —repuso Luciana.

Los tres se acomodaron en sus respectivas sillas. Ricardo abrió la ronda de preguntas.

—Luciana, se ha encontrado un cuerpo en los acantilados del faro. Sabemos que es el de Aleixo. El inspector y yo estamos investigando el suceso. Sabemos que Aleixo te extorsionaba como a otros convecinos.

—¿Le importaría decirnos dónde estaba usted la noche del sábado pasado, entre las ocho y las doce? —intervino de inmediato Manzano sacando su libreta para tomar notas.

La mujer miró a ambos con cierto nerviosismo. Comenzó a jugar con las uñas de sus dedos. Javier se percató de ello. No obstante, esperó la respuesta.

—Pues..., estuve aquí, en casa, atendiendo a mi abuela.

—¿No salió a ninguna parte?

—No, señor. Estuve todo el rato aquí con ella —titubeó.

—¿Está seguro de eso? —Javier le dio una segunda oportunidad.

—Sí..., sí, señor.

—¿Puede alguien confirmarlo? —Manzano fue contundente.

—Supongo que mi propia abuela podría..., pero hace años que no habla, desde la muerte de mis padres.

—O sea, no. —Javier miró a Luciana por encima de la horizontal, con la cabeza en su bloc. Ella no contestó—. ¿Qué ocurrió a sus padres?

—Murieron en un accidente. —Luciana seguía jugando con sus dedos en un acto de nerviosismo.

—¿Qué tipo de accidente? —Manzano quería que precisara más.

—Si le soy sincera, no lo sé. Mi tío nunca quiso hablar de ello y mucho menos darnos explicaciones. Nosotros, es decir, mi hermano y yo, tampoco quisimos saber más. Una se acostumbra a vivir la vida tal y como viene, ¿sabe usted? —contestó con cierta amargura.

Javier miró a Ricardo y este comprendió la mirada. Aun así, el sargento se limitó a observar.

—¿Dónde está su hermano?

—No está aquí. Marchó para la capital, en busca de unas piezas para la caldera.

—¿Dónde estuvo su hermano la noche del sábado?

—Estuvo..., estuvo arreglando cosas en el sótano. Ya le digo que la caldera da muchos problemas y tiene que ponerla a punto, cada vez que se estropea.

—Está bien. En cuanto llegue, avísenos. Tenemos que hablar con él.

—Muy bien, señor inspector.

Javier y Ricardo se marcharon con el convencimiento de que Luciana mentía, pero no tenían pruebas de lo contrario, por el momento. El inspector decidió esperar para mover sus fichas.

Cuando se marcharon los agentes, Luciana bajó al sótano, al lugar en el que se encontraba la caldera, precisamente.

—Acaban de irse el sargento y el sobrino de doña Benigna. Han preguntado por ti. El inspector quiere hablar contigo. Tendrás que explicarle dónde estuviste la noche del sábado.

—Y, ¿por qué no le has dicho que me deje en paz? ¿Por qué no te has inventado algo? —dijo mientras apretaba una tuerca de unión de la caldera.

—¿Eres idiota? Más te vale tener una buena excusa. Nunca me das explicaciones de tus salidas nocturnas. No pienso tener problemas. Por tu culpa estoy bajo sospecha.

—¿Temes que te jodan tus planes? No te preocupes por mí. Sé arreglármelas solo —espetó Cayetano estrellando la herramienta contra el suelo.

LONJA DE PESCADO. CASTELOURIÑO.
10 DE MARZO DE 1952. 07:15 HORAS.

—Siento mucho lo del otro día, *Isiña* —apuntilló Javier algo entrecortado—. Vengo para unos días y ya ves, tomo las riendas de una investigación. Pensaba que podría disfrutar de unas vacaciones y en lugar de eso, me pongo a trabajar. A veces pienso que es lo único que sé hacer en la vida.

—Bueno, a ver, ¿quién ha dicho que no puedas disfrutar de tus vacaciones? Ahora estás aquí, conmigo. Los momentos en los que no estés trabajando en el caso, puedes ver el pueblo y sus alrededores —dijo la muchacha con una gran sonrisa, mostrando una boca perlada y reluciente mientras hincaba un cuchillo en la ijada de la pieza que se disponía a limpiar.

Isabel arreglaba y servía pescado todos los días, de martes a sábado, excepto domingos y lunes, ya que los pescadores no salían a la mar. Tomaban esos días de descanso.

—Claro. Tienes razón —apuntó Javier con una leve sonrisa—. ¿Sabes?, ayer estuve en casa de ese tal Fernando. Creo que tiene algo que ocultar.

—¿Algo que ocultar? ¿Como qué? —preguntó con cierta curiosidad.

—No lo sé. Su mirada... No me gusta. Detrás de esa fachada de hombre seguro y colaborador hay algo más. Encierra algo que no me termina de convencer. —A pesar de lo reservado que era Javier, *Isiña* hacía que se abriera ante ella sin reparos porque le transmitía confianza.

—Ya te dije que era un canalla. Además, tu tía también te lo dijo. Su padre era un buen hombre y se mataba por ayudar a los más pobres del pueblo. ¡Pero el hijo...! ¡Ja! El hijo es un *fillo* de puta muy grande. Y su sobrino, ese Marcial, ese es más que su tío, si cabe.

Isiña dejó notar cierto brillo en los ojos al recordar a Marcial, chulo y mujeriego, que utilizaba el buen apellido de los Castro para hacer y deshacer a su antojo. Alguna servidumbre que servía para la familia había tenido

problemas con Marcial. Intentaba propasarse con las sirvientas que se le antojaban, para trabajos extraoficiales. Un «no» por respuesta significaba el despido inmediato y cierto acoso por parte de Aleixo, que recordaba a la víctima que, si quería vivir en el pueblo sin problemas, tenía que entrar por las necesidades del señorito.

—*Isiña*, ¿qué te ocurre? —Javier se dio perfecta cuenta de la reacción que había sufrido al mencionar a Marcial.

—Nada. No pasa nada. Es que me indignan esta clase de personas —sonrió para tranquilizar a Javier—. Mira, por ahí viene Rosita, la mujer de Nicolás. Muy *curriña* la chica. Hola, Rosita. ¿Qué se te ofrece, mujer? —preguntó mientras frotaba sus ojos para aclarar la vista.

—Buenos días, *Isiña*. Pues poca cosa hoy. Nico no está de ganas. Está como el tiempo. De verdad que el pobre lo está pasando mal... Ponme unas pescadillas, por favor. Tengo un poco de prisa.

—Tranquilízate, mujer. Ahora mismo te las pongo. ¡Uy! Perdona. Os presentaré. Mira, este es Javier. Es el sobriño de doña Beni. Está investigando la muerte de Aleixo, el perro de don Fernando —expuso con algo de ironía.

—Encantado de conocerla. —Javier le ofreció su mano un tanto lánguida. Se quedó algo alelado. Tal vez por la belleza que irradiaba aquella mujer. Sus ojos eran de un verde intenso. El resto de su cara era como el amanecer de un día despejado, dibujando líneas cobrizas y anaranjadas con su cabello, por un cielo perfecto.

—Igualmente. Así que investiga usted la muerte de ese hombre —planteó Rosita dibujando una mueca desencajada en sus labios y bastante nerviosa.

—En ello estoy —contestó Javier tranquilo.

—La verdad es que no se habla de otra cosa en el pueblo —apuntó con humildad.

—Rosita es la dueña de la ferretería que hay al final de la cuesta de la calle Porriño.

—Isabel, no tengo ni idea de las calles del pueblo. Llevo aquí dos días, como aquel que dice y no conozco nada de nada —atrevió Javier a decir con algo de sorna.

—¡Uy!, claro. Perdona. Bueno pues eso. Ella es la que atiende en su negocio. Si necesitas algo, desde un enchufe hasta una bobina de hilo, allí lo encontrarás. Y, ¿por qué está Nicolás así?, ¿qué le pasa al *pobriño*? —preguntó mientras limpiaba un ejemplar.

—Supongo que lo de siempre. Los dolores que sufre desde el accidente. Ya sabes que cuando el tiempo se pone tonto, su pierna lo acusa... Perdona,

Isiña, tengo mucha prisa.

—Claro. Aquí tienes. —Isabel le dio la mercancía.

—¿Tuvo un accidente su marido? —se atrevió a preguntar Javier con reparo.

—Así es. Tuvo un accidente de coche hace unos años y se partió una pierna. Le ha quedado una secuela en la pierna derecha, aunque lo disimula bastante bien.

—Vaya. Lo siento mucho. —No se le ocurrió decir otra cosa a Javier.

—*Rosiña* y Nicolás llevan poco tiempo en el pueblo. Como dos años o así, ¿verdad?

—Sí, así es. Bueno, me tengo que ir. Gracias, Isabel. Y encantada de conocerle...

—¡Javier! ¡Javier Manzano, para servirla! —dijo levantando la voz por momentos, mientras Rosita se perdía entre la poca clientela del momento.

—Así que sufrió un accidente de coche. Vaya, debe ser terrible quedarse así.

—Según ha contado ella, hace un par de años el automóvil se despeñó por un terraplén. Sus piernas quedaron atrapadas y cuando consiguieron sacarlo del vehículo, se había roto una. Lo operaron varias veces al *pobriño*, pero cuando llega el mal tiempo tiene que ayudarse de un bastón.

—Vaya, cuánto lo siento por el hombre. ¿Sabes?, el otro día lo conocí. Iba en bicicleta. Pasó por el faro cuando encontramos a Aleixo. El sargento hizo las presentaciones. Yo no lo vi tan mal.

—¡Ah!, entonces, ya le conoces. Es muy *curriño* (simpático) el hombre y muy trabajador. Por cierto, ¡vaya cara de idiota que se te ha puesto, hijo mío! —reprochó Isabel a Javier.

—¿A quién?, ¿a mí? —preguntó Javier sorprendido de la reacción de ella.

—¡No, *a miña nai* (a mi madre)! Pues claro que a ti.

—No digas tonterías. Es solo que la muchacha es simpática. Un poco rara, pero simpática.

—Claro, claro. Sigue que me tienes convencida.

—No estarás celosa, ¿verdad? —sonrió Javier.

Isiña se limitó a sacarle la lengua en un acto de burla arrebatada. Después, los dos sonrieron como niños. Por un instante se miraron a los ojos; una chispa de cierta complicidad había nacido entre los dos. Sin embargo, de repente la chica cambió su rostro. Se puso tan pálida como la harina y se agarró al mostrador. Una fuerte tos se apoderó de ella y empezó a respirar con dificultad.

—*Isiña*, ¡por Dios! ¿Te encuentras bien? —Javier se asustó en aquel momento.

—Sí, sí. Tranquilo. Se me pasa enseguida —dijo cuando seguía tosiendo desenfrenadamente. Se agarró fuerte a su pecho. Empezó a calmarse y a recuperar el ritmo de la respiración.

—¿De verdad te encuentras bien? —Javier seguía preocupado. Aquella tos sonaba a hojas secas rompiéndose en mil pedazos.

—Sí, ya está. Ya se me ha pasado —sonrió quitando importancia.

—Deberías ir al médico. Me preocupa esa tos —contestó muy serio.

Una silueta se dibujaba por entre la gente que deambulaba comprando en los puestos de pescado. El vocerío se extendía por toda la bóveda del lugar. El sargento caminaba a paso ligero y firme, casi a la carrera. Llegó hasta donde estaba Javier con la respiración un poco agitada.

—Buenos días, inspector. ¡*Isiña*! —Se cuadró y saludó.

—Buenos días, sargento —saludó con un movimiento de cabeza.

—Tranquilo, Ricardo, que aún queda mercancía por vender. No hacía falta que vinieras corriendo —apuntó Isabel, intentando que su voz sonara normal. Regaló una sonrisa al sargento.

—No creo que venga por pescado. ¿Alguna novedad?

—Así es, señor. El forense encontró una nota en el bolsillo interno de la chaqueta de Aleixo cuando se disponía a realizar la autopsia. Al desnudar el cuerpo, registró los bolsillos y sacó un papel —apuntilló medio asfixiándose.

—¿Una nota? ¿Qué clase de nota?

—Pues verá usted, señor. Como tenemos que ir a Carballo para ver el informe de la autopsia, dije que iríamos para allá enseguida.

—Y, ¿no le han podido dictar lo que dice la nota, por teléfono, sargento?

—Pues, la verdad..., no he caído tampoco. Usted perdone.

—Está bien. ¿Cuánto tiempo se tarda en llegar a Carballo?

—Una hora y media, aproximadamente.

—Perfecto. Cuanto antes salgamos, antes estaremos allí. Lo siento, *Isiña*. Ya nos veremos, ¿de acuerdo?

—Claro. Vete tranquilo. —Le ofreció una sonrisa que Javier no pudo por menos que sonreír. Se acercó tímido a Isabel y la besó en la mejilla, con delicadeza.

Javier Manzano y el sargento se fueron juntos hasta el cuartelillo. Allí subieron al Land Rover y pusieron rumbo a Carballo. El inspector quería saber qué era lo que ponía esa supuesta nota, así como los resultados de la autopsia. Una especie de nerviosismo corría por su interior. No estaba

demasiado implicado en el caso, pero su profesionalidad le precedía. Sabía que empezaba la investigación de un suceso que ocultaba muchos misterios que tarde o temprano saldrían a la luz. La víctima era un matón que se dedicaba a extorsionar a los habitantes del pueblo. Bajo las órdenes del dueño y señor de las tierras que pisaban, recaudaba el dinero que le debían. Javier tenía que investigar a cada persona de aquella lista; una relación con los deudores confeccionada por el mismo canalla que les exigía el pago con creces. Y en aquel registro asomaba un nombre y un cargo. Manzano se sorprendió bastante, aunque ya tenía previsto hacerle una visita.

INSTITUTO ANATÓMICO FORENSE DE CARBALLO.
10 DE MARZO DE 1952. 10:25 HORAS.

El mal tiempo seguía castigando a los habitantes de la zona. El firmamento se transformaba por momentos en un manto de acero, capaz de envolver a toda la ciudad en una tristeza absoluta. Los árboles arañaban el cielo con sus esqueléticos brazos. Una fina lluvia empezó a caer sobre la ciudad como un manto de seda transparente.

Los agentes aparcaron poco más atrás de la gran puerta. Javier Manzano bajó del vehículo y se subió las solapas de su novata gabardina. Entremetió una de las partes en el otro lado para afianzar el cierre, se colocó bien el sombrero y miró el gran edificio de arriba abajo. Los dos subieron las escalinatas de piedra hacia la gran puerta de entrada. Allí les condujeron hasta la sala número dos para hablar con el doctor Remigio, el médico que se había encargado de certificar la muerte de Aleixo García. Los agentes entraron al despacho del forense donde les esperaba. Un fuerte olor a desinfectante y otros materiales químicos se dejaba notar en las pituitarias de ambos.

—Buenos días, caballeros. —Tendió la mano a Javier y a Ricardo.

—Buenos días, doctor. El sargento me ha dicho que ha descubierto usted una nota en el cuerpo de la víctima.

—Así es. Bueno, más que una nota parece un jeroglífico. Aquí tiene. — Sacó la nota de uno de los cajones de su mesa. Estaba metida en un sobre de papel. El doctor había tenido la precaución de extraerla con unas pinzas quirúrgicas por si hubiese huellas.

—Gracias —dijo Javier, mientras la desplegaba con unas pinzas que el propio doctor le había facilitado. Enarcó una ceja y leyó en voz alta—: «La sutil figura que nadie veía, arrancará las ánimas de las viles criaturas, que arrebataron la esencia de los inocentes mártires». —Le mostró la nota al sargento.

—Y, ¿esto? ¿Qué coño significa? —preguntó Ricardo extrañado.

—Pues eso significa que nosotros tendremos que descifrar lo que quiere decir —parloteó Javier mirando al sargento con cara de pasmado.

—¡Ah! O sea que es un acertijo y nosotros debemos resolverlo. ¡Manda cojones! —espetó.

—Obviamente, el que ha escrito esa nota, o sea, el asesino, quiere jugar con nosotros y no nos lo va a poner fácil.

—Comprendo, señor —dijo asintiendo con la cabeza.

—Doctor, tiene usted los resultados de la autopsia, supongo.

—Supone usted bien, inspector. —El doctor se dirigió a su mesa y abrió el segundo cajón. Extrajo una carpeta de color marrón—. No quisiera aburrirles con tecnicismos, caballeros. Les puedo resumir que la víctima forcejeó con su ejecutor antes de caer por la ventana. Fue golpeado en la zona parietal de la cabeza con un objeto romo. Presenta una herida de entrada en el costado izquierdo, producida por un arma blanca, una navaja de tipo curva. También tiene una herida, con hematoma en el dorso de la mano derecha provocado por un fuerte traumatismo. He encontrado en la herida de la mano dos tipos de fibra de pelusa, una textil de un color verde, de entramado sedoso, mezcla de algodón y seda. Probablemente pertenecen a un vestido. El otro tipo de pelusa es de polvo por falta de limpieza; la que se acumula en suelos y rincones de una habitación.

—Y eso, ¿hacia dónde nos lleva? —preguntó el sargento más perdido aún.

—¡Vaya! ¿Un vestido? Apunta a una mujer. ¿Está usted seguro, doctor?

—Totalmente. Yo mismo lo he pasado por el microscopio y lo he comparado con otras muestras. El resultado ha sido el que le he dado.

Javier quedó pensativo unos segundos. Dio unos pasos por la sala y luego expuso su teoría.

—Veamos. La víctima y la supuesta asesina estaban en el salón. La asesina apuntaba a la víctima con un arma —Javier recreaba la escena con gestos—, una pistola o revólver. Discutieron. La víctima le dio un manotazo con el dorso de su mano para intentar arrebatar el arma a la asesina, de ahí la herida en la mano. Lo consigue y el arma cae al suelo. La asesina está indefensa ante un individuo más corpulento que ella. Sabe que no puede ganar en una lucha cuerpo a cuerpo, así que rápidamente saca una navaja y se la clava en el costado, dejando inmóvil a la presa... Dice que la herida está situada en el costado izquierdo, lo cual nos deja un porcentaje de probabilidad alto de que la supuesta asesina sea zurda. Vuelve a coger el arma de fuego mientras la víctima está desorientada por la puñalada y le golpea con fuerza

en la cabeza. Abre la ventana. La víctima está aún con vida, pero débil. Le sigue amenazando con el arma hasta subirla al vasar y una vez allí, lo empuja. Pero la víctima aún tiene fuerzas para aferrarse al filo de la repisa. Es fuerte. Aguanta. Entonces, la asesina le pisa los dedos con fuerza. La víctima no puede más y se suelta. La gravedad hace el resto.

—Una teoría excelente, inspector —mencionó el forense.

—¡Impresionante! Visto así, tiene mucho sentido. Incluso, parece fácil explicándolo —añadió el sargento.

—¿Algo más, doctor? —preguntó Javier con gran interés.

—También se han encontrado cabellos de diversos tamaños en la zona del cuello y de distinto color. Los de color castaño van impregnados de una sustancia pegajosa, una especie de petróleo. Parecen ser de mujer. Hay cierta confusión en ellos. Los otros son de color oscuro. Está todo en el informe.

—¿Ha dicho usted impregnados de petróleo? —preguntó Javier confuso.

—No me extraña. Era un mujeriego del carajo —espetó el sargento con media sonrisa irónica—. ¿Petróleo?

—Así es. Petróleo. No me pregunte por qué.

—Uhm... extraño —apuntó el sargento.

—Según declaraciones de la mujer del hostel, la noche de autos se quedó en su casa, cuidando de su abuela. La única coartada que tiene es la propia abuela que no puede hablar. De todas formas, no me fio de su declaración.

—Bueno, ya le he dicho que la chica es ligera de cascos, pero no es mala persona, señor. Aunque sí es cierto que yo tampoco me he tragado su declaración —dijo el sargento pasando su mano por la cabeza.

—Vestido y cabellos de mujer de distintos tipos. Tendremos que volver al faro para repasar bien todo lo que hay allí. También necesitaría una muestra de cabello de Luciana. Antes pasaremos por el ayuntamiento.

Javier quería inspeccionar bien no solo el escenario del crimen sino también todos los habitáculos del faro. Algo le rondaba la cabeza y no sabía muy bien lo que era.

RESIDENCIA DE MARÍA SOLEDAD. CASTELOURIÑO.
11 DE MARZO DE 1952. 10:00 HORAS.

—¿Cómo te encuentras hoy, ¡eh!? Seguro que estos rayos de sol te harán bien. Para una vez que hace algo de *calorciño* en este maldito pueblo, necesitas un poco de sol y de luz. Siempre te has quejado del frío — comentaba Soledad a su nogal mientras lo regaba con pasión, en el patio interior de su casa—. Si es que estas tierras están malditas. Te lo digo yo. Y sus gentes. Todos unos envidiosos de *merda*. ¿Crees que no me habría ido ya si no fuera por ti? —sonreía fracasadamente—. Estoy harta. Harta de este pueblo, harta de sus habitantes. Siempre criticando, hablando mal de unos y de otros, como si ellos no tuviesen nada que ocultar, como si ellos fuesen perfectos. Deberían meterse en sus asuntos y dejar a los demás en paz. Eres el único que me entiende. Tú eres especial. —María Soledad dejó la regadera a un lado, en el suelo. Se sentó en la vieja y destartalada silla de mimbre, puso sus manos en las rodillas y perdió la vista en las exuberantes raíces del árbol—. ¡Cuánto daño te ha hecho tu primo, Manuel! Por su culpa ya no estás conmigo. Tú siempre creyendo todo lo que te decía, calentándote una y otra vez, poniéndote en contra de mí. ¡Cómo me gustaría que todo volviese a cuando éramos novios! Tu sonrisa fue la que me enamoró, ¿recuerdas? —sonrió con la mirada perdida—. Siempre tan detallista conmigo, hasta que tu primo te envenenó, hablándote mal de mí. Desde el principio, él siempre quería que yo correspondiera a sus insinuaciones, siempre acosándome, el muy desgraciado. Hasta que ocurrió aquello. Y luego, tú con el tiempo fuiste cambiando. Ya no eras el mismo conmigo. Como si yo hubiese tenido la culpa de todo. Tu maltrato, tus golpes. ¡Ay! *Manoliño*. ¡¿Por qué no confiaste en mí?! Aunque hubiese sido solo por compasión. ¡¿Qué culpa tuve yo?! ¡¿Y el *rapaciño*?! —Lágrimas corrieron por sus mejillas a la par—. Tu manía de irte a trabajar al extranjero para no verme, para no estar conmigo. ¡¿Ya estás

contento, verdad?! Ya no me verás nunca más. Ni al niño. Me decías tantas cosas. Yo te lo decía y nunca me hacías caso. Tu primo es un *fillo* de puta. Buscándome siempre. Pero yo te quería a ti. Te pedí ayuda y me la negaste. «¿Cómo mi primo va a querer tal cosa contigo?», decías. Estabas tan ciego. Hasta llegaste a decirme que me *facía as beiras* (tiraba los tejos) por mi culpa, porque yo lo calentaba. ¡Ay!, *Manoliño*, ¡qué ciego estabas! Ahora todo acabó ya para nosotros. Tú allí y yo aquí. A saber lo que estarás pasando donde quiera que estés. Pero el tiempo lo cura todo, ¿me oyes? Todo. Mi *fillo* es lo primero, y no le ha de faltar nada, aunque tenga que trabajar toda la vida de *percebeira*. Me he encomendado a Dios, a través del padre Alberto.

Una voz sonó por entre las habitaciones de la casa. Era la voz de David, el niño de Soledad. Llamaba a su madre llorando. Ella acudió a su llamada de inmediato.

—Ya está, mi *fillo*, ya está. Has tenido un mal sueño. Solo es eso, *filliño*. Cálmate, mi vida. Nadie va a hacerte daño. Nadie. Al menos mientras yo viva.

V

HOSPITAL LABACA. LA CORUÑA.
7 DE FEBRERO DE 1931. 18:00 HORAS.

Andrés y Herminia habían sido citados aquella tarde por el doctor Eusebio quien tenía que dar una noticia referente a Pablo. Como de costumbre, Andrés había tenido que suplicar a su esposa para que fuera con él. A pesar de saber lo que ella pensaba acerca de los niños, el hombre se sentía más cómodo cuando Herminia accedía a acompañarlo. También había ido la pequeña Silvia. No quería perderse lo que el doctor tenía que comunicar a la familia Fernández. La niña estaba preocupada, no obstante, algo en su interior le decía que Pablito saldría de allí más temprano que tarde, y así quería creerlo con todas las fuerzas de su corazón.

—Les he hecho venir para informarles de que voy a empezar una terapia de choque con su sobrino. Es una terapia a un nivel, claro está, inferior al que se le aplicaría a un adulto.

—¿De qué terapia estaríamos hablando, doctor? —preguntó Andrés con preocupación. Herminia le echó una mirada inquisitiva.

—Quiero empezar aplicando en el paciente pequeñas corrientes eléctricas para suscitar en su cerebro reacciones positivas.

—Pero ¿no es demasiado pequeño para aplicarle esas corrientes que usted dice?

—¡Te quieres callar! ¡Vas tú a saber más que el doctor!, ¿verdad? —intervino Herminia para variar.

—No se preocupe. Son pequeñas corrientes lo suficientemente exactas como para hacer que el cerebro reaccione. Digamos que es como una pequeña ayuda, un pequeño impulso que hará que su cerebro se ponga en movimiento.

—Comprendo. Y, aparte de eso, ¿hay alguna cosa más que pueda ayudar al niño?

—Trabajaremos con un método nuevo que está en experimentación.

—Y, ¿se trata de...?

—¡Tú no te calles! —volvió a decir Herminia.

—Es el llamado Método Carroll. Consiste en la extracción de cinco centímetros cúbicos de líquido cefalorraquídeo y la sustitución de este por suero de caballo inactivado. Esto producirá una meningitis aséptica que, supuestamente, podrá recuperar la función cerebral del enfermo.

—¿Quieres dejar de preguntar cosas que no entiendes? ¡El doctor sabe muy bien lo que tiene que hacer! ¡Para eso es doctor! —exclamó Herminia zarandeando el brazo de Andrés. Eusebio disimuló una sonrisa burlona.

—Bien, señores. Necesito que firmen la autorización para empezar cuanto antes con el pequeño paciente. Haré todo lo que esté en mi mano para curar a este niño, aunque ya les digo que no tengo muy buenos augurios.

Andrés no estaba muy seguro de los métodos del médico, pero no había otro camino. Por otro lado, sabía que su esposa no le iba a permitir rechazar la autorización para dar carta blanca a los métodos de aquel matasanos. Así que firmó el documento en contra de su voluntad, una voluntad tan débil como el semblante que portaba ante su esposa. El doctor Eusebio guardó la autorización en una carpeta y se aseguró de que quedara a buen recaudo.

—Créame que ha hecho lo correcto, don Andrés —argumentó con cierto cinismo.

—Espero que así sea, por el bien del niño —expuso Andrés con cierto miedo.

Aquella fue la sentencia de muerte para una criatura indefensa ante las adversidades de la realidad.

—Ahora, si me lo permiten, tengo trabajo que hacer. —El doctor levantó el auricular y habló con la enfermera—. Berta, venga a mi despacho y acompañe a los señores a la salida.

A partir de aquel momento, las cosas irían por un camino difícil para Pablo. Su vida cambiaría por completo. La suerte estaba echada desde el día que entró en aquel hospital.

AYUNTAMIENTO DE CASTELOURIÑO.
11 DE MARZO DE 1952. 10:00 HORAS.

Tan viejo como el mundo, el Ayuntamiento de Castelouriño estaba plantado junto a la gran plaza del pueblo. De piedra viva y verdín por sus alrededores, como en el resto de construcciones, era visitado por los habitantes del pueblo para las gestiones diarias y otros menesteres. El cielo, preñado de humedad y de un color gris plata, acompañaba a los lugareños con sus ropajes de abrigo.

Javier Manzano llegó con el Land Rover y aparcó justo frente a la gran puerta principal del edificio. Se bajó maldiciendo un clima tan extremo y unas vacaciones que lo único de positivo que estaban teniendo era la visita de tía Beni, la cual hacía muchos años que no había visto, y la nueva amistad con *Isiña* que le había cambiado el concepto de soledad que empezaba a formalizarse en su vida personal. En ese momento, Venancio hablaba por teléfono algo nervioso.

—¡Que sí, que te quiero mucho! Si tú lo sabes. Pero comprende mi situación. No es tan fácil. Iré a verte en cuanto pueda. Y por favor, ¡no me llames más aquí! ¡Me comprometes! Tengo que dejarte. Un beso. ¡Adiós! — colgó nervioso.

Javier llamó a la puerta del despacho del alcalde. Oyó una potente voz que le invitaba a pasar.

—Buenos días, señor alcalde —saludó Javier educado con el sombrero entre las manos.

—Buenos días. Pase, pase. El sargento Ricardo me ha llamado para comunicarme su visita —dijo Venancio condescendiente—. Tome asiento, por favor —concluyó señalando con su mano la silla frente a él—. ¿En qué puedo ayudarle, inspector?

El despacho del alcalde era pequeño y sencillo. Sus paredes desnudas, con pocos cuadros, provocaban algo de frialdad. El retrato del jefe del Estado,

situado en la cabecera del alcalde, parecía vigilar a todo aquel que se sentara frente a él.

—Vera, señor alcalde. Como ya sabrá, estoy investigando la muerte de Aleixo García.

—Sí, ya me he enterado. La verdad que lo iba buscando el muy granuja. Ha tenido el final que merecía.

—Sí, eso dicen. Dígame, ¿qué tipo de deuda tiene usted con don Fernando?

—¿Qué quiere decir? —frunció el ceño—. ¿Qué tiene eso que ver con la investigación de Aleixo?

—Nada y mucho. Es posible que, quien haya asesinado a Aleixo, se hubiese visto extorsionado por él.

—No estará insinuando que yo...

—Yo no insinúo nada, señor alcalde. Pero tengo que descartar sospechosos.

—Comprendo. En realidad, no tengo deuda alguna con él. No sé por qué piensa eso. —Venancio se levantó de su sillón.

—Bueno. Él no piensa lo mismo. Escribió su nombre en una relación de vecinos que tiene deudas pendientes importantes.

—Mi deuda con él no es económica. —Se volvió de repente hacia Javier. Lo miró a los ojos.

—¿Qué quiere decir? —Javier pasó unas hojas de su bloc. Venancio se puso a pasear por el despacho, algo nervioso.

—Mire, inspector. Este asunto es bastante delicado. No sé si me explico.

—Lo comprendo, pero si no me da usted una buena razón para descartarle como sospechoso, yo...

—Don Fernando me hace chantaje para conseguir de mí ciertos... favores burocráticos.

—Y usted no puede oponerse.

Venancio volvió a su sillón como un soldado derrotado.

—Inspector, don Fernando es el dueño y señor de este pueblo. Poco se puede hacer para enfrentarse a él. De hecho, soy el alcalde gracias a sus influencias con las autoridades de la capital. Nadie de este pueblo quería que yo fuese alcalde. Ni siquiera mi propia esposa.

—Así que le debe su cargo.

—Le debo algo más que eso, créame.

—Dígame, ¿recibía usted la visita de Aleixo para recordarle sus obligaciones con don Fernando?

—Alguna vez que otra. No lo niego. Pero nunca me amenazó. Sabía hasta dónde tenía que llegar conmigo. Lo cierto es que, para ser correcto, solo vino a verme una sola vez.

—¿Cuándo fue eso? —Javier tomaba notas en su bloc.

—Si no recuerdo mal el mes pasado. No volvió más a verme.

—¿Así?, ¿sin más?

Venancio dudó un instante.

—Bueno, verás, yo..., lo amenacé con matarle si volvía a verme.

—Lo amenazó. Y ¿se puede saber de qué forma?

Venancio se levantó de su silla y paseó unos metros por el despacho. Su nerviosismo crecía por momentos y no quería contestar a la pregunta. Volvió a la mesa y se colocó de pie, detrás de su sillón.

—Con mi pistola. Le enseñé la pistola y le apunté directamente.

—¿Tiene usted la pistola aquí?

—Sí señor. En la caja fuerte.

—Haga el favor de traerla —indicó Javier, muy serio.

Venancio se dirigió al cuadro de la pared de enfrente y lo descolgó de su sitio. Justo detrás se ocultaba la caja fuerte. Después de hacer girar una rueda, abrió la puerta de hierro. Junto a la pistola, unos documentos y poco más.

—¡Aquí la tiene! —dijo Venancio ofreciéndola a Javier.

—¿La ha utilizado usted recientemente?

—Hace unos cuantos días. Disparo con ella en el campo para que no se estropee.

Javier se levantó de su silla y se acercó al alcalde. La observó detenidamente. Luego metió un bolígrafo por el guardamonte y la acercó a su nariz. La olió. Había indicios de olor a pólvora. Examinó por encima la culata, que estaba algo sucia, pero no había signos de sangre reseca, al menos que se pudiesen ver a simple vista. Javier la introdujo en un sobre de papel que extrajo del bolsillo interior de su gabardina.

—¿Qué hace, inspector? —preguntó Venancio con sorpresa.

—Me la llevo para que la examinen a fondo —contestó con parsimonia—. ¿Dónde consiguió el arma? —La metió en el bolsillo de su gabardina.

—A través de un contacto de Nicolás, el ferretero.

—¿En el mercado negro? —preguntó Javier.

—Eso ya no lo sé. No sé de dónde la consiguió. Solo puedo decirle que no fue barata. ¿Tardará mucho en devolvérmela? —Se pasó la mano por la frente.

—Depende del tiempo que tarden en analizarla. ¿Dónde estuvo el sábado, 8 de marzo?

El rostro de Venancio cambió por completo. Abrió los ojos como un bostezo.

—Yo..., me encontraba fuera del pueblo. No creerá usted que yo...

—Ya le he dicho que yo no creo nada, excepto en Dios y en el que tiene usted en ese retrato —señaló con la mirada a Franco—. ¿Dónde se encontraba concretamente?

—Estuve..., estuve en la capital, haciendo unas gestiones.

—¿Desde qué hora?

—Desde por la tarde. Serían eso de las seis de la tarde hasta el día siguiente.

—¿Pasó usted la noche en la capital?

Venancio volvió a dar unos pasos por el despacho. Su nerviosismo era descontrolado.

—Así es.

—¿Dónde?

—No creo que eso sea de su incumbencia, inspector —acertó a decir con todo el nerviosismo del momento.

—Siento discrepar, señor alcalde. Por su bien le aconsejo que me diga dónde pasó esa noche.

—En un hostel.

—¿Qué hostel?

Venancio miró hacia todas direcciones del despacho, en un acto desesperado por encontrar una respuesta.

—Hostal..., La Muñeira. ¡Eso es! La Muñeira. Se llama La Muñeira —acertó a decir.

—Muy bien. Espero por su bien que así sea —contestó Manzano mientras terminaba de apuntar en su bloc.

—Pues claro que es así. Puede comprobarlo, si quiere.

—Lo haré. No se preocupe.

—Dígame, ¿cuántas llaves hay del faro?

—Pues, que yo sepa, solo hay una. ¿Por qué lo pregunta usted?

—Necesito saber quién más tiene acceso a ese faro, aparte de ese tal vecino Suso.

—Pues, que yo sepa, hace ya años que Suso se ocupa del faro. Fue al poco tiempo de que ocurriera, bueno, ya sabrá por su tía lo que sucedió allí —soltó Venancio con algo de preocupación.

—La verdad, señor alcalde, me gustaría que me lo dijera usted. No creo que mi tía sea la persona más idónea para contarme un suceso de esta índole.

—Tiene razón, pero comprenda que yo tampoco puedo darle una versión oficial de lo que en realidad ocurrió. No sé si será cierto. Verá. Según tengo entendido, allá por el año 1931, había un matrimonio, Alejandro y Silvia, con dos *fillos*, Pablo y Silvia. Alejandro era el encargado del mantenimiento del faro. Una noche, según me contaron las autoridades años más tarde, cuando ya era alcalde de este pueblo, la niña dio aviso para comunicar una desgracia. Encontró a su madre en el salón, tendida en el suelo, con una brecha en la cabeza. A Pablito lo encontró agarrado a los barrotes de las escaleras, presa de pánico, con una fuerte conmoción emocional. Respiraba muy acelerado y con la mirada perdida. Alejandro, no estaba. Pensaron que había matado a su esposa y que se había dado a la fuga, pero encontraron su cuerpo estrellado en las rocas del acantilado. Se había quitado la vida después de matar, probablemente en un acto de celos, a su esposa.

—Y, ¿por qué las autoridades llegaron a esa conclusión? —Javier frunció el ceño.

—Al parecer, Silvia estaba liada con don Fernando. Fue un crimen pasional. Alejandro la quería mucho. Fue una verdadera pena. Se llegó a decir que estaba encinta del señorito.

—Y, ¿era cierto?

—Vaya usted a saber. Se llevó todo en el más estricto secreto.

—Es que, ¿no le practicaron la autopsia?

—Eso lo tendrá usted que preguntar al propio doctor Rosique. Creo que fue el médico que se hizo cargo de certificar la defunción.

—Comprendo.

—Mire, inspector. Este pueblo es pequeño y aquí se sabe todo. Nada que ver del lugar de dónde viene.

—Claro —dijo Javier con cierta sorna—. ¿Quién se hizo cargo de los niños?

—Los niños fueron dados a un tío por línea paterna.

—¿Hermano del padre, dice? —Javier hizo una pequeña puntualización.

—Así es, inspector.

De repente, Javier recordó cierta conversación que tuvo con Luciana y su pasado. La mujer había contado que sus padres habían muerto en un accidente y que fueron criados por un tío carnal. No obstante, el inspector siguió con el interrogatorio.

—Dígame, ¿quién se encargó del entierro de los padres?

—Don Fernando tuvo la deferencia de hacerse cargo de todo.

—Vaya, qué detalle por su parte.

—Digamos que se sintió un poco responsable de los hechos, hipotéticamente hablando, claro.

—Comprendo. Dígame, con respecto a la llave del faro...

—¡Ah!, sí. La llave. Pues, como le he dicho, no existe más llave que la que tiene Suso. Supongo que quien lo sabe a ciencia cierta es Ramiro, mi secretario. Él lleva más tiempo que yo aquí. ¡Ramiro!, ¡Ramirooo! —El alcalde dio un par de voces. De inmediato se personó el ujier Ramiro, llamando a la puerta.

—Dígame usted, señor alcalde.

—¿Sabe usted si existe alguna copia de la llave del faro?

—Pues, que yo tenga constancia, no, señor alcalde. La llave del difunto Alejandro pasó a manos de Suso.

—Está bien. Puedes retirarte —dijo Venancio haciendo un gesto con su mano.

—Lo que usted ordene, señor alcalde.

Javier cerró su bloc y concluyó la conversación con Venancio.

—Está bien, don Venancio. Procure notificarme cuando tenga que salir del pueblo.

—¿Estoy bajo sospecha? —preguntó sorprendido.

—Digamos que es una pieza clave para aclarar todo este asunto. Hasta que no corrobore su coartada, necesito tenerle cerca.

—Está bien. Ya sabe que, si me necesita, estaré a su entera disposición.

—Gracias. Así lo haré.

Javier salió de aquel despacho, preguntándose acerca del nerviosismo de Venancio. ¿Por qué esos nervios? El arma había sido usada. Tal vez la utilizase contra Aleixo. Aunque las pruebas apuntaran a una mujer, debía tener en cuenta todos los indicios. Y, ¿por qué estar en una lista de deudores si no tenía intereses económicos con don Fernando? ¿Qué tipo de chantaje le estaría haciendo Fernando? Tarde o temprano, la verdad saldría a la luz.

FERRETERÍA LA MEIGA. CASTELOURIÑO.
11 DE MARZO DE 1952. 11:25 HORAS.

Javier necesitaba hablar con Nico. Quería averiguar el origen del arma y si realmente fue él quien se la vendió al alcalde. Pero más importante era saber si había vendido navajas de tipo curvo, como la hendidura hallada en el cuerpo de Aleixo. Tal vez sacara en claro algo más de lo poco que tenía.

A pesar del frío y el viento que arreciaba por la zona, decidió acercarse a pie. Teniendo en cuenta que el establecimiento del matrimonio en cuestión se encontraba en la zona de los alrededores del pueblo, le sirvió de paseo y meditación. Pero Javier también aprovechó la ocasión para conocer un poco más a esta pareja. No figuraba en la lista de don Fernando. Aun así, no estaba de más saber algo más sobre ellos.

En su recorrido, la cabeza del inspector era un caldero en ebullición. Repasaba mentalmente las pistas de que disponía. Pelota de goma. Obviamente, la pelota de goma verde encontrada en la mano de la víctima significaba mucho para el asesino. Tal vez un mal recuerdo, un trauma..., algo especial que supuso una fuerte impresión negativa. Pero ¿qué tenía que ver la víctima con aquel juguete? Javier sabía que, tarde o temprano, la pieza del rompecabezas encajaría por añadidura. Le gustaba ser muy metódico. Cuando era niño, le encantaba leer las pequeñas viñetas de Sherlock Holmes que su padre le daba. Era un apasionado de *sir* Arthur Conan Doyle. Aquel detective tan minucioso y cuidadoso, le proporcionó a Javier la capacidad y las herramientas para resolver los casos que le tocaba investigar. Dentro de su mente, apareció el jeroglífico que encontraron en el chaleco de Aleixo:

La sutil figura que nadie veía arrancará las ánimas de las viles criaturas, que arrebataron la esencia de los inocentes mártires.

Una figura que nadie veía. ¿A qué tipo de figura se refería? Ánimas, inocentes mártires. Por ahora, todo aquello carecía de sentido. Todo era un gran galimatías. Pero había algo religioso en todo aquello. En ese momento, Javier recordó otra de las pruebas encontradas en el interior del faro: la medalla de Santa Lucía.

De pronto, una imagen se entrometió en todos aquellos pensamientos ordenados. La figura de Julia ocupó el tiempo suficiente en la cabeza de Javier para que olvidara todo de golpe. ¿Qué habría sido de ella? Aquel polvillo de obra en el refugio cayendo sobre sus cabezas, la alegría de encontrarse con la muchacha, el abrazo y el beso apasionado y, por último, la consumación de su amor en las ruinas de aquella casa. Javier sonrió de satisfacción.

Pero una vez más, las imágenes del caso golpearon con fuerza su mente, intentando reclamar su lugar y momento. También *Isiña* se hizo un hueco en su cabeza. No era tiempo de pensar en otras cosas, por muy importantes que fueran en su vida personal. El caso demandaba rapidez de ejecución y soluciones de inmediato.

Estaba llegando al establecimiento. Al empujar la puerta, el tintineo de unos tubos metálicos sonó como una sonrisa comedida. Nico salió de la trastienda y sonrió a Javier.

—¡Buenos días, Nicolás! —saludó cordial mientras descubría su cabeza.

—¡Buenos días, don Javier! ¿Qué le trae por aquí? —dijo con humildad.

—Quería hacerle unas preguntas. —Sacudió un poco sus mangas.

—¿Qué tiempo más horrible!, ¿verdad?

—Así es. Supongo que ustedes, los lugareños, ya estarán acostumbrados.

—No lo crea, don Javier. Desde lo del accidente, mi pierna se queja constantemente avisando de los cambios de tiempo —Nico arrugó la expresión de su cara—. Uno no se acostumbra nunca al dolor. ¡Vive con él!

—Su esposa me comentó que tuvo un accidente de automóvil y que solo podía usted andar con muletas. Pero, el otro día le vi caminar...

—Estoy bien. Rosita es un poco exagerada. Normalmente voy con una muleta, dependiendo de los días de frío. Pero puedo caminar sin ella. Al estrellarse el coche, se me quedaron las piernas atrapadas. Por suerte, solo una de ellas se negó a salir. Se partió en el impacto. No he quedado tan mal. Inspector, no creo que haya venido a hablar de mi pierna, ¿verdad?

—Es cierto —sonrió—. Me gustaría saber acerca del arma que le vendió usted al señor alcalde.

—¡Vaya! ¿Ocurre algo con ella? —preguntó Nico, con sorpresa.

—Digamos que me gustaría saber su procedencia y si es cierto que fue usted quien se la vendió.

—Sí. Sí, claro. Bueno, a través de un conocido. Yo la conseguí a buen precio y se la vendí al señor alcalde. Ya sabe, para sacar un poco de beneficio. —Se sentó en un taburete alto, tras el mostrador.

—Comprendo. —Javier sacó su bloc.

—No me irá a costar un disgusto, ¿verdad? —se preocupó el hombre.

—Tranquilícese. No voy a decir nada. Me interesa más saber otras cosas.

—Esa pistola es muy caprichosa, inspector. Es una buena arma.

—Sí que lo es.

—Espero que esto no vaya a perjudicarnos a mí o a mi esposa.

—No se preocupe. Como le acabo de decir, solo quiero ceñirme al caso en cuestión. De todas formas, no está de más saber el origen del arma.

—Pues, como ya le he comentado, al que se la compré, me dijo que fue un hombre mayor que presumía de habérsela llevado como trofeo, después de haber matado a un oficial militar de los Nacionales en los montes de las inmediaciones. Decía que era un maqui. Alardeaba de ser amigo de «El Gafas». Ya sabe, uno de los maquis más famosos que ha tenido estas tierras.

—Debería haber denunciado el caso. El arma, de ser como su... conocido le ha contado, está manchada de sangre.

—Yo...

—Déjelo. Ya le he dicho que quiero ceñirme al caso. Por lo demás, no se preocupe.

—Gracias, inspector. Le estoy muy agradecido —consiguió decir Nico, algo asustado.

—Sigamos. ¿Cómo se puso en contacto el señor alcalde con usted para venderle el arma?

—En realidad fui yo el que se puso en contacto con él. Sé muy bien que le gustan las armas de fuego, así que lo llamé y le dije que tenía un modelo que le iba a gustar. Y así fue. Se la vendí por doscientas cincuenta pesetas.

—Es un buen precio tratándose de un arma como esa.

—Pues sí, la verdad que sí —sonrió Nico.

—¿Por qué no se la quedó usted? ¿No le gustan las armas, Nicolás?

—No son santo de mi devoción, señor inspector. Además, ¿para qué querría yo un arma como esa? Las armas solo traen complicaciones.

—Dígame, ¿conocía usted personalmente a Aleixo?

—Claro. De vez en cuando venía por aquí a comprar algunas *cosiñas*. Ya sabe, cosas personales, espuma de afeitar, maquinillas, y si me permite usted

decirlo..., preservativos de extranjs, claro está —puntualizó Nico con cierta vergüenza.

—Ya y, ¿alguna vez tuvo problemas con él o con don Fernando?

—Ciertamente no, inspector. Pero...

—Pero ¿qué?

—El caso es que hace una semana paseaba por la playa con mi bicicleta, ya sabe, para hacer algo de ejercicio. Llegué hasta el recoveco que está cerca del faro. El caso es que vi a Aleixo pegándole duro a Piki.

—¿Piki?

—Sí, Ignacio. En el pueblo le llamamos Piki.

—Comprendo. ¿Hizo usted algo?

—Sí, claro. Cuando se marchó Aleixo, dejé la bicicleta en el suelo y corrí hacia él para ayudarlo a levantarse. El *pobriño* estaba bastante mal, allí tirado.

—Continúe, por favor. —Javier se mostró interesado por aquel testimonio.

—Bueno, la verdad no hay mucho más que contar, excepto por lo que dijo Piki.

—Le escucho.

—A ver, Piki juró que lo mataría. Y yo *non estou dicindo que o fixo*. Solo me limito a decir lo que dijo en aquel momento. Ya sabe que cuando uno está en caliente, *di verdadeiros* disparates.

—Comprendo. Gracias por contar este detalle, Nicolás. Aunque no lo crea, es relevante para la investigación.

—Espero que Piki no tenga problemas por haber contado esto, inspector.

—No se preocupe por eso. Dígame una cosa, ¿pidieron ustedes préstamo alguno a don Fernando para montar el negocio?

—*Graciñas* a los cielos, no. Mis padres trabajaron muy duro durante toda su vida para poder dejarme unos dineros y con eso pudimos comprar el local. Y bueno, en dos años hemos conseguido lo que está usted viendo. —Alzó las manos en señal de muestra.

—¿Dónde estuvo usted la noche del sábado, día 8?

—Con mi esposa. En casa y escuchando la radio. Ella estuvo haciendo punto.

—¿Por qué eligieron este pueblo? Es solo curiosidad —sonrió Manzano.

—Bueno, y ¿por qué no? Es un pueblo tan bueno como otro cualquiera. El médico nos recomendó vivir en un lugar tranquilo después de que tuviera el accidente. Estuvimos mirando en otros sitios. Este nos pareció un pueblo

tranquilo y es muy *curriño* (agradable). Estamos contentos viviendo aquí. Nosotros, vinimos de la capital.

—Estoy de acuerdo con usted. Es bien bonito. Aunque, lo de tranquilo, no tanto.

—Sí, claro. Lo dice por lo de Aleixo. Bueno, espero que todo vuelva a la normalidad.

—Dígame, Nicolás. ¿Vende navajas curvadas?

—Sí, claro. Vienen muy bien para la recolección de setas y otros trabajos de campo, ¿por qué? —Nico arrugó la expresión de su cara.

—Digamos que es un detalle importante. ¿Le ha vendido usted ese tipo de navajas a alguien del pueblo últimamente?

—Pues..., a algunos del pueblo, sí.

—¿Sabría decirme a quienes?

—Bueno, hace ya un tiempo, pero me viene a la memoria don Ramón, del aserradero. Piki también me compró una hace un par de meses.

—¿Piki? ¿Se refiere usted a Ignacio?

—El mismo. Le viene muy bien para su trabajo.

—¿Alguien más?

—María Soledad. Le gusta recolectar setas y trozos de corteza de árboles. Ella hace infusiones con todo eso, ¿sabe?

—¡Ajá! Muy bien. —Javier tomaba notas en su bloc—. Bueno. Creo que es todo. Dígame, ¿cómo está su esposa?

—¿Rosita? Bien, está bien. ¿Por qué lo pregunta?

—La conocí en la lonja. Me la presentó *Isiña*. Estaba algo nerviosa y tenía prisa. Me pareció que se encontraba algo indispuesta.

—Últimamente tiene pesadillas. No duerme bien, pero supongo que es por cosas de *mulleres*. Ya me entiende.

—¿Dónde está su esposa?

—Anda por ahí dentro. ¿Quiere hablar con ella?

—Si me hace el favor —dijo Javier amable.

—No faltaba más. Le diré que salga. —Nico entró en la parte de atrás y salió en un minuto escaso.

—Buenos días, don Javier —saludó Rosita con cierta modestia.

—Hola, buenos días. ¿Qué tal se encuentra?

—Bien, bien. Gracias.

—Me alegro. Parece que ha recuperado usted la calma.

—Estoy un poco mejor. El negocio y la casa..., ya sabe. Es duro tener que estar al pie del cañón. Gracias a Nico, que me ayuda bastante.

—Eso está muy bien —sonrió Javier—. No tienen ustedes niños, si me permite la apreciación.

—No. Verá..., nosotros no podemos tener niños.

—Lo siento. Perdona usted mi indiscreción.

—No se preocupe. Es algo que superamos hace años.

—Rosita, quisiera preguntarle, ¿dónde se encontraba el sábado, 8 de marzo?

—Y ¿por qué quiere saber eso, don Javier?

—Pierda cuidado. Son solo unas preguntas de rutina. —Javier mintió para tranquilizarla.

—Claro. Le entiendo. Pues me encontraba en casa, con mi marido. —Miró a Nico—. Sí, eso es. Estuvimos en casa, escuchando la radio.

—Ya se lo dije, inspector —aludió en ayuda de Rosita. Javier miró a ambos.

—Muy bien. Gracias, Rosita. No tengo más preguntas. Gracias por su tiempo.

—A mandar, inspector. Si necesita algo más de mí o de mis servicios, ya sabe dónde encontrarme —sonrió cordial.

Javier marchó con la declaración de ambos. Era un matrimonio afable y simpático. No habían contraído deuda alguna con Fernando. Según Nico, había levantado el negocio con el dinero de su padre. Llevaban poco más de dos años viviendo en el pueblo y no había motivos para relacionarlos con el caso... Nada sólido que pudiese arrojar algo de luz sobre la investigación. El detalle de los cuchillos no era gran cosa, cualquiera podía tener ese tipo de navaja y no necesariamente haberla comprado allí.

CASA DE TÍA BENIGNA. CASTELOURIÑO.
11 DE MARZO DE 1952. 13:50 HORAS.

—Hoy tenemos un invitado —expuso tía Beni con la mejor sonrisa que podía ofrecerle a su querido sobrino.

—¡Ah!, ¿sí? ¿De quién se trata? —preguntó Javier con cierta curiosidad.

—De Piki. Bueno, en realidad se llama Ignacio pero todos le llamamos Piki. ¡No me preguntes por qué! —El inspector cambió de repente su semblante. Recordó la conversación con Nico y la lista de Fernando. No obstante, quiso andar con pies de plomo y tomar el asunto con calma—. ¿Te pasa algo, *sobriño*? —Tía Beni se percató de su cambio.

—El otro día don Fernando me dio una lista con las personas que más le debían dinero, posibles sospechosos que podían haber asesinado a ese tal Aleixo. Había un nombre entre ellos: Ignacio.

—Pero...

—Espere, tía. Déjeme terminar, se lo ruego. No estoy diciendo que Ignacio sea culpable de nada. Solo que estaba en la lista. Pero hay otra cosa más. Esta mañana estuve en la ferretería de Nicolás y Rosita. Nicolás me comentó que la semana pasada Ignacio tuvo un encuentro nada agradable con el tal Aleixo. Estaba en la playa, trabajando y Aleixo le pegó. Nicolás fue a ayudarlo y dijo delante de él que juraba matarle.

—¡No sabía nada, *sobriño*! De todas formas, ¡esas cosas se dicen en caliente, *sobriño* mío! ¡Ignacio sería incapaz de...!

—Bueno, tía. Comprenda que me debo a una investigación y tengo que interrogar a todos aquellos que puedan haber tenido un encuentro con la víctima. Necesito despejar dudas. No estoy diciendo que Ignacio sea el culpable, pero comprenda que tengo que interrogarle.

—Claro, te entiendo perfectamente. Y, ¿cuándo lo harás?

—Pues sería una muy buena ocasión hoy mismo. Aquí.

—No sé yo si será buena idea. Creerá que lo he invitado a comer con ese fin. —Tía Beni se preocupó.

—Tranquila. Yo sabré hacer. —Javier sonrió a modo tranquilizador—. Ande, dígame. Ese Piki, ¿es? —preguntó esperando una respuesta clara.

—Mi novio. Piki es mi novio —soltó tía Beni de sopetón.

—¡Vaya! ¡Es la primera noticia buena que tengo! No sabía que...

—¿Tuviera un novio? Pues sí, querido *sobriño*. Bueno, novio lo que se dice novio no es.

—Aclárese, tía —Javier puso cara de circunstancia.

—Es que, verás, tampoco es que salgamos. Nos vemos de vez en cuando. Pasamos unos *ratiños* en el local del pueblo, echamos unas manos de *cartiñas* y poco más.

—Bueno, bueno. Tampoco necesito más detalles. Me alegro de que no esté usted sola.

—No estoy sola, *Javiño*. Tú estás aquí, conmigo. ¡Me alegro tanto de que estés aquí! —Unas pequeñas lágrimas asomaron por sus ojos negros de azabache.

—Lo sé, tía. Pero yo me iré. Sabe que he venido para unos días.

—Sí, ya lo sé —se puso seria—. Y encima tener que estar investigando un crimen. ¿Qué pasa con las autoridades de La Coruña? ¿Cuándo van a hacerse cargo de la investigación?

—Me temo que no van a venir. Ya he hablado con mis superiores y me han comunicado que sea yo el que resuelva el caso. En fin...

—¡*Carallo!*, con lo bien que podías estar pasando el tiempo despreocupado y disfrutando, viendo *cosiñas* del pueblo, paseando. Oye, por cierto. ¿Qué tal con *Isiña*? Te gusta, ¿verdad? —Tía Beni denotó una complicidad que Javier supo interpretar muy bien.

—Es buena chica —espetó sin importancia.

—Y muy guapa. Deberías aprovechar la ocasión. No vas a encontrar una *muller* como ella. Créeme, *sobriño* —le guiñó un ojo.

—Deje, deje, tía. Por Dios. Ya le he dicho que a mí no hay quién me aguante —apuntilló con una leve sonrisa.

La puerta sonó fuerte, a madera maciza, consistente.

—Ese debe ser Piki —volvió a sonreír tía Beni. Se dirigió a la puerta sin ayuda de su bastón. En esos momentos no le hizo falta, pareciera que una energía sobrenatural, la ayudara a caminar segura. Javier escuchó unos cuchicheos sin entender nada de la conversación. En breve aparecieron por la puerta de la sala de estar—. Mira, *sobriño*. Te presento a Piki, bueno, Ignacio.

—Mucho gusto, señor —dijo él, intentando sonreír.

—Igualmente, Ignacio. Es un placer. —Javier acompañó el saludo con una leve sonrisa entrecortada.

—Sentaos. ¿Queréis algo de beber? ¿Un aguardiente de hierbas? Ya sabes que lo hago yo misma —exclamó tía Beni para romper un poco la incomodidad del momento.

—Claro, Beni. Me vendrá bien para este frío que cala hasta la médula.

—Póngame otro a mí, tía. Acompañaré a su... a Ignacio —dijo Javier para congraciarse con la situación. Quería ser condescendiente con el novio de su tía.

—Bueno, hombre, bueno. Así que es usted inspector de Policía, tengo entendido. —Piki rompió con una obvia afirmación.

—Así es. De la Brigada Criminal —puntualizó.

—¡Ajá! Pues muy bien hombre. También tengo entendido que está investigando la muerte del bastardo de Aleixo —rio irónico.

—No se equivoca, Ignacio. Una muerte producida en circunstancias..., algo oscuras.

—¿Qué quiere decir con «algo oscuras»? —Piki se mostró sorprendido.

—Pues, que al parecer ha sido asesinado.

—Sí, bueno. Eso se va rumoreando por el pueblo. Alguien que le tenía enfilado, probablemente.

—Alguien como ¿quién? ¿Alguien que fuese extorsionado? ¿Pudiera ser? —Javier se puso en guardia.

—Pudiera ser, sí señor. Ese Aleixo era un gran *fillo* de puta, si me permite usted la expresión, ¿sabe? Así que no me extrañaría nada que cualquiera del pueblo le pudiese haber matado. Aunque reconozco que para matar a ese verraco hay que tenerlos bien puestos a parte de tener buenos brazos y un cuerpo de armario de tres puertas, por lo menos.

—¿Incluyéndose usted, Ignacio? —soltó como una bomba.

—¡Vaya! Veo que no se anda con rodeos, inspector. Pues sí, así es. Aunque yo no soy ese tipo de armario, como le acabo de comentar. Le diré algo para su información. Ese Aleixo le gustaba extorsionar a todo el mundo, meterse con todo Dios. Le gustaba medirse con cualquiera que lo mirase mal. ¡Era el perro asesino de su dueño, don Fernando! ¡Otro desgraciado que tiene a este pueblo sumido en el miedo y la ignorancia! —Piki se encendía a medida que hablaba del tema—. ¡Todos en el pueblo conocían bien a esa rata inmundas! ¡Todos tenían problemas con él, de una forma u otra! ¡Incluso yo tuve problemas con él!

—¿Qué tipo de problemas? —Javier empezó la cacería.

—Aquí os traigo los aguardientes. Uno para ti y otro... para ti, *sobriño*. ¡Con calma, que arrasa por donde pasa! —Tía Beni miró con cautela a Javier.

—¡Vaya! Esta visita de cortesía se ha convertido en un interrogatorio — señaló Piki sonriendo con dificultad.

—No lo tome así, Ignacio. Mi trabajo es descartar a todo sospechoso que haya tenido un contacto directo con la víctima. Comprenda que...

—¡Comprendo, comprendo! Mire. Ese mal nacido fue a verme hace unos días a la playa, donde trabajo en una nueva embarcación. Me amenazó para que le pagara los plazos que le debo al sinvergüenza de su jefe. Le dije que don Fernando me había dicho que me tomara mi tiempo. Que no había problema alguno en que tardara un poco más de la cuenta.

—Y, ¿qué hizo él? —Javier se inclinó un poco para alcanzar su vaso.

—Me dijo que don Fernando había cambiado de opinión. Quería que le hiciese un favor. —Tía Beni no quitaba ojo a los dos.

—¿Qué tipo de favor? —Javier dio un pequeño sorbo a su brebaje. Hizo una mueca extraña con su cara. Como si le hubiesen taladrado el alma.

—No me dijo. Supongo que sería sobre algún arreglo a su barco. Tiene uno que utiliza para pasearse. Alardea de que el propio Franco se lo regaló por haber salido de caza con él. ¡El muy fanfarrón! —Javier empezó a toser como un poseído. Se puso colorado y le faltaba la respiración por momentos —. ¡Tranquilo, hombre! No está usted acostumbrado a beber, ¿verdad?

—¿En qué lo ha notado? —acertó a decir con la voz rota. Finalmente, se repuso con un poco de agua que le llevó tía Beni—. ¿En qué quedó el asunto?

—Le dije que estaba ocupado, que tenía que terminar la nueva embarcación.

—¡Ajá! Y, ¿cómo respondió él? —exhaló Javier pasando su mano por la garganta.

—Se puso violento y me atacó.

—¿Le atacó? —Javier se hizo el tonto. Como si no supiera nada.

—Me dio un puñetazo en el estómago y me amenazó con tener que irme del pueblo. Nicolás, el ferretero, pasaba por allí y me echó una mano. — Ignacio se quedó algo pensativo y preocupado.

—¿Se encuentra bien? —preguntó intuyendo que detrás de aquello había algo más.

—Sí, sí. Gracias —contestó compungido.

—¿Algo más que deba contarme, Ignacio?

—No, que yo sepa.

—¿Está usted seguro? —Javier tiraba del sedal.

—Comprendo. Está esperando que le diga que lo amenacé. ¿No es eso?

—¿Lo hizo usted? —Los dos se midieron con las miradas.

—Pues sí, lo hice. Pero bien sabe el de arriba que fue en un momento de impotencia. De arrebato. No creerá que yo...

—Ignacio, yo no creo nada. Solo me limité a investigar el crimen y sopesar las pruebas que voy descubriendo.

—¿Hay algo más que quiera usted contarme?

—Anda, Piki. ¡Cuéntale a mi *sobriño* lo de tu hija! —intervino tía Beni.

—¿Es necesario? —preguntó Piki con los ojos húmedos. Tía Beni le puso la mano en el hombro.

—Que sepa mi *sobriño* qué clase de hombre es ese Fernando.

—¿Qué le pasó a su hija? —preguntó condescendiente. Ignacio tragó algo de saliva. Tenía un nudo en la garganta y no podía deshacerlo. Después, calmó un poco la compostura y habló sereno. Tía Beni puso un poco más de aguardiente en su vaso. Dio un buen trago. Sabía que le ayudaría con la historia.

—Mi hija trabajaba en casa de don Fernando. Un día intentó aprovecharse de ella.

—Y, ¿qué ocurrió?

—Pues lo que tenía que ocurrir, don Javier. Se negó, abofeteó incluso a ese mal nacido de don Fernando y él la echó a la calle, pero no se contentó con echarla, no. La calumnió como si mi hija fuera una cualquiera. La acusó de haberle robado unos dineros. —Las lágrimas corrieron por sus mejillas a pesar de su entereza.

Javier se dio cuenta del tipo de hombre que tenía frente a él. Pero como profesional debía investigar la muerte de aquella víctima, por muy indeseable que fuese.

—Ignacio, comprenda que tenga que hacerle estas preguntas. ¿Dónde estuvo el sábado por la noche?

—Estuve en casa. Solo. Iba a salir para ver a su tía, pero no tenía ánimos. Yo le juro por Dios que no he matado a ese bastardo. No le voy a decir que no tuve la tentación de hacerlo. Pero no, no lo hice.

—Está bien, Ignacio. De todas formas, le tengo que pedir que no abandone el pueblo hasta que se esclarezcan los hechos. Y si tiene que hacerlo, le tengo que pedir que me informe personalmente. Necesito saber en todo momento dónde se encuentra. ¿Me he explicado con claridad?

—Claro. Lo comprendo. De todas formas, no saldré a ninguna parte. Mi vida está aquí. No tengo la necesidad de ir a ningún sitio.

—Tarde o temprano tendrás que ir a Madrid. ¡No seas cabezón, Piki! — aludió tía Beni en tono de reprimenda.

—¡Vamos a dejarlo ya, Benigna! ¡Por el amor de Dios! ¡Ya está bien, por hoy! —dijo Ignacio mirando compungido a tía Beni.

—Una última pregunta. ¿Qué tipo de deuda tiene con don Fernando?

—Días después de que ocurriera el incidente con mi hija, mi casa ardió en llamas. No tuve más remedio que pedir un préstamo a ese mal nacido.

—Es una coincidencia que, después de aquello, su casa se quemara. ¿Cómo ocurrió? —Javier intentó darle otro trago a la bebida infernal.

—Le juro por el Altísimo que no lo sé. Pero estoy más que seguro que fue intencionado. Ese desgraciado envió a Aleixo a pegarle fuego a mi casa. No pudo ocurrir de otra forma.

—¿Por qué cree que hizo eso?

—Para tenerme agarrado por los huevos, señor inspector. ¿Para qué más? —Ignacio dio buena cuenta de su bebida de un trago—. Poco después de aquello, me dijo que podía pagarle alternando con trabajos personales en su embarcación. Y que esperaba que me diera cuenta de lo magnánimo que era conmigo, a pesar de lo ocurrido con mi hija. No sé qué hacer, la verdad.

—Comprendo. Bueno, ¿qué tal si comemos, tía? —preguntó Javier para romper la tensión acumulada. Sabía perfectamente que Ignacio no había matado a Aleixo. No hacía falta que la noche del crimen estuviese solo en casa. Algo en su interior le decía que aquella persona no era capaz de algo así. El rostro de Piki, hablaba por sí solo. Aun así, como profesional, no podía descartar, por el momento a nadie que no tuviese coartada segura.

—Bueno. Y ¿qué piensa usted hacer, señor inspector? —preguntó mientras daban cuenta de una comida familiar hecha y servida por tía Beni.

—No puedo darle detalles, pero sí puedo decirle que necesito volver a ese faro. Algo me dice que encontraré algunas respuestas en esa robusta linterna.

Tía Beni se echó las manos a la boca. Tenía malos presagios con respecto a aquel lugar.

IGLESIA DEL SAGRADO CÁLIZ. CASTELOURIÑO.
11 DE MARZO DE 1952. 21:10 HORAS.

Aquel cuerpo tenía la espalda castigada; al rojo vivo. Su pecado había sido la cobardía, el miedo. El padre Alberto era una criatura temerosa de Dios. Sabía que estaba condenado al dolor eterno y vencía el miedo y la pena flagelando su cuerpo y ajustando un cilicio en el torso para recordarle el gran pecado cometido. Era el pago que merecía por el sacrificio de aquellos niños. Su único deber era cuidarlos, jugar con ellos a la hora del recreo, enseñarles materias escolares, prepararlos para un posible futuro. Pero aquel siervo de Dios había fallado en su trabajo. El Episcopado arregló la situación para enviarlo a aquel pueblo, tapando su error. Todo quedó en el más absoluto secreto, terminada la guerra, aunque el tiempo no sería suficiente para borrar el peso de su conciencia. Don Alberto arrastraba un suplicio tan grande como el mundo. Sabía muy bien que Castelouriño sería el último lugar que verían sus ojos. No quería seguir viviendo y, aun así, no podía dejar aquella vida.

A cada golpe de fusta, pedía perdón a Dios. Con los ojos fundidos en lágrimas, suplicaba ser despojado de aquella vida infernal. Allí estaba, en su cuarto, desnudo y de rodillas, agarrado fuertemente a la empuñadura de cuero. La herramienta de castigo consolaba su alma de alguna forma. Su torso, oprimido por la funda castigadora, sangraba como un cordero degollado.

—Señor, así como tú pasaste penurias en tu camino hacia la Cruz; el dolor que llevaste cuando te crucificaron y aquella lanza penetró en tu Cuerpo Santo y en tu último grito pediste a tu Padre que perdonara nuestros pecados, hazme pasar un dolor infinito para redimir la culpa que arrastro por mi cobardía. Te pido humildemente, Señor, que me lleves de este mundo lo antes posible. Sé muy bien que merezco el infierno. Hágase tu voluntad.

La espalda del padre Alberto sangraba como ríos de lava en toda su extensión. La sangre producida por los golpes del látigo se cruzaba con la

producida por el tormento de aquel fajín. Sabía que Dios no se lo iba a poner fácil. La Divinidad tenía otros planes para aquel cura de pueblo cuya carga tenía que arrastrar hasta el día de su muerte; una prueba de fuego.

Pero eso lo decidiría el Altísimo en su momento.

VI

HOGAR DE ANDRÉS Y HERMINIA. LA CORUÑA.
7 DE FEBRERO DE 1931. 18:00 HORAS.

Herminia, había puesto en conocimiento de Silvia lo que quería en su casa. Nada de comodidades ni escándalos, ni risas ni juegos. Tenía que hacer las tareas del hogar, ayudarla en los quehaceres diarios, aunque más que ayudarla, Silvia debía encargarse de hacerlo todo, como una sirvienta, pero sin paga. Herminia le había dejado claro que bastante tenía con darle un plato de comida diario y una cama con ropa limpia. Que en España corrían tiempos difíciles y no se podían permitir lujos ni caprichos. Que tendría que aprender a madurar y a ser consecuente con la vida que le había tocado. Y que había tenido mucha suerte de tenerla como pariente, más a ella que a su tío Andrés, un pelagatos de tres al cuarto cuya única misión era traer el mísero sueldo que ganaba en los astilleros.

Durante los meses siguientes, Silvia ya sabía lo que era estar bajo el mismo techo que Herminia. Pero no le importaba. Su mente siempre estaba en el hospital donde se encontraba su querido hermano. Las riñas y bofetadas que la pequeña obtenía por hacer sus tareas no eran suficientes para mermarle el ánimo y la ilusión de ver a Pablo fuera de los muros del hospital. Pero el tiempo hizo su trabajo. Silvia fue endureciendo su corazón. Se había adaptado a los quehaceres domésticos que, no obstante, resultaban fallidos. Herminia nunca se mostraba contenta con nada y cada vez eran más las negativas que arremetía contra su sobrina. La situación era insoportable para la joven criatura. Todo lo hacía mal. Las palabras de reproche y el maltrato físico eran destructivos y menguaban poco a poco la bondad de la niña. Parecía que el odio de Herminia se propagase de una forma progresiva hacia el alma de la pequeña, que endurecía su corazón. Por las noches, antes de acostarse, se arrodillaba en su cama y hablaba con sus padres. Les pedía que la protegieran, allá donde quisiera que estuviesen.

Silvia supo adaptarse a los improperios de aquella mujer, hasta logró acostumbrarse al maltrato psicológico y físico. Sí. La niña se había hecho dura en aquellos meses, pero no tanto como su tía. Había aprendido lo mucho que costaba ganarse un trozo de pan; había pasado de ser una niña dulce y amable a ser una adulta sin miramientos. Aun así, siempre tenía una sonrisa para su tío Andrés que la trataba con bondad y dulzura.

La niña aprendió a tomar el autobús para ir a ver a su hermano. Siempre lo llevaba con ella en sus pensamientos. Lo visitaba cada semana. Sola o con tío Andrés. Herminia nunca fue a verle. Decía que no perdería su tiempo en un lisiado y mucho menos a tantos kilómetros de distancia. «Como si no tuviera otras cosas que hacer», respondía.

La joven le contaba a Pablo sus cosas, le hablaba en perdidos soliloquios hasta que un agraciado e inesperado día, Pablo salió del *shock*. Empezó a hablar poco a poco y a sonreír. Silvia, inmensamente feliz, le mentía con respecto a su situación. No había necesidad de preocuparle. Ya tendría tiempo de darse cuenta por sí mismo.

Durante algún tiempo, la niña se escondía cuando sentía ganas de llorar; no quería que nadie la viera sufrir y sentía impotencia por la situación que estaban viviendo los dos; un dolor que le quemaba las entrañas. Si embargo, sus vidas cambiaron de repente aquel 2 de febrero. Nadie les pidió permiso. El tiempo había hecho parte de su trabajo en los niños, especialmente con Pablo. Las terapias de choque del doctor Eusebio habían hecho mella en la mente de aquella criatura. Algo había cambiado en el pequeño. El destino quiso que así fuese.

BAR DE XAVIÑO. CASTELOURIÑO.
11 DE MARZO DE 1952. 22:00 HORAS.

El frío era cada vez más intenso y la noche, negra como boca de lobo. Javier Manzano subió las solapas de su chaquetón e introdujo sus manos en los bolsillos. Tomó la calle principal y se dirigió hacia el pequeño puerto. Una vez allí advirtió, no muy lejos del pequeño varadero, el bar de Xaviño. El mar de fondo rugía en un eco continuo y acompañaba el olor a salitre. Una luz pobre asomaba desde el interior. El farol de pescador colgado en la fachada iluminaba un pequeño letrero de forja anunciando el local. Se acercó a la puerta y accedió al lugar dispuesto a encontrar respuestas. Allí no había apenas gente, solo unos pescadores tomando cerveza y hablando de la faena del día. Cuando Javier puso los pies en la entrada, las miradas se volvieron hacia él. Se hizo el silencio durante unos segundos hasta que dejó caer un «buenas noches a todos». Después del saludo, cada uno volvió a lo suyo. El murmullo continuó su marcha y el inspector se dirigió a la barra tras la que se encontraba individuo con el pelo cortado a lo cazo y un jersey de lana azul marino, barba de cuatro días y un ojo medio cerrado.

—Buenas noches —volvió a decir Javier, despojándose de su sombrero.

—Buenas noches, señor. ¿Qué va a tomar? —preguntó el camarero mientras pasaba un trapo asqueroso por un vaso medio sucio.

—Nada, gracias. Supongo que ya sabrá usted quién soy. Solo quiero hacerle unas preguntas —contestó enseñando su placa, sin quitar la vista del trapo y del vaso.

—¡Claro que sé quién es! ¡En este pueblo se sabe todo! —exclamó sin dejar de menear las manos.

—Pues, si realmente se sabe todo, me gustaría saber qué puede decirme de Aleixo García.

—¿Aleixo? Pues que era un mal nacido y que ha tenido el final que se merecía.

—No me refiero a eso. Dígame, ¿estuvo aquí el sábado por la noche?

—Así es. Estuvo aquí —contestó de mala gana. Por fin dejó el vaso donde otros.

—¿A qué hora? —Javier sacó su libreta, dispuesto a tomar notas.

—Serían las diez o así.

—¿Estuvo con alguien?

—Al principio no, pero pronto se le acercó *Maruxiña*. Esa no se pierde una.

—¿Quién es?, ¿está aquí?

—¿*Maruxiña*? Claro. Es la camarera. ¡*Maruxiñaaa!*, ¡*Maruxiñaaa!* —llamó y se oyó una contestación desde el piso de arriba.

—¡Ya voyyyy!, ¡coño! —Una mujer de piernas largas y contorneadas bajó las escaleras con cierta prisa. Una mata de pelo le caía por un escote bien pronunciado.

—¡¿A qué veñen eses berros?! —preguntó con genio.

—¡Ven aquí, anda! Es el inspector de Policía, el *sobriño* de doña Beni.

Maruxiña, que así era cómo la llamaban, bajó los humos y se calmó. Sonrió y se puso a disposición de la autoridad presente.

—Dígame usted, señor. ¿Qué se le ofrece? —Forzó una sonrisa.

—¿Estuvo con Aleixo García el sábado pasado?

Maruxiña miró a *Xaviño* seriamente.

—Sí, señor. Estuvo un *ratiño* conmigo, pero le dije que no quería estar con él en el sentido que usted ya sabe. Así que se marchó.

—¿Así, sin más?

—Bueno. Él..., insistió pero yo seguí negándome. Le dije que no me encontraba bien.

—¿Tuvo alguna reacción? Ya sabe...

—Me dio una bofetada y me tiró al suelo. Luego se marchó por donde vino.

—¿A qué hora fue eso? ¿Puede recordarlo?

—Serían sobre las diez y media, once menos veinte. No estuvo mucho más.

—¿Estuvo con alguien más?

—No, señor. Se marchó solo, con dos copas de aguardiente en el cuerpo. Salió por la puerta y se esfumó.

—Espere un momento. Ahora que recuerdo, Luciana estuvo aquí tomando un orujo. Unas tres horas antes, más o menos, también estuvo Cayetano, su hermano. Se tomó un aguardiente y se marchó enseguida. Dijo que tenía que *facere algo moi importante* —apostilló el hombre.

—¿Los hermanos del Hostal Los Pazos?

—Así es. Sí, señor.

—¿Qué ocurrió con ella?

—Me di cuenta de que salió a los pocos segundos que Aleixo. Marchó tras él hasta perderse calle arriba, hacia al faro. Primero Aleixo y luego ella.

—¿Dice usted que lo siguió?

—Sí. Bueno, al menos dobló la esquina hacia arriba. Si lo siguió o no, *non sei*. —Dejó un vaso en el mostrador y se puso el paño en el hombro.

—Una cosa más. ¿Recuerda cómo iba vestida esa noche?

—Pues..., no sabría decirle, pero creo que llevaba un chaquetón marrón de borra y un vestido debajo.

—¿Recuerda el color del vestido? —Javier enfatizó la pregunta.

—No lo sé. Sinceramente, no lo sé. *Non sabería dicirle con exactitude*, señor. —Apoyó sus manos en la barra con una gran expresión de duda en su rostro.

—Está bien, gracias. Eso es todo. Si recuerdan algo más, pónganse en contacto conmigo en el cuartelillo, ¿de acuerdo?

—A mandar.

Javier Manzano salió del bar con algo más de lo que tenía. Sabía que Luciana había mentido en su declaración. Dijo que había permanecido en su casa, cuidando de su abuela. Aleixo salió solo de allí, pero seguido de una mujer, de Luciana, en dirección al faro. Antes, Cayetano había estado allí, también. ¿Para qué? ¿Quizá para prepararle el terreno a su hermana?

Al inspector le pareció todo muy sospechoso. Meditaba mientras caminaba con las manos introducidas en los bolsillos de su chaquetón como si lo hiciera por mero placer. Miró en derredor, observó todo el paisaje que encontraba a su paso. Minucioso. ¿Por qué siguió Luciana aquella noche a Aleixo? ¿Qué pretendía hacer? Repasó mentalmente las pruebas obtenidas del forense: fibras de tela verde; la pistola había estado en el bolsillo de una prenda de vestir de color verde... Se paró en seco. Hizo un pequeño gesto de duda. Tal vez ella se acercó a él y le propuso ir al faro, pero ¿por qué ir a un sitio como aquel? Entonces, unas palabras salieron de su boca acompañadas de un vaho espeso, tanto como una niebla densa y fría en noches como aquella.

—Lo engatusó. Eso explicaría los cabellos largos encontrados en el cuerpo y las fibras de tela. Luciana tiene el cabello de color oscuro. Necesitaban un sitio discreto donde no hubiese testigos. Ella lo siguió con discreción, luego esperó a que saliera, lo abordó y le propuso sexo.

¿Qué mejor sitio para un encuentro esporádico que el faro? Discreto y sin testigos. Los tiempos encajaban bastante bien. Aleixo fue asesinado sobre las doce de la medianoche. La víctima y Luciana salieron del bar, sobre las once menos algo.

Pero Javier no quería precipitarse en su hipótesis, a pesar de haber hilvanado su teoría con bastante precisión. Tenía que encajar ciertas piezas. Para ello debía volver a hablar con Luciana para que explicara su presencia en el lugar.

CASTELOURIÑO.

11 DE MARZO DE 1952. 22:15 HORAS.

Un sudor frío perlaba su frente, tan frío como su alma en aquellos tiempos. Solo el odio era capaz de hacer que siguiera adelante con su plan. Se retorció en su lecho, en un baile maldito, gimiendo y hablando en un lenguaje desconocido. Movía la cabeza de un lado a otro como si quisiera abarcarlo todo de un solo vistazo. Si no fuera porque estaba teniendo una pesadilla, se podría decir que sufría fuertes descargas eléctricas.

Llevaba años teniendo los mismos delirios: un golpe maldito, un cuerpo cayendo al suelo, un grito amargo que se perdía entre lluvia y relámpagos... Tres almas nerviosas, tres almas injustas, tres almas cómplices entre sí. Una de ellas golpeaba una pequeña pelota verde de goma contra el suelo, una y otra vez mientras reía incesante..., y un hombre asustado gritando en la oscuridad, desesperado. Sangre alrededor de sus pies. Tres almas dispuestas a todo, y dos manos inocentes aferradas a unos barrotes, igual que los condenados a muerte se aferran a la reja de su celda, esperando la hora. Luego, oscuridad total.

Se incorporó. Exhaló un pequeño grito ahogado, respiraba con dificultad, como si huyera de un mal que acechara su vida. Se sentó en la cama, apoyó sus manos en el colchón y paulatinamente fue recobrando la normalidad de su hálito. Encendió la pequeña lámpara de la mesilla de noche, meditó unos segundos para después dibujar una sonrisa maligna en su rostro mojado. Algo perverso cruzó por su mente.

—¡Pronto, mi querido Fernando, pronto! —musitó apenas audible. Se levantó para prepararse. Tenía que hacer un trabajo esa misma noche. Entró en el dormitorio de su igual. Se sentó a su lado con cuidado de no turbar su sueño. Le habló en susurros a la altura del oído. Acto seguido, marchó de allí.

Aquella sombra se confundía con la oscuridad. Esta vez se puso un calzado más cómodo; con zapatos de tacón grueso le era imposible caminar por aquellos terrenos. Solo se los había puesto para conquistar a su víctima, la misma noche del crimen.

La figura descubrió una entrada por la zona del acantilado, una puerta oculta entre matorrales y rocas. Nadie conocía aquella abertura. La hizo en su día Alejandro, el antiguo farero, para poder salir a pescar con sus hijos, sin tener que dar un gran rodeo por la pendiente hasta llegar al mar. Mojó los bajos del vestido, pero no le importó. Empujó con fuerza y la puerta de madera gruesa cedió con un ruido de goznes viejos. Encendió una linterna y el haz de luz le permitió ver con claridad los peldaños de piedra viva, que ascendían hasta el hueco de escalera del interior. Una pequeña trampilla se desplazaba, de debajo del sofá, situada bajo aquellas escaleras de caracol, sucia y desvencijada. Se arrastró y desde allí, se encaminó hacia la primera planta. De su bolso sacó unas cosas que dispuso en el suelo. Tenía que preparar todo para alguien que ocupaba en su mente un lugar importante. Para la figura oculta, era una imperiosa necesidad acabar con otro de los esbirros de aquel bastardo, infecto de crueldad y frialdad en lo más extremo de su ser. Tenía la obligación de ir cerrando el círculo. Pero eso sería en otra ocasión. Ahora debía disponer la habitación y dejar todo listo para asestar su golpe. Uno más que le proporcionaría algo de satisfacción personal. Después de eso, ocultar la escena para que nadie notara nada.

CAMINO DEL FARO. CASTELOURIÑO.
11 DE MARZO DE 1952. 22:40 HORAS.

Javier anduvo un buen rato. Aprovechó para pasear por el pueblo y ver algunos sitios. A pesar del frío, que le calaba hasta los huesos, pensó en echar un vistazo exterior al faro desde donde se encontraba. Una distancia prudencial los separaba, la suficiente como para observar los ventanales de aquella linterna, que se postraba indiferente ante él y ante las inclemencias del tiempo. Se parapetó en la pared de un hórreo, con el pie apoyado en uno de los apoyos de piedra viva, acomodó su chaquetón al cuerpo, ajustando las solapas y el sombrero, y sacó su pipa Peterson y la llenó de tabaco. Dio unas caladas profundas hasta encenderla. El humo salió y formó una pequeña nube envolviendo su rostro. Exhaló una bocanada con ímpetu.

El inspector recordó a Julia en el silencio de la noche. Sonrió cuando le vinieron a su mente esos juegos en el parque, los dos riendo, cogidos de la mano. De repente, la imagen de *Isiña* se le apareció como una interferencia. Sintió algo de culpa, como si estuviera pecando por percibir aquella pequeña llama por ella. Notó confusión en su interior, pero *Isiña* estaba allí. Le hacía sentir bien, aunque en su cabeza pululara Julia, su querida Julia. En ese momento, Julia no le caló tan hondo en su corazón. ¿Se estaba enamorando de *Isiña*? Sonrió. Sabía bien la respuesta. Bajó la mirada. Volvió a dar una buena calada a su pipa.

De repente, algo no iba bien. Una luz en la primera ventana del faro, se encendió. Javier frunció el ceño. Una silueta de mujer se desplazó de lado a lado por la cristalera. Se quedó observando. Quería saber qué ocurriría. Recordó lo que le había contado tía Beni. Luces extrañas en una de las ventanas durante un buen rato. Miró su reloj: las 22:50. Volvió a dirigir su mirada hacia la vidriera. De pronto, otra vez la silueta de mujer pasó de un lado al otro. Javier Manzano quiso comprobar la puerta de entrada al faro.

Sigiloso, miró hacia ambos lados de la calle. Ni un alma. Una gaviota cruzó por la zona del acantilado y giró, perdiéndose en el horizonte marino. Un gato deambulaba unos metros más allá. Entonces, cruzó él también para alcanzar la otra orilla. Caminó a paso ligero hasta llegar a los peldaños de la gran puerta. Tanteó el pomo. Se encontraba cerrada. Estaba claro que, o bien había accedido por otro lado, cosa poco probable, a menos que escalara desde el lado contrario hasta el gran ventanal, o aquella mujer tenía una copia de la llave.

Javier pensó que era mejor observar la ventana, así que volvió hasta la zona de enfrente y se ocultó tras el pilar del hórreo. Desde allí vigiló el ventanal. La silueta caminaba de un lado a otro de la habitación, movía los brazos y daba la impresión de que hablaba con alguien, pero no vio a nadie más. Entonces, se apagó la luz. Javier volvió a mirar su reloj: las 23:25 horas. Habían pasado exactamente treinta y cinco minutos.

Esperó paciente a que la puerta del faro se abriera. De esa forma podría detener a la mujer en aquel momento, aunque no estaba seguro de que saliese por allí. Clavó sus ojos en la puerta. Sacó su pistola de la funda del costado, la montó con cuidado y se preparó para lo que pudiera venir. Cinco minutos más, pero la puerta no se abría. Siguió esperando unos instantes. Nada. Nadie daba señales de vida. Javier se extrañó. «¿Se habría quedado dentro a pasar la noche?» pensó. Entonces, volvió a cruzar hasta el faro y de nuevo tanteó el pomo de la puerta. Seguía cerrado como era de esperar. Sabía que no podía irse de allí en aquellas circunstancias. Recordó la ventana del faro que daba hacia el acantilado. ¿Estaría bajando por ella? Descartó esa posibilidad. Era muy arriesgado. Así que sacó del bolsillo de su chaleco una funda. Contenía un juego de ganzúas que se había agenciado gracias al sargento. Javier sabía utilizarlo perfectamente. Introdujo un par de ellas y las movió en una especie de baile asíncrono, hasta hacer que la cerradura cediese a su voluntad. Un chasquido seco dio el aviso de que estaba preparada para ser abierta. Entró sin hacer apenas ruido alguno. Afortunadamente, Suso cumplió su palabra de engrasar los goznes. La oscuridad se presentaba ante él para recibirlo con los brazos abiertos. Sacó una pequeña linterna de latón de su bolsillo y se abrió paso entre aquella espesa negrura.

Ante él, un pequeño rellano. Debajo del hueco de la escalera, un gran sofá y una mesita, destartados por el pasar de los años. La gran escalera de caracol le animaba a subir hasta la primera planta. Tomó la linterna con su mano izquierda y se agachó para no revelar su situación. Con la mano derecha asió su pistola apuntando con firmeza hacia el frente. Subió muy despacio

cada uno de los peldaños hasta el salón. Allí enfocó en todas direcciones. No vio nada. Todo en el más absoluto silencio. Continuó entonces subiendo hasta la siguiente planta, donde se suponía que estaban las habitaciones de los niños.

Javier Manzano se encontraba un poco nervioso. Podía notar en sus oídos cómo el torrente sanguíneo fluía a gran velocidad. Tenía en alerta los cinco sentidos. Ante él se presentaba la puerta de una de ellas, que estaba entreabierta. Amortiguó un poco la luz para que no fuera tan intensa. Apuntó con su arma, se acercó a ella y la empujó suavemente. Alumbró todo el habitáculo de golpe. Si había alguien allí, quedaría sorprendido el tiempo suficiente para encañonarlo y detenerlo allí mismo. Hizo unos barridos con el fanal, pero allí no había nadie.

Se desplazó hacia la otra estancia. Realizó el mismo ritual. Nada. No localizó signos de vida más que la suya. Se sintió defraudado. No podía ser. Él mismo vio la luz y la silueta femenina. No había salido nadie por la puerta y era imposible desaparecer por las ventanas. Se fue al salón y miró por el gran ventanal. Estaba abierto. Pero, era imposible salir por allí sin una cuerda. Manzano estudió la situación. Debió deslizarse hasta llegar abajo y luego, mediante un pequeño tirón, deshacer el nudo que pudo atar en cualquier mueble, para recuperar la soga. Estaba un poco aturdido. No estaba muy convencido de aquella teoría, pero no tenía otra. Descartó de raíz que fuese un fantasma. Hizo un gesto de reprobación; no creía ni en espectros ni en *meigas*. Sabía lo que había visto...

El inspector se sintió algo cansado. De hecho, salió de allí algo desorientado. Al llegar a casa de tía Beni, analizó la situación. Llegó a pensar que quizás se estuviese dejando influenciar por las supercherías y cuentos oscuros que rodeaban aquel pueblo. El embotamiento volvió a su cabeza y pensó que por la mañana podría ver las cosas con algo más de sentido común. También pensó en lo que le diría al sargento.

CUARTEL DE LA GUARDIA CIVIL. CASTELOURIÑO.
12 DE MARZO DE 1952. 09:25 HORAS.

—Quiero a un agente apostado en la puerta del faro las veinticuatro horas del día. Turnos de ocho horas.

—Entendido, señor —saludó con la mano en la visera de su gorro—. Así que Luciana estaba allí. Esperé a que Aleixo saliera del bar para seguirlo. Y, ¿para qué iba a seguir al becerro este? —preguntó el sargento con cara de lelo.

—¿Para matarlo por todo el mal que le había hecho, tal vez? —Javier le miró con ojos compasivos.

—Lo siento, inspector. Me cuesta mucho creer que Luciana mate a nadie.

—Mintió en su declaración, sargento. ¿Por qué ocultar algo así? Vamos a ir ahora mismo a hablar con ella. A ver qué explicación nos da. ¡Y si tengo que llevármela detenida, sea pues!

—Por supuesto, señor. De todas formas, repasemos los hechos, si no le importa. Dice usted que la ventana del salón estaba abierta. Pues ya está. Debió escapar por allí, a menos que...

—A menos que ¿qué, sargento? —Javier preguntó con curiosidad.

—A menos que haya visto usted realmente al espíritu de doña Silvia, inspector.

—¡Venga ya, hombre! ¡Déjese de tonterías, por el amor de Dios!, que ya tengo bastante con mi tía y el resto del pueblo. ¿También me va usted a decir que al capataz de don Fernando lo mató el espíritu?

—Perdóneme, inspector. Pero es que...

—¡Es que nada! ¡Le vuelvo a repetir que es usted un agente de la autoridad! Y en la cabeza de un agente de la autoridad no caben tonterías, ni supersticiones, ni mamarrachadas de esas. Por muy influenciado que esté usted.

—Lo sé, señor, pero comprenda que nada de esto tiene sentido.

—Sí, sí que lo tiene, sargento. El que nosotros no hayamos dado con la tecla, no significa que no tenga sentido. Probablemente, Luciana lo siguió hasta el faro y lo abordó con la pistola. Le obligó a ir al interior y allí sucedió todo lo demás. Escapó por la ventana. No hay otra explicación. ¡Difícil, lo sé! ¡Pero no imposible!

—Y, ¿de dónde iba a sacar la pistola?

—No lo sé, pero lo averiguaremos.

—Pues está bien jodido bajar por ahí. Sin una cuerda es imposible no tener una caída mortal de necesidad. Y allí no había cuerda alguna.

—Lo sé. Por eso mi teoría es que debió atarla de forma que, una vez abajo, pudiese deshacer el nudo para recuperarla.

—Bueno, siendo así. —Se rascó la cabeza. El teléfono de pared rompió la conversación de los agentes—. ¡Cuartelillo de la Guardia Civil de Castelouriño! ¡Al habla el sargento Ricardo Cayuela! ¡Dígame!..., sí..., sí..., está bien. Se lo comunicaré personalmente. Gracias. —Colgó el teléfono.

—¿Quién era? —preguntó Javier, sentándose en el filo de su mesa.

—Del laboratorio. Dicen que la pistola de Venancio está limpia, a excepción de los residuos de pólvora encontrados en el cañón.

—O sea, que la pistola del alcalde está descartada. —Javier se quedó pensativo unos segundos—. Haga el favor. Búsqueme un libro de nudos marinos. Quiero saber cómo es posible hacer ese tipo de nudos.

—¡A la orden, señor!

Mientras el sargento realizaba las averiguaciones pertinentes, el inspector marchó para ver a *Isiña* al trabajo. Se sentía bien con ella. Aunque no quería terminar de reconocerlo, la muchacha representaba una escapada, una vía de libertad a las merecidas vacaciones que no estaba teniendo. A esas horas, la pequeña plaza de abastos estaba concurrida.

—Hola, *Isiña*. ¿Cómo te va?

—¡Hola, *Javiño*! ¿Qué haces por aquí? —preguntó la joven con la sonrisa más perlada que podía mostrar. Siempre se alegraba de verle. Sus ojos no podían ocultar ese relámpago de vida que encontraba cada vez que se veían.

—He aprovechado un rato... ¿Te gustaría dar una vuelta por la playa esta tarde? Hace frío, pero nos servirá para desconectar un poco, ¿no crees? —dijo con nerviosismo.

—¡Pues claro, tontín! Te mostraré dónde queda el Islote del Arao. Hablaré con Suso para pedirle la barca. Te llevaré allí cuando termines con la

investigación. Está muy bonita toda esa zona. Y después te haré una cena de chuparse los dedos. ¿Qué te parece? —añadió sin perder la sonrisa.

—Suenan muy bien, aunque lo del «arao» me suena a labranza.

—El arao es un pájaro con un pico muy puntiagudo. Cambia de color según el tiempo. En invierno suele ser de un color gris. Anida en los islotes rocosos y acantilados marinos. Son muy *curriños* (bonitos), se sumergen para pescar y vuelan muy alto —contestó, sonriendo.

—Tal como lo has descrito me parece un ave preciosa —respondió con cara de tonto enamorado. Isabel comenzó a toser. Su sonrisa se perdió entre un golpe de tos y un fuerte dolor en el pecho—. *Isiña*. ¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —preguntó algo asustado.

—Sí, sí. Tranquilo. Ya se me pasa.

—Deberías ir al médico. Es la segunda vez que te veo así. Esa tos no suena bien.

—No es nada. Nada que no pueda remediar una taza de caldo bien caliente.

Javier sonrió no muy convencido de ello, aunque era consciente de que el frío de aquellas tierras provocaba fuertes catarros y malestares de todo tipo.

—Bueno, pues quedamos en eso. Pásate por mi casa a las seis, ¿quieres?

—¿A las seis? Perfecto. Allí estaré. Y cuídate ese resfriado, anda.

—Sí, no te preocupes. Nos vemos esta tarde.

Javier se despidió de la muchacha con cara de tonto. *Isiña* dejó de sonreír y afianzó su mano a su pecho como si aquel gesto la hiciese sentir más protegida.

De nuevo en el cuartelillo, Manzano alcanzó el expediente de Aleixo García y lo puso encima de la mesa. Tomó el sobre con las pruebas y se sentó a observarlas. Ante él tenía una pelota de goma de color verde y una medalla de la Virgen de Santa Lucía. Cogió la medalla y la escudriñó con la lupa. Se fijó en las iniciales grabadas en una de las caras de la insignia: H.L. Quizá podría ser el nombre del propietario de aquella medalla.

—¡Ya estoy aquí, señor! —exclamó el sargento mientras entraba por la puerta con una gran sogas entre las manos.

—Estupendo. ¿Ha traído usted un libro de nudos? —preguntó Javier, dejando el sobre de pruebas encima de la mesa y jugueteando con la lupa.

—Mucho mejor que eso. Le traigo el nudo en sí.

—¿En serio? ¡Eso suena interesante! —Javier dio un bote y se puso de pie.

—Le voy a explicar el funcionamiento —dejó la cuerda encima de la mesa y agarró dos sillas.

—¿Sabe usted hacerlo?

—Me lo ha explicado Suso. En sus tiempos fue un buen marinero y experto en toda clase de nudos, en lo que a la mar se refiere. Este nudo, en cuestión, se llama nudo fugitivo.

—Interesante. Un nombre muy apropiado. Veámoslo —anunció con gran interés.

El sargento colocó las dos sillas, una frente a la otra. Los dos agentes tomaron asiento. Ricardo empezó a explicar el proceder del nudo en cuestión.

—Lo que hay que tener muy claro es la parte de la cuerda de la que hay que deslizarse, porque si la persona se equivoca, el nudo se desharía y caería al vacío en una muerte segura. Para hacer el nudo, se pasaría la cuerda doblemente, tal que así. Con su permiso, señor. —El sargento tomó el brazo de Javier y lo puso en alto para hacer de amarre—. Entonces, pasamos la cuerda de esta forma. —Rodeó el brazo con ella—. El trozo superior de cuerda lo introducimos por el hueco que forma en la otra parte. El otro extremo de cuerda que queda, lo pasamos por el tirabuzón formado con la primera parte, consiguiendo así una coca bastante grande. De tal forma que, si tiramos de este lado de la cuerda, quedaremos bien sujetos a ella sin la posibilidad de caernos. Si observa bien, queda perfectamente sujeto a su brazo. —El sargento explicaba, paso a paso, la forma de hacer el nudo para deslizarse hacia abajo por una pendiente, sin la posibilidad de caerse—. Una vez que hemos bajado, solo tenemos que tirar del otro extremo y... ¡Alehop! —El nudo se deshizo y el sargento recuperó la cuerda sin problema alguno.

—¡Magnífico! —atinó a decir Javier, bastante sorprendido.

—Pero hay una cosa que a mí realmente no me cuadra, señor —añadió el sargento con cara de preocupación—. ¿Cree usted realmente que Luciana es capaz de deslizarse por una pendiente como la del faro con vestido y zapatos? A menos que llevase un calzado adecuado, el vestido estorbaría. —Los dos se miraron con reticencia.

—Hablemos con ella.

—Muy bien, pero ¿le importa que tomemos antes un café?

—Por supuesto. Ande, le invito a un desayuno como Dios manda.

Después de alimentar los estómagos a base de café y tostadas con queso de cabra, Javier y el sargento se dirigieron al Hostal Los Pazos. Tenían que hablar seriamente con Luciana, que debía explicar por qué mintió en su declaración. Era la sospechosa número uno del asesinato del matón de

Fernando. Tenía motivos: Aleixo la extorsionaba, la presionaba y amenazaba para que pagase religiosamente su deuda con el señorito. Era muy probable que todas aquellas presiones la condujesen a cometer el crimen. El inspector lo tenía pensado; la cuerda para escapar por la ventana, la pistola que aún no habían encontrado y de la que probablemente se deshizo lanzándola al mar... Pero había cabos sueltos que no cuadraban en el desarrollo del plan. Por ello, Javier no quería precipitarse y lo primero que debía hacer era pedir explicaciones a Luciana. Su cabeza era un mar de dudas. De hecho, algo en su interior le decía que no estaba siguiendo el camino correcto.

La campanilla sonó al abrir la puerta. Luciana salió del mostrador.

—Buenos días —exclamaron Javier y el sargento casi al unísono.

—Buenos días tengan ustedes, agentes. —Ella miró con cara asustada—. ¿Qué se les ofrece?

—Usted y yo tenemos que hablar muy seriamente. Sabe muy bien a qué me refiero —argumentó Javier con seriedad. Se quitó el sombrero y lo aferró entre sus manos.

—No lo sé, inspector —sonrió fracasadamente.

—Usted estaba en el bar de Xaviño la noche en que fue asesinado Aleixo. Después de que Aleixo saliera de allí, le siguió y lo condujo hasta el faro.

—¡No! ¡Eso no es cierto!

—¡No mienta, Luciana! El mismo dueño la vio salir de allí segundos después de que lo hiciera Aleixo.

—Sí, es verdad, pero yo no lo maté. Ni siquiera pude seguirle más allá de unos cuantos metros. ¡Es cierto, pero no mentí! ¡Solo dije una verdad a medias! Sabía que si decía toda la verdad me inculparían de su muerte.

—Y, ¿qué le hace pensar que voy a creerla ahora? —Javier enarcó una ceja.

—Mira, Luciana. Será mejor que te calmes y nos cuentes la verdad —intervino el sargento con voz afable y tranquilizadora. Ella agarró sus manos apretándolas mutuamente. Se sentó en una de las sillas.

—Le seguí unos metros, es cierto. Estaba dispuesta a golpearlo, por la espalda. Ese hijo de puta me acosaba. Venía aquí y me exigía el pago de su jefe. Y también abusaba de mí. Me manoseaba todo el cuerpo y yo tenía que ver su cara de loco mientras lo hacía.

Luciana, al recordar sus dramáticos encuentros con Aleixo, comenzó a sollozar y las lágrimas fluyeron de sus ojos con gran impotencia.

—Y, ¿qué fue lo que ocurrió entonces? —preguntó Javier con delicadeza.

—Entonces, tuve que pararme. Había una mujer en la otra esquina.

—¿Una mujer? ¿Quién?

—No lo sé. Solo vi su silueta. La noche no dejaba ver nada. La luz de la luna solo permitía ver el contorno de aquella persona. Era una mujer; su pelo largo, su vestido...

—¿Qué hizo usted?

—Me limité a observar. Aleixo llegó hasta ella y ambos se abrazaron. Estuvieron como un minuto o así hablando y riendo. Después se marcharon.

—¿Vio usted hacia dónde?

—Tomaron la calle hacia arriba y los perdí. Yo me di la vuelta y me marché a mi casa. No vi nada más. Mi abuela me necesitaba. Tengo que hacerle unas friegas por todo el cuerpo.

—¿Puede alguien corroborar eso? —preguntó Javier comedido.

—Ya se lo dije, inspector. No tengo a nadie que pueda echarme una mano.

—¿Su hermano no la ayuda?

—Bastante tiene con el mantenimiento del hostel.

—Comprendo —se limitó a decir Javier.

—Le juro que yo no lo maté. Se lo juro por mi abuela que está impedida.

—Tranquilícese. Todo se verá a su tiempo —contestó con serenidad y templanza—. ¿Dónde estuvo usted anoche entre las diez y las once?

—Aquí. En casa.

—¿Hay alguien que pueda afirmarlo? —Javier sabía la respuesta.

—Mi abuela. Pero ya sabe usted en qué condiciones está.

—Me lo temía. —Luciana agachó la cabeza en señal de impotencia—. Necesito unos cuantos cabellos suyos.

—¿Cómo dice? —Ella arrugó su cara como una pasa.

—Necesito contrastar unos cabellos suyos con los encontrados en las ropas de Aleixo.

—No se moleste. Es posible que ese sinvergüenza lleve cabellos míos encima. Le gustaba toquetearme y acercarse a mí, el muy hijo de puta.

—Aun así, los necesito —insistió. Javier y el sargento se miraron mutuamente—. Sabemos que su hermano fue visto tres horas antes que usted en el bar.

—No lo sabía. Mi hermano es muy independiente. Sale por ahí cuando no está trabajando en el hostel.

—¿Dónde está ahora?

—Ha ido a comprar unas cosas para la caldera del sótano.

—Cuando venga, dígame que vaya a verme al cuartelillo. Espero no tener que ir a buscarlo.

Los agentes se marcharon de allí. La mujer sabía que Cayetano acudiría a la cita. Luciana se encargaría de ello, pero antes tendría que hablar seriamente con él.

VII

HOSPITAL LABACA. LA CORUÑA.
6 DE JULIO DE 1931. 21:40 HORAS.

El verano apenas se apreciaba en aquellas tierras, máxime en una zona de bosque. Por la noche, el frío y la humedad se dejaban notar en los huesos. La luna entraba por los ventanales difuminada por unas nubes blancas y espesas. El sonido de los búhos presagiaba inquietudes y un mal dormir por parte de algún que otro paciente.

—¡Oye!, *¡filliño!* ¿Cómo te encuentras? —susurró el loco *Antoíño*. Pablo se limitó a mirarlo. No dijo nada. Volvió a mirar al techo—. Sé que puedes oírme. Te he visto hablar con tu hermana. Anda, háblame —dijo, incorporándose un poco en la cama. Pablo volvió a mirarlo. Su mirada era fría y penetrante. *Antoíño* cambió el semblante de su cara.

—*Si vuelves molestarme fareicho pagar* (Si vuelves a molestarme te lo haré pagar) —espetó Pablo con voz de poseído. El hombre quedó petrificado ante las palabras de aquel niño, con ese tono amenazante y cargadas de una maldad inigualable. *Antoíño* volvió a acostarse y se tapó con la manta hasta ocultar su cabeza.

La enfermera Berta estaba de guardia. Como de costumbre, había tratado a Pablo como si de un muñeco de trapo se tratase. Lo zarandeaba de un lado a otro sin importarle nada. Las duchas y baños de agua fría que le propinaba la enfermera y las terapias de corrientes del doctor Eusebio dejaban secuelas en aquel niño. El doctor no respetó lo más mínimo las proporciones eléctricas. Su afán de experimentar en los pacientes le llevó a dar rienda suelta a sus impulsos egoístas para ver hasta dónde llegaba la criatura. Quería saber cuánto podía dar de sí.

Aquella noche, Pablo se levantó de la cama con sigilo. Esperó a que apagarán las luces y a que todos estuviesen durmiendo. Incluyó su cabeza para observar a *Antoíño*. Estaba de lado y seguía tapado hasta las orejas. Se calzó

las zapatillas, cruzó la sala y se dirigió hacia la puerta. Pablo traspasó el umbral y caminó por todo el pasillo hasta llegar a la sala de enfermeras. Una música suave se oía por todo el pasillo, casi sin molestar. Allí, con mucho tiento, se asomó para mirar. Berta estaba sentada en un sillón, de espaldas a la puerta. Jorge Sepúlveda cantaba *Cerezo Rosa* a través de una radio, que estaba apoyada sobre una pequeña mesa de madera cercana a ella. Los brazos de la enfermera asomaban por los reposabrazos, lánguidos. Pablo se acercó a tientas. Un pequeño vaso junto al aparato de música contenía un líquido amarillento y junto a él, una pequeña botella con una etiqueta que rezaba el nombre de «Clorazepan». Una hoja de papel doblada se encontraba tirada junto al sillón, como si hubiese caído de la mano de la enfermera. Pablo terminó de acercarse junto a ella y recogió el papel. Era una carta.

Querida Berta. He conocido en Madrid a una chica de la que me he enamorado profundamente. Siento que lo nuestro no haya funcionado. Desde que estoy aquí, he visto otro mundo, otras personas, otra forma de vida. Espero que te vaya bien y sepas perdonarme algún día. Recibe un fuerte abrazo. Renato.

Estaba claro. Aquella noticia había destrozado a Berta. Pablo cogió por la muñeca la mano de la enfermera y la levantó. La dejó caer de golpe. Parecía estar muerta, pero respiraba. Se encontraba profundamente sedada. Pablo volvió a probar suerte. Esta vez le dio un puñetazo en el hombro. La mujer no se inmutó. Fue como golpear un saco de arena. Entonces, la miró detenidamente. Sus ojos empezaron a hablar por sí solos. Tenía claro lo que quería hacer en aquel momento. Arrimó sus dos manos a la nariz y la boca de la enfermera, taponando ambos orificios. A los pocos segundos, las manos de la sanitaria se movieron en un ritual espasmódico suave. Tardó un par de minutos escasos en dejar de respirar. El cuerpo de Berta quedó tal y como estaba. El niño quitó sus manos, pero sus ojos seguían clavados en aquel rostro inmóvil y pétreo. Dio media vuelta y volvió hacia la sala de camas. Allí se metió de nuevo en la suya y cerró los ojos para dormir placentero, satisfecho con el deber cumplido.

Otros ojos observaron desde las sombras el trabajo que el niño acababa de hacer. *Antoíño* había seguido a Pablo y presenciado todo el ritual. El miedo hizo que se orinara en la cama. Pero no le importó. Ahora sabía hasta qué punto estaba dispuesto a llegar aquel monstruo.

CASA DE ISABEL. CASTELOURIÑO.
12 DE MARZO DE 1952. 18:15 HORAS.

Cayetano se había presentado en el cuartelillo para hablar con Javier Manzano. Después de una larga conversación repleta de preguntas, el hermano de Luciana no tenía coartada para la noche del asesinato de Aleixo.

—Mire, inspector. Ya le he dicho que, después de tomarme un vaso de vino en el bar, me fui solo a pescar al muelle. Nadie puede confirmarlo porque nadie me vio. Estaba solo. Ni siquiera había más pescadores esa noche. Casi todo el mundo se va al bar a emborracharse. No voy a negarle que me alegré de la muerte de ese *fillo* de puta. Acosaba a mi hermana y hacía lo que le daba la gana. Era uno de los matones de ese desgraciado de don Fernando.

—Pues siento comunicarle que está bajo sospecha. No debe abandonar el pueblo bajo ninguna circunstancia y no le meto entre rejas porque no tengo pruebas sólidas contra usted.

—Y, ¿¿dónde podría ir?! Tengo que arreglar las cañerías, tuberías y la caldera del maldito hostel. Es lo único que nos da de comer a mi hermana, a mi abuela y a mí. No se preocupe. No iré a ninguna parte —dijo con ojos desorbitados mirando a Javier, que no se fiaba de aquel hombre. Algo le decía que no era trigo limpio. Cayetano parecía ido cada vez que hablaba, monótono en su oratoria, como si no perteneciera a este mundo. No obstante, dejó que se fuera. A fin de cuentas, no tenía pruebas para detenerlo.

El inspector marchó a casa de *Isiña*. Estaba deseando verla. Un cosquilleo le paseaba por el estómago, como una hilera de hormigas en busca de comida. Era la única persona que le hacía desconectar del mundo y aun así no era consciente de lo que le estaba ocurriendo.

—Huele estupendamente, *Isiña* —señaló Javier mientras la muchacha servía dos vasos de vino Ribeiro.

—¡Pues sabe aún mejor, ya verás! —sonrió ampliamente. Isabel se sentó junto a Javier. Chocaron sus vasos y brindaron por ellos—. Bueno, dime. ¿Cómo van las investigaciones?

—*Isiña*, sabes muy bien que no puedo hablar de eso.

—¡Ah!, ¿no? Y, eso ¿por qué? —preguntó con cara de inocente.

—Pues, porque es un caso policial.

—¡Anda! No sabía que no se pudiese hablar de eso. ¿Qué tanto misterio hay?

—En un caso de asesinato, hay cosas de las que como policía no puedo hablar.

—Bueno, hombre. No te pongas así. Yo solo quería saber si va bien —dijo sorprendida.

—Está bien. Te contaré algo, si me prometes no decir nada.

—Que sí, hombre. Soy una tumba. —Lo miró de una forma que le fue imposible resistirse a sus azules ojos.

—Creemos que es una mujer la que asesinó a Aleixo —soltó de sopetón.

—¿Una *muller*? No me extrañaría nada, la verdad —contestó con cierto desdén. Dio un trago a su vaso.

—¿Por qué dices eso?

—Javier, todos en el pueblo saben que era un cerdo. Trataba a las *mulleres* con desprecio.

—¿Tuviste algún problema con él? —preguntó antes de llevarse el vaso a los labios. Dio un buen trago.

—Bueno, precisamente con él no, gracias al cielo.

—¿Con quién, entonces? —Dejó el vaso en la mesita.

—Hablemos de otra cosa, por favor. —*Isiña* cambió por completo su cara.

—Perdona. ¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien. No te preocupes —sonrió—. Es solo que, bueno... hace algunos años tuve un altercado con el canalla de Marcial.

—Nada serio, espero —contestó Javier preocupado.

—Dejémoslo. Disfrutemos de una cena y un buen paseo, ¿te parece? —volvió a sonreír.

—Está bien. Como quieras.

—Oye, Javier. Volviendo a esa mujer que dices que ha matado a Aleixo...

—Recuerda tu promesa.

—¡Que sí, hombre! De verdad. Te lo prometo —Isabel sonrió y le lanzó un beso.

—Está bien. Verás, los indicios apuntan a que ha sido una mujer la que ha cometido el crimen. El nuevo testimonio de Luciana no tiene coartada, así que es la sospechosa número uno. En su declaración dice que vio a una mujer acercarse a la víctima y marcharse con él. Pero, por otro lado, hay cosas que no me convencen.

—Cosas... como ¿cuáles? —*Isiña* se terminó de un trago su Ribeiro y se echó otro vaso.

—Una es su hermano Cayetano. Esta misma tarde le he interrogado. No tiene coartada para la noche del crimen. A estas alturas de la investigación, ya no descarto nada ni nadie. Por otro lado, anoche estuve en el faro, observando desde el exterior.

—Observando el ¿qué?

—Había una luz en una de las habitaciones y la silueta de una mujer, de un lado a otro.

—¿De verdad la viste? —preguntó sorprendida. Echó mano de su vaso y le propinó un buen trago—. Y, ¿qué pasó?

—Pues que, al cabo de una media hora más o menos, la luz se apagó y la silueta se esfumó.

—¿Qué quieres decir con que se esfumó? —abrió los ojos como platos.

—Entré y busqué por todo el interior. Allí no había nadie.

—¡Ya tuviste valor, ya! Y, ¿cómo se te ocurre entrar solo allí?

—*Isiña*, yo no creo en *meigas* ni fantasmas. Allí había una persona, probablemente la responsable del asesinato de Aleixo.

—Pero, si acabas de decir que allí no había nadie.

—Así es. Tuvo que escaparse por la ventana. Una de ellas estaba abierta. Debió bajar por allí con una cuerda.

—No lo has dicho muy convencido. —*Isiña* interpretó la cara de Javier.

—La verdad, no mucho. Es hartito difícil que una mujer pudiese bajar por un sitio así, con un vestido y con zapatos femeninos. No sé.

—Bueno, y ¿qué piensas hacer? —*Isiña* se levantó para echar un vistazo en la cocina.

—Seguir investigando. Quiero saber hasta dónde me llevan las pruebas que tenemos y todo este misterio de la ventana y la silueta —alzó un poco la voz.

Javier ayudó a la muchacha a poner la mesa y juntos disfrutaron de una cena íntima. Durante la velada continuaron hablando de los pocos logros que, hasta ahora, estaba obteniendo.

—Y, ¿qué pistas tienes hasta ahora? —Dio un buen sorbo al caldo gallego.

—Poca cosa. Una pelota de goma verde que encontramos en la mano de Aleixo y una medalla de plata que yo mismo encontré en el interior del faro.

—Y ¿qué hay de la nota que encontró el forense? Dijiste que encontró una nota en el cuerpo de Aleixo, ¿verdad?

—Así es. Una nota algo extraña. Una especie de acertijo.

—Y ¿qué ponía?

—«La sutil figura que nadie veía, arrancará las ánimas de las viles criaturas que arrebataron la esencia de los inocentes mártires».

—¡Vaya! ¡Da hasta miedo, por Dios! Y ¿qué significa eso? —preguntó con cara de boba.

—Es lo que debemos averiguar. Por ahora no tenemos ni idea.

—Bueno, ¿algo más? —preguntó Isabel mientras ponía un poco más de caldo a Javier.

—Pues que el alcalde había amenazado a Aleixo con una pistola. Ya se ha analizado el arma y está fuera de sospecha. Pero actuó de una forma extraña.

—¿Crees que el señor alcalde tiene algo que ver con la muerte de ese desgraciado?

—No lo creo. Dice que estuvo en la capital el día de autos. Tengo que comprobar su coartada. Aunque ya te he dicho que las pruebas apuntan a una mujer. Necesito ir atando todos los cabos sueltos. Cuantos menos sospechosos tenga, más cerrado tendré el círculo.

—Pero a Aleixo no le dispararon, ¿verdad?

—Sabes, Isabel. Creo que te estoy contando demasiadas cosas —enarcó una ceja.

—Venga ya, *Javiño*. Mi boca está sellada. Te juro que no voy a contar nada a nadie. Pero ya sabes cómo somos las *mulleres*.

—Sí, lo sé. Bueno, en realidad no. Jamás he estado con una mujer después de..., ya sabes.

—Claro. No te preocupes. Sé lo importante que fue para ti aquella chica. Julia, ¿verdad? —Sonrió cordial. Javier le correspondió—. Bueno, a ver. Te comentaba que a Aleixo no le dispararon..., ¿o sí? —*Isiña* cambió rápida de tema.

—No recibió disparo alguno. Sí recibió un navajazo en el costado.

—Entonces, la pistola del señor alcalde, ¿qué tiene que ver en todo esto?

—Nada. Ya se ha comprobado que está limpia. Aleixo fue golpeado con un objeto robusto, primero en la mano y luego en la cabeza.

—Y ¿cómo sabes que fue con un arma de fuego?

—Porque la única forma de intimidar a una persona como Aleixo era con un arma de fuego.

—Y ¿no podría ser con una navaja o cuchillo? —Isabel estaba algo emocionada. Disfrutaba ver a Javier contarle todo aquello.

—No, no lo creo. No lo habría conseguido intimidar hasta el punto de matarle. Debió ser con algo más contundente. Y si tenemos en cuenta que fue una mujer, necesitaría algo con más peso intimidatorio. Un arma de fuego. De hecho, y como te acabo de decir, recibió una puñalada en el costado, posiblemente para reducirlo un poco.

—Y lo de la medalla. ¿Es una medalla de plata?

—Oye, ¿qué es esto? —preguntó Javier, alzando una hoja de verdura con la cuchara.

—Cómetelo. Es grelo. Está muy bueno.

—¿Grello? ¿Qué es grelo?

—La hoja del nabo. Está buena.

Javier se metió en la boca aquel trozo de verdura con cara de desconfianza. Después de masticar y tragar continuó:

—Es una pequeña medalla con la imagen de Santa Lucía y unas siglas grabadas.

—¡Ajá! Y, ¿qué siglas son esas?

—Eran una «hache» y una «ele». Seguramente las iniciales de la persona a la que pertenecía. Pero ya he comprobado los nombres de los vecinos de aquí y ninguno corresponde con esas iniciales. Y menos con los de la lista de don Fernando. Quizá quieran decir otra cosa.

—¿Has dicho una «H» y una «L»? —Isabel pensó durante un breve instante y sonrió—. ¡Pues claro que quieren decir otra cosa, tontín! —concluyó manteniendo la sonrisa.

—¿A qué te refieres? —Javier se quedó a mitad de llevarse a la boca, una cucharada de caldo con otro trozo de verdura.

—Pues que, si la imagen es de Santa Lucía y las letras son la «hache» y la «ele», significa que esa medalla pertenece al Hospital Labaca, de La Coruña.

—Y, ¿tú cómo sabes eso?

—Porque yo tengo una. Me la dio una de las monjitas hace ya muchos años. Era yo pequeña. Ahora solo voy a hacerme unas revisiones cada dos meses. Por cierto, pasado mañana tengo que ir. ¿Te gustaría acompañarme?

—¡Vaya! No sabía que fueras al hospital a hacerte revisiones. ¿Qué tipo de revisiones?

—Nada importante. Es rutina. —Isabel quitó importancia ante la cara de preocupación de Javier—. Anda, termínate el caldo que voy a traer el repollo con cachelos.

—Iré contigo, si te parece bien.

—¿Adónde?, ¿a la cocina?

—¡Al hospital, mujer! —sonrió Javier.

—¡Ah! Claro. ¡Estupendo!

Terminaron de cenar en un ambiente cálido y ameno. Se complementaban a la perfección. Los dos sentían algo muy fuerte el uno por el otro. Después, se cogieron de la mano en un largo paseo por la playa. Caminaron durante un rato sin decirse nada. Simplemente disfrutaron de la caminata y de la sensación que producía pisar la arena. Pararon durante un rato para observar el horizonte. Isabel aprovechó para darle algo a Javier.

—Toma, *Javiño*. Esto es para ti —afirmó con una gran sonrisa.

—¿Para mí? ¿Qué es?

—¡Anda! ¡Ábrelo! —Le agarró de las manos. Era una pequeña cajita envuelta en papel de estraza. Javier la deslió con cuidado. No quería romper el papel—. ¿Te gusta? Lo he mandado grabar para ti.

—¡Vaya! ¿Qué es? —preguntó afeitado. Le dio unas vueltas con los dedos. Una palabra grabada en la base rectangular «Zippo». En una de las caras frontales de la pieza en cuestión rezaba una dedicatoria: «Para Javier de *Isiña*». Entonces dio con la tecla. Vio la bisagra. Con un suave golpe de dedo consiguió echar la tapa hacia atrás. Dejó al descubierto la pequeña chimenea y la ruedecilla dentada. Friccionó con el pulgar y una llama apareció sin necesidad de tener pulsada la palanca del gas. Solo cuando cerró la tapa metálica con el índice, la llama desapareció como si nunca hubiese existido—. ¡Me encanta! ¡Es precioso! No había visto este tipo de encendedor nunca.

—Es americano. Me lo dio hace casi un año un tío mío que vino de las Américas. Por desgracia murió hace seis meses.

—Me siento especial, *Isiña*. Me regalas algo que tu tío te trajo de tierras extranjeras y te desprendes de él para dármelo a mí. ¡No sé qué decir! —expuso con cara de tonto.

—Solo di que te acordarás de mí cada vez que enciendas un cigarrillo.

—Yo no necesito acordarme de ti cada vez que encienda un cigarrillo o use este encendedor. Siempre estarás conmigo aunque regrese a Cuenca. Pero no hablemos de eso, por favor.

—Tienes razón. Es nuestra noche así que, disfrutémosla —dijo mirándole a los ojos.

Respiraron bocanadas de aire llenas de salitre, mientras las olas producían ese sonido de tiempos remotos, con un *tempo* lleno de recuerdos imborrables. *Isiña* señaló con la mano mostrándole dónde se encontraba el Islote del Arao. Después, volvieron a mirarse y no necesitaron palabras. Juntaron sus frentes y Javier tomó la iniciativa. Acarició suavemente la cara de la muchacha y la besó en los labios, unos labios dulces y llenos de vida. Notó una sensación colmada de amor y ternura a la vez. Él advirtió un miedo extraño y profundo. No estaba acostumbrado a una felicidad tan extrema. Sabía que, tarde o temprano, tendría que marchar del pueblo. Se preguntó cuánto tiempo duraría toda esa alegría. Eso le hacía sentir una terrible inseguridad y una tristeza sin igual.

FERRETERÍA LA MEIGA. CASTELOURIÑO.
13 DE MARZO DE 1952. 10:00 HORAS.

La campanilla tintineó anunciando un cliente. El padre Alberto entró en la ferretería de Nico y Rosita para comprar unos clavos que debía poner al Cristo colgado en la sacristía. En realidad, era una pequeña excusa para hablar con ella. Nico estaba algo preocupado por su esposa y pensó que el padre Alberto daría con la tecla en cuestión.

—Buenas tardes, padre —dijo Rosita con cierta sonrisa triste.

—Buenas tardes, hija.

—¿Qué se le ofrece?

—Pues mira, lo primero quitarme el frío que tengo hasta en los huesos.

—Sí. Es increíble el frío tan fuerte que estamos pasando este invierno.

—Cuando puedas, me pones un par de clavos de esos de hierro fundido para el Santísimo que tengo en la sacristía. Se le han caído y no los encuentro por ningún lado. Pareciera que quisiese bajar de la Cruz y manifestarse personalmente a algunos de nosotros. —Alzó las manos en señal de asombro.

—Ahora mismo le traigo la caja y usted mismo los elige —dijo sonriendo.

—Muy bien, pero antes dime una cosa. ¿Cómo te encuentras últimamente?

—¿Por qué pregunta eso? —planteó algo extrañada.

—Bueno, casi no te veo ya por la iglesia.

—No es nada. Estoy bien. Solo que estoy algo preocupada por Nico.

—Y eso, ¿por qué? Si se puede saber, hija.

—Está muy raro, últimamente. Tiene cambios de humor, no sé.

—Y, ¿a qué crees que se pueden deber esos cambios?

—Pues..., no sé..., supongo que el trabajo, la monotonía, el tipo de vida que hacemos. Solo se preocupa de llevar para adelante el negocio. No son buenos tiempos, ¿sabe usted?!

—Comprendo, hija. Pero ni para vosotros ni para nadie. Espero que podamos salir de esta situación pronto. Si no, no sé adónde vamos a llegar. Con este aislamiento económico que nos están haciendo los países de Europa, ¡no sé yo, hija!

—El pobre habla solo hasta en sueños. En fin. Lo único que puedo hacer es estar a su lado e intentar animarlo.

—Pues, fíjate que yo venía más que nada por tus preocupaciones y resulta que tus preocupaciones son sus preocupaciones.

—Bueno, supongo que es normal todo esto. Demasiado hace el pobre... Desde el accidente se ha adaptado muy bien, pero a veces los dolores que tiene..., pues, ya sabe, padre.

—Claro hija. Pero yo lo veo muy bien, despreocupado y feliz. Él sabe que te tiene a ti, el negocio va bien dentro de los tiempos que corren. En fin. Yo creo que deberíais disfrutar de lo que tenéis. Gracias a Dios, Nicolás está bien. Tú también y es importante que permanezcáis el uno junto al otro. Los designios del Señor son inescrutables. Hoy estamos aquí y mañana, ¡solo Dios lo sabe!

—Tiene razón, padre. Mis preocupaciones por Nico no tienen sentido. Todo pasará pronto. Pero una es así y no se puede remediar. —Rosita se frotaba las manos con ímpetu.

—¡Preocupaciones las mías! —dijo en un acto de pequeño arrebató.

—¿Qué le pasa, padre?

—La iglesia se está cayendo y don Fernando no quiere reparar la cúpula. El día menos pensado nos da un susto a todos. Bueno, hija, no te atosigo más. Me voy más tranquilo. Espero veros el próximo domingo, en la iglesia —sonrió complacido.

—Claro, allí estaremos.

—Que Dios te guarde, hija mía.

—Padre, ¿no se lleva usted los clavos para el Cristo?

—No te preocupes. ¡No voy a hacerle pasar por ese calvario de nuevo! —contestó sin perder la sonrisa—. Buenos días, hija.

El padre Alberto marchó satisfecho. Rosita cambió el semblante de su cara y se metió en la trastienda. Allí se encontraba Nico.

—Nico, ¿has hablado tú con el padre Alberto? —preguntó preocupada.

—Solo le dije que no dormías bien —respondió mientras arreglaba un grifo—. ¿Ha venido?

—Sí. Pero, no sé por qué has tenido que decirle nada.

—Siempre es reconfortante hablar con un cura, ¿no? Me preocupa que estés tan nerviosa. ¿Qué te ha dicho?

—Nada en especial. Que debemos valorar lo que tenemos.

—¿Ves? Ahora seguro que lo verás todo de otra forma. Tenemos que vivir la vida. Mirar hacia delante. Por cierto, últimamente me vienen a la memoria imágenes que no consigo entender del todo. No sé. Es algo muy extraño.

—Perdiste algo de memoria en el accidente. Ya dijo el médico que eso sería normal. Pero, no te preocupes. Ya lo recordarás todo.

—Sí, supongo que sí —Nico sonrió afable. Rosita le correspondió—. Anda prepárame un café, ¿quieres? —continuó arreglando el grifo.

BAR DE XAVIÑO. CASTELOURIÑO.
13 DE MARZO DE 1952. 10:40 HORAS.

Javier Manzano entró en el bar de Xaviño. Sabía que Marcial se hallaría allí tomando una copa de coñac. El sargento le había informado bien. Los marineros se encontraban en tierra debido a un gran temporal; nadie se atrevía a salir cuando la mar encolerizaba y mostraba su lado más endiablado. De todos era sabido los navíos que a lo largo de los siglos habían naufragado en aquellas costas víctimas de sus aguas embravecidas y traicioneras. Además, acompañaba un frío procedente del Norte de Europa. En el bar se refugiaban casi todos para hablar de la pesca de altura y de los tiempos venideros en España, con expectativas nada alentadoras.

El inspector no tenía gran interés en hablar con el sobrino de Fernando. Sabía que era tan sinvergüenza como su tío y no estaba bajo sospecha con respecto al asesinato de Aleixo. Quería verlo por otros menesteres. Se había enterado, por boca de terceros, del encuentro de Marcial con la chica en el puesto de pescado, así como de la relación íntima que hubo entre ellos en el pasado. Isabel era incapaz de ponerle al corriente de todos los problemas que había tenido con la familia de Castro, pero una vez informado, quería llegar al fondo de la cuestión. Estudió la forma de abordar el asunto con el sátrapa de Marcial.

Desde la puerta miró en derredor hasta visualizar al sujeto. Con el pelo engominado y el bigote bien perfilado, Marcial vestía un abrigo tres cuartas. Sentado en una de las mesas, tomaba una gran copa de coñac, que agitaba de vez en cuando antes de llevarla a su boca. El anillo de los Castro lucía en su mano derecha. Javier se acercó a la mesa.

—Buenos días. Soy el inspector de la BIC, Javier Manzano. —Marcial lo miró de arriba abajo. Sonrió de medio lado.

—¡Ah! Sí. Mi tío ya me ha hablado de usted —espetó con desgana—. Siéntese. ¿Quiere una copa? —preguntó sin interés.

—No, gracias —contestó Javier con sequedad.

—Pues usted dirá.

—Verá. No vengo en calidad de policía, ¿sabe? —exclamó mientras agarraba una silla y la colocaba al contrario para sentarse de un modo irrespetuoso ante su contrincante. Apoyó los antebrazos en el respaldo. Marcial se quedó a cuadros ante la postura chulesca de su adversario. Cambió el rostro de felino por el de un zorro a la defensiva.

—Disculpe usted si no entiendo —soltó Marcial con aire descolocado.

—Pues si no entiende, yo se lo explico claramente. La próxima vez que le vea rondar a la señorita Isabel va usted a desear no haberlo hecho. ¿Me he explicado ahora con claridad?

Marcial terminó de sonreír con media mueca en su boca. No se esperaba aquella declaración de guerra y mucho menos por un agente de la autoridad. Javier Manzano podía pecar de buena persona en asuntos mundanos, pero a la hora de hacer frente a una injusticia, se transformaba en un león hambriento, capaz de poner a su presa entre la espada y la pared.

—Dígame una cosa, inspector. ¿Usted sabe con quién se la juega? —preguntó Marcial con toda la seriedad que podía expresar.

—Con un sinvergüenza rastrero, de poca monta, que se apoya en su tío porque no tiene dónde caerse muerto. Y para colmo, no es lo suficientemente hombre como para resolver sus propios problemas. ¿No es así? —arqueó una ceja.

—Pero ¿cómo se atreve a...? —Marcial se levantó con el puño en alto. Javier apartó con fuerza su silla, le agarró la muñeca y la retorció colocándola detrás de la espalda, hasta doblegar a su adversario. Con la otra mano, le puso la cara encima de la mesa y la apretó con fuerza. Acto seguido acercó su boca a la oreja de Marcial. Este dejó exhalar unos sonidos ahogados de dolor. Todo el bar miraba expectante, sin decir nada, y un silencio sepulcral se apoderó del lugar. Podía incluso oírse el aleteo de una mosca.

—Si vuelve a levantarle la mano a un agente de la autoridad, le juro por mi honor que le encierro en un calabozo hasta que se pudra. ¿Me ha oído?

—¡Sí!, ¡sí! —atinó a decir el sujeto con la boca replegada.

—No vuelva a acercarse a Isabel por nada en el mundo, a menos que sea para pedirle disculpas. —Manzano soltó de golpe a Marcial. Todos observaban la escena con estupor y en silencio. Nadie imaginaba que alguien,

ni siquiera un agente de la autoridad, pudiese hacer algo así con uno de los señoritos de aquellos lares.

—Y, ¡vosotros!, ¡¿qué coño miráis?!..., ¡¿eh?! —acertó a decir Marcial, con odio en su rostro.

Javier miró a la concurrencia y espetó un «buenos días, señores». Se marchó de allí dejando bien claras sus intenciones al malnacido de Marcial, aunque sabía que no iba a ser ni la primera ni la última vez que tendría un encuentro con aquel tirano.

PALLOZA DE LA BRUJA CEFERINA. CASTELOURIÑO.
13 DE MARZO DE 1952. 20:40 HORAS.

Después de caminar un buen trecho de bosque, María Soledad llegó hasta una pequeña llanura donde se encontraba la *palloza* (choza) de Ceferina, la *meiga* del pueblo; una mujer con más años que el mundo y más experiencia en la vida que cualquier otra persona de la zona. Ceferina había tenido problemas con don Fernando quien, al igual que otros, había ido para saber cosas sobre sus negocios y su vida personal. La bruja le había profetizado malos acontecimientos venideros que le traerían consecuencias nefastas. Pero a don Fernando no le gustó nada que la *meiga* del pueblo le dijera aquellas cosas. Entró en cólera y llegó a decir a la mujer que todo eran inventos para asustarle; también la amenazó: si intentaba ir por el pueblo, conseguiría encerrarla en una cárcel de la capital para el resto de sus días. Ante ello, Ceferina prefirió quedarse en el bosque y al margen de toda la podredumbre y miedo que se respiraba en el municipio. Y allí la bruja vivía gracias a la pequeña cuantía que sacaba echando las cartas y las runas, así como de un pequeño huerto en el que cultivaba algunas hortalizas para consumo propio.

Soledad llamó a la puerta de la choza. Sobre ella, las estrellas brillaban en la gran bóveda celeste y un horizonte naranja terminaba de ser engullido por la oscuridad de la noche. El frío se dejaba notar en la piel cual alfileres punzantes.

—¡Ya va, *carallo!* —exclamó una voz rota tras la puerta.

Tras unos segundos, la entrada se abrió en un ruido quebradizo. Ceferina examinó de arriba abajo la silueta que tenía frente a ella. Sus pelos alborotados, en una suerte de ramas de nido, eran sujetos por un pañuelo rojo ennegrecido por la mugre. Su cara, cuarteada como una extensión de terreno yermo, se arrugaba por momentos en una expresión de sorpresa.

—¿Quién es a estas horas? —preguntó mientras se apoyaba en una especie de báculo retorcido.

—¡Ceferina, soy yo, Soledad! —alzó un poco la voz.

—¿Soledad? ¿Qué Soledad? —Ceferina abrió sus ojos.

—La *muller* de Manoliño. El primo de don Fernando.

—¡Ah! ¡Pasa, pasa!

El interior estaba muy descuidado y apenas había muebles; aquello distaba mucho de ser un hogar, más bien era una cabaña austera y mal cuidada. A la vista, una sencilla mesa con cuatro sillas de anea medio rotas, una gran chimenea de piedra, que daba calor en las noches de invierno, en la que pendía un gran *pote* (olla), una cama descuidada, que parecía un nido de cigüeñas... Todo ello cubierto por un techo de paja y adobe. Las llamas de aquel hogar bailaban al compás de las sombras de un pasado lleno de muerte y desolación; un tiempo en el que la resistencia de los maquis se dejaba notar por las montañas y laderas del pueblo, combatiendo a los franquistas y utilizando la *palloza* de Ceferina como punto de encuentro. La vetusta mujer expuso su vida en tiempos difíciles a cambio de un pedazo de pan y algo de fruta para llevarse a la boca.

—Tienes mala cara, Soledad —dijo Ceferina nada más verla a la luz de las brasas.

—No he dormido bien estos días —contestó con una leve sonrisa.

—Sabes muy bien que no lo digo por eso. Tu rostro refleja dolor y tristeza.

—Necesito saber cosas, *bruxa*.

—Comprendo. Ven, pasa *e sentar* —gesticuló con su mano. María Soledad tomó asiento junto a la mesa. Ceferina sacó del cajón una baraja de cartas de Tarot. Tomó asiento frente a ella. Barajó las cartas con sus manos curtidas y atormentadas por el tiempo y puso el montón encima de la mesa—. Ahora, con tu mano derecha, corta tres veces —María Soledad tenía miedo, pero necesitaba saber lo que el futuro le depararía, ahora que no tenía a su marido con ella. Hizo tres montones, con temblor de pulso. Ceferina enarcó una ceja al darse cuenta de su nerviosismo—. Tranquilízate un poco. Ya sabes cómo va esto. No es la primera vez que te echo las cartas —dijo mientras tomaba dos naipes del primer montón. Le dio la vuelta a la primera carta: la reina de Copas. La puso bocarriba en la mesa. A continuación, volteó la segunda carta: el rey de Oros. Miró a María Soledad a los ojos.

—¡Qué! —zozobró María Soledad. Ceferina no dijo nada. Se limitó a seguir. Otra carta del segundo montón: el Diablo. Otra más: el Colgado.

—¡Uhm! Vas a recibir un dinero importante.

—¿Un dinero importante, dices? ¿A qué dinero te refieres? —puso cara de extraña.

—Es un dinero que te pertenece por derecho, pero está manchado de sangre. No es bueno, pero es tuyo. ¡*Ándache con ollo, nena!* Alguien te acecha. Te tiene enfilada. Eres un peligro para esa persona. Quiere persuadirte para que abandones. Es una persona mala, muy mala y de malvadas intenciones. Eres un estorbo en sus planes. No puede permitir que interfieras en su vida. Esa persona sabe que eres poderosa. También veo un documento. No..., ¡espera! No es un documento. Es una carta. Una carta muy importante para la persona malvada.

—¿Una carta? ¿Qué carta? —se levantó de la silla. Sabía muy bien a qué se refería.

—Es una carta con mucho poder en lo que lleva escrito. Esa carta es tu salvoconducto. No la pierdas. Eres peligrosa para esa persona. Quiere destruirla porque es la prueba certera de lo evidente.

—Pero ¿quién? ¿De quién se trata? ¡Habla, *bruxa!* —Sabía perfectamente cuál era el trasfondo de aquellas palabras, pero el miedo no la dejaba razonar y nublaba su mente.

—No sale en las cartas. Pero es maligna y con cierto poder. Está dispuesta a todo por recuperar esa carta. ¡¿En qué líos estás metida, Sole?! —preguntó Ceferina con inquietud. La bruja volteaba los naipes y los iba interpretando: el as de Oros y el tres de Espadas—. Las cartas no mienten. —Volvió a pasar sus manos por encima de ellas, como si ello le permitiera ver con más claridad el terrible futuro que se cernía sobre María Soledad—. Tú y tu niño corréis un grave peligro. Debes andarte con mucho ojo, Soledad —dijo la bruja con los ojos abiertos de par en par, clavados en aquellas cartas de Tarot. Ceferina volvió a abrir el cajón de la mesa y sacó una bolsa. Metió la mano en ella y extrajo unas cuantas runas. Las movió entre sus manos y las arrojó en el tablero. Miró fijamente los símbolos de aquellas piedras célticas—. Tú has hecho algo, Sole. Te atormenta. No te deja en paz. Has hecho algo terrible y no encuentras el sosiego que necesitas. Tendrás que pagar por ello.

Un desmesurado viento helado entró de repente por una de las ventanas del habitáculo. Dio un fuerte golpe, asustando a María Soledad. Su cara acusaba un miedo descomunal. Estaba confusa. Sabía que Marcial se hallaba detrás de todo ese asunto. Al fin y al cabo, fue el responsable de las malas influencias que tuvo en su marido. Le había hecho creer que ella quería algo con Fernando. Calentó de forma desproporcionada a Manuel para que creyera

que su esposa Soledad buscaba tener relaciones con su tío; un asunto con la perspectiva cambiada. Pero ¿por qué decía que ese dinero estaba manchado de sangre? ¿A qué sangre se refería? Soledad estaba confusa. Y lo peor estaba por venir, aunque sabía que lo averiguaría tarde o temprano. Sin embargo, desconocía el precio que debía pagar.

VIII

HOSPITAL LABACA. LA CORUÑA.
6 DE AGOSTO DE 1931. 21:40 HORAS.

Pablo había recibido diez sesiones desde la última vez que su hermana conversara con el doctor Eusebio. Hablaba con soltura y razonaba como cualquier persona. La inteligencia de aquel niño aumentaba en un porcentaje bastante elevado para la edad que tenía. Al mismo tiempo, el intelecto del joven le decía que debía disimular sus conocimientos. Tenía que pasar por un niño, como mucho normal. El único que se daba cuenta de todo era aquel loco de la cama de enfrente; el loco *Antoíño*, como bien era conocido en el hospital. Vigilaba a Pablo como un detective en la sombra, aunque ahora mucho más calmado desde la última vez que el chaval sentenció su presencia.

Aquel día, el doctor Eusebio se encontraba de guardia. La luz de su despacho acusaba su existencia en su mesa austera llena de informes y *dossiers*. Se levantó de la silla y miró unos cajones del archivador adjunto. Sacó unas radiografías y las observó a la luz de una lámpara de pie. Se trataba de una de las gráficas de la cabeza de Pablo. Sonreía a modo de satisfacción. Al parecer, la trayectoria de la salud del niño había girado en dirección contraria a lo que, en un principio, pensaba. Algo estaba pasando en la cabeza de aquel pequeño. Miró con detenimiento la radiografía y pudo ver algunas anomalías en el cerebro, unos huecos negros. Pensó que se podría tratar de algún error. Repetiría la prueba para cerciorarse.

Pablo se encontraba en su cama. Yacía con los ojos cerrados. El loco *Antoíño* lo observaba entre la manta con los ojos abiertos como platos. La luz de la luna se filtraba entre los altos ventanucos de la pared de la estancia, lo suficiente como para ver entre las sombras. Solo unas toses se dejaban caer en el silencio de la sala. De pronto, el niño abrió los ojos y se destapó por completo. El loco *Antoíño* abrió aún más los suyos, esperando una reacción. Se sentó en la cama durante unos segundos. Pablo parecía sonámbulo. Miró

hacia un lado y otro. Todo estaba en calma. Se levantó de un impulso, se puso las zapatillas y caminó sigiloso hasta la puerta del pasillo. En el otro extremo, la luz del despacho del doctor se filtraba por el filo de la puerta. *Antoíño* lo siguió con la mirada hasta perderse por el pasillo. El muchacho siguió caminando con paso firme, pero cauteloso, hasta el extremo. Allí se metió en un cuarto contiguo, oscuro. De repente, la puerta se cerró tras él.

Eusebio salió de su despacho y caminó hacia la cocina ya que le apetecía comer algo antes de seguir con sus investigaciones; tenía toda la noche por delante. Una sombra se percató de ello. Le siguió, cuidando de que nadie le viera. El doctor se cruzó con una de las enfermeras de guardia. Se saludaron guardando las formas. La sombra reaccionó de inmediato y se escondió detrás de una puerta. Cuando la sanitaria se perdió de vista, reanudó la marcha, aunque siempre unos pasos por detrás del doctor. Una vez en la cocina, antes de que se cerrara la puerta tras él, la sombra consiguió entrar sin ser vista. Se parapetó en la gran mesa de piedra, junto a los fogones. El médico se dirigió a uno de los armarios donde había una gran variedad de latas y hogazas de pan. Abrió uno de los cajones y asió un cuchillo puntiagudo y afilado. Lo miró y sonrió, dando su aprobación. Alcanzó una hogaza de pan. La dejó en la encimera. Su concentración en lo que iba a cenar era tan ensimismada que no vio la silueta que le acechaba. La sombra tenía en sus manos una pequeña garrafa de aceite. Vertió un poco alrededor de los pies del doctor. Cuando se disponía a girar sobre sus talones para ir a la alacena, pisó el líquido. Eusebio portaba en sus manos el gran cuchillo elegido. En ese momento, perdió el equilibrio y comenzó a moverse en un juego malabarista y ridículo. La expresión de su cara cambió a una mueca casi esperpéntica. Intentó sujetarse a la mesa, pero la sombra le ayudó a caer, empujándole con fuerza. El doctor se desplomó como una pieza de dominó, golpeándose la cabeza contra el suelo. Quedó algo aturdido mientras el cuchillo salía despedido de su mano, yendo a parar al otro extremo de la cocina. La sombra corrió a recogerlo mientras el doctor comprimía su cara en un acto de dolor, llevando sus manos a su cabeza. El espectro se acercó a su víctima y se arrodilló a la altura de su cintura. El doctor aún se quejaba del golpe recibido; no era consciente de la silueta agachada a su lado. Por fin, abrió los ojos y la vio. Hizo una mueca de extrañeza, sin comprender muy bien qué hacía aquel sujeto allí.

—Pero..., ¿qué haces tú aquí?

La silueta sonrió y levantó su brazo, empuñando el cuchillo. Los ojos del hombre se abrieron como una flor se abre para recibir un nuevo amanecer. El cuchillo penetró en la boca del estómago, hasta el mismo mango. La agonía y

la sorpresa del matasanos se fundieron en un solo sentimiento, quedando plasmadas en su rostro, dando lugar a una mueca tan horrible como extravagante.

La sombra lo volteó para que pareciese un accidente. Se levantó con naturalidad y salió de allí tal y como había entrado. En su recorrido hacia el exterior dejó abierta una puerta.

Por la mañana, a primera hora, encontraron el cuerpo sin vida de Eusebio. Un accidente había sido la causa. Así lo certificó el forense del propio hospital, que había acudido tras la llamada de una de las cocineras. El loco *Antoíño* sabía muy bien quién había sido el responsable de aquello. O tal vez, eso creía, pero no dijo nada. Guardó silencio. Tenía miedo.

HOSPITAL LABACA. LA CORUÑA.
14 DE MARZO DE 1952. 08:40 HORAS.

Javier Manzano había acompañado a *Isiña* a su revisión mensual rutinaria, según ella. Pero al inspector le preocupaban esas toses tan escandalosas y fuertes que sufría aquella chica, que en los largos días de invierno y mostraba cierto desinterés por su salud. No obstante, desde que conoció a Javier, le gustaba cuidarse un poco más, para mayor tranquilidad de su novio, o al menos, del hombre con el que salía de vez en cuando y con el que había hecho tan buenas relaciones sentimentales. Entre ellos dos había surgido una centella de luz. Se complementaban el uno al otro. No necesitaban hacer oficial su relación; existía y punto, y para ellos era suficiente.

El inspector agarraba la mano de *Isiña*. Le encantaba sentir su tacto, su fuerza. Ella le sonreía, cariñosa, con dulzura extrema; una bondad que transmitía un bienestar en todo su cuerpo. Se miraban a los ojos.

—Oye, *Javiño*, cuando me llamen tú te quedas aquí, ¿vale?

—¿No quieres que entre contigo? —preguntó extrañado.

—No es eso. Es que me da un poco de vergüenza que me pueda decir algo el doctor que sea muy personal. Compréndelo —sonreía.

—Claro. No te preocupes. Mientras, haré unas preguntas acerca de la medalla que encontré en el lugar de los hechos. Así aprovecharé el tiempo mientras el doctor te atiende.

—Me parece estupendo. Oye, luego me cuentas lo que hayas averiguado, ¿vale?

—Está bien, doña curiosa. —Sonrieron los dos.

—¿Isabel Sotorreal? —preguntó una enfermera que asomaba por la puerta de la consulta.

—¡Sí, soy yo! —*Isiña* se levantó de la silla y caminó comedida hacia la puerta de entrada a la consulta.

—¡Pase, por favor! —concluyó la enfermera.

Javier se encaminó hasta uno de los mostradores de la sala de espera y preguntó por la jefa de planta. Salió una mujer oronda con cara de pocos amigos que le explicó el camino que debía tomar para llegar hasta la sala de las religiosas. Una vez allí, llamó a la puerta. Abrió sor Ángela.

—Buenos días. Por favor, ¿podría hablar con la madre superiora? —preguntó Javier mientras mostraba su placa sonriendo de forma afable.

—¿Ocurre algo, señor? —contestó la novicia asustada.

—Nada. Tranquilícese. Solo quiero hablar con ella de un asunto particular.

La novicia dejó pasar al inspector y le invitó a sentarse. Mientras esperaba, Javier oteaba en derredor la habitación. Ante él, un gran crucifijo con la mirada piadosa de Cristo. Se cruzó de piernas y manos, intentando ser paciente; se hallaba a la vez preocupado por *Isiña*; quería pensar que sus revisiones eran mera rutina, aunque después de haberla oído toser, no estaba tan seguro de ello. No obstante, se concentró en la conversación que tendría con la superiora. Quería saber hacia dónde le llevaría la medalla encontrada en el lugar del crimen. Por la puerta interior asomó sor Mercedes. Saludó al inspector y ambos hablaron de forma amena.

—Usted dirá, inspector —inició la clériga.

—Encontré esta medalla en un lugar bastante curioso. —Javier sacó el objeto en cuestión de su bolsillo. Lo mostró a sor Mercedes, quien asió la medallita con los dedos, por un trocito de eslabón, para verla mejor.

—Es una de nuestras medallas. No cabe la menor duda. Lleva las iniciales del hospital —dijo sonriendo.

—Así es. Eso ya lo sé. Lo que me gustaría saber es a quién pertenece.

—Pues, no sabría decirle, inspector. Hemos dado ese tipo de medallitas a muchas niñas.

—Comprendo. ¿Las da usted personalmente?

—No. De hecho, no era yo quien las daba, sino sor Virtudes.

—¿Ha dicho usted, daba?

—Así es, inspector. Hace ya muchos años que no damos medallitas.

—¿Cuánto tiempo, más o menos?

—Unos quince o veinte años por lo menos. Las entregaba sor Virtudes, una hermana muy buena. Todo el mundo la quería.

—¿La quería? ¿Ya no está con ustedes?

—Está con nosotras, pero ya no trabaja entre nosotras. Sor Virtudes contrajo la meningitis. Fue un milagro que sobreviviera, pero no quedó bien.

Sufrió secuelas físicas y mentales, un trastorno en la memoria y quedó impedida. Aparentemente parece normal pero no se acuerda de casi nada.

—¿Dónde está ella ahora?

—La tenemos en un pabellón aislado del resto de pacientes.

—¿Le importaría que hablase con ella?

—No creo que le sea de mucha ayuda, inspector. No se acuerda de gran cosa.

—Por favor, déjeme intentarlo. Es de vital importancia.

—Bueno, si usted lo cree conveniente, por mi parte no hay problema. Si quiere usted acompañarme...

—Muchas gracias.

Javier acompañó a sor Mercedes hasta una sala de camas donde había pacientes con cuidados especiales. Allí se encontraba sor Virtudes, una monja que había trabajado para el hospital Labaca durante años, entregada en cuerpo y alma a los enfermos más pobres. Contaba con sesenta y cinco años, aunque la enfermedad había hecho mella en su cabeza. Aun así, su estado sorprendió a Javier.

—¿Desde cuándo está así?

—Desde hace doce años.

—¿Puede caminar?

—Puede caminar y hacer cosas por sí misma, pero a veces necesita ayuda. Tiene muchos lapsus de memoria. No reconoce ni a las hermanas ni a mí. A veces me pregunta quién soy.

—Comprendo. ¿Me permite?

—Adelante.

Javier arrimó una de las sillas de visita hasta la cama donde se encontraba acostada la monja. Sor Mercedes hizo las presentaciones, sin mucho éxito. Sor Virtudes miró extraña a Javier. Estaba perdida en su propio mundo.

—Buenos días, sor Virtudes. Quería hablar con usted —se le ocurrió decir a Javier.

—¿Quién es? —preguntó casi susurrando.

—Soy el inspector de Policía, Javier Manzano.

—¿Inspector de Policía? No entiendo. —Miraba a los ojos de Javier.

—Quisiera hacerle unas preguntas acerca de una medalla que regaló usted a alguien.

—Medalla..., alguien... No sé —repuso con dificultad, como si pensara las cosas que decía.

—Se trata de una de las medallas que regalaba usted a niñas. ¿Lo recuerda? —Javier agarró la mano de la monja en un intento por hacerle recordar.

—Medalla..., niñas..., no sé. —Perdió la mirada en el vacío.

—Mire. Esta es la medalla. ¿La ve?

Sor Virtudes sonrió.

—¡Santa Lucía! ¡Es la medalla de Santa Lucía!

—Así es. Muy bien. ¿Recuerda usted a quién pudo darle la medalla? Esta la encontré en el pueblo de Castelouriño.

—¿Castelouriño? No sé. No recuerdo Castelouriño —susurraba.

—Estaba dentro del faro de Castelouriño. ¿Recuerda usted a alguien que fuese de ese pueblo?, ¿alguien que viviera allí? —Javier sabía que perdía el tiempo.

—No sé. Castelouriño..., pueblo..., medalla...

—Es inútil, inspector. Ya le dije que no recuerda nada —sentenció la madre superiora.

Un paciente crónico oía la conversación. Estaba de pie, junto a la puerta. Paseaba de un lado a otro por el pasillo. Javier se levantó de la silla llevándose el fracaso consigo. No había conseguido nada. Volvía a estar donde empezó. Dejó la silla en su lugar y se disponía a salir por la puerta. De repente, se encontró con aquel hombre.

—Usted disculpe —dijo el inspector.

—¡Está usted buscando al niño marioneta!, ¿verdad? —repuso aquel enfermo susurrando.

—¿El niño marioneta? ¿De qué está hablando usted? —preguntó extrañado.

—Usted está buscando al niño marioneta. Así es —soltó una carcajada de loco.

—¿Quién es usted?

—¡Venga, venga aquí! —le instó con la mano, con movimientos rápidos. Javier lo siguió en un acto piadoso hacia la sala donde se encontraban los pacientes masculinos—. ¡Agarre esa silla! ¡Le contaré algo! —sonrió con ojos desorbitados.

El hombre se metió en su cama. El inspector quería saber qué podía decirle aquel enfermo con cara desencajada. Un hombre cercano a los setenta años, de pelo gris y escaso. No tenía esperanza alguna de que el pobre pudiese aportar algo a lo que venía buscando. No obstante, se sentó a escuchar a aquella alma perdida.

—¿Qué es lo que quiere? —frunció el ceño.

—Me llamo Antonio, pero todos aquí me conocen como el loco *Antoíño* —parloteó sin perder la sonrisa—. Usted viene buscando al niño marioneta, ¿verdad?

—¿Quién es el niño marioneta? —preguntó extrañado.

—Yo le puse ese nombre, ¿sabe usted? Era un niño que venía de Castelouriño. Me contó muchas cosas antes de salir de aquí. Ese hijo de perra estaba más loco que yo, pero supo engañar a todos.

—¿Qué quiere decir con todo esto? —Javier se perdía por momentos ante la retahíla de cosas que sonaban a sinsentido—. ¿De qué niño me está hablando usted?

—¡De Pablito, el niño marioneta! Vino aquí sin hablar como si fuera un muñeco. El doctor de aquel entonces lo manejaba a su antojo. Y la enfermera Berta... Esa desgraciada amargada —rio jocoso—. ¡Pero el chico le dio su merecido! Yo lo vi. ¡Vi cómo la mató!

—¿Quién mató a quién? —Javier intentó engarzar el hilo de la conversación, pero era casi imposible.

—Usted dice que esa medalla la ha encontrado en un sitio, en el pueblo de Castelouriño, en el interior de un faro.

—Así es —aseguró frunciendo el ceño; afinó el oído y el resto de sentidos.

—Aquí estuvo ingresado, durante unos años, un niño que venía de aquel pueblo. Allá por el año 1931, si mi cabeza no me traiciona —rio de forma expresiva—. Su padre era farero. Estaba al cuidado del faro del pueblo.

—¿Cómo sabe usted eso? —Javier se interesó por lo que decía *Antoíño*. La alarma acababa de sonar en su cabeza. Algo le dijo que aquel loco desgraciado no lo estaba tanto; recordó las versiones del alcalde y de su tía Beni. Ambas convergían en el mismo punto: Pablo. El hombre decía cosas coherentes. Se acomodó en la silla y comenzó la cacería.

—Al principio, el niño no respondía a nada. Estaba como muerto, ¿sabe usted? Pero creo que las corrientes que le daban en la cabeza le despertaron de la nube en la que vivía. —*Antoíño* se aferraba a la manta mientras recordaba tiempos pasados. Sus ojos desorbitaban a cada golpe de palabra, que salía por su boca—. Recuperó el habla. Hizo como que estaba curado de aquel trance, pero estaba loco: su mirada, su forma de responder. Yo sabía que no estaba bien. Daba mucho miedo.

—¿Por qué le daba miedo?

—Una noche se levantó de la cama y lo seguí. Se dirigió hacia la sala de enfermeras. La enfermera Berta estaba dormida profundamente. Debió tomar algo para dormir. Pero entonces, el niño marioneta entró y le puso las manos en la cara. Yo mismo vi cómo el brazo de la enfermera tembló en movimientos nerviosos. Después, dejó de moverse. Ese niño endiablado asfixió a la serpiente que tanto lo había torturado. Dio media vuelta y volvió a la cama.

—Y, ¿cómo dice usted que se llamaba aquel niño? —Javier apuntó en su bloc.

—Su nombre era Pablo. Su hermana venía todas las semanas a verle.

—¿Sabe usted el nombre de la niña?

—Silvia. La niña se llamaba Silvia. Una niña preciosa y buena. Un ángel de criatura. Sor Virtudes le colocó una medallita para que la protegiese de todo mal. Era tan buena..., pobrecilla lo que tuvo que soportar con su hermano —dijo mirando hacia el vacío.

—¿Sabe qué fue de aquel niño?

—No. Marchó de aquí y no se supo más de él. Quien más lo cuidó fue sor Virtudes. Pero ella está senil. No se acuerda de nada, ya lo ha visto. También la muerte del doctor Eusebio fue un misterio. Dijeron que había tenido un accidente en la cocina del hospital una noche de guardia. No estoy seguro de eso, pero algo dentro de mi cabeza me dice que ese niño tuvo algo que ver con su muerte. Ese desgraciado lo torturaba de una forma horrible.

—¿Por qué cree que Pablo tuvo algo que ver? —Javier quiso saber hasta dónde podía llegar la declaración de aquel loco chiflado.

—Vi cómo se levantaba de la cama y desaparecer por el pasillo. Volvió al cabo de un buen rato. A la mañana siguiente, encontraron el cuerpo del doctor en la cocina, con un cuchillo clavado en el pecho. Yo creo que fue el *nenó*. Tuvo tiempo más que suficiente para hacerlo —volvió a reír como poseído.

—Gracias, don Antonio, por su información.

—*Antoíño*. Llámeme *Antoíño*. ¡Aquí soy el loco *Antoíño*! —rió a carcajadas.

Toda aquella declaración parecía tener mucho sentido. No perdía gran cosa si seguía aquellas pistas..., aquellos nombres: Pablo y Silvia. Se dirigió a una de las salas donde se encontraba sor Mercedes. Allí le preguntó por la información que le había dado aquel loco desquiciado.

—Disculpe, madre. Necesitaría cierta información acerca de un niño ingresado en este hospital en 1931.

—Pues, no sé. Para eso tendríamos que ir al archivo general. Acompañeme, por favor.

—Gracias —sonrió amable.

El archivo general era un pequeño despacho con un escritorio y un nimio archivador metálico donde se encontraban los historiales de todos los pacientes asistidos desde tiempos inmemorables. Parte de los documentos se habían perdido durante la Guerra Civil, pero por suerte, la mayoría estaban bien conservados.

—Y, dígame inspector. ¿Qué tipo de información desea saber? —preguntó sor Mercedes junto al mueble.

—Necesito saber de un niño que estuvo ingresado aquí, digamos con..., problemas mentales, llamado Pablo.

—¿Pablo, dice usted? Vaya. Recuerdo un caso allá por el año 30 o así. Fue un caso muy especial. Lo recuerdo porque no hemos tenido muchos niños ingresados y menos con problemas mentales. Déjeme buscar, por favor.

—Claro. Faltaría más. —Javier tomó asiento mientras esperaba.

—Veamos. Año 1931. Aquí está. Pablo Fernández Aguado. Ingresado el 3 de febrero de 1931. Según el informe médico, ingresó con una fuerte conmoción emocional. No reaccionaba a nada. Presenció la muerte de sus padres. Probablemente, este hecho fue el detonante del trágico suceso traumático. Pero no hay nada seguro. Gracias al tratamiento del ya fallecido doctor Eusebio, el niño consiguió una leve mejoría, llegando a hablar y a comer por sí solo. En 1933 se le da el alta y marcha junto a su hermana, con un hermano de su difunto padre y con la esposa de este: Andrés Fernández Londoño y Herminia Rodríguez García.

—¿Tendría usted su dirección? —Javier apuntaba como poseído en su bloc.

—Según el informe, reza como calle Noya, número 34, Primero A, en La Coruña.

—Muchísimas gracias por todo, madre.

—Espero que le haya servido de algo esta información.

—¡No le quepa duda!

Javier salió de allí con el ánimo en alza. La clave estaba en aquel niño. Entonces recordó la cita de *Isiña*. Debía estar esperándole en la sala. Marchó hacia su encuentro. Quería saber qué le había dicho el doctor.

—¡*Isiña*! ¿Cómo estás? —preguntó algo preocupado.

—Bien. Tranquilo. Todo está bien —mintió.

—¿Estás segura? No tienes buena cara.

—Es que las pruebas son un poco *cansiñas*. Pero todo bien. No te preocupes. ¿Has averiguado algo?

—Pues espero que sí —contestó con cierta alegría en su rostro.

—¿Cómo que esperas? —arrugó su cara.

—He hablado con un loco. Imagínate.

—A veces, los locos son los más cuerdos —sonrió.

—En eso tienes razón. La verdad, espero que esa información me lleve por buen camino. Pero ahora, me preocupas más tú. Vámonos, anda. Seguiré la investigación más tarde. Quiero llevarte a casa y quiero que descanses.

—Anda, anda. Que no me pasa nada. Estoy bien, de verdad —aseguró la muchacha, sin convencer mucho a Javier.

—Por cierto, ¿te parece bien si, antes de irnos para el pueblo, paso un momento por cierto sitio? Ya que estamos aquí, me gustaría comprobar una cosa.

—Claro. ¿Adónde vamos? —sonrió.

—Al centro. Al Hostal La Muñeira. Necesito preguntar algo allí. Después, descansaremos un rato y luego me entretendré leyendo el informe oficial de lo que ocurrió en ese faro. Creo que me aclarará muchas cosas —apuntó Javier. Su cuerpo experimentaba un gran subidón de adrenalina.

HOSTAL LA MUÑEIRA. LA CORUÑA.
14 DE MARZO DE 1952. 12:32 HORAS.

Javier Manzano aparcó el vehículo a unos metros del edificio en cuestión. *Isiña* se había quedado dentro, esperando. Exhaló una gran calada a su cigarrillo y lo arrojó al suelo con un movimiento de brazo, se ajustó la gabardina, se colocó bien el sombrero y subió los pocos peldaños que separaban la puerta de hierro de la acera. Entró. Un pequeño mostrador de madera vieja protegía a un hombre desaliñado, con barba cerrada de tres días y un cabello con más grasa que el motor de un barco. Una boquilla de lo que parecía ser un puro malgastado y apagado, estaba pegado a su labio inferior, a punto de precipitarse contra el suelo.

—Buenos días —saludó Javier mostrando su placa. El conserje irguió su cuerpo y se estiró lo que parecía un jersey de cuadros.

—Buenos días, agente. ¿Qué se le ofrece? —preguntó como si el mundo fuera a terminar en ese mismo instante.

—Soy el inspector Javier Manzano. Quisiera hablar con el dueño, haga el favor —guardó la placa en su bolsillo interior.

—¡Ahora mismo, inspector! —Entró raudo al interior de la conserjería por una puerta afianzada con una cortinilla verde con más lamparones que la casa de un hebreo. Enseguida salió una mujer oronda, con la cara ridículamente pintada.

—¿En qué puedo ayudarle, inspector? —sonrió dejando ver unos dientes amarillos desiguales.

—Necesito ver el libro de registros.

—Ahora mismo. ¿Algún día en particular? —preguntó mientras le entregaba el libro de firmas.

—El día 8 de marzo. —Revisó cada página hasta llegar al día en concreto. Javier pasó su dedo hasta encontrar un nombre—. Venancio Martínez López.

Hora de registro: 19:25 horas. ¿Por qué no hay hora de salida? —La señora observó a su compañero y este la miró con ojos de búho—. ¡Conteste a la pregunta! —manifestó Javier rotundo.

—Verá, señor agente. Es que don Venancio no usa su habitación.

—¿Qué quiere decir?

—Es que don Venancio se registra y se marcha.

—¿Se marcha? ¿Se marcha adónde? —Javier puso cara de circunstancia. La señora volvió a mirar a su compañero.

—Don Venancio se marcha a otro sitio. Aquí cerca, a un par de manzanas. Siempre hace lo mismo cada vez que viene.

—¿Se lo ha dicho él mismo?

—No precisamente él, inspector.

—Entonces, ¿cómo sabe usted adónde se marcha? —Javier enfatizó el interrogatorio. Quería saber hasta dónde le conduciría todo aquel misterio.

—Bueno, yo..., yo le seguí una tarde, ¿sabe usted? Para mí, era muy extraño que se registrara y luego no utilizara la habitación. Así que le seguí sin que me viera.

—Comprendo. Y, ¿a dónde fue?

—Se metió en los soportales de un edificio. Está a dos manzanas de aquí. Es un edificio desconchado. Si quiere usted le acompaño.

—Haga el favor.

La señora cogió un abrigo y llevó a Javier hasta la puerta de entrada del edificio donde supuestamente entraba Venancio.

—Aquí es, inspector.

—No sabrá usted en qué casa se mete, ¿verdad?

—Sí señor. El sereno le abre y veo cómo entra en la primera puerta. Siempre me quedo allí enfrente observando, hasta que entra —sonrió sin mucho éxito.

—Está bien. Gracias, ya puede usted marcharse. ¡Ah!, y le aconsejo que no diga usted una palabra a nadie de esto, y mucho menos a don Venancio. Eso va también por su compañero.

—¡Por Dios, inspector! ¡Por supuesto que no diré nada! ¡Se lo juro! —dijo mientras se persignaba.

Javier llamó al sereno. Se identificó y le pidió que abriera el portón. Tocó la puerta con los nudillos y esperó. Después de unos segundos, apareció la figura de alguien.

—¿Qué desea? —preguntó con voz sensual. Aquella persona joven irradiaba cierta belleza y sensualidad. Miró a Javier con unos ojos que

hablaban por sí solos.

—Lo siento. He debido equivocarme. Usted disculpe.

El inspector hizo una reverencia con su sombrero y marchó de allí. Aquella figura era muy distinta a lo que Javier esperaba encontrar. Pero entonces, comprendió todo. Vislumbró por qué Venancio estaba en aquella lista. Entendió por qué Fernando tenía a Venancio atado de pies y manos. El chantaje era evidente.

CUARTEL DE LA GUARDIA CIVIL. CASTELOURIÑO.
14 DE MARZO DE 1952. 19:00 HORAS.

El foco del flexo que iluminaba aquella mesa de madera austera le servía a Javier Manzano para calentar sus manos. El frío continuaba sin remisión. Por aquellas fechas, la noche daba bocados de gigante al día para imponer su oscuridad total. Después de que Javier compartiera las novedades relativas al alcalde con el sargento y el cabo, permaneció se quedó allí, poniendo orden al caos mental que tenía con el caso. ¿Quién podía haber cometido el asesinato? Según las pistas, una mujer. En teoría, cualquier lugareño de aquel pueblo supersticioso y temeroso de un hombre que impartía su propia ley, de justicia convenida. Pero entonces, ¿qué pintaba aquel niño, Pablo? ¿Qué tipo de unión podía haber entre Pablo y Aleixo? Aquella medalla era el nexo entre ellos. O quizá..., la pelota de goma... ¿Y aquel jeroglífico?

Javier estaba acostumbrado a seguir sus pautas bajo una ley general impuesta por un Gobierno austero, pero un Gobierno, al fin y al cabo. Jamás se había topado con un terrateniente capaz de mandar sobre un puñado de tierras y hombres. Sabía que tendría que lidiar mucho con aquel crápula que, por algún motivo que no alcanzaba a saber, ocultaba algo oscuro.

Buscó en los archivos de la oficina la carpeta donde se encontraba el informe oficial del caso más terrible de aquel pueblo pesquero. Un suceso que conmocionó a todos los habitantes del lugar. Echó mano de su paquete de cigarrillos pero no le quedaban. Cogió su pipa y la bolsita que portaba para llenarla. La encendió y dio unas buenas caladas que exhaló a conciencia. Abrió la carpeta y se acomodó en su silla. De pronto, comenzó a llover. Las gotas de agua golpeaban en la ventana anunciando su visita.

—Veamos qué nos revela el informe —apuntilló para sí mismo sujetando su pipa. El humo se mezclaba con la luz amarillenta del foco. Javier leyó mentalmente...

En la Parroquia de Castelouriño, partido judicial de Carballo (La Coruña), siendo el día del Señor del tres de febrero de mil novecientos treinta y uno. Por medio de la presente se hace constar:

Que siendo la una horas y cincuenta minutos de la madrugada, en la fecha arriba mencionado, cuando los componentes del Cuerpo de Carabineros del Rey, Sargento Hermenegildo Baños Piñeiro y el Cabo Primero Tomás Araujo Ulloa, prestaban servicio propio del Cuerpo en el pueblo de Castelouriño, reciben aviso de un vecino del mismo lugar, D. Secundino Bouza Rivera, el cual comunica un incidente ocurrido en el Faro.

Trasladados ambos al lugar con la mayor premura posible, una vez allí pueden comprobar que, en el interior de la vivienda allí existente, se halla el cuerpo de una mujer ya fallecida. Identificada como D^a Silvia Aguado García y a pie del faro, al fondo de los acantilados, el cuerpo sin vida de un varón identificado como D. Alejandro Fernández Andrade, esposo de la anterior.

En el mismo lugar de los hechos, hallamos a los niños de seis y ocho años, Silvia Fernández Aguado y Pablo Fernández Aguado, ambos hijos de los fallecidos a los que se les pregunta por lo ocurrido, explicándonos la niña que a ella le despertó un fuerte golpe en el interior de la casa y que al salir encontró a su hermano sentado en las escaleras, no respondiendo el niño a las preguntas por sufrir una fuerte conmoción emocional.

Del fallecimiento violento, se pasa aviso mediante llamada telefónica desde el cuartelillo, a la cabecera del partido judicial de Carballo, cuyo titular envía al lugar de los hechos al médico forense para la certificación del fallecimiento, así como auxilio a la fuerza en la inspección ocular y reconstrucción de los hechos.

Personado el médico forense, D. Antón Fariñas Rosique en el lugar, certifica el fallecimiento de D^a Silvia y D. Alejandro, observando inicialmente que D^a Silvia presenta un traumatismo en la sien derecha, causado probablemente por un impacto contra el alféizar de la chimenea, hallándose sangre en la superficie, así como una hemorragia en la zona de la lesión. D. Alejandro presenta varios traumatismos debido al impacto contra las rocas, notándose uno de más importancia en la parte frontal de la cabeza.

A la vista de lo observado y en común acuerdo con el forense, se baraja la posibilidad de un crimen pasional, siendo el marido el que, casi con toda certeza, asestara un fuerte golpe a su esposa, que le causó la muerte, y arrojándose al vacío desde la ventana que da a los acantilados poco después.

Se procede al levantamiento de los cadáveres a las tres horas y veintiocho minutos de la madrugada, trasladándose los cuerpos a la sala de autopsias del Cementerio Municipal de Carballo, donde el médico forense de Castelouriño realizará la preceptiva autopsia para comprobar las lesiones que presentan los cuerpos y la causa probable del fallecimiento de ambos, y cuyo informe será remitido a Su Autoridad.

Lo que se hace constar a los efectos oportunos en el lugar, día y hora arriba señalados.

Ilustrísimo Señor Juez Del Juzgado De Instrucción De Carballo (La Coruña).

Unas fotos acompañaban al informe: el cuerpo de la mujer tirado en el suelo del salón, bocarriba. El cuerpo del hombre, estrellado en las rocas, al pie del faro, casi en la vertical de la ventana desde donde se había arrojado, bocabajo y con los brazos extendidos.

Manzano volvió a repasar el informe. Algo no cuadraba en todo aquello. Por fortuna, el médico que certificó los cadáveres estaba localizado. Javier tomó nota del nombre en su bloc. Sabía que le iba a hacer falta, pero había preguntas por contestar. Por ejemplo, ¿qué fue lo que hizo que aquel hombre matara a su esposa? Bueno, si los rumores eran ciertos, la mujer del farero mantenía una relación con don Fernando. Era probable que el marido se enterara y lo dejara saber de aquella forma a su cónyuge. Lo de quitarse la vida apuntaba a un arrepentimiento tras el dramático arrebató. Obviamente, el niño lo había presenciado todo. Debía encontrarlo. Habían pasado veintiún años; actualmente tendría veintisiete. Todo un hombre.

El inspector Manzano metió su mano en el bolsillo, sacó la medalla encontrada y la miró con detenimiento. Aquel objeto le había llevado al hospital de la capital y conducido hasta el chaval. El hijo del farero. Ahora debía establecer relaciones. Medalla, niño, matón de don Fernando. ¿Qué conexión había en todo aquello? De pronto, sus ojos quedaron inmóviles en una imagen: la foto del cadáver de Alejandro, junto al faro, en los acantilados. Entonces comprobó algo que no encajaba en el informe. Lo vio claro. Una corriente eléctrica le subió desde el estómago hasta erizarle los vellos de todo el cuerpo.

—¡Eso es! —sonrió. Javier levantó el teléfono de su mesa y llamó a alguien—. ¿Sargento? ¡Soy Manzano! ¡Quiero verle en el cuartelillo ahora mismo! —colgó con ímpetu. Acababa de hacer un descubrimiento que habían pasado por alto las autoridades de la época.

El sargento Ricardo llegó algo mojado y en menos de un cuarto de hora al cuartelillo. Denotaba fatiga.

—¡Siéntese! Coja una silla y acérquese aquí —señaló el inspector con la cabeza.

—¿Ha descubierto usted algo? —preguntó observando la carpeta de informes esturreados por la mesa.

—Así es. Mire esta fotografía —le dio la foto de Aleixo. Estaba bocabajo, a unos metros de los pies del faro. Continuó—. ¿Qué es lo que ve?

El sargento escudriñó bien la instantánea. Por más que la miraba y se esforzaba, no veía nada. Solo lo que la foto mostraba.

—Pues..., a ver... Veo el cuerpo de la víctima de Aleixo, tendido bocabajo, en las rocas.

—Muy bien, pero ¿no ve usted nada más? —preguntó Javier aun sabiendo que la pregunta no iba a ser contestada por el sargento. Sonrió.

—Estoy seguro de que usted ve más allá de la fotografía, pero le juro que no veo nada más.

—Lo sé, sargento. No se preocupe. Ya se lo digo yo —manifestó Javier con algo de sorna—. Fíjese bien. Mire dónde se encuentra el faro con respecto al cuerpo. ¿Lo ve?

—¿Se está refiriendo usted a la distancia, señor? —preguntó confuso.

—¡Exacto!

—Está retirado de él, como a unos tres o cuatro metros.

—Así es. Ahora mire esta otra foto —Javier le alcanzó la foto de Alejandro, de 1931—. Ahora, dígame, ¿qué es lo que observa? —sonrió con satisfacción. Sabía que el sargento contestaría esta vez a la pregunta.

—¡*Carallo!* El cuerpo está justo a los pies del faro.

—¡Premio para el caballero! —exclamó con satisfacción.

—Y entonces, ¿a qué conclusión llega usted? Porque estoy seguro de que esa diferencia de distancias quiere decir algo, ¿verdad? —rascó su cabeza con ímpetu.

—Así es, mi querido sargento. Eso quiere decir que el farero no se suicidó.

—¿Cómo dice? —puso cara de lelo.

—Lo que está oyendo. Un cuerpo vivo que es arrojado o se lanza por sí mismo desde una altura considerable, cae lejos de la vertical desde donde se arroja. En cambio, un cuerpo muerto o inconsciente cae siempre muy cerca del punto desde donde es arrojado.

—Pero, a ver. ¿Qué tiene que ver el caso de Aleixo con el del farero? Perdóneme usted, señor, pero estoy más perdido que un *trasno* (enano travieso mitológico) en una pista de patinaje.

—Aparentemente parece no tener relación alguna. Pero si vamos atando los cabos sueltos que estamos encontrando, este caso está muy relacionado con lo que ocurrió en el faro en 1931.

—Pues si me hace el favor de ponerme en antecedentes y explicarme sus teorías, yo estaré encantado de oírle, inspector —anunció más perdido aún.

—Veamos. En el lugar de los hechos encontramos una pelota de goma, un mensaje cifrado que en realidad encontró el forense en el bolsillo de la chaqueta de la víctima y una medalla en el interior del faro. La pelota y el mensaje, todavía no lo tengo claro, pero esa medalla me ha llevado hasta el hospital de La Coruña. Al parecer, una monja de allí las repartía entre los enfermos. Un paciente, por cierto, bastante mal de la cabeza, me puso en la

pista de un niño que fue ingresado allí con una fuerte conmoción emocional. Venía de este pueblo. Adivine de qué niño estoy hablando.

—Ni idea —contestó el sargento poniendo toda la atención de la que disponía.

—Un tal Pablo, Pablo Fernández Aguado. El hijo del farero. Según el informe, debió ver cómo su padre mataba a su madre y luego se arrojó por la ventana tras arrepentirse, en un arrebato. Eso pone el informe oficial, ¿no es cierto?

—Así es. Continúe usted, por favor.

—Bien. Hablé entonces con la madre superiora del hospital y a través del niño me dio la dirección del pariente por línea paterna que se hizo cargo del pequeño. Hasta ahí, fin de las pistas, por ahora. Por otro lado, volviendo al informe oficial, la foto del farero nos muestra lo contrario. El cuerpo de la víctima se encuentra muy cerca de la vertical de la ventana. O sea que...

—O sea que ya estaba muerto cuando se arrojó —se adelantó a decir el sargento.

—¡Correcto! —gritó Manzano haciendo que el sargento diera un pequeño sobresalto—. Y, ¿cree usted que un cadáver tendría la suficiente fuerza como para arrojarse él mismo por una ventana, sargento?

—¡Manda *carallo*! Luego, si ya estaba muerto, quiere decir que alguien lo lanzó por la ventana.

—¡Va usted haciendo progresos, querido amigo! —sonrió Manzano.

—A ver. Si está usted diciendo que el farero no se suicidó tras asesinar a su esposa, entonces es que asesinaron al farero.

—Elemental, mi querido sargento.

—Pero entonces, ¿quién lo mató? Y, ¿quién mató a la esposa? No entiendo nada.

—Eso es algo que deberemos averiguar. Y estoy seguro de que ese niño es la pieza clave para resolver este caso. Alguien, por algún motivo, asesinó al matrimonio y lo convirtió en un crimen pasional.

—¡Ay *nai miña*! Si eso es así, ha hecho usted el descubrimiento del siglo en Castelouriño, señor. ¿Qué hacemos ahora?

—Encontrar a ese niño que en la actualidad tiene veintisiete años. Necesito además localizar al pariente que se hizo cargo de los niños —afirmó Manzano cerrando de un manotazo la carpeta del caso—. Pero antes quiero hablar con el doctor Rosique. Necesito ver los resultados de las autopsias de los cuerpos. Ese hombre tiene mucho que explicar.

CASA DE TÍA BENIGNA. CASTELOURIÑO.
14 DE MARZO DE 1952. 20:35 HORAS.

Javier Manzano llegó algo cansado, pero aquel descubrimiento había supuesto en su cuerpo una reacción igual a una buena dosis de cafeína. Tía Beni se encontraba en la sala de estar y escuchaba la radio con la luz apagada. La voz de Juanito Valderrama con su canción *El emigrante* impregnaba la habitación con recuerdos de una época muy dura. Su España querida estaba metida dentro de su alma. No podía por menos que soltar unas lágrimas, tal vez porque aquella canción le hizo recordar la pérdida de su difunto esposo en el campo de batalla. A punto estuvo de desertar. Quiso emigrar, como Juanito Valderrama en aquella canción. Pero Benigna sentenció su decisión con un «no» rotundo. Su esposo no podía hacer algo así, algo tan deshonesto y tan cobarde. Antes prefería verlo muerto que hecho un pusilánime. Y así fue. El destino quiso que muriese fusilado por los Republicanos en un pueblo, a pocos kilómetros de Madrid, el 2 de noviembre de 1936. El amor de su vida yacía en el pequeño cementerio de aquella localidad. En 1943, Benigna pudo repatriar el cuerpo de su marido para darle sepultura.

Javier se acercó a ella con sigilo y le susurró unas palabras.

—Tía Beni, ¿está usted despierta?

—Pasa, pasa, *sobriño*. Sí, claro. Dime —contestó con voz quebrada.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Javier extrañado.

—Sí, sí. Solo es algo de *morriña* —dijo secándose las lágrimas con la mano.

—Bueno. Espero que solo sea eso, *morriña*, como usted dice —declaró Javier sonriendo cariñoso—. Me gustaría hablarle de algunas cosas de aquí del pueblo, si le parece, tía.

—Claro que sí, *Javiño*. Ven siéntate aquí, *ao meu lado* —sonrió.

—A ver, tía. ¿Tuvo amistad o relación con la mujer del farero?

—¿Con Silvia? Amistad, lo que se dice amistad, no. Venía aquí a comprar el pan y los dulces. Había una cordialidad de vecinos. Nos saludábamos por la calle y esas cosas. Ellos se mantenían ocupados en el faro. No se les veía casi nunca por aquí, excepto para las cosas necesarias de alimentación y poco más.

—Y, en cuanto a habladurías en el pueblo, algún chisme, ya sabe usted. ¿Se comentaba algo?

—Pues..., la verdad..., poca cosa, aunque ahora que lo mencionas...

—Dígame todo lo que sepa, ande.

—Se llegó a decir que ella tenía relaciones con el desgraciado del señorito Fernando.

—Eso no me parece a mí poca cosa, tía —dijo Javier frunciendo el ceño, acomodándose en el sofá y cruzando las piernas.

—A ver, *Javiño*. Es que fueron rumores y vaya usted a saber si hay algo de verdad en ellos. Aunque cuando el río suena... Pero en fin, tampoco es que haga caso a esos chismes. Ni a esos ni a ninguno. Bastante tengo ya con mi vida como para estar encima en la vida de los demás.

—Comprendo. Y, ¿qué más?

—Pues, poco más puedo decirte, *sobriño*. Sé que ella trabajaba en casa de don Fernando, limpiando y haciendo labores de mantenimiento. Pero no sé nada más. No sé si llegó a tener algo con él. Entonces estaba casado. Me cuesta creer que en su propia casa y con la señora allí, pudiera tener flirteos de alcoba con ella, aunque nunca se sabe. Es tan sinvergüenza que, ¡vaya usted a saber!

—Dígame, tía. ¿Sabe qué le ocurrió a la esposa de don Fernando?

—¡Doña Florina! Pues dijeron que murió de los disgustos que le daba el marido. No lo sé realmente. Se comentaron muchas cosas, incluso que murió de tristeza por no poder tener *nenos*. Pero dime, ¿por qué quieres saber todo esto?

—Porque creo que, detrás de esos asesinatos, hay un entramado que puede estar conectado con el suceso que ocurrió en aquellos tiempos. Me ayudaría mucho a esclarecer ciertas cosas —sonrió de medio lado.

—¿Crees que lo que sucedió entonces puede estar relacionado con la muerte de Aleixo? —Tía Beni arrugó la cara.

—Pudiera ser, sí. Pero nada hay seguro. Por cierto, ¿qué tal usted y su... novio?

—De Piki mejor ni hablar. —Puso un feo semblante.

—Cuénteme, ande —dijo él con cara de resignación.

—Pues eso, que es un cabezón. Que no hay forma de llevarlo a *camiño*.
—Se atusó el vestido.

—Es por lo de su hija, ¿verdad?

—Nada. Que no quiere hablar con ella. Ya ves, la culpa que tendrá la *criaturiña*. Y mucho menos su nieto, al que no conoce todavía.

—¿No ha ido a Madrid a verlos en todo este tiempo?

—No ha consentido.

—Pero, según me comentó Ignacio, las acusaciones que formuló don Fernando contra su hija no eran ciertas, ¿no es así?

—Esa niña es una bendita, créeme. Jamás se le ocurriría tocar nada que no fuera de ella. Es más honrada que la propia Virgen y que Dios me perdone por la blasfemia. —Se persignó.

—Y, entonces, ¿por qué está enfadado con ella?!

—No es que esté enfadado con ella. Según Piki, es por la situación. Por la impotencia que siente al no poder hacer nada para tener a su *filliña* aquí, en el pueblo. ¡Ese mal nacido de don Fernando! En fin.

—Comprendo.

—A lo mejor, si tú hablaras con él...

—Tía, yo... ¿Qué puedo decirle a este hombre, si no pinto nada en una situación así? —Javier se frotó los ojos.

—Pero a ti puede que te escuche. Eres una autoridad.

—Bueno, ya veremos. Es un buen hombre, aunque todavía esté bajo sospecha. Quizá tenga razón. A lo mejor yo puedo ablandarlo un poco, pero me da a mí que es demasiado testarudo.

—¡No creerás en serio que tuvo algo que ver en la muerte de Aleixo!, ¿verdad, *sobriño*?

—Yo no creo nada. No puedo descartarlo porque salga con usted.

—¡A ver cuál de los dos es más cabezón! Bueno, me voy a la cama que mañana hay que trabajar. Nadie nos regala nada.

—Tiene razón. Nadie nos regala nada. Que descanse. Buenas noches. — Javier dio un beso a su tía en la frente y ambos marcharon a sus habitaciones.

Mañana sería otro día y Manzano se hallaba en el buen camino. Debía seguir investigando aquellas pistas tan inquietantes, aunque no supiera hacia dónde le llevarían.

CONSULTA DEL DOCTOR ROSIQUE. CASTELOURIÑO.
15 DE MARZO DE 1952. 09:15 HORAS.

Javier Manzano puso rumbo a la clínica del doctor Rosique. Ansiaba saber cosas de la esposa de don Fernando. Podría conocer desde un punto de vista médico más detalles vinculados con el caso; el asesinato de Aleixo estaba relacionado, de alguna forma, con toda la información que iba saliendo hasta el momento.

—¡Adelante, pase! —se oyó una voz detrás de la puerta de cristal esmerilado. El doctor Rosique se encontraba tras su mesa de despacho, entre papeles de informes médicos, análisis de sangre, orina y otros de diversa índole. Un flexo de luz le ayudaba a comprobar los resultados. Miró a Javier, se quitó sus gafas metálicas y sonrió—. ¿En qué puedo ayudarle, inspector? —preguntó con aire extraño—. Pero, siéntese, por favor —le indicó con su mano.

El inspector tomó asiento en la silla frente a la mesa y agradeció el gesto, apoyó sus codos en los reposabrazos y fue directo al grano.

—Dígame. ¿Qué recuerda usted del suceso acontecido en el faro en 1931?

—¿Se refiere a lo de don Alejandro y doña Silvia? —el doctor preguntó asombrado.

—Así es. ¿Qué puede usted contarme acerca del informe forense?

—Por la pregunta, me da la impresión de que ha leído ya el informe, inspector. —Se acomodó en su sillón.

—Y, ¿bien?

—Todo está ahí. No puedo decirle más de lo que estrictamente hay escrito. ¿Qué quiere que le diga?

—El informe dice que probablemente fuese un crimen pasional y que realizaría la autopsia para comprobar que, efectivamente, no había nada más detrás de todo ese asunto.

—Que yo recuerde, así es. Don Alejandro se lanzó por la ventana, al darse cuenta de lo que había hecho. Fue una lástima. Era un hombre bueno y quería mucho a su esposa. ¡Y con dos niños!

Javier sabía que mentía en lo relacionado a las pruebas *post mortem*.

—¿Por qué se ofreció usted a hacer las autopsias?

—Bueno. Se lo debía a la familia. Los conocía muchos años. Eran del pueblo. Me sentía allegado a ellos. Me puse inmediatamente en contacto con las autoridades de Carballo y me autorizaron a realizar las autopsias.

—Doctor, ¿está usted convencido de que el señor Alejandro se arrojó por la ventana, después de matar a su esposa? —Lanzó la pregunta decisiva que demostraría su sospecha.

—Totalmente convencido. Así lo revela el informe. Si quiere verlo, no tengo el más mínimo inconveniente. —Javier sabía perfectamente que el informe de la autopsia estaba amañado por el propio doctor.

—Está bien. Hablemos de la esposa de don Fernando.

—¿Doña Florina?

—Creo que así se llamaba, si mi fuente de información no me falla —dijo mientras cruzaba los anversos de sus manos.

—¿Qué necesita saber de ella?

—Necesito saber por qué no se le practicó la autopsia. —Disparó justo al corazón de su oponente. La cara del doctor Rosique dejó notar cierta tensión.

—Bueno, verá. Fue un favor especial que me pidió don Fernando. No quería que su esposa fuese..., digamos..., ultrajada de aquella forma.

—¿Ultrajada? Doctor, las autopsias se realizan para esclarecer la muerte de las víctimas.

—Así es, inspector. Yo certifiqué la muerte de la esposa de don Fernando. Había sufrido un paro cardíaco. No había anomalía alguna.

—Y, ¿qué fue lo que lo provocó?

—Estoy seguro de que fue un fallo en uno de los ventrículos de su corazón. Doña Florina padecía dolencias cardíacas desde hacía años. Yo mismo le hacía un seguimiento y la medicaba.

—¿Está usted seguro de eso, doctor?

—¿Qué quiere decir, inspector? ¡Claro que estoy seguro! He sido su médico desde que don Fernando se casara con ella. Perteneecía a una de las familias más prestigiosas de Orense.

—Pero, está enterrada aquí, ¿no?

—No. Después de casarse con don Fernando, ella tenía obsesión por estar en el panteón de su familia.

—Y, ¿por qué quiso ser enterrada fuera de aquí? ¿No cree que lo lógico hubiese sido ser enterrada en el pueblo, en las tierras de su marido?

—Eso no me concierne a mí, señor inspector.

—Comprendo. Dígame. Cuando usted llegó a casa de don Fernando, ¿qué fue lo que encontró?

—Doña Florina estaba tirada en el suelo. Me acerqué a ella y le tomé el pulso. No tenía latidos. Le abrí la boca y me acerqué a su cara. No respiraba. La ausculté, pero no había señales de vida. Le hice la reanimación cardio respiratoria, pero fue inútil.

—¿No vio usted nada sospechoso?

—No, señor. Todo apuntaba a un paro cardíaco —contestó nervioso.

—¿Dónde se encontraba don Fernando?

—Estaba de pie, en una esquina del comedor, lejos del cuerpo. Consternado.

—¿Le dijo algo?

—Le pregunté qué había ocurrido y él contestó que se había desplomado de repente.

—Dígame una cosa más. ¿Qué tipo de fármaco puede provocar un paro cardíaco?

—¿Por qué me pregunta eso? ¿Acaso cree que don Fernando...?

—¡Yo no creo nada, doctor! ¡Solo es una pregunta! ¡Por favor, conteste!

—Javier se abalanzó sobre la mesa.

—Pues, no sé. Ahora mismo, así, de pronto..., está la Belladona..., la Loridiphina.

—¿Para qué sirven? —Javier apuntaba en su bloc.

—Se utilizan como sedantes, para calmar la ansiedad. Unos doscientos miligramos bastarían para provocar que el corazón dejase de latir.

—Dígame una cosa, doctor. ¿Por qué fue el único en asistir a la misa de doña Florina?

—Supongo que por la confianza que me he granjeado con la familia Castro. De todas formas, eso tendría que preguntárselo a don Fernando, ¿no cree?

—¡No asistió nadie, tengo entendido!

—Así es. Don Fernando quiso que se celebrara en la más absoluta intimidad, a puerta cerrada.

—Comprendo. Bien. He terminado con usted, por ahora. ¡Ah!, otra cosa. Esta conversación nunca ha tenido lugar. ¿Me he explicado con claridad, doctor? —Javier sabía que no iba a ser así.

—Claro. No se preocupe. Me debo a un código ético, inspector.

—Supongo que estará en el pueblo. Necesito que esté localizado por si le vuelvo a necesitar.

—Sí, sí. Claro. Estoy a su entera disposición —sonrió de medio lado.

—Bien. Buenos días, doctor.

Javier se puso el sombrero, saludando al mismo tiempo. Salió por la puerta de cristal cerrándola tras de sí. Había movido sus fichas y esperaba resultados. El doctor Rosique levantó el auricular del teléfono de su mesa. Parecía tener algo importante que comunicar a alguien.

—¿Don Fernando? Buenos días. Soy el doctor Rosique...

DOMICILIO DE «LOS AMANTES». LA CORUÑA.
16 DE MARZO DE 1952. 07:20 HORAS.

Aquellos cuerpos se entrelazaban en un mar de pasiones. A pesar de que Venancio doblaba la edad de su amante, había una compenetración sincronizada, un entendimiento, un amor especial. Habían encontrado, el uno en el otro, cualidades distintas: Venancio, vitalidad y espontaneidad. Su amante, madurez, sensatez y cordura; una seguridad que toda alma fémina desea en su pareja. Aquella persona se sentía segura a su lado y eso le gustaba, pero sabía que Venancio era casado. Aun así no le importaba. Lo disfrutaba cuando estaban juntos, aunque fuese en breves momentos y a escondidas. Una vez alcanzado el Nirvana, Venancio atrapó un cigarrillo de la mesilla. Lo encendió e inhaló una gran bocanada. Lo soltó con satisfacción. Miró a su amante.

—Tienes que dejar esas reuniones secretas en las que estás.

—Y eso, ¿por qué? Sabes muy bien que no puedo. Me debo a la causa.

—Por dos razones. Primero porque son peligrosas. Un día de estos van a descubriros y os meterán en la cárcel. No sé por qué tienes que andar con esa gente, que solo busca problemas.

—¿Problemas? Tenemos el deber de reivindicar nuestro lugar en esta mierda de sociedad. Lo sabes muy bien. Debemos cambiar este país si queremos hacernos un hueco respetable en este mundo.

—Olvídate de esas cosas. No vais a conseguir nada. Yo puedo darte todo lo que necesites.

—¡Sabes muy bien que con eso no basta! ¡Tenemos el deber moral y la obligación de hacerlo! ¡Así no llegaremos a ninguna parte! ¿Cuál es la segunda razón? —sonrió.

—Sabes perfectamente cuál es. Porque te quiero y no quiero que te hagan daño. No puedo perderte —Venancio le cogió la mano, se miraron y se

besaron. Él volvió a dar otra calada a su cigarrillo—. Ahora debemos dejar de vernos, al menos por un tiempo —soltó el hombre apoyando la espalda en el respaldo de la cama. El humo impregnaba a los dos como una sábana de seda transparente.

—¿Por qué? ¡Acabas de decirme que me quieres! ¡Yo también te quiero!

—Lo sé. Pero mi esposa sospecha algo. No quiero tener problemas con ella.

—¿Por qué no le dices lo nuestro? ¿Por qué no la dejas?

—¿Estás mal de la cabeza? ¡No seas vulgar! ¡No soporto que seas así! —dijo dando otra succión al cigarrillo.

—¿Eso soy para ti? ¿Soy vulgar? —Se levantó de la cama.

—¿Qué haces? ¿Adónde vas? —preguntó incorporándose un poco en el respaldo.

—¡Déjame! ¡No quiero verte! —Cogió su ropa con arrebató. Se vistió con prisas y salió de la habitación.

—¡Pero venga! ¡No te pongas así, por Dios! —alzó la voz—. Ya estamos otra vez —susurró.

Se oyó un portazo. Venancio se quedó solo, incorporado en aquella cama, cómplice. No sabía qué hacer. Pensaba en su esposa y en el daño que le estaba haciendo, pero sabía que era un cobarde. No podía permitir perder a su familia, aunque fuese por un amor verdadero. Jamás lo entendería. Volvió a dar una última calada a su cigarrillo mientras pensaba en la situación que estaba viviendo. Si se enteraban en el pueblo de la doble vida que llevaba, la primera en dejarlo sería su mujer. Ya no podría ver más a los niños.

Don Fernando sabía ciertas cosas de él y lo chantajeaba. Estaba pillado de pies a cabeza. Un miedo le recorrió por el cuerpo. Pero por otro lado, no podía dejar a su amante. Venancio se había enamorado de verdad. Aquella persona encajaba con él a la perfección, pero los riesgos que corría, acudiendo a las reuniones secretas revolucionarias, le inquietaban profundamente. Temía por la vida de su amor.

Se levantó y se vistió raudo. Salió de allí y marchó para realizar las gestiones por las cuales había ido a la capital como todas las semanas. Siempre se registraba en el Hostal La Muñeira, un lugar en el que la discreción era el lema de la propia dueña. Venancio llevaba bastante tiempo utilizando aquel truco para encontrarse con su amante. Así nadie sospecharía de su vida secreta. Pero Javier lo había descubierto.

IX

PLAZA DE CUATRO CAMINOS. LA CORUÑA.
25 DE JULIO DE 1936. 20:50 HORAS.

El 18 de julio de ese mismo año, un general llamado Francisco Franco se había alzado en un acto de sublevación, llevando al país a una guerra civil. El 25 de julio de 1936 un original ABC asombraba a sus lectores en un Madrid circundado por la lucha. «¡Viva la República!», publicaba el histórico diario de la monarquía en su principal portada. El drástico cambio de dirección en la histórica portada obedecía a su apropiación por parte del Gobierno de la República, que implantó una redacción y un método editorial semejantes. Al mismo tiempo, en Sevilla se publicaba una edición simpatizante a la causa de los sublevados que declaraba: «La victoria de los que luchan por una España nueva».

Galicia pasó a ser una buena despensa y fuente de financiación del Frente Nacional. La economía de la guerra movilizaba los recursos productivos siguiendo dos normativas básicas: suministrar bienes esenciales a la población civil y al ejército. Por otro lado, la adquisición de material de guerra para poder ganar el conflicto.

Andrés había enviudado. Herminia había tenido un accidente casero, una caída por las escaleras con consecuencias fatídicas: rotura de cuello y piernas. Los niños presenciaron el infortunio. Le pareció extraño no haber derramado ni una sola lágrima por la mujer a la que tanto amaba. Por el contrario, sintió una especie de vacío, como si un peso le hubiese sido arrancado de cuajo y que no supo comprender del todo.

Fue requerido por el Ejército Nacional para luchar en los alrededores de Madrid. Antes, había dejado en la Plaza de Cuatro Caminos a los dos pequeños. Un autobús se disponía a llevarlos a un campamento de la Cruz Roja. Allí serían cuidados hasta la finalización de la guerra. Andrés no estaba

seguro de si llegaría hasta el final. Pero sabía que los chicos estarían a buen recaudo, incluso si no pudiese hacerse cargo de ellos, después de la contienda.

El hombre no pudo contener la emoción del momento. La plaza albergó treinta y tantos niños que saldrían de allí en la misma dirección. Unos fueron a Caldas de Reis. Otros, como Pablo y Silvia, irían a la colonia escolar de Oza, en La Coruña. Silvia abrazó a Andrés. Sus ojos se humedecieron al mismo tiempo. Pablo no fue tan condescendiente. No dijo nada. Solo articuló unas palabras para su tío: «Adiós, tío Andrés».

—Os prometo que iré a veros. Os quiero mucho. Haced caso a los encargados. Todo irá bien. Ya lo veréis —dijo mientras sus lágrimas se derramaban por sus mejillas.

El autobús emprendió el camino; un camino tan difícil para los que se quedaban como para los que se iban. Unos no sabían cuál iba a ser su papel en la contienda, tan incierto para ellos como para el país entero. Los que marchaban no sabían si volverían a verlos de nuevo. Tiempos duros en una Nación que enfrentaba a hermanos contra hermanos.

PAZOS DE CASTRO. CASTELOURIÑO.
16 DE MARZO DE 1952. 21:05 HORAS.

—Ese mal nacido se va a enterar. Va a pagar todo el daño que le ha hecho a mi *filla* —mascullaba con voz trémula. Sus pasos inciertos le hacían caminar a trompicones. Llevaba en el cuerpo más de media botella de aguardiente. Parecía increíble que, con todo ese alcohol, Piki hubiese llegado hasta los dominios de aquellas tierras malditas desde que el Marqués de Castro, don Anselmo, las dejara en herencia a su hijo Fernando. Ignacio arrastraba una pena en su alma difícil de olvidar...

Fernando había conseguido echar del pueblo a Alba con calumnias. Piki debía reconstruir su casa que se había incendiado en un misterioso accidente. En realidad, Aleixo había pegado fuego a su hogar. Se encontraba allí cuando oyó un ruido de cristales. Rauda, entró en su habitación y encontró la cama ardiendo, y unos ojos tras la ventana, observando la escena. Le parecieron los ojos de Aleixo. Podía jurarlo. Una mirada como aquella jamás podría ser olvidada por nadie. Intentó apagar el fuego pero ya se había extendido al resto de los muebles. Salvó su vida, saliendo de allí. Los vecinos acudieron para ayudar, pero nada se podía hacer. Piki quedó de rodillas, en el suelo, con sus manos en la cabeza. No tenía pruebas de ello. Las autoridades cerraron el caso, dando por hecho de que fue un accidente fortuito.

Don Fernando se ofreció a darle el dinero que necesitaba para volver a reconstruirla. Le facilitó los pagos en cómodos plazos. A cambio, Piki además debía hacerle pequeños trabajos en su barco. Pero lo que no sabía es que tendría que estar a su servicio por mucho tiempo, trabajando de calafateador en la embarcación que, según el propio Fernando, le había regalado el Generalísimo por cazar en los pazos y pasar unos días en su casa. Franco jamás pisó aquellas tierras. Ni creía que fuese a pisarlas algún día. Al menos, en aquel pueblo maldito.

Consiguió llegar hasta la gran puerta de entrada. Allí se aferró unos instantes a los barrotes de la verja. Su vista era algo nula producida por su excedente de alcohol. Guiñaba los ojos en un acto por agudizar la visión. La oscuridad del lugar no ayudaba lo más mínimo. Un farol colocado en el pórtico de la casa alumbraba escasos metros desde donde estaba situado. De pronto, Piki empezó a dar voces.

—*¡Fillos de puta! ¡Mal nacidos! ¡Arderedes no inferno! ¡Desgraciados!*
—El propio peso de su cuerpo apoyado en la puerta hizo que esta cediera ante él. Entró en las propiedades dando tras pies. Anduvo unos metros hasta posicionarse frente a la puerta del pazo. Allí siguió vociferando impropiedades.
—¿Qué os pasa?! ¿No tenéis redaños para salir aquí fuera?!

Una luz se encendió en una de las ventanas de la gran casa. Unos perros ladraron y la puerta del cobertizo donde dormitaba Casto, se abrió.

—¿Qué estás haciendo aquí, Ignacio? ¡Vete o te daré una paliza! ¡No me obligues!

—*¿Tí e cantos máis* (Tú y cuántos más)? ¡Desgraciado!

—¡Estás borracho! ¡Lárgate de aquí!

Don Fernando y Marcial asomaron por la puerta.

—¿Qué está ocurriendo aquí?

—Es Ignacio, señor. Está borracho.

—¿Ignacio? ¿Qué quieres? —Ajustó su albornoz levantando el cuello—. Sabes que estás en mis tierras, ¿verdad?

—*¡Merda de terras!* ¡Solo huelen a sangre y podredumbre! —vociferó con la voz casi afónica.

Casto se acercó al hombre, lo miró con odio, lo agarró por el hombro y lo puso mirando frente a él.

—*Díxenche que che foses, pero non fixeches caso. Pois isto vaiche a custar moi caro.* (Te dije que te fueras, pero no has hecho caso. Pues esto te va a costar muy caro).

El puño de Casto se desplomó sobre la cara de Piki en forma de martillo. Cayó al suelo sin remedio, intentó incorporarse, pero no tuvo oportunidad. Una patada en la cara hizo que un buen chorro de sangre saliera despedido por su boca. De nuevo se desplomó, esta vez con más energía. El empedrado ayudó a friccionar un lado de su cara, clavándose en ella. Cuando parecía que iba a cesar la paliza, Fernando se acercó a ellos. Ordenó a Casto que levantara a Piki y lo agarrara fuerte por los brazos.

—¡Te voy a enseñar a no entrar en mis tierras sin permiso, cabrón! —aseguró apretando los labios.

Fernando le propinó un puñetazo en la boca de su estómago. Comprimió su cara en una expresión de dolor inconmensurable. De nuevo otro más, y otro, y otro. Así hasta cinco puñetazos. El último en toda la cara. El hombre quedó tirado en el suelo como un guiñapo, lleno de sangre y dolor. Marcial se acercó al cuerpo y lo ojeó con desprecio. Miró a su tío Fernando y sonrió. Una patada en las costillas hizo que soltara un sonido apagado. Sin fuerzas.

Fernando y Marcial se quedaron allí, custodiándolo mientras Casto llamaba a la Guardia Civil para que se lo llevaran. Había entrado en sus tierras con aires amenazantes. Había testigos. No habría preguntas. El pobre hombre respiraba con dificultad. No podía moverse por sí solo. Entonces, Casto se acercó a Piki y se agachó para decirle algo.

—*Xa me dixo Aleixo, cando lle pegou lume á túa casa, que non cederías nin un centímetro, nas túas ideas fixas* (Ya me dijo Aleixo, cuando le pegó fuego a tu casa, que no cederías ni un centímetro, en tus ideas fijas) —sonrió—. A ver si ahora empiezas a escarmentar.

El sargento Ricardo llegó en el Land Rover oficial. Después de una breve explicación por parte de Fernando, recogió a Piki y lo cargó en la parte de atrás. Salió de allí con gran impotencia. Después de todo, Fernando tuvo la deferencia de no denunciar al intruso. Una cosa era segura. Al inspector Javier Manzano no le iba a gustar nada que el compañero sentimental de su tía quedara en aquellas condiciones.

CASA DE PIKI. CASTELOURIÑO.
17 DE MARZO DE 1952. 08:05 HORAS.

Javier Manzano había estado junto a su tía y el sargento en casa de Piki. Sintió impotencia ante la brutal paliza que había recibido de manos de Fernando y sus perros. También sabía que estaba en tierra hostil por lo que no podría hacer nada al respecto, aunque eso no quería decir que no pudiese investigar a conciencia a ese despiadado sin escrúpulos. Sabía que escondía algo, pero no sabía el qué; sabía dónde buscar para incriminarle y detenerle con todas las de la ley, aunque no resultaría fácil. Allí estaba, de pie y al lado de la cama de Piki, mirándole a la cara. Tía Beni, con lágrimas en los ojos, les dejó a solas. Salió por la puerta de la habitación cerrándola al salir.

—Es usted un cabezota, Ignacio —se atrevió a decir Javier en tono compasivo.

—¡Ese *fillo* de puta me robó a mi hija! ¡La apartó de mi lado! ¿Qué podía hacer? —contestó con la voz partida—. Para colmo, el cabronazo de Casto me ha confesado que fue Aleixo el que le pegó fuego a mi casa. —Su cara era un mapa ensangrentado. Tenía un ojo casi cerrado por los golpes recibidos.

—Debió quedarse en su casa o con mi tía. ¿Qué necesidad tenía usted de pisar aquellas tierras? ¿Y si llega a matarle?

—¡Me arrebató lo que más quiero en esta vida! ¡No me importa!

—No diga tonterías, Ignacio. Su hija está bien. En otro sitio, pero está bien. Lo único que tiene que hacer es hablar con ella. Ir a Madrid a conocer a su nieto y a su yerno. Su cabezonería no le deja razonar.

—Lo sé, pero es que no me hago a la idea de no tener a mi *filla* conmigo.

—¿Por qué es usted tan reacio a hablar con ella? —Javier alcanzó una silla y se puso cómodo.

—Ella quería a toda costa trabajar para ese canalla. Decía que tenía que hacerlo para ganarse el pan. No quería que yo la mantuviera. Yo sabía cómo

era ese sinvergüenza; sabía que si mi *filla* entraba en aquella casa no tardaría en tener problemas. Y así fue. Pero ella insistió. Decía que no iba a pasar nada, que se ceñiría a hacer las labores correspondientes a una sirvienta. — Cubrió su cara con el brazo. Lloró de rabia.

—Tranquilícese y descanse un poco. Le dejaré solo. —Javier apretó con suavidad el brazo de Piki a modo de ánimo. La situación no podía quedar así.

El inspector salió de allí con la misma impotencia. Sacó un cigarrillo y lo encendió. Dio una generosa succión y lo exhaló con fuerza. Pensó unos segundos y recordó el pasado de aquel crápula que enviudó de una forma extraña; su esposa había fallecido en circunstancias misteriosas. Eso le dio una idea para iniciar, por su cuenta, una pequeña investigación que, a su vez, podría abrir un camino importante al enigmático caso por resolver.

La muerte de Aleixo era un misterio, por ahora; muchos datos, pero nada en concreto. Así que era el momento de empezar a encajar todas las piezas. Por un lado, la información que había conseguido de los archivos del hospital. Aquello le llevaría a un niño que en la actualidad tendría la misma edad que él. Por otro, las pistas encontradas en la escena del crimen y la nota oculta en el chaleco de la víctima. La asesina la había dejado puesta allí. Asesina. Todo apuntaba a una mujer. Pero ¿quién podía ser? Luciana estaba bajo sospecha. No tenía coartada. Aun así, algo le decía a Javier que no encajaba con su perfil y todavía tenía que interrogar a otras personas, entre ellas, a María Soledad. Había oído comentarios y, de ser ciertos, era una posible candidata del asesinato. Al parecer, Aleixo habló con Manuel, el marido de María Soledad, acerca de asuntos conyugales. A raíz de eso, Manuel tuvo una fuerte discusión con su esposa, tras la que tomó la decisión de marchar de allí a tierras extranjeras para buscar otro trabajo, abandonando mujer e hijo a su suerte. No cabía la menor duda de que aquel asunto era un buen motivo para matar.

Muchos puntos abiertos para investigar tenía entre manos el inspector Manzano, que recordó a los tíos de las criaturas. ¿Qué habría sido de ellos? Pensó que era un buen momento para continuar tirando de ese cabo suelto que unía a los niños. Debía averiguar si estaban vivos y su paradero. De ser así, se esclarecerían muchas dudas aún por cerrar.

IGLESIA DE CASTELOURIÑO.
17 DE MARZO DE 1952. 08:30 HORAS.

Javier, Isabel y tía Beni habían acudido a misa. El padre Alberto daba una homilía acerca de los acontecimientos ocurridos y el amor que se debía procesar hacia el prójimo. Incluso se atrevió a hacer referencia a Piki. Don Fernando y Marcial captaron la indirecta con toda la frialdad de la que podía disponer un corazón de hielo. Casto se limitó a sonreír. María Soledad se preocupaba de hacer la señal de la Cruz con los ojos cerrados. Sabía que su pecado era muy pesado para llevarlo a costas. Pero no, ya no había remedio.

El padre Alberto simplemente la miraba de vez en cuando y lo hacía con ojos de comprensión, con ojos que llevaban cierta carga de amor; un amor imposible en su vida, un amor que no tenía cabida y mucho menos en aquella situación. El siervo de Dios purgaba cada noche su pecado más grave. Ojalá se resumiera en un amor prohibido. Pero Alberto sabía muy bien lo que había hecho años atrás.

Después de dar la misa, todos los feligreses marcharon tras recibir la Paz del Señor. Ya en la puerta de la iglesia, Javier Manzano visualizó a Fernando, que se encontraba sonriente hablando con su sobrino. Ambos gesticulaban parsimoniosamente en una conversación, probablemente trivial, hasta que el inspector se acercó a ellos.

—Buenos días —saludó Javier seriamente.

—Buenos días, inspector —contestó Fernando con la cabeza ladeada y el cigarrillo en la mano. Dio una calada y exhaló el humo con aire desafiante—. ¿Desea usted alguna cosa?

—He estado en casa de Ignacio esta mañana. He visto el resultado del encuentro entre ustedes —soltó sin titubear.

—Ese pobre desgraciado entró en mis tierras, insultándome. No le permito a nadie que venga a mi casa a insultarme y mucho menos un

mequetrefe como ese. No sé si me he explicado con claridad.

—Ese hombre iba en estado ebrio y usted se aprovechó. Le hubiese bastado con haber llamado a la Guardia Civil. El sargento Ricardo se lo hubiese llevado sin más.

—Tengo testigos de que ese hombre quiso pegarme.

—Claro, los mismos testigos que asegurarían que usted no tuvo nada que ver con la esposa del farero, ni siquiera con la muerte de su propia esposa, ¿verdad? —espetó Javier mirándole a los ojos.

—¡Esas son acusaciones muy graves, inspector! —dijo Fernando con fuego en los ojos.

—No le estoy acusando. No tengo pruebas para hacer ese tipo de acusaciones.

—Oiga, no le permito...

—Usted me permite lo que yo quiera. Recuerde que no pertenezco a este pueblo, ni le debo pleitesía. Soy un agente de la autoridad y sepa que voy a estar muy pendiente de todos sus movimientos. Como descubra que usted es el responsable de la muerte de su esposa, incluso de la muerte de ese trabajador suyo, le juro que haré lo imposible para que pase por el garrote vil. ¡Advertido queda! ¡Buenos días!

El inspector miró desafiante a los dos crápulas y se marchó de allí con paso firme y seguro al encuentro del padre Alberto, un feligrés que nada tenía que ver con aquel rebaño, a pesar de ser un cordero de Dios. Quería hablar con él para que le pusiera al corriente de ciertas cuestiones relativas don Fernando; necesitaba conocer el punto de vista religioso de aquella oveja descarriada con sentimientos viles.

—Una homilía muy acertada, padre —dijo Javier con la gabardina entre sus brazos y su sombrero en las manos.

—Gracias, hijo. Todos debemos recordar que estamos en esta vida de paso, que el camino no es tan largo como parece, aunque a algunos se nos esté haciendo eterno. Todos estamos condenados a caminar juntos, queramos o no. ¿Quieres confesarte, hijo mío? —preguntó el cura con la mayor seriedad de la que fue capaz. Su rostro reflejaba una amargura eterna.

—Quería que me hablase de don Fernando sin quebrantar el secreto de confesión, claro está.

—¡Eso nunca! ¡Comprenda que estoy sujeto a las leyes divinas, hijo mío! —exclamó mirando hacia arriba y levantando las palmas de sus manos—. Pero, vayamos mejor a la sacristía. Allí estaremos más cómodos.

Condujo a Javier al interior ante la atenta mirada del tío y el sobrino. Una vez dentro, hablaron de asuntos relevantes para el inspector. El único testigo era el crucifijo sin clavos, colgado en la pared de la vicaría.

—Dígame. ¿Qué puede usted contarme de don Fernando? —Sacó su libreta de bolsillo.

—Esa pregunta es muy amplia, señor inspector —aseguró cruzando sus manos.

—Padre, ¿sería mucho pedirle que me llamara por mi nombre? —sonrió.

—Es usted todo un señor de la autoridad. No me parece correcto, pero si me lo pide, hágase su voluntad, Javier.

—Gracias. Verá, me gustaría que me hablara del comportamiento general de este hombre. Por lo que he visto en estos días, tiene atemorizadas a las personas de este pueblo.

—Así es, hijo mío. Usted viene de la ciudad, de una ciudad moderna; un sitio donde la gente tiene vida propia. Pero esto es otro mundo. Aquí, el tiempo se detuvo hace años. El rico domina al pobre. Don Fernando es un hombre muy poderoso puesto que heredó estas tierras de su difunto padre, que Dios lo tenga en su gloria.

—Tengo entendido que el padre de don Fernando era muy distinto.

—Así es. Yo lo conocí poco tiempo antes de que Nuestro Señor lo reclamara para ponerlo a su servicio, pero me bastó para saber el gran corazón que poseía. Por el contrario, su hijo es un trozo de carne podrida, cuyas entrañas están dominadas por la avaricia y la codicia. Y créame que me apena hablar así.

—¿Conoció a su esposa?

—¡Florina! ¡Una gran mujer! ¡Una santa! Buena como la que más. Una bendita. Que Dios la tenga en su infinita bondad —suspiró.

—¿Habló con ella? ¿Le confesó algo?

—No sé si debo. —Su cara palideció.

—Padre, ella ya no está entre nosotros. No creo que rompa ningún secreto. Además, me ayudaría mucho a esclarecer cosas en esta investigación.

—No sé, hijo mío. Ella ya no está entre nosotros, como muy bien dices —titubeó—. Verás..., ella vino a verme para hablar días antes de su muerte.

—Le escucho, padre. —Puso toda la atención del mundo.

—Me dijo que no podía soportar más la situación con su esposo.

—¿A qué tipo de situación se refería, padre?

—Él..., él la maltrataba.

—¿La pegaba?

—No. Bueno..., sí. Una vez, tengo entendido, pero el maltrato era más bien de palabra. Ya me entiendes, hijo. Me confesó que se sentía cansada, cansada físicamente. Supongo que estaba delicada. Su corazón..., ella..., ella estaba muy delicada. Solo quería dormir. Su vida era muy triste. No podía traer hijos al mundo y su esposo se lo reprochaba continuamente.

—¿Se lo dijo ella, padre?

—Así es. Me dijo que era la principal razón por la que don Fernando dejó de quererla y empezaron los maltratos.

—¿Sabe si don Fernando mantenía relación con alguna otra mujer?

—El caso es que me contó que recibió una carta de cierta mujer. No quiso decirme quién era en cuestión.

—¿Qué tipo de carta?

—La mujer de la carta le explicaba que había sido forzada por su marido. Había recibido ciertos abusos por parte de don Fernando.

—Comprendo. —Javier apuntaba en su bloc.

—Y no solo eso. Aquella mujer decía que había quedado encinta.

—¡Y dice que no sabe de qué mujer se trata!

—No me llegó a revelar su nombre. —El padre Alberto decía la verdad, pero era una verdad a medias. Sabía perfectamente a quién se refería la carta cuando ató sus propios cabos.

—Está bien, padre. Le creo. —Javier mintió para no presionar al cura. Debía extraer la información poco a poco sin necesidad de someter al cura a un interrogatorio de los de antaño—. ¿Alguna vez le habló de que tuviera la sospecha de que su marido podría querer matarla?

—Pero ¡por el amor de Dios! ¡¿Qué está usted insinuando?!

—Padre, comprenda que no puedo despreciar ninguna posibilidad en un caso así.

—Sí, Claro. Lo comprendo, hijo. No. Ella nunca me habló de algo así. Ni siquiera de tener sospechas, si es que las tuvo en algún momento.

—¿Se celebró misa por la difunta?

—Así es, pero a puertas cerradas. Don Fernando no quiso que fuese nadie a darle el pésame. Todo se hizo en la más estricta intimidad.

—¿No dejó que nadie entrase a la iglesia?

—No, señor. Solo el doctor Rosique, como médico de doña Florina.

—Entiendo. Está bien, padre. Gracias por su tiempo. —Se levantó de la silla y se dispuso a marchar—. ¡Ah!, padre, una cosa más. Ustedes los sacerdotes, ¿a quienes confiesan sus pecados?

—¿Por qué preguntas eso, hijo? —planteó extrañado.

—Usted tiene algo dentro que le está devorando el alma, padre. Sería bueno que lo soltara o acabará por matarle. Si necesita un amigo, ya sabe dónde encontrarme. Buenos días.

El inspector se colocó su gabardina, se ajustó el sombrero y marchó de allí sin pausa alguna. El padre Alberto quedó impávido, con los ojos inyectados en lágrimas y sin decir una palabra. Javier Manzano, que había acertado de lleno, le ofrecía la oportunidad al sacerdote de deshacerse de aquel lastre que tanto pesaba en su cuerpo y le carcomía las entrañas.

X

COLONIA DE NIÑOS. OZA, LA CORUÑA.
12 DE SEPTIEMBRE DE 1938. 17:50 HORAS.

Habían pasado dos años y dos meses desde que Andrés dejara a los niños en la Plaza de Cuatro Caminos. El bus recorrió un corto trayecto, aunque a los chicos les pareció una eternidad. Silvia se preguntaba si volvería a ver a tío Andrés y cuál sería el destino que les depararía la vida. Pablo apoyaba su cabeza en el cristal con la mirada perdida en el paisaje. Estacionaron en un pequeño descampado, dentro de un gran recinto vallado. Los monitores se acercaron para organizar todo lo relativo a los niños. Cuando les tocó a los hermanos, Silvia agarró a Pablo por el hombro, como si pudiese fusionarse con él. Sin embargo, el muchacho hacía movimientos para desprenderse de la protección de su hermana.

Una vez en tierra, los niños fueron conducidos a una zona y las niñas a otra. Silvia miró a Pablo transmitiéndole cierta seguridad y cariño. Pablo fue frío, como de costumbre. No necesitaba protección alguna. Ella se preguntó si no era ella la que en realidad necesitaba a su hermano para sentirse tranquila y sosegada. Y los niños se adaptaron a las circunstancias, al menos Silvia. Él, siempre circunspecto, se hizo con la situación, pero a su manera. Jugaba como cualquier otro niño y mientras todo fuese bien, no habría problemas con él. En los primeros meses, Silvia evitó que Pablo se metiera en líos. Esto le generó a la niña situaciones dolorosas. No obstante, con el tiempo, tuvieron encuentros desagradables con algunos jóvenes... No pasaba una sola vez en la que Pablo fuese incordiado por algún cabecilla de grupo, aunque Silvia llegaba a tiempo para defender a su hermano y repeler algún golpe que otro. Pablo reprobaba la actitud protectora de su hermana.

Todo cambió cuando en una ocasión el chaval consiguió golpear a uno de los jóvenes adversarios y así hacerse respetar durante cierto tiempo. Era mejor no tener enfrentamientos con un niño problemático. Casi todos los muchachos

pensaban que Pablo estaba mal de la cabeza; el niño se limitaba a sonreír de una forma espeluznante. Pero siempre había alguien que estaba por encima de todo y de todos. Un cabecilla. Un jefe. Un rebelde que pronto se mediría con Pablo y pronto pagaría un alto precio por intentar imponer su voluntad.

La noche del 2 de noviembre de 1938, Pablo dormía en uno de los pabellones donde se encontraban todas las camas de chicos. El silencio reinaba en todo el lugar y solo el sonido de las lechuzas se filtraba por entre las rendijas de los altos ventanales. Cuando ya parecía que todo estaba en calma, se levantó sigiloso, se dirigió hacia la salida del bloque, abrió la puerta muy despacio y salió de allí. Miró a un lado y a otro. Había quedado con Mario detrás del edificio. Cuando dobló la esquina, lo vio sentado en el suelo, apoyando la espalda en la pared. Unos hilos de humo salían de la mano del muchacho. Apenas tenía doce años y sus padres habían fallecido hacía unos meses, pero él no lo sabía. El director del campamento había preferido no decírselo. Ya habría tiempo. Pablo se acercó a Mario con paso comedido. Mario lo miró y dio una calada a su cigarrillo.

—¿La tienes? —dijo el chaval levantándose con ímpetu.

—Sí. Aquí está —contestó Pablo mostrando el trofeo.

—¡Vaya! ¡Es chulísima! —musitó con asombro.

—¿Me dejarás en paz ahora? —preguntó seriamente con el objeto venerado entre sus manos.

—Eso depende, mocoso. Si funciona, digamos que no te pasará nada en todo el tiempo que estemos aquí. Yo me encargaré personalmente de ello —respondió Mario mirando a Pablo con cierto desprecio—. Ahora, dámela y lárgate.

Pablo observó el arma. Era una Luger alemana de 9 milímetros. Se la había quitado a Andrés en su última visita sin que se diese cuenta. Cuando Andrés se percató de que le faltaba el peligroso objeto, los responsables pusieron el campamento patas arriba, pero la pistola no apareció. Pablo juró que no la había cogido. Finalmente, Andrés dio parte a la Comandancia explicando que se la habían robado unos maquis, salvando la vida en un acto de huida.

—Entonces, me la quedo —aludió Pablo con los ojos clavados en Mario.

—¿Cómo dices? De eso nada. ¡Eres un mierda! ¡Ahora me la quedo y te voy a hacer la vida imposible el tiempo que estés aquí, niñato asqueroso!

Mario se acercó con la intención de quitarle el arma, pero Pablo reaccionó como un loco. Arremetió con la cabeza en el estómago del chico, que cayó al suelo sin poder reaccionar. Entonces, alzó su brazo empuñando el arma por el

cañón y sin pensarlo, asestó un golpe certero en la sien de Mario que falleció en el acto. No obstante, golpeó dos veces más. Después de aquello, se levantó como si nada hubiese ocurrido. Lo miró con ojos vacíos durante unos segundos y arrastró el cuerpo hasta la valla que limitaba con el bosque. Se marchó igual que había acudido a la cita.

Allí quedó el cuerpo tirado de un niño, víctima de la ambición humana, a manos de otro niño víctima de una guerra entre hermanos. La noche sería cómplice de aquel atroz suceso que quedaría relegado al olvido. Nunca se supo cómo pudo morir aquel chaval en tiempos oscuros y fríos.

En marzo de 1939, todas las criaturas del campamento habían aprendido a convivir y a guardar distancias con Pablo. Silvia pagó también las consecuencias y algunos chicos le mostraron su descontento. Ella, a pesar de su bondad, pagó con creces las acciones de su hermano. A Pablo le regalaron un voto de silencio; Silvia tuvo algo más de suerte con alguna que otra niña.

Nadie culpó oficialmente a Pablo de la muerte de Mario. No hubo juicios, tampoco acusaciones. A fin de cuentas, Mario había sido devorado por animales salvajes del entorno y su cuerpo presentaba signos de desgarros y mordeduras. Nada se podía demostrar. Los hermanos serían discriminados de forma cruel por el resto... Pero pronto ocurriría algo en la colonia que cambiaría la vida de Silvia y Pablo.

Aquella tarde de marzo, los niños jugaban en el patio bajo la mirada de los monitores; algunos daban patadas a una pelota de trapo, otros bailaban una peonza de madera, atada a una larga cuerda que la hacía girar a gran velocidad. A otro grupo le bastaban los tapones de las botellas de refrescos para jugar a las chapas. En otros rincones del terreno, niñas de varias edades jugaban al elástico; saltaban sobre él en una especie de baile de piernas mientras cantaban al ritmo de las palmadas.

Un sonido de motores se oyó a cierta distancia. A medida que se iba acercando al lugar, las miradas de todos volaron hacia el cielo. Con ojos extraños escudriñaron el espacio aéreo sobre sus cabezas. Un avión del Bando Nacional, modelo *Junkers Ju 86D*, parecía tener problemas; algo no iba bien. Todos observaban las maniobras insólitas que hacía el avión y unos movimientos inesperados hicieron que todos se quedasen inmóviles, expectantes ante lo que el aparato pudiese hacer. Un humo negro salía de los motores del avión y entonces la aeronave empezó a caer a gran velocidad justo sobre el campamento. Los gritos se dejaron oír por todo el lugar cual manada de lobos. El pánico se extendió por toda la zona y todo el mundo

empezó a correr para poner a salvo sus vidas. El impacto fue tremendo; solo unos pocos niños pudieron ponerse a salvo. El gigante volador terminó por impactar en medio del patio. La gran explosión alcanzó incluso a los que estaban dentro del perímetro de seguridad, dejándolos malheridos. Los que fueron alcanzados de lleno corrieron peor suerte. El panorama era dantesco.

Cuando concluyó el caos, los responsables del campamento volvieron a tomar el control de la situación y se organizaron para hacer una valoración de los daños personales y materiales. Unos camiones de la Cruz Roja se personaron en el lugar para ayudar y poner orden. Se hizo un recuento de los niños que habían muerto a partir de los que habían salvado sus vidas. Dos niños faltaban de entre los vivos. Sus nombres: Silvia y Pablo.

Una vez restablecido el orden, se decretó luto oficial durante tres días y se ofició una misa por los fallecidos.

Aquel día quedaría grabado en la memoria de muchas personas, especialmente en una, cuyo dolor y sufrimiento terminarían arrastrándole para siempre.

ANTIGUA CASA DE ANDRÉS Y HERMINIA. LA CORUÑA.
17 DE MARZO DE 1952. 22:25 HORAS.

Tras aquella plática con el padre Alberto, Javier Manzano quiso aprovechar bien el día. Esa mañana había recibido una llamada de un superior. Al parecer, reclamaba ciertas explicaciones ante las acusaciones vertidas en la persona don Fernando. El inspector no tuvo inconveniente en ofrecer un resumen exhaustivo de la conversación mantenida con el terrateniente. El superior de Javier le pidió que tuviera mucho cuidado y que llevara el caso con la mayor diplomacia que fuese capaz de tener.

—Don Fernando es una persona muy influyente y no queremos incidentes desagradables.

Ante la advertencia, Javier decidió aparcar el asunto de doña Florina. Además, Orense quedaba muy retirado y necesitaría todo un día para las pesquisas. Sabía que estaba enterrada en el panteón familiar de los padres por orden explícita de la propia difunta; una petición un tanto extraña al tratarse de una mujer casada. Lo lógico es que fuese enterrada en sus propiedades. No obstante, Javier podía intuir los motivos de dicha decisión. Obviamente, y según el sargento Ricardo y declaraciones del propio párroco del pueblo, doña Florina recibía continuos disgustos por parte de su esposo.

Pero el inspector quería saber por qué el doctor Rosique mentía en su declaración. Ocultaba algo y había elementos extraños en el comportamiento del doctor; casi nunca fallaba en el veredicto... No obstante, ahora debía conducir su investigación por otros caminos. Tenía que ir a La Coruña para saber algo más acerca de aquel niño del hospital, hijo del farero quien se suicidó tras haber asesinado a su esposa, según constaba en el informe oficial; un informe que mentía tanto como el médico que practicó las autopsias. Las fotos revelaron una verdad muy distinta. Detrás de aquel informe forense, un nombre: Antón Fariñas Rosique...

Sor Mercedes había proporcionado al inspector la dirección de los tíos de Pablo, y Javier quería saber hasta dónde le llevaría aquella pista. Necesitaba hablar con los tíos de aquellos niños. Así, se presentó en la calle Noya, 34 de La Coruña. Aparcó el Land Rover a unos metros del portal de la casa, llamó al sereno y preguntó por el nombre de Pablo. El vigilante le informó de que quien vivía allí era una señora mayor. No obstante, le abrió el portón y Javier hizo el resto. Llamó con los nudillos a la puerta correspondiente. Pasado un breve instante, el sonido chirriante de unos pernios precedieron a la aparición de la silueta de una señora de más de setenta años.

—Buenas tardes. ¿Qué desea usted? —acertó a decir, arrugando la cara como un papel viejo.

—Buenas tardes, señora. Soy el inspector Javier Manzano. Desearía hacerle unas preguntas acerca de un matrimonio que pudo vivir aquí.

—¿Un matrimonio? ¿Se refiere a Andrés y Herminia? —preguntó con la mano puesta en su oreja.

—Así es, señora. Por favor, entremos un momento, si no le importa, y hablemos con calma.

—Claro. Pase usted, señor.

Ya en el interior de la estancia, ambos se acomodaron. La señora Engracia, que así era cómo se llamaba, ofreció un café al visitante, que agradeció muy cortésmente.

—Necesitaría saber dónde se encuentran el señor Andrés y su esposa. ¿Podría decirme su paradero? —Javier se percató de la falta de audición de la señora y levantó un poco la voz.

—Don Andrés está recluido en el Hospital Militar de aquí mismo.

—¿Recluido, dice usted? —frunció el ceño.

—Así es, inspector. Después de la guerra lo llevaron allí como mutilado. Perdió una pierna y parte de un brazo al estallarle una bomba. Creo que sigue hospitalizado, si es que no ha fallecido.

—Y, ¿su esposa?

—Herminia murió antes de que empezara la guerra. Tuvo un accidente en la casa. Rodó por las escaleras y se rompió el cuello, ¿sabe usted? Una desgracia. Aunque no se llevaban bien. Discutían mucho por los niños.

—¿Los niños? ¿A qué niños se refiere? —Javier volvía a lanzar el señuelo.

—Pues, según tengo entendido, tenían unos sobrinos a su cargo. Una niña y un niño. Los padres de las criaturas fallecieron en un accidente. Ella no quería tenerlos. Era bastante egoísta. No los soportaba. Los niños eran muy

buenos chicos. Bueno, según contaron aquí los vecinos. Yo no llegué a conocerlos. Adquirí la casa hace ya años. El hombre la vendió a través de un amigo.

—¿Qué fue de ellos?

—No lo sé. Decían que cuando don Andrés se marchó a la guerra, los niños fueron llevados a un campamento de refugiados de la Cruz Roja, cerca de aquí, creo. Pero, ya le digo que no le puedo asegurar nada de lo que le estoy diciendo.

—Comprendo, doña Engracia. Le agradezco mucho toda esta información.

Terminó su café de un solo trago y apuntó todo lo que la buena señora le había contado. Salió de allí con nuevas pistas y como estaba cerca de aquel hospital, el Hospital Militar del Buen Suceso, decidió acercarse para encontrar al tío de los niños, si es que todavía vivía. Aquel edificio de construcción neoclásica y situado justo al lado de las antiguas murallas, sufrió un gran incendio en 1946. Poseía un patio central cuadrado con una fachada robusta, de imponente piedra blanca. Su historia, como construcción, databa del siglo XVIII.

Javier Manzano se identificó a la entrada y logró encontrarse, en la sala de descansos, con el médico de guardia. Le preguntó por el paciente en cuestión. El médico asintió y le llevó hasta la habitación donde se encontraba Andrés. Entre aquellas paredes había algo más que un cuerpo mutilado; una vida llena de tragedia y dolor, un hombre bueno confinado a la más absoluta soledad y sentado en una silla de ruedas. Andrés miraba por la ventana. El mar le causaba paz y serenidad, le hacía olvidar todo su pasado. Era como una droga para él. El mejor de los medicamentos, decía. Necesitaba toda la quietud que un cubículo de unos cuantos metros cuadrados le podía proporcionar. Su mente demandaba evadirse de su pasado que le destrozaba el alma. La ventana era como la libertad y el sosiego que nunca llegaría a alcanzar, un sosiego interrumpido por unos golpes en la puerta. Andrés desconectó de inmediato, volviendo a una realidad cruel y dolorosa. La puerta se abrió a continuación, dejando ver al médico de guardia y a una silueta que se ocultaba detrás.

—¡Andrés! ¡Buenas tardes! Le traigo una visita. Alguien quiere hablar con usted.

—Don Fulgencio. ¿Qué quiere? ¿Por qué me molesta a estas horas? — contestó de muy mal humor.

Las dos figuras accedieron al interior de la habitación. Javier se quitó el sombrero y cuando sus ojos se adaptaron al lugar, vio la realidad que abrigaba a su coetáneo. Quedó impactado ante el estado de aquel cuerpo, aunque más por los matices de expresión de su rostro, demacrado y oxidado por el paso del tiempo y el sufrimiento. Andrés parecía un hombre de setenta.

—Verá, Andrés. Este es el inspector de Policía, Javier Manzano. Necesita hablar de un asunto particular. Yo les dejo a solas, ¿de acuerdo? —El doctor sonrió condescendiente y salió cerrando la puerta con sigilo. Javier y Andrés se miraron cara a cara. Javier, impactado por el semblante de su oponente. Andrés, porque no sabía qué hacía allí un inspector de Policía. Y mucho menos, qué quería de él.

—¡Y bien! ¡No se quede usted ahí mirándome como si fuera un trapo! ¡Haga el favor de decirme qué es lo que quiere! —exclamó Andrés con la mayor amargura que podía desprender su alma.

—Verá, Andrés. He llegado hasta aquí por un asunto que está relacionado... —Hizo un paréntesis, alcanzó una silla y la acercó hasta ponerse frente a él—, con un niño llamado Pablo.

La cara de Andrés se puso pálida. Sus ojos empezaron a llenarse de agua. Apretó el puño de la única mano que le quedaba.

—Continúe usted —consiguió decir.

—Se ha encontrado en el pueblo de Castelouriño el cadáver de un vecino. Creo que está relacionado con su sobrino Pablo.

—Mi sobrino Pablo murió en la guerra, al igual que su hermana Silvia. No sé qué tiene que ver mi sobrino con esa muerte.

—¿Cómo murió su sobrino? —Javier frunció el ceño. De pronto, todas sus preguntas se vinieron abajo como un castillo de naipes. El niño había fallecido.

—Cuando se inició la Guerra Civil tuve que ir al frente, a Madrid. No tenía con quién dejar a los niños. Mi mujer había muerto y me quedé solo con ellos. Los críe como si fueran mis propios hijos, hasta donde pude. Cuando tuve que marchar, los entregué a la Cruz Roja con el fin de recuperarlos después.

—Comprendo. ¿Dónde fueron llevados? —Javier esperaba contrastar la información ofrecida por la señora mayor.

—Los llevaron a un campamento de refugiados, aquí en La Coruña. En Oza.

—Y, ¿qué ocurrió?

—A los pocos meses, fui a verlos gracias a un permiso especial. Estuve con ellos un par de días y pude darme cuenta de cómo era en realidad mi sobrino. Aquel malnacido del doctor Eusebio le había jodido la mente a la criatura. Sus experimentos de corrientes y medicamentos hicieron que su cerebro se volviera paranoico. Lo convirtió en un demente, sin escrúpulos.

—¿A qué se refiere? ¿Podría ser más explícito, por favor? —Javier tomaba notas de todo.

—Mi sobrino estuvo ingresado en el Hospital de Labaca, después de que mi hermano..., bueno, ya sabrá usted..., hiciese lo que hizo con su esposa. Debí ver cómo su padre mataba a su madre y luego se suicidaba arrojándose por la ventana. El doctor Eusebio hizo experimentos con el muchacho. Le aplicaba pequeñas corrientes eléctricas, según él, para ver si reaccionaba y lo sacaba de la conmoción que sufría. Al principio, creímos que había tenido éxito. El niño se recuperó y comenzó a reaccionar de una forma normal. Pero cuando lo llevamos a casa, empezó a tener pronto muy raros, especialmente con mi esposa. Ella no se portaba bien con ninguno de los dos y no quería tenerlos allí. Yo siempre intentaba protegerlos y quitaba hierro al asunto.

—¿Qué quiere usted decir con eso de que «quitaba hierro al asunto»?

—Mi mujer tuvo varias trifulcas con Pablo. Llegó a pegarle. Lo castigaba en su habitación, incluso sin comer ni cenar. Yo intentaba hacerla entender que solo era un niño. No podía tratarlo así, pero mi esposa tenía odio en su interior. Yo la amaba. Ella no se dejaba querer y se aisló de mí y de los niños. Una noche yo estaba acostado y mi mujer seguía despierta en la sala de estar, escuchando la radio. Oí un ruido extraño, me levanté corriendo y vi a mi esposa al final de las escaleras. Estaba tirada en el suelo. Pablo y Silvia estaban allí, mirándola. El niño me dijo que había resbalado. Pero yo sé que fue él. La había empujado deliberadamente. Lo sé.

—La niña..., ¿no dijo nada?

—Dijo lo mismo que su hermano. Supongo que para protegerle. No la culpo.

—¿Vio algo?

—No me hizo falta. Sé que fue él.

—Y, ¿qué hizo?

—Nada. Comprendí que Pablo tenía sus motivos para hacer aquello. Sentí miedo. Pero a la vez comprendí que aquello era necesario. Incluso para mí. — Los ojos de Andrés empezaron a derramar lágrimas.

—¿Qué ocurrió en esos dos días? —Javier se acomodó un poco más en la silla.

—Me contaron que había unos chicos en el campamento que se metían con él. Le decían cosas feas: anormal, loco, maldito... La segunda noche me enteré de que un niño había muerto en circunstancias extrañas; unos animales salvajes lo habían devorado en los alrededores del campamento. Pero lo que no podían explicar era el golpe que tenía en la sien. Un miedo se apoderó de mí; algo me decía que Pablo había tenido algo que ver. El doctor del campamento certificó la muerte y dijo que había sido producido por un descuido del *nenó*. Esa fue la versión que dieron. El caso es que lo tomó como un accidente fortuito. Pero, hubo algo que me preocupó aún más.

—Le escucho.

—Aquella mañana eché de menos mi arma reglamentaria. La busqué por todos lados.

—¿Llegó a encontrarla?

—No. Tuve que dar parte en mi destino. Dije que me asaltaron unos maquis y que salvé la vida de milagro.

—¿Cómo perdió su pistola?

—Sospeché de Pablo. Estoy seguro de que fue él quien me la quitó mientras dormía. El caso es que no volví a verla más.

—¿Qué tipo de pistola era?

—Una Luger de 9 milímetros. El arma reglamentaria de entonces.

—¿No le preguntó por el arma al niño?

—Sí, lo hice. A solas. Pero dijo que no la había visto. Y mucho menos que él la cogiese.

—Comprendo —se limitó a decir Javier—. Ha pasado usted mucho, Andrés.

—Ya ve. Desde entonces, arrastro un dolor que jamás podré aliviar. Ni con medicamentos ni con nada. Solo esta ventana puede curar, de vez en cuando, la pena y la tristeza que me acompañarán hasta el día de mi muerte. Consigue que me escape de la cruda realidad.

—¿Qué pasó cuando se marchó de allí?

—Nada. Me despedí de los niños prometiéndoles que volvería por ellos. Pablo se abrazó a mi cuello y me susurró unas palabras: «No te olvides de nosotros, tío Andrés».

—Pero, algo ocurrió con ellos, ¿verdad?

—A los pocos meses me llegó una carta de la Cruz Roja comunicándome que un avión de los Nacionales se había estrellado en el campamento y había matado a unos cuantos niños y cuidadores, entre ellos mis sobrinos.

—¿Cómo supieron la identidad de los niños que habían muerto?

—Por deducción. Era imposible reconocer los cuerpos. Hicieron recuento de los que quedaban y descartaron a los que faltaban. Fue así cómo supieron la identidad de las criaturas que habían perecido en la catástrofe. —La cara de Andrés era un mar de lágrimas.

—Está bien, Andrés. Gracias por su tiempo. No le molesto más. Si puedo hacer algo por usted, dígamelo.

—Nada puede hacer ya por mí, señor inspector. Solo le pido a Dios que me lleve lo antes posible. No puede haber un calvario peor que el mío, créame.

Javier se levantó de la silla y puso su mano en el hombro de Andrés.

—Quiero que sepa que su hermano no asesinó a su esposa.

—¿Cómo dice usted? —preguntó con los ojos bien abiertos.

—Que su hermano no mató a su cuñada Silvia. —Apretó levemente su hombro y se despidió de Andrés, con los ojos humedecidos. Cerró la puerta tras de sí.

Los niños habían muerto, pero debía seguir investigando. Tenía que enlazar todas aquellas piezas, con Pablo o sin él. Javier hizo memoria de todo lo que Andrés le había contado. Lo que más le intrigaba era el arma desaparecida. ¿Qué habría sido de ella? Recordó el traumatismo en el dorso de la mano de Aleixo. Estaba seguro de que fue provocado con un arma de fuego.

HOSPITAL LABACA. LA CORUÑA.
17 DE MARZO DE 1952. 08:35 HORAS.

Javier Manzano salió corriendo de casa de tía Beni tras recibir una lamentable noticia de boca del sargento: *Isiña* se encontraba en el hospital tras un ataque de tos que había hecho que le faltase el aire. Aquellas tierras de penumbra y humedad eran terribles para la salud de cualquiera y el inspector se temía lo peor: una neumonía severa. El dolor en el pecho, los vómitos y la tos escandalosa que padecía la muchacha fueron identificados de inmediato por Manzano. Había visto en algún otro compañero esos síntomas, así que no tardó en reconocer la enfermedad al primer golpe de tos.

En la habitación 201 del centro hospitalario se encontraba ingresada *Isiña*; auxiliada por oxígeno. Permanecía estable, dentro de lo preocupante de su enfermedad. Tía Beni y el sargento Ricardo estaban con ella. Javier llegó a la reducida estancia, llamó un par de veces a la puerta y asomó la cabeza. Sonrió a tía Beni y esta le indicó con la mano que pasara. *Isiña* dormía plácidamente.

—Buenos días, tía. Sargento... —saludó, con un hilo de voz, quitándose el sombrero.

—Hola, *sobriño*. ¿Cómo estás? —susurró tía Beni, sonriendo.

—Bien. ¿Cómo está la paciente?

—Ahora duerme. Ya está mejor.

—¿Qué le ha pasado?

—Un ataque de tos. No la dejaba respirar a la *pobriña*.

Javier se acercó a la cama. Se puso a un lado de su amada y le tomó la mano. La acarició con ternura y murmuró unas palabras.

—Te pondrás bien, *Isiña*. Te pondrás bien. —La chica abrió los ojos y sonrió.

—Hola *Javiño*. ¿Cómo estás? —preguntó susurrando.

—Bien. Ahora descansa. Cuando salgas de aquí nos iremos juntos a recorrer la costa. Tienes que enseñarme muchas cosas todavía —añadió con ternura.

—Claro que sí. Ahora vete. No te preocupes por mí. Solo necesito descansar un poco. Encárgate de tu trabajo, anda —dijo medio dormida.

Javier volvió a acariciar la mano de *Isiña* y la llevó a sus labios. Le dio un sutil beso y, antes de abandonar la habitación junto al sargento, supo por Benigna que el doctor había demandado reposo a la paciente.

Tocaba seguir trabajando, a pesar de todo, y esta vez la investigación se dirigiría a Orense para hablar con los padres de Florina, la difunta esposa de don Fernando, y de esta manera conocer más a un hombre que ocultaba cosas que podían estar relacionadas con el caso de Aleixo.

Después de un largo camino y una conversación amena con el sargento Ricardo, los dos agentes llegaron a los pazos de Figueroa, en Orense; tierras algo más cálidas que las de Castelouriño... Una gran extensión donde el color verde daba esplendor a todo el paisaje, con *carvallos* y pinos por doquier.

Bajaron del vehículo y entraron en los dominios. Un llamador de bronce con forma de cabeza de león presidía una puerta robusta repujada. Javier la golpeó y tras unos instantes, los recibió una mujer de mediana edad y de pelo oscuro. Tenía la misma cara que los nubarrones que amenazaban lluvia.

—¿Qué desean los señores? —dijo mirando a los agentes de arriba abajo.

—Soy el inspector Policía, Javier Manzano. Este es el sargento Cayuela. Queríamos hablar con los señores de la casa, por favor —afirmó Javier, mostrando su placa.

—Pasen ustedes. Aguarden un momento aquí, si son tan amables. —Arrastró los pies y se perdió en el interior del caserón. A los pocos minutos, volvió y los pasó al salón. Allí los recibirían los señores de Figueroa.

—Buenos días. ¿En qué podemos ayudarle, inspector? —dijo el señor de Figueroa.

—Me gustaría poder hablar acerca de su difunta hija. Necesito hacerles unas cuantas preguntas. Estoy llevando una investigación en curso y me sería de mucha ayuda cierta información.

—¿A estas alturas información sobre nuestra hija? Perdone pero no comprendo. —Los señores de Figueroa tomaron asiento—. Por favor, siéntense.

Javier y el sargento Ricardo tomaron asiento frente a los padres de Florina. Ofrecieron café a los agentes.

—Verá, estoy llevando a cabo una investigación sobre un crimen cometido en el pueblo de Castelouriño. Creemos que la muerte de su hija podría estar relacionada de alguna forma con cierta persona que, a su vez, puede estar implicada en el caso.

—¿Castelouriño? ¿No se referirá usted a don Fernando de Castro? ¿El esposo de mi difunta hija?, ¿verdad? —el señor de Figueroa cambió por completo el semblante de su cara.

—No puedo decirle más, no debo revelar aspectos del caso.

—Comprendo... ¿Qué tipo de información desea saber?

—Tengo entendido que su hija está enterrada aquí, en el panteón familiar. Necesitaría su consentimiento para exhumar el cadáver y practicarle una autopsia.

—Pero el médico certificó su muerte. Dijo que había sido un fallo cardíaco.

—Lo sé, pero necesito saber a ciencia cierta qué fue lo que le provocó ese fallo.

—Usted cree que hay algo oculto tras la muerte de mi pequeña, ¿no es así?

—Como le he dicho antes, no puedo...

—Si tengo que autorizar que exhumen su cuerpo, tengo derecho a saber por qué, ¿no le parece, inspector? —dijo el señor de Figueroa con contundencia.

—Tiene razón. Verá, tengo razones para pensar que la muerte de su hija no fue accidental.

—¿Qué quiere decir con eso? Mi hija estaba delicada del corazón.

—Lo sé, pero eso no significa que muriese de muerte natural. Pudo muy bien ser provocada.

—¿Está usted seguro?

—Seguro no hay nada en esta vida, señor de Figueroa. Por eso necesito que se le practique la autopsia. Si fue envenenada, las pruebas hablarán con seguridad.

—Pero ¿quién podría hacer algo así? ¡Y a una criatura como ella! —Agarró la mano de su esposa—. Don Fernando es un caballero. Me cuesta trabajo creer que...

—Tengo entendido que su hija y don Fernando no se llevaban bien.

—Nosotros nunca tuvimos noticias de algo así. Cuando venían de visita, todo era muy correcto. Se les veía feliz. Por eso nos sorprendió mucho a mi

esposa y a mí que dejara constar por escrito que quisiese ser enterrada en nuestras tierras.

—Comprendo. Al parecer, no era así. Miren, no quiero hacerles perder más su tiempo. Si ustedes me autorizan, pediré la orden.

—Está bien. Tiene mi autorización. Supongo que no necesitarán la autorización de don Fernando. Puesto que yace en mis tierras, es responsabilidad mía.

—Así es. Usted tiene la última palabra.

—Proceda entonces. Tiene mi permiso, inspector.

—Gracias. Solicitaré de inmediato los trámites.

Los dos agentes se marcharon de allí con el agradecimiento y el convencimiento de que la autopsia revelaría la verdad absoluta. Ambos se dirigieron a la autoridad competente de Orense. Javier Manzano tramitó la documentación para realizar la exhumación del cadáver. Sabía que llevaría su tiempo, pero la cuenta atrás había comenzado.

HOSTAL LOS PAZOS. CASTELOURIÑO.
17 DE MARZO DE 1952. 10:00 HORAS.

La campanilla de la puerta sonó como de costumbre. «Uno de los huéspedes», pensó Luciana. Salió de la trastienda, de detrás del mostrador, pero se trataba del doctor Rosique.

—¿Cómo está usted, Luciana? —preguntó con el sombrero entre sus manos.

—¡Doctor! ¿Qué hace aquí? —respondió sorprendida, aunque no era la primera vez que el hombre entraba por la puerta sin que ella hubiese requerido sus servicios como médico.

—¿Cómo está su señora abuela? —preguntó titubeando.

Luciana le miró a los ojos y dibujó en su rostro una sonrisa picarona.

—¿De verdad quiere saber cómo está? ¿Es por eso por lo que viene últimamente a verme? —Luciana se acercó a él muy despacio. Rosique se mostró algo confuso.

—¡Oh!, ¡vaya! Disculpe si he dado una imagen equivocada. Solo me preocupo por su señora abuela —añadió algo nervioso.

—¿Está seguro, doctor? —preguntó algo confundida—. Dígame la verdad. ¿Por qué tiene tanto interés en venir por aquí? —Luciana dejó mostrar un poco más de la cuenta el canal de sus frondosos pechos.

—Luciana, por el amor de Dios. Yo...

El doctor Rosique se iluminó como un fanal rojo anunciando peligro de colisión. Dio media vuelta y salió por la puerta con la velocidad de una urgencia de parto. La mujer se marchó al interior sin saber muy bien qué había pasado entre ellos dos. Sin embargo, la campanilla volvió a sonar casi de inmediato. Con algo de arrebató y ofuscación asomó por la puerta para decirle al doctor cuatro cosas bien dichas.

—Haga el favor de... ¡Marcial! —Luciana quedó clavada en el nombre de aquel indeseable.

Había ido a verla para divertirse un poco. Sabía que le gustaba y se lo había demostrado por teléfono. Pero lo que no sabía Marcial era la argucia que la mujer traía entre manos, utilizándole para llegar al corazón de su tío. Luciana intentaba un imposible, más tratándose de carroña como aquella. Con Aleixo fuera de combate, tendría más facilidad de movimiento. Necesitaba que el terrateniente más despiadado de todos los pazos gallegos le conmutara la pena económica. Así que comenzó a mover ficha.

—¿Qué te trae por aquí? —dijo con una sonrisa socarrona mientras abría la portezuela del mostrador.

—Bueno, bueno, bueno. ¡Pero qué cuerpazo te gastas, *Luciña!* —espetó con ojos de sátiro.

Luciana llegó hasta posicionarse frente a él. Marcial la miró de arriba abajo, la agarró por la cintura, la inmovilizó contra su torso, puso sus labios a escasos milímetros de los suyos y la besó con desenfreno. Ella se dejó hacer, aunque la náusea que sentía era irrefrenable. Paró un poco. Las respiraciones de ambos eran agitadas. La de Marcial, por la euforia. La de Luciana, puro teatro.

—¡Espera, tigre! ¡Dame un respiro! —dijo con el hálito forzado y exagerando la sonrisa.

—¡De respiro nada! ¡Estoy demasiado caliente para esperar! —expuso Marcial mientras la empujaba contra las mesas.

La cara de ella cambió de color como un camaleón. Sabía que aquello no iba por buen camino. Temía que acabara mal, así que sonrió un poco para dar tregua al asunto. Sin embargo, el sádico de Marcial tenía la adrenalina a mil y era como una locomotora a punto de estamparse contra un muro de hormigón.

—¡Tranquilízate un poco, hombre! Vamos arriba. Allí estaremos mejor. —Luciana no sabía cómo manejar la situación. Estaba un poco asustada.

—¡No! ¡Lo haremos encima de la mesa! ¡Quiero hacerlo ahí! —dijo él con la cara desencajada. La agarró por el cuello. Con la otra mano, le jaló el vestido y dejó al descubierto sus pechos. La miró con ojos de lujuria, mientras ella se limitaba a abrir los suyos, llenos de terror y odio. El juego se había vuelto contra ella. Marcial la obligó a tenderse en la mesa y desfogó en el interior de Luciana sus sentimientos más viles.

La rabia de la mujer se consumió en aquella hoguera de sentimientos lascivos y sucios. Su capacidad de reacción fue vencida por la furia incontenida de Marcial. Después de saciar su hambre, la dejó tirada. Se

marchó de allí, igual que entró. Las lágrimas silenciosas de la mujer se derramaron por sus mejillas hasta tocar la mesa. Con la mirada perdida en el vacío, se entregó a la realidad de lo acontecido. Se incorporó con dolor, apretó los labios y exprimió sus ojos como un limón. Agarró con sus manos el vestido rasgado por la furia maldita del indeseable y se dirigió hacia el interior del hostel. Ya habría tiempo de pensar en algo.

CASA DE NICOLÁS Y ROSITA. CASTELOURIÑO.
17 DE MARZO DE 1952. 14:30 HORAS.

Las lumbres del hogar, que proporcionaban suficiente luz como para iluminar la habitación, venían acompasadas por una fuerte lluvia que golpeaba los cristales de las ventanas y el viento sonaba por entre sus aberturas. Rosita removía la olla de comida con la cuchara de madera. Probó una pizca y sonrió. Nico se encontraba en el sótano. Le gustaba arreglar cosas, especialmente las que eran imposibles de ser reparadas. Para él era más que un reto: una prueba hacia sí mismo. Esperaba que las palabras tranquilizadoras del padre Alberto y los consejos que él mismo le daba hiciesen su efecto muy pronto. Tras concluir en el sótano, se sentó a la mesa. Rosita estaba colocando dos vasos en la mesa para cenar.

—¿Cómo te encuentras? Te noto algo distraída. ¿En qué piensas? —Nico cambió el semblante.

—En nada en particular y en todo —dijo como si estuviese flotando en una nube. Nico puso cara de circunstancia y se acomodó frotándose la pierna izquierda.

—Estás más *parva* (tonta) que nunca.

—Sí. Hoy me encuentro algo *parviña*. Me preocupa un poco nuestro bienestar, Nico —comentó, metiendo un mechón de cabello por detrás de su oreja.

—No me llames «Nico». No lo soporto —señaló mientras terminaba de acomodarse.

—Pues cómo quieres que te llame. Tú mismo me dijiste que te llamara así, que me acostumbrara a llamarte así.

—Es cierto. Perdona, no me hagas caso. Es que estoy como el tiempo.

—¿Te has tomado la medicación?

—Sí.

—¿Cómo llevas la pierna? —Terminó de poner los cubiertos.

—Me duele un poco, pero puedo andar bien. Te agradecería que no me lo recordaras a cada momento. Cada vez que me preguntas, me vienen imágenes desagradables y muy confusas. No quiero recordar nada de eso... Por cierto, esta noche intentaré arreglar la tubería del cobertizo de Matías. Le dije que se la arreglaría para mañana.

—Pero Matías está en la capital.

—Me ha dejado las llaves —aludió sonriendo.

—Ten cuidado a la vuelta. La casa de Matías está en la otra punta del pueblo. No me gusta que cruces todo el bosque a esas horas. Ocurren cosas. Y desde que encontraron muerto a Aleixo, no estoy tranquila —advirtió Rosita algo preocupada.

—No te preocupes, *muller*. Me va a llevar bastante tiempo. Dormiré en su casa y vendré por la mañana temprano, para abrir el bazar.

—¿A qué hora piensas irte?

—Sobre las siete. Ya sabes que está lejos. ¿Estarás bien? —preguntó mientras hundía la cuchara en un trozo de patata cocida.

—Sí. Me entretendré con algo. No hay problema. Tengo cosas que hacer.

—Procura no acostarte tarde. Luego te dan las tantas con esas radionovelas —sonrió mientras masticaba un trozo de pan.

—No sé por qué dices eso. Tampoco me acuesto tan tarde —respondió con una pequeña burla simpática, al tiempo que comía un trozo de patata.

—Bueno, voy a preparar las herramientas. —Nicolás se limpió la boca con un trapo.

—¡Pero espera, hombre! Tienes tiempo hasta las siete —dijo ella, dejando de golpe la cuchara.

—Es igual, así ya las tengo preparadas.

—Acuérdate de coger tus pastillas. Ya sabes que no puedes dejar de tomarlas.

—¡Lo sé! ¡*Pousada!* (¡Pesada!) —Marchó para la trastienda por su bolsa.

Rosita aprovechó la ausencia de su marido para llamar por teléfono. Descolgó el auricular y marcó un número. Pasados unos segundos, una voz masculina contestó la llamada.

—Hola, amor mío. Estaré sola. ¿Quieres que nos veamos un *ratiño* donde siempre? ¿A las siete y media? Vale, un besito. Ten cuidado.

XI

HOSPICIO GENERAL DE LA CORUÑA.
2 DE ABRIL DE 1939. 16:25 HORAS.

Franco había comunicado que el trabajo sería el único exponente de la voluntad popular. Cierto era que el país necesitaría una reconstrucción total y gracias al esfuerzo de todos, España se levantaría poco a poco. No iba a ser menos cierto para todos aquellos niños que habían quedado huérfanos tras la Guerra Civil, entre ellos Pablo y Silvia...

La niña había conseguido convencer a Raúl, su amigo especial, para que les ayudase a escapar de allí, aprovechando el revuelo producido durante la catástrofe. Le hizo prometer que no diría nada a nadie, que tanto ella como su hermano habían perecido en aquel fatídico accidente. Pablo estaba herido en su pierna puesto que había sufrido el impacto de un trozo de metal que le había causado una perforación seria. Su hermana le había practicado una especie de torniquete para parar la hemorragia. Pablo sacó de su bolsillo el soldadito de plomo que tanto le gustaba. Era su juguete más preciado. Se lo entregó a Raúl y le dio las gracias. Raúl comprendió el gesto de Pablo y lo guardó, sonriendo.

El día anterior, Franco había confirmado el fin de la contienda. El parte oficial del cuartel general del Caudillo anunciaba el alcance de los últimos objetivos militares de las tropas Nacionales. La Guerra Civil había terminado. Era el año de la victoria, aunque muchos de los que habían combatido, no sabían muy bien a qué tipo de victoria se refería. Ambos bandos padecerían hambruna y otras necesidades que, con el tiempo, se dejarían notar en todo el país.

Después de escapar del campamento de niños de Oza, consiguieron llegar a la capital. Pablo cojeaba considerablemente. A Raúl, enamorado de Silvia, le costó aceptar su marcha. Prometió que no diría nada y juró que volvería a verla. Ya en La Coruña, los jóvenes buscaron ayuda en el Hospicio General.

Silvia se atrevió a llamar a la puerta. Una monja, sor Ignacia, les dejó pasar y los atendió de buen grado.

—Pero ¿qué tenemos aquí? ¡Por el amor de Dios, pasad, hijos! —dijo preocupada, poniendo sus manos en las cabezas de los niños.

—Muchas gracias, madre.

—¿De dónde venís, niños? ¿No tenéis a nadie? —preguntó algo nerviosa sor Ignacia mientras los llevaba a la cocina para darles algo de comer.

—Nuestros padres han muerto. No tenemos a nadie. Hemos venido aquí porque no sabemos adónde ir —dijo la niña con cara de lástima.

—¡Por el amor de Dios! Pero ¡¿cómo llevas la pierna así, hijo mío?! Ven, voy a curarte esa herida. Está sangrando.

La herida era algo más pronunciada como para curarla con simples paños y agua caliente. Sor Ignacia llamó al médico de la zona para que atendiera al niño y mientras venía, los chiquillos se sentaron a una mesa grande de madera, en el centro de una gran cocina austera, pero limpia, donde tomaron leche y pan. Después, la monja los llevó al baño. Allí pudieron asearse y despojarse de aquellas ropas sucias y roídas. Sor Ignacia les proporcionó algo de ropa limpia...

Al poco, llegó el doctor, que examinó la herida de Pablo. Decidió llevarlo al hospital donde lo intervinieron de urgencia y le salvaron la pierna. Unos cuantos días después, regresó al orfanato para ser cuidado por las monjas de la Orden Calixtina. El joven consiguió salvarse gracias a la rápida intervención.

Silvia quería olvidar su pasado. Al igual que su hermano, sentía la necesidad de hacer borrón y cuenta nueva; comenzar una vida distinta. Habían sido años muy duros para dos niños... Así que la muchacha improvisó dos nuevos nombres, unos nombres que les proporcionarían nuevas identidades y nuevos comienzos en aquellos años de miseria y compañía.

ANTIGUA COLONIA DE NIÑOS DE OZA. LA CORUÑA.
17 DE MARZO DE 1952. 18:46 HORAS.

Después de averiguar el paradero de los hermanos, Javier Manzano se desplazó hasta un balneario que fue refugio durante la Guerra Civil de una colonia de niños, en Oza. Allí pidió hablar con el responsable del lugar. El cansancio del inspector era evidente; estaba recorriendo muchos kilómetros por unas carreteras fracasadas y dejadas de la mano de Dios. A cambio, disfrutaba de unos paisajes frondosos y castigados por un clima duro, en unas tierras sombrías y tristes. En su trayecto, no podía dejar de pensar en aquella muchacha que le había robado el alma. Le preocupaba su salud. Quería verla pronto recuperada y sonriendo de nuevo. La memoria también le trajo recuerdos de Julia, la mujer cuya pista perdió durante la Guerra Civil y de la que ansiaba tener noticias, aunque nunca tenía tiempo de investigar acerca de ella. Siempre se preguntaba qué pudo ser de la mujer a la que había amado con todas sus fuerzas y de la que ya no estaba tan seguro de estar enamorado. Ahora, Javier sentía un fuerte amor por *Isiña*. No obstante, a pesar de ello, había una especie de lucha interna entre dos mujeres que ocupaban su mente y su corazón. Finalmente, el hombre logró despejar su cabeza y se centró en el caso.

El director del balneario recibió al inspector en la recepción, donde se acomodaron en unos sillones de mimbre, mientras tomaban unas tazas de achicoria. Le explicó a Javier el suceso que aconteció en el campamento con los niños.

—Entonces, usted dice que el comportamiento de aquel chiquillo no era normal.

—Así es. Se comportaba de una forma poco ortodoxa —dijo el director antes de levantar su taza y dar un pequeño sorbo.

—¿Podría especificar un poco más?

—El niño no era muy hablador. No jugaba mucho, por no decir nada, con el resto. Cierto es que los chavales se metían mucho con él y le llamaban raro, anormal y cosas así. Un día le sorprendí queriendo escapar de aquí. Tuve que hablar con él y pareció entrar en razón. Supongo que le afectaba de alguna forma aquella soledad a la que estaba sometido por los demás.

—Y, ¿cómo reaccionaba?

—Se apartaba de ellos. No hacía nada. No respondía a los insultos, pero sí que se quedaba mirando de una forma que, ¡vaya!, a mí me dejaba helado. Aquella mirada era..., ¡¿cómo decirle?!

—Comprendo.

—Una mañana, un niño me dijo que Pablo le había amenazado.

—¿De qué forma?

—Me dijo que estaba durmiendo y Pablo se sentó a su lado, en la cama. Cuando abrió los ojos lo vio mirándolo a la cara, fijamente. Se asustó. Dijo que la mirada era muy fría y amenazadora.

—Y, ¿qué hizo entonces?

—Se orinó encima. A continuación, dijo que se levantó de la cama y se marchó sin decir nada.

Javier se limitaba a tomar apuntes.

—¿Algún dato más que considere importante?

—Pues, verá. Hubo un accidente con otro niño.

—¿Qué tipo de accidente?

—No se supo nunca. Lo encontramos en los alrededores del campus, un tal Mateo. Estaba tirado en el suelo. Tenía heridas causadas por los animales salvajes del bosque y una gran brecha profunda en la sien. El doctor que lo examinó nos dijo que fue provocado por un golpe. Entonces llegó a la conclusión de que pudo golpearse accidentalmente y caer al suelo muerto. Los animales hicieron el resto. ¡Pobriño!

—¿No hubo testigos? —preguntó Manzano, tomando notas.

—No, señor. Nadie vio nada. Se interrogó incluso a los chicos con los que jugaba.

—¿Llegaron a sospechar de alguien? —Javier recordó la declaración de Andrés.

—Sinceramente, en la primera persona que se pensó fue en Pablo. Pero no había pruebas ni testigos.

—Comprendo. ¿Qué puede decirme de la niña?

—¿Silvia? Una criatura dulce, muy buena. Se preocupaba siempre de estar con su hermano, a pesar de que el niño le contestaba de forma fría. No

quería que lo protegiese tanto. Ella reflejaba siempre una tristeza en su rostro muy marcada, aunque sonriera. Ahora que recuerdo, hizo muy buenas migas con otro chico de aquí. Estaban casi siempre juntos, aunque escondidos. Yo los sorprendí varias veces en ciertas esquinas, a solas. No podían ser vistos por nadie.

—¿Qué hacían?, si no es indiscreción. —Javier carraspeó.

—Como mucho, besarse. Unos besos muy inocentes. Pero no podían dejar que nadie les viera. Raúl no quería ser apartado del grupo de amigos. Ya sabe...

—Entiendo. —Pasó una hoja de su bloc para continuar.

—¿Cómo fue aquel accidente en el que perdieron la vida?

—Fue horrible. Recuerdo muy bien aquella fecha: 12 de septiembre de 1938. No se me olvidará jamás. Los niños jugaban aquella tarde en el exterior. El ruido de un avión se dejó oír, un silbido recorrió el aire... El humo negro salía de los motores. El impacto fue brutal. Estalló justo en la zona donde un pequeño grupo de chicos se encontraba jugando. Murieron todos y entre ellos estaban Pablo y Silvia.

—Dígame, ¿qué fue del resto de niños de la colonia al finalizar la guerra?

—La mayoría fueron acogidos por familias. Otros marcharon con sus verdaderos padres. Alguno incluso se quedó aquí, como Raúl.

—¿Tiene usted a uno de los chicos aquí?

—Así es. Lo acogí y le enseñé el oficio. Él fue quien hizo muy buena amistad con la niña. Raúl, Raúl Souza.

—¿Podría hablar con él?

—No está en estos momentos. Es su día libre. Si usted quiere, puedo decirle que venga.

—No se preocupe. Dígame dónde vive y yo iré a hablar con él.

—Muy bien. Si me acompaña a recepción, le daré sus señas.

Javier Manzano tenía la corazonada de sacar luz de aquel pozo sin fondo. Pero también sabía por experiencia propia que debía tener los pies sobre la tierra. No obstante, deseaba cuanto antes la información de aquel chaval.

CASA DE RAÚL SOUZA. LA CORUÑA.
17 DE MARZO DE 1952. 19:22 HORAS.

El director de la colonia se había puesto en contacto con Raúl para avisar de que un inspector de la Brigada de Investigación Criminal iba hacia su casa para hacerle unas preguntas. Raúl se encontraba en su casa y recibió a Javier cordialmente. Charlaron sobre temas pasados, para esclarecer asuntos del presente. Javier Manzano sabía que debía hacer las preguntas concisas para poder establecer un nexo sólido. Al fin y al cabo, habían pasado ya trece largos años.

—Buenas tardes. ¿Raúl Souza? —preguntó, tendiendo su mano.

—Así es, inspector. Me tiene preocupado. ¿A qué se debe esta visita? —preguntó nervioso.

—Supongo que el director del balneario donde trabaja le habrá puesto en antecedentes, ¿no es así?

—Ciertamente no. Solo me ha dicho que un inspector de la Policía quería hacerme unas preguntas. No se ha limitado a decirme nada más —mintió. Javier notó cierto titubeo en Raúl. Lo dejó pasar.

—Está bien. ¿Podemos sentarnos, por favor?

—Claro. Pase a la sala de estar —contestó mientras hacía un ademán, con su mano. Ambos se sentaron en sillas opuestas y Javier no se anduvo con rodeos. Observó la casa. Un hogar bastante pequeño y humilde.

—Vive muy retirado de su lugar de trabajo.

—Así es. Pero no es problema para mí. Cuando trabajo me quedo a dormir allí. No tengo que estar yendo y viniendo.

—De hecho, vive más cerca del pueblo donde estoy viviendo que de Oza.

—¿Dónde está viviendo, inspector? Si no es mucha indiscreción.

—Estoy pasando unos días en el pueblo de Castelouriño.

—Eso, queda cerca de Carballo, ¿no es así?

—Así es. ¿Conoce usted el pueblo?

—Ciertamente no, inspector. —Raúl desvió la mirada hacia otra parte.

—Veamos. Usted estuvo refugiado en la colonia de niños de Oza, durante la Guerra Civil, ¿no es así?

—Sí, así es. Junto con otros niños.

—¡Hábleme de una pareja de niños llamados Pablo y Silvia!

—Bueno, yo..., realmente poco le puedo decir. No se hablaban con casi nadie. Si acaso la niña era más sociable que su hermano.

—Comprendo. Usted, ¿jugaba con ellos? —Javier preparó su bloc.

—Sí, bueno, no mucho. El resto de niños no quería jugar con ellos y yo no quería problemas con los demás, ¿sabe usted?

—Entiendo... Pero jugaba a escondidas con los hermanos, al menos se veía con la niña, ¿no es así? —Javier miró directamente a los ojos de Raúl. Quería ver cómo reaccionaba. Raúl volvió a desviar unos instantes la mirada.

—Sí, bueno..., de vez en cuando nos veíamos a escondidas.

—¿Llegaron a algo más?

—¡Inspector! ¡Éramos unos niños! ¡Por Dios! —Se puso más nervioso aún.

—Los niños también sienten y padecen. El director del centro me ha dicho que os pilló dándoos un beso y no precisamente en la mejilla. —Enarcó una ceja.

—Sí, bueno..., cosas de *nenos* —sonrió inquieto.

—Claro. Cosas de chiquillos. Cuénteme, ¿qué ocurrió el día del accidente?

—Eso fue algo que no quisiera recordar. Fue muy doloroso para todos. Yo lo presencié todo: el silbido, el aparato aproximándose al lugar y después..., todo fueron gritos, la gente corriendo, cuerpos destrozados. ¡Un horror!

—¿Viste los cuerpos de Pablo y Silvia?

—No..., quiero decir, sí, claro.

—¿Por qué ha dicho que no? —preguntó Javier inquisitivo.

—Bueno, verá..., en realidad no los vi. Solo vi un cuerpo mutilado. Supuse que era el de Silvia. Llevaba un jersey verde. Se lo di yo. Así fue cómo reconocí su cuerpo.

—Y, ¿de Pablo? ¿Qué puede decirme del niño? ¿Lo reconociste?

—Sí, sí, claro. También. Estaban los dos allí, tirados. Él vestía los pantalones que casi siempre llevaba puestos. Unos de color marrón, de pana —titubeó.

—¿Está seguro de todo lo que me está contando?

—Así es, inspector. Se lo juro por lo más sagrado que los niños murieron allí.

Por alguna razón, Javier no terminó de creer aquella versión de los hechos. Tampoco tenía motivos para dudar de aquel muchacho. Pero ese juramento tan incisivo, con tanto ahínco, le hizo dudar.

—Está bien. Gracias por su declaración.

—Dígame. ¿Puedo preguntarle por qué quiere saber sobre estos niños, a estas alturas? —Aquella pregunta inquietó a Javier todavía más. No por la pregunta en sí, sino por el tono que puso en hacerla.

—Lo siento. Es un caso del que no puedo dar información alguna. Muchas gracias por todo.

—A usted, inspector —sonrió forzado.

Javier tenía la seguridad de que Raúl había ocultado información. Una punzada le oprimía en su pecho, pero tenía que darle la sensación a Raúl de que lo había convencido. No quería espantarlo ni dar lugar a que se pusiera en guardia.

HOSTAL LOS PAZOS. CASTELORIÑO.
17 DE MARZO DE 1952. 21:45 HORAS.

—¿Qué te pasa, Luciana? —preguntó Cayetano con sequedad.

—Nada. ¿Por qué?

—Tienes mala cara.

—Estoy bien. Será mejor que termines cuanto antes de arreglar esa maldita caldera. No para de romperse. La gente se queja de que no sale agua caliente. Me voy arriba a preparar a la *avoa* (abuela). Debe estar incómoda — contestó de mala gana.

—Pues ya podría pedirlo.

—Sabes muy bien que desde que murieron *pai e nai* (padre y madre), no habla. —La caldera hizo un ruido desagradable.

—¡Vaya *merda* de aparato! —soltó Cayetano.

—No tiene que ser tan difícil arreglarlo, ¿no? —espetó Luciana.

—Te dije que nos quedáramos en la capital, pero tú no. Querías venir a este pueblo de mala muerte.

—¡Pero es mi pueblo! ¡Nuestro pueblo, Cayetano! ¡He sufrido mucho para conseguir venir aquí! ¡Nuestro tío bastante tenía el pobre con lo suyo y tú nunca me lo pusiste fácil! ¡Siempre he tenido que cuidar de ti! ¡*Tirei do carro toda a miña vida!* (¡He tirado del carro toda mi vida!). ¡Desde bien pequeña! ¡Y qué me queda!, ¡¿eh?! ¡Nada! ¡Solo deudas! ¡Gracias a mí tenemos algo! ¡No trates de decirme qué es lo que debo hacer! ¡Sabes perfectamente lo que voy buscando! ¡Por lo pronto ya ha caído uno! ¡Así que, uno menos del que hay que preocuparse!

—¡¿Quieres dejar esa obsesión tuya, Luciana?! ¡No hay nada que hacer! ¡Don Fernando es intocable! ¡No vas a conseguir que te perdone ni un solo pago del dinero que le debemos! ¡La única forma es pegándole un tiro en un lugar solitario, sin testigos!

—¡Por su culpa, padre y madre están muertos! ¡Ese *fillo* de puta fue el responsable de sus muertes! ¡No descansaré hasta verlo muerto, si es preciso! ¡Tú déjalo de mi cuenta! —dijo Luciana con los ojos desencajados.

—Y, ¿cómo sabes que fue don Fernando el culpable?

—Ya sabes lo que nos contó nuestro tío. ¿Hace falta que te lo repita? —contestó con sequedad.

—Me voy. Ya seguiré con esto mañana. —Cayetano dejó la herramienta encima de la caldera.

—¿Adónde vas?

—Tengo cosas que hacer. No me esperes levantada. Cuanto menos sepas de mí, mejor.

PAZOS DE DON FERNANDO. CASTELOURIÑO.
17 DE MARZO DE 1952. 22:05 HORAS.

Aquella oscura silueta saltó la reja por la parte de atrás y quedó en cuclillas. Notó el dolor en sus piernas, aunque aguantó con entereza. La rabia que sentía hacía que sacara fuerzas de donde no las había. Esa noche los perros andaban sueltos, tal y como había ordenado Fernando después de que Ignacio invadiera sus tierras, y se percataron de la pieza. Corrieron a su encuentro para despedazar aquel cuerpo. Sin embargo, a un par de metros de su presa, la silueta extendió los brazos y las mano, y los canes frenaron en seco. Olieron las manos de la extraña figura y gimieron. Se sentaron a su lado y acarició sus cabezas. Los animales entraron en un estado de sopor puesto que llevaba las manos impregnadas en cloroformo. A continuación, se dirigió hacia la casa de Casto. Frente a su puerta, introdujo un papel doblado por debajo.

El mecánico de don Fernando se encontraba en ese instante mirando una revista erótica. Se deleitaba con las fotos de chicas desnudas y sonreía con cara de idiota, mientras desorbitaba los ojos con lujuria. Casto metió su mano por el pantalón y comenzó el ritual, acompañado pero enérgico. Sincronizaba los vaivenes de su mano con las expresiones orgásmicas de su rostro. Estaba tan centrado en su trabajo, que no se dio cuenta de la hoja de papel que se filtraba bajo la puerta. Cuando terminó la ceremonia, cerró la revista y se levantó para ir al baño. Tenía que asearse antes de dormir. Fue cuando vio el papel en el suelo. Con extrañeza, se acercó a él y lo recogió. Lo desplegó; era una nota. Alguien le citaba en cierto sitio para un encuentro esporádico.

—Te espero en diez minutos para darte una sorpresa. En la caseta de pescadores. Si quieres saber quién soy, tendrás que ir. Un beso —leyó por lo bajo y sonrió—. Esta es *Maruxiña*. Fijo que es ella —volvió a sonreír.

Casto se entusiasmó de manera exponencial. Se arregló un poco, agarró su chaqueta y se puso los zapatos. Salió por la puerta dejando la luz encendida.

Ya fuera, cogió el coche de don Fernando y condujo hasta el embarcadero. Apagó el motor y las luces del vehículo. Allí esperó a *Maruxiña*. Miró su reloj. Eran las 21:56 horas. Observó por la ventanilla del Peugeot la caseta de pescadores. Las redes se apilaban por toda la zona y el ruido del mar se dejaba oír como un eco en el silencio de la noche. La luna reflejaba brillos sobre las crestas de las pequeñas olas que se difuminaban en la orilla. El frío húmedo se notaba en las mejillas y manos. De repente, una figura femenina asomó de detrás de la caseta. Casto frunció el ceño y luego sonrió. Estaba contento. Iba a *botar un po* (echar un polvo) esa noche. Se bajó del coche y subió las solapas de su abrigo. Notó la salinidad en su rostro. Pasó sus manos por el cabello para adecentarlo un poco. Luego, metió las manos en los bolsillos y se dirigió hacia ella. La mujer advirtió la presencia de Casto y paró su paseo, se giró de medio lado para disimular su rostro. Su cabello largo y castaño consiguió ocultarle medio semblante. El hombre llegó hasta posicionarse frente a ella. Entonces la mujer mostró su rostro. No era *Maruxiña*. El rostro pertenecía a otra persona que no conocía. Aun así, ella sonrió a la misma vez que le apuntaba con un arma. Casto también sonrió hasta que vio la pistola que empuñaba aquella mujer extraña que, con una voz forzada y algo rota, dio órdenes al mecánico de don Fernando.

—Da media vuelta y *camiña* delante de mí.

—Pero ¡qué *carallo*...!

—¡Vamos! No me obligues a disparar —sentenció con determinación.

Casto cambió el semblante. Hizo lo que la mujer le ordenó. Caminaron unos trescientos metros hasta llegar al faro. Allí, el agente de la Benemérita estaba parapetado en la puerta de la edificación; siguió a la pareja con la mirada.

—Saluda cordialmente. Recuerda que estoy apuntándote con la pistola —dijo la mujer con aquella voz desconcertante mientras se agarraba a Casto y apoyaba su cabeza en el brazo de este.

—¡*Boa noite*, agente! —espetó con voz trémula, intentando sonreír.

El agente asintió con la cabeza y dejó de mirar hasta perderlos de vista. Bordearon la gran linterna y bajaron por un pequeño escarpado, el mismo que bajaron en su día el inspector Manzano y el sargento Ricardo, hasta llegar a la falda de las rocas del acantilado. Volvieron a caminar un pequeño trecho más. Detrás de unos matorrales, se escondía la puerta secreta que conducía al interior del faro. La mujer empujó a Casto y le ordenó que abriera la puerta.

—¡Sube! —volvió a ordenarle.

Casto no dijo nada. Obedeció a pies juntillas. Al final del corredor angosto, descorrió la puerta. La mujer le apuntaba desde atrás. Una vez dentro, se dirigieron hacia el salón; el que una vez fuera el hogar de una familia humilde pero unida.

—Y ahora, guarda silencio o te mato. Si el guardia nos oye y entra, te pegaré un tiro.

—Tu voz es extraña. ¿Quién *carallo* eres? —susurró Casto con cara de no saber qué estaba ocurriendo. Miró en derredor y observó la cuerda en forma de sogas que pasaba por el pescante, sujeta a una colaña del techo. No era consciente de la situación en la que se veía comprometido—. Y, ¿qué coño quieres? —volvió a preguntar en voz baja.

—Ponte de rodillas —dijo la silueta con voz firme.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Casto con voz dudosa.

—He dicho que te pongas de rodillas. —Casto obedeció. Miró la silueta con extrañeza. No alcanzaba a verle bien la cara entre todas aquellas sombras. Aun así, le pareció familiar.

—Ahora pon las manos a la espalda. Obedece y no te pasará nada.

Se puso tras el cuerpo del reo y ató las manos por las muñecas con cuerda de cáñamo, bien fuerte. Era imposible poder desatarse. Casto notó cierta rudeza. Se trataba de una mujer vigorosa, acostumbrada a manejar bien las manos.

—¡*Filla* de puta! —dijo arrugando las expresiones faciales como un papel viejo.

—Tranquilo. No llegará la sangre al río, por el momento —sonrió fríamente. Asió la cuerda por la parte del seno y la introdujo por la cabeza de Casto. Luego ajustó el lazo hasta quedar fijo en el cuello. Después, encendió unos cuantos cirios colocados en el vano de la chimenea—. Ahora, ponte de pie y sube al alfeizar de la ventana.

—¿Qué vas a hacer, loca del carallo?! —preguntó nervioso y con ojos desorbitados. Le hizo un gesto con el arma empuñada.

—¡Guarda silencio! Sube o te pego un tiro y dejo que te desangres.

—¿Por qué me estás haciendo esto? ¡Yo no te he hecho nada! ¡Ni siquiera te conozco! —Casto empezó a levantar la voz. Ella alzó su brazo y le propinó un golpe en la cabeza. No fue lo suficientemente fuerte como para que perdiera el conocimiento, pero sí para que dejara escapar un quejido seco, cerrando al mismo tiempo sus ojos—. ¡*Filla* de puta! ¡Suéltame y verás lo que soy capaz de hacerte! ¡Miserable de *merda*!

La fémina fue al otro extremo de la cuerda. Estaba unida a un juego de polipastos. Tiró del extremo e hizo que la víctima se pusiera de pie poco a poco. Obligó a Casto a subir a la repisa de la ventana. Allí, y con los pies de puntillas, no tenía apoyo alguno. Estaba indefenso. Podía observar la situación a la perfección.

—Voy a hacer contigo lo que tú permitiste que ocurriera en su día, hace muchos años.

—¿De qué coño estás hablando, *tola de merda* (loca de mierda)? ¿Quién coño eres tú?

—Te lo diré en forma de acertijo. Si lo adivinas te dejaré marchar.

—*Aquel que perdeu a súa inocencia, o mesmo día que viu descender ao seu ascendente, no vento xélido da noite. Entre tormentas de luces e lumes. Na gran escuridade rugiente, de auga negra e morte.* (Aquel que perdió su inocencia, el mismo día que vio descender a su ascendente, en el viento gélido de la noche. Entre tormentas de luces y fuegos. En la gran oscuridad rugiente, de agua negra y muerte) —recitó mientras paseaba de un lado a otro de la sala. Su sonrisa se tornó en una mueca de odio y rabia. Casto apenas pronunció unas palabras.

—¡Espera! ¡¿Qué quieres decir?! —preguntó más confundido aún.

La silueta subió a la repisa y le metió un trapo sucio en la boca. Después, le colocó un trozo de cuerda alrededor para que no pudiese escupirlo. Se bajó de la ventana y se puso frente a él. Se llevó la mano a la cabeza y agarró de su pelo. Tiró y se desprendió de la peluca. Casto abrió los ojos como platos. Reconoció de inmediato la persona que tenía frente a él. De su boca, no podían salir más que sonidos guturales apagados. De repente, hizo girar la manivela a la que estaba conectada la soga. El cuerpo de Casto se levantó como una pluma en el aire, dejándolo suspendido, sin apoyo alguno en sus pies. El cuerpo de la víctima comenzó a cimbrear. Volvió a subir al alféizar y le quitó la cuerda y el trapo de la boca. Bajó y continuó con el ritual. Su lengua salió por la boca a modo de burla, en un acto reflejo de asfixia y dolor. Uno de los zapatos cayó al suelo. Seguía moviéndose, como si de un ataque epiléptico se tratara. De repente, quietud. El cuerpo paró de moverse y quedó en una posición estéril. Los ojos abiertos apuntaban hacia arriba. Paró de mover el manubrio para dejar fijo el cadáver de aquel infame sirviente. Apagó las velas, tomó del bolso un fanal y se dirigió al piso de arriba. Allí lo encendió y lo puso encima de una estantería rota. Durante treinta y cinco minutos realizó su ceremonia. Finalmente, dejó una figurita entre los pies suspendidos de aquel cuerpo. Después, escribió una nota y la clavó en el

pecho de la víctima con un puñal de hoja curva a la vista de cualquiera. Sabía que el inspector Manzano descubriría, tarde o temprano, el significado de aquellas palabras y de aquel juguete. La figura marchó por donde había entrado.

XII

HOSPICIO GENERAL DE LA CORUÑA.
10 DE JUNIO DE 1939. 10:45 HORAS.

Silvia se había hecho al lugar. Había conseguido relacionarse con algunos niños, especialmente con las de su género. Tenía ilusión y eso, al fin y al cabo, era lo que contaba. Era una mujercita. Con diecisiete años, algunos chicos del orfanato ya empezaban a fijarse en ella: insinuaciones, risas y coqueteos. Pero ella tenía puestas sus esperanzas en Raúl, que les ayudó a escapar de la colonia escolar y le juró que volvería a verla.

Después de hacer las tareas propias en el lugar, Silvia se reunió con su hermano Pablo. Al chico no le iba tan bien. Se había ganado las rencillas de algunos de los otros compañeros de habitación. Pedro era uno de los cabecillas y la tomó con Pablo. Indefenso e introvertido, el niño prefería estar solo. No quería relacionarse con nadie. Algunos decían que era el mismo diablo reencarnado en niño. Tenía la mirada fría y vacía. Nadie podía saber lo que su mente, trastocada por aquellas corrientes y los medicamentos que el doctor Eusebio le daba, estaba maquinando. ¡Hasta dónde podían llegar las elucubraciones de un chaval de su edad!

—Tienes que intentar adaptarte —decía Silvia agarrando los brazos de su hermano.

—Déjame en paz. No quiero nada con los otros. Me miran mal. Se creen que pueden manipularme —contestó con la expresión de sus ojos mortecinos.

—Hazte amigo de ellos. Tenemos que vivir aquí un tiempo. Hasta que cumpla los veintiuno. Entonces, nos iremos y buscaremos un sitio donde vivir.

Pablo se fue corriendo hacia su cama. Allí, a los pies de su lecho, se sentó en el suelo y sacó una foto estropeada y algo deteriorada por el uso. Era la imagen de una mujer muy guapa, de pelo largo y negro como el azabache, de ojos claros y una sonrisa perlada y efímera. Era la imagen de su madre.

Volvió a guardarla como si de oro se tratara. Entonces, dos niños entraron en la habitación. Reían y bromeaban entre ellos, haciendo como que luchaban igual que dos caballeros de la Edad Media. Al ver a Pablo, frenaron en seco. Cambiaron sus caras y guardaron silencio. A uno de ellos no le gustó que estuviera allí. Se atrevió a preguntarle con mal gesto.

—¡Eh!, ¿tú que haces aquí, niño raro? —Miró a su compañero y rieron los dos con malicia. Pablo observó muy serio, sin decir nada—. ¡Contesta, niño raro! ¿Qué haces aquí? ¡Te gusta estar solo!, ¿verdad? Ahora no tienes a tu hermanita para esconderte entre sus faldas, ¿verdad? ¡Ponte de pie! ¿Qué tienes en las manos? —Observó Pedro frunciendo el ceño. Pablo no se inmutó—. ¡Que te pongas de pie, te he dicho! —Se acercó a Pablo y le propinó una patada en la pierna. Después le arrancó de las manos la foto de su madre.

—Devuélveme mi foto —contestó sin mover un músculo de su cara.

—¿De verdad quieres esta mierda? Y, si no te la doy, ¿qué me harás? —volvieron a reír.

—Dame la foto y vete de aquí, hijo de puta —replicó Pablo sin cambiar el tono de su voz. Una de las novicias, sor Fortunata, observaba sin intervenir la escena de los niños.

—¿Qué me has llamado? —El otro niño estrujó su cara sin dar crédito a lo que había oído.

—Vámonos de aquí, anda, Pedro. Déjale en paz. No merece la pena —dijo Simón con algo de miedo en su cara.

—¿Irnos? ¡Primero me pedirá perdón o le partiré la cara aquí mismo al desgraciado este! —dijo con la cara encendida y rompiendo la foto en dos—. ¡Ponte de pie, cobarde de *merda*!

Pablo se puso de pie muy despacio y observando cómo caían los pedazos al suelo, como si en su recorrido hubiese pensado lo que iba a hacer.

—Retira ahora mismo lo que me has llamado. —Pedro apretó el puño de su mano derecha. Pablo lo miró a los ojos, sin pestañear. Entonces, se agachó y recogió las dos partes de la fotografía. Dibujó una pequeña sonrisa en sus labios y exhaló unas palabras.

—Lo siento. ¿Me perdonas?

Pedro no esperaba aquella respuesta, no al menos de aquella forma tan extraña. Pedro y Simón se miraron sorprendidos. Luego, los dos niños rieron a carcajadas.

—¡Vámonos de aquí, Simón! Tienes razón. No merece la pena con un cobarde así. —Los dos chavales volvieron a reír fuerte y se esfumaron de allí.

Sor Fortunata se escondió detrás de la puerta para no ser vista. Los amigos marcharon hablando y riendo entre ellos. La religiosa volvió a observar a Pablo; el niño borró la sonrisa hasta quedarse con una mueca perversa. La novicia sintió un escalofrío al ver la cara del muchacho. Había algo en sus ojos que penetraba hasta el alma desgarrándola en pedazos.

FARO DE CASTELOURIÑO. LA CORUÑA.
18 DE MARZO DE 1952. 08:00 HORAS.

Suso saludó con el frío metido en los huesos al agente de la Benemérita, que se hizo a un lado y le abrió la puerta del faro. Subió silbando por las escaleras y cuando pasó por la zona del salón, le pareció ver algo extraño colgado de la ventana. Frenó de repente y asomó medio cuerpo por el lugar. Sus ojos se abrieron como los pétalos de una flor. El asombro que le produjo la silueta de aquel cuerpo colgado por el cuello hizo que perdiera el equilibrio. Se agarró al marco y agachó su cabeza para dar unas arcadas, que dieron paso a unos vómitos nacidos del nerviosismo. Bajó las escaleras raudo y buscó al agente para alertarlo.

IGLESIA DEL SAGRADO CÁLIZ. CASTELOURIÑO.
18 DE MARZO DE 1952. 08:20 HORAS.

María Soledad se dirigió a la iglesia con paso firme y rápido. Hacía cuatro días que la bruja Ceferina le había vaticinado acontecimientos peligrosos. Necesitaba hablar con alguien, confesar sus miedos; no había otra persona que el padre Alberto, un hombre que sabía comprender sus inquietudes. Lloviznaba acompañado de un viento frío. El tiempo no daba tregua a los habitantes del pueblo. El cielo, de un color azul marino intenso, amenazaba una inminente lluvia fuerte. La mujer entró por la puerta. Se arrodilló ante el Altísimo y se persignó con devoción. Miró hacia el púlpito; solo cinco personas se encontraban allí... Dos de ellas reclinadas con las manos entrelazadas y la cabeza agachada. Las otras tres estaban sentadas con la mirada perdida en la santa imagen. El silencio era sepulcral. Soledad recorrió con su mirada todo el interior, vio al padre Alberto en un rincón, junto al confesionario y se acercó para hablar con él.

—Buenos días, padre —susurró.

—Buenos días, hija. ¿Qué se te ofrece? —contestó el clérigo con cierta sorpresa. Los susurros eran acompañados por un pequeño eco que devolvía el templo.

—Padre, tengo que hablar con usted.

—¿Vienes a confesarte o simplemente para hablar? —preguntó poniendo su mano en el brazo de Soledad.

—Usted ya conoce mi mayor pecado. Necesito hablar con usted puesto que no encuentro consuelo.

—Vamos a la sacristía. Allí estaremos mejor —aconsejó mientras le indicaba con su mano. El padre Alberto cerró la puerta. Ocupó su silla tras la mesa. María Soledad se sentó frente a él—. Bueno, hija mía. Tú dirás —cruzó sus manos, a modo de atención.

—Hace unos días fui a ver a la *bruxa* Ceferina. Me dejó muy preocupada, ¿sabe?

—Pero ¡*muller de Deus!* Y ¿quién te manda a ti ir a esa pecadora del demonio? ¡Lo único que consigues es que te pongan la cabeza como una grillera! ¡Lo que tienes que hacer es rezarle a Jesús para que interceda por ti ante Dios Padre, hija mía!

—¡Lo sé, lo sé, padre! ¡Por Dios se lo pido! No le estoy diciendo esto para que me excomulgue.

—Tranquila. No creo que sea para tanto la cosa —contestó con la mano en alto y los ojos vueltos.

—No encuentro sosiego en mi alma.

—Busca a nuestro señor Jesucristo, solo así hallarás la conciliación que necesitas. Yo no puedo hacer nada, María Soledad. Lo que has hecho es muy grave. Viniste a mí para que te ayudara. Te di la absolución, pero tarde o temprano, estas cosas se terminan pagando, hija. Solo puedo aliviar tu alma momentáneamente. No puedo hacer más.

—Lo sé y se lo agradezco de todo corazón. Pero lo que necesito ahora es algo de protección. Temo por mi vida y por la de mi *filliño*.

—¿Protección, dices? —arrugó la frente.

—Así es. Las cartas han hablado.

—¡No sigas por ese camino, hija! No debes creer en esas cosas.

—¡Escúcheme, padre! ¡Le digo que esas cartas me han dicho cosas que es muy posible que me ocurran!

—¿Por qué dices eso, Soledad?

—Hace algo más de una semana, el señorito Marcial vino a verme a casa. Me amenazó diciendo que cogiera mis cosas y a mi *filliño* y me fuera del pueblo. Me ofreció dinero.

—Y, ¿por qué haría eso el señorito Marcial?

—Cuando fui a confesarle mis pecados, no se lo conté todo.

—Pues, tú dirás, hija. —Se cruzó de brazos.

—Verá. Mi *filliño* no es de mi marido. Manuel no es el padre de David. Es el señorito Fernando.

—¡Dios mío, hija mía! ¿Estás segura de eso? —Actuó como si no supiera de qué estaba hablando.

—Totalmente. Hace unos dos años que el señorito Fernando me forzó en su propia casa. Mi hijo..., es su hijo.

—Y claro, Marcial lo sabe.

—Vino a mi casa en busca de una carta. Una carta que me escribió doña Florina en respuesta a una primera carta que yo le escribí.

—Y, ¿qué decía esa carta? —El padre Alberto siguió con la farsa.

—Relato en ella todo lo que su marido me hizo.

—Y, ¿qué pinta el señorito Marcial en todo esto?

—Se ve amenazado por la herencia de su tío. Cree que voy a reclamar su dinero, un dinero que el señorito Marcial considera suyo.

—Comprendo, hija mía. Y por eso quiere que te vayas del pueblo.

—Así es. Tengo miedo, padre. No sé qué hacer.

—Entonces, no me queda otra salida.

—¿A qué se refiere?

—Iré a hablar con los dos. Esto tiene que acabar.

—¡Por Dios! ¡No haga una tontería! Son capaces de cualquier cosa.

—Pues, no se me ocurre nada mejor. Quizá, lo mejor será que te quedes aquí con tu niño. Podrás acomodarte arriba, en mi casa. Yo me acomodaré aquí, en la sacristía, al menos hasta que las aguas vuelvan a su cauce. Aquí no se le ocurrirá buscarte.

—Pero eso sería una molestia muy grande para usted. Le pondría en un gran compromiso, por no decir en peligro. ¿Qué pensaría la gente del pueblo? ¿Y si se enterara Marcial?

—¡No me importa! ¡Y nadie tiene por qué enterarse! ¡Al menos hasta encontrar una solución! ¡Te quedarás aquí y no se hable más! No te preocupes, hija. La seguridad de tu hijo y la tuya son lo primero. Además, se me está ocurriendo algo que, con la ayuda del Altísimo, espero poder solucionar el asunto y zanjarlo sin perjuicios para nadie.

—¿Está seguro?

—Seguro no hay nada en esta vida, María Soledad. Solo Dios está seguro de los designios que nos impone, aunque no lleguemos a entenderlos. Así que recoge tus cosas de casa y te vienes para acá cuanto antes. Hazlo por la noche, así evitaremos miradas innecesarias.

—Muchas gracias, padre. ¡Dios se lo tendrá en cuenta! Estoy seguro de ello. —Él miró con benevolencia a María Soledad y sonrió.

—Dios ya me tiene preparado mi merecido, hija mía. —Puso su mano en la frente de María Soledad y le hizo la señal de la Cruz.

FARO DE CASTELOURIÑO.
18 DE MARZO DE 1952. 08:50 HORAS.

El gentío era exorbitante. Una gran masa de lugareños se agolpaba sin poder ver nada; agentes de la Guardia Civil acordonaban la zona para evitar que nadie pudiese entrar en el faro. Después de ver los acontecimientos y las luces extrañas que sucedían dentro de aquella gran linterna, nadie se atrevía a acercarse por sí solo. Suso se había quedado en el cuartelillo con un agente tomando una tila para los nervios. Ya habría tiempo de interrogarle.

Javier Manzano y la pareja de la Guardia Civil, Ricardo y Manuel, se encontraban en el salón de estar del faro. De la parte superior de la ventana nacía un travesaño del que pendía una garrucha. Por su rueda pasaba una soga de la que estaba suspendido el cuerpo de Casto. La expresión era esperpéntica. Antes de que se presentase la comisión judicial, Javier ordenó bajar el cuerpo de la víctima. Cuando llegó la comisión, el forense procedió a examinarlo. Manuel realizó las fotos de rigor. Javier y Ricardo buscaron indicios por la zona. Solo era visible la nota que había sujeta al cuerpo de la víctima y el juguete del soldadito. El sargento Ricardo desclavó con un pañuelo el puñal que sujetaba la nota, justo en el corazón. Con unas pinzas, la entregó a Manzano. El puñal se guardó en un sobre de papel de estraza. Javier leyó en voz alta.

—Aquel que perdió su inocencia, el mismo día que vio descender a su ascendente, en el viento gélido de la noche. Entre tormentas de destellos y fuegos. En la gran oscuridad rugiente, de agua negra y muerte...

—No cabe duda de que se trata de la misma persona que mató a Aleixo.

Metió la nota y el juguete en otra bolsa de papel. La entregó al sargento.

—Sargento, que envíen el puñal al laboratorio. Quiero saber si es el mismo cuchillo con el que apuñalaron a la primera víctima.

—¡A la orden, inspector! Pues ya estamos otra vez con los acertijos. A saber lo que querrá decir —dejó caer.

—Dos víctimas; primero Aleixo y ahora Casto. Los dos son trabajadores de don Fernando. Algo me dice que la vida de don Fernando podría correr la misma suerte —manifestó Manzano, mirando a Ricardo de reojo—. ¿Se le han comunicado ya a él?

—Todavía no, inspector.

—Entonces iremos personalmente a su casa y le daremos la noticia. Manuel, quédese aquí para lo que ordene el forense.

—Por cierto, ¿cómo le fue con el juez? —preguntó Ricardo, interesado.

—Me lo puso difícil, pero accedió. No fue fácil convencerle. Gracias a los padres de la difunta, que tienen ciertas influencias, pude persuadirle de que el caso es de vital importancia. Aun así, tardará unos diez días, mínimo.

—¡Vaya! Diez días. Eso es mucho tiempo.

—Lo sé. Pero es lo que hay. Mientras, tendremos que seguir por otras vertientes —dijo mientras salía al encuentro del agente de guardia. Una vez abajo, lo hizo pasar dentro, en el umbral de la puerta. Allí le hizo un pequeño interrogatorio antes de marchar.

—Dígame todo lo que vio. —Se cruzó de brazos.

—Pues verá, inspector. Vi pasar a Casto con cierta mujer. Pasaron por ahí enfrente —dijo el agente señalando la zona de las casas frente al faro.

—Y, ¿qué más? —Javier sacó su bloc de notas.

—Yo estaba justo aquí, en la puerta. Ellos pasaron como le digo frente a mí y saludó atentamente. La *muller* que iba con él le agarraba por la cintura. Parecían muy acaramelados.

—¿Vio hacia dónde se dirigían?

—Los perdí de vista en cuanto pasaron el faro.

—¿Sabe a qué hora fue más o menos?

—Sobre las nueve y media, poco más.

—¿No vio ni oyó nada más?

—No, no señor.

—¿Qué más puede decirme de la mujer? ¿La reconoció usted?

—El caso es que...

—Dígame lo que sepa, aunque parezca absurdo —espetó Manzano con el bloc en su mano, dispuesto a tomar notas.

—Su cara me era familiar, pero..., no sabría decirle. La *muller* me recordaba a alguien, pero no sabría decirle a quién.

—¿Alguien del pueblo?

—Eso seguro, inspector. Una cara muy familiar.

—Está bien, gracias. Siga en su puesto. Si recuerda algo, hágamelo saber.

—¡A sus órdenes, señor! —exclamó el agente cuadrándose ante Manzano—. Siento no ser de más ayuda.

—No se preocupe. Lo está haciendo bien —dijo Manzano dejando ver una pequeña mueca en sus labios. Se cruzó de brazos y puso la mano entre su boca y su barbilla. Miró hacia ningún sitio, con los ojos puestos en el horizonte de la calle. Reflexionó sobre la confesión que acaba de hacer el agente de la Benemérita...

—¡Ricardo! ¡Ricardo! Acabo de hablar con el compañero. Vio a Casto y una mujer pasando por aquí. Y cuando pasaron del faro, les perdió la vista... Hace un rato, Suso se encuentra a Casto, colgado del ventanal...

—Mire usted, inspector. Con todos mis respetos, yo le agradecería que se dejara las *adivñadeiras* conmigo. Lo siento, pero no valgo para estas cosas.

En ese momento, uno de los agentes interrumpió para comunicar un hallazgo. Habían encontrado el vehículo de don Fernando, conducido por Casto.

—¿Dice que lo han encontrado cerca de la caseta de pescadores?

—Así es, señor inspector.

—Bien. Que los compañeros busquen huellas en el interior del vehículo, y en el exterior de las puertas. Espero que lo estén custodiando.

—Se ha quedado uno de los compañeros vigilando para que nadie se acerque al coche —contestó el agente muy firme.

—Perfecto. Cuando terminen, comuníquemelo, haga el favor. Daré instrucciones.

—A sus órdenes, señor. —Se cuadró y saludó.

—Volviendo a lo nuestro... ¡Cálmese, hombre! ¡Y piense un poco! —dijo Javier con cierta sonrisa—. Pasea con una mujer. Se aleja un poco del faro hasta perderse de la visual del agente, que está de guardia en la puerta. Y esta mañana se lo encuentra Suso muerto.

—Entrar no ha entrado. Y luego resulta que está dentro, muerto. Pues eso quiere decir que ha accedido por la ventana —aseguró Ricardo con cara de *parvo*.

—Frío, frío, como el clima gallego. ¿Cree usted que la mujer va a obligar a escalar un buen trecho de muro para colarse por la ventana y una vez dentro, Casto va a esperar que trepe la mujer?

—Treparía primero ella —dijo el sargento irreflexivo.

—¡Sargento, por Dios! ¡Piense lo que acaba de decir! —espetó Manzano serio.

—Sí. No tiene sentido. —Se quitó el tricornio y rascó la superficie de su cabeza—. Bien. Descartemos entonces la ventana. Pero, si no ha sido por la ventana, ¿por dónde *carallo* entraron?

Javier miró fijamente al sargento. Pasó su mano por la boca y se pellizcó la nariz.

—He aquí la cuestión.

—Pues, usted me dirá —soltó con cara de estar en la inopia.

—Algo me dice que hay otra forma de entrar y salir de aquí.

—Hemos mirado todo. No hay nada. Ni ventanas, ni puertas..., nada.

—¡Exacto! Ni puertas ni ventanas. ¿Sabe por qué? —Manzano sonrió como si le hubiese tocado un premio.

—Evidentemente, porque no hay. —El sargento seguía con la incertidumbre. Quería que Manzano le dijera de una vez en qué estaba pensando.

—¡Exacto! A ver, Ricardo, dígame, ¿dónde se encuentran normalmente las ventanas y las puertas? —Manzano seguía sonriendo.

—Con todos mis respetos, inspector. ¿Se está usted riendo de mí? —Frunció el ceño.

—¡Que no, hombre! Conteste a la pregunta.

—Pues en las paredes. ¿Dónde si no?

—¡Muy bien! —Alzó su dedo sin dejar de sonreír—. Entonces, ¿dónde no hemos mirado bien?

—¡Ay!, ¡*carallo*! ¡En el suelo! —sonrió con la misma intensidad que Manzano.

Entraron raudos al interior y buscaron con linternas en la zona del rellano. Al fondo, bajo las escaleras, un sofá destartado y viejo... Unos finos flecos cubrían la parte de abajo, ocultando sus patas.

—Ayúdeme a descorrer este sofá. Coja por aquel extremo —señaló con la cabeza.

Los agentes lo desplazaron hacia fuera. Los haces de linternas acusaron un cúmulo de polvo que salió expelido cuando lo volvieron a posar. Iluminaron la zona despejada. ¡Bingo! Una pequeña trampilla de madera destacaba del suelo. También vieron surcos de polvo que denotaban arrastres de lo que parecían cuerpos reptando por la zona. Manzano se agachó y tiró de ella. No consiguió moverla. Entonces decidió empujarla hacia un lado. Allí

estaba el hueco, que disfrazaba las escaleras de piedra. Volvieron a alumbrar la zona.

—¡Y por fin se desvela el misterio de su fantasma en la ventana, sargento!
—espetó Manzano, mirando al agente y sonriendo de satisfacción.

CENTRO CIUDAD. LA CORUÑA.
18 DE MARZO DE 1952. 10:00 HORAS.

Toda una gran masa de personas, hombres y mujeres, se encontraban concentradas en la plaza del Ayuntamiento. Los *grises*, armados y con escudos protectores, se preparaban para una posible respuesta. La exaltación se palpaba por toda la ciudad. Pancartas con los lemas de «Queremos pan y aceite» se podía leer en un radio de trescientos metros a la redonda. El bullicio comenzaba a subir de tono por momentos y la Policía se posicionaba para entrar de un momento a otro en combate. Voces al son de «Tenemos hambre» y «Queremos comida» se entremezclaban entre sí, dando paso a un galimatías general. Los años del hambre, como eran conocidos los años 50 estaban pasando factura a casi toda una población española donde el racionamiento de alimentos y una autarquía dura se dejaban notar en los estómagos de los ciudadanos.

Entre toda esa vorágine de personas, una botella de cristal fue lanzada desde la gran masa hasta el cordón policial que protegía el Ayuntamiento. Fue la chispa que encendió el polvorín. De repente, los *grises* arremetieron contra la población agolpada y una estampida salió despavorida hacia todas partes. De entre todos aquellos manifestantes, un pequeño grupo intentó refugiarse en un bar. Uno de ellos zarandeo la puerta intentando abrirla. El resto esperaba ansioso para entrar en tropel.

—¡Vamos, *carallo!* ¡Abre la puerta de una puta vez! —decía con ímpetu uno de los participantes.

—¡Está cerrada, *carallo!* —añadía el cabecilla, mientras intentaba ver el interior del local.

—Parece que hay alguien. Creo que el dueño está mirando. ¡Eh!, ¡oiga!, ¡*abra a porta!* —gritaba mientras zarandeaba con fuerza. Un grupo de policías se acercó entonces al lugar con las defensas en alto; todos dispuestos

a atacar al colectivo de manifestantes—. ¡Ya vienen, ya vienen! ¡Vámonos de aquí o nos embrearán a golpes!

Todos salieron corriendo menos una persona. Allí se quedó aporreando la puerta, esperando a que el dueño del local se dignara a abrir, para refugiarse. De repente, soltó la manija para echar a correr, pero ya era tarde. Los agentes le dieron caza y cayó al suelo como un muñeco de trapo. Allí mismo le golpearon con contundencia; en los riñones, en las piernas, en el abdomen... Después de unos minutos, abandonaron a su presa; corrieron en busca de otros alborotadores apiñados en pequeños grupos. Al fin, alguien se acercó al moribundo que respiraba con dificultad, y dio la voz de alarma.

—¡Ayudadme!, ¡ayudadme! ¡Por favor! ¡Necesita un médico! —Cuando pareció despejada la zona, otra persona más se acercó en auxilio.

—¡Necesita un médico! ¡Está muy mal! —dijo tomándole el pulso.

En otros puntos, innumerables manifestantes hicieron frente a los agentes del orden público, y como contraprestación, recibiendo palizas descomunales. Muchos de ellos tuvieron que ser llevados al hospital con numerosos politraumatismos en todo el cuerpo. De entre toda aquella gente dispuesta a jugarse la vida por un pedazo de pan, se encontraba cierta persona muy importante en la vida de Venancio. Había sido trasladada en un coche particular al centro hospitalario; sería ingresada en una habitación, inconsciente e intubada. Nadie a su lado. Nadie que supiera su actual paradero. Aquella persona permanecería sola por completo hasta que el destino lo permitiese...

XIII

HOSPICIO GENERAL DE LA CORUÑA.
10 DE JUNIO DE 1939. 21:15 HORAS.

Una campanilla de mano anunciaba la hora de ir a la cama. Las luces amarillentas de las lámparas se irían apagando como fichas de dominó cayendo una tras otra. Sor Catalina, monja novicia, caminaba por los pasillos anunciando silencio. En el exterior, unos truenos lejanos presagiaban la tormenta que se aproximaba a la capital; millones de gotas de lluvia se estrellaban contra las vidrieras y ventanas del edificio y los relámpagos destellaban de forma repentina, asustando a algunos niños. Uno de ellos se mantenía con los ojos abiertos, que observaba cómo árbol más grande se mecía en un baile continuo. El viento se colaba entre las rendijas de los ventanales silbando una música fúnebre y la humedad del lugar se dejaba notar en los cuerpos de aquellos niños que se aferraban a sus mantas como poseídos.

Las monjitas y la madre superiora se habían retirado ya a descansar. El silencio reinaba en todo el lugar excepto por los ruidos que provocaba el temporal. El sueño venció a Pedro. Simón, su compañero de cama, dormía plácidamente desde hacía ya un buen rato.

Y al otro extremo de la gran sala otro niño miraba hacia ningún sitio. Contemplaba la gran bóveda con los ojos bien abiertos, aunque su mente se encontraba en otro sitio, tal vez en una habitación mucho más pequeña, recreándose con algún juguete o hablando con su hermana de cosas sin importancia. Se levantó sigiloso. Sentado en la cama se aseguró de que todos dormían. No había nadie despierto. Sor Juana, otra de las monjas novicias, estaba de guardia esa noche. Se encontraba en su habitación rezando. Todavía no era hora de dar una vuelta para cerciorarse de que todo iba perfectamente. Pablo abrazó su almohada y caminó despacio pero firme, y bordeó algunos catres para llegar a su objetivo. Cuando llegó al sitio en concreto se quedó

quieto. Inmóvil. Miró fijamente al niño que dormía plácidamente; una mirada que podía taladrar piedras. No pestañeó. No dudó. Agarró fuerte la almohada y la presionó contra la cara de Pedro. A los pocos segundos, el cuerpo del chaval comenzó a convulsionar. Movía todo el cuerpo dando patadas y se aferró a las manos de Pablo intentando desprenderlas de su rostro para tomar aire. Pero Pablo era firme en su decisión. Una fuerza extraña le invadía para conseguir su objetivo. Pedro exhalaba sonidos apagados. No podían oírse más allá de su entorno. Su cuerpo seguía moviéndose en un intento fracasado por librarse de aquella prenda asfixiante que, poco a poco, restaba vida a sus pulmones. La figura del chaval se apagaba lentamente. Las oscilaciones eran cada vez más lentas y extintas. De pronto, quietud. Sus manos dejaron de apretar las de su atacante. Aun así, Pablo siguió presionando unos segundos más. Se desprendió de ellas y dejó los brazos a los lados de la cama. Miró a Pedro con ojos impávidos. Le puso el pijama en orden, como si no pasara nada, agarró su almohada y se marchó seguro de sí mismo. Se acostó y cerró los ojos. Mañana sería otro día. Un día nuevo. Un día sin Pedro. Ya no lo molestaría más. Nunca más.

CASTELOURIÑO.

18 DE MARZO DE 1952. 11:00 HORAS.

Ignacio se recuperaba en casa de las heridas producidas por don Fernando y sus secuaces; caminaba con bastón y algo encorvado. Tía Beni le comunicó el desafortunado enlace que había tenido Casto en el interior del faro. No se alegró, pero por alguna razón, sintió una satisfacción interior, como si un peso le fuera quitado de encima de su estómago.

Mientras, Javier Manzano y el sargento se encontraban inspeccionando el interior de aquel pasadizo que no aparecía en los planos del far. Venancio, el alcalde, tampoco tenía conocimiento de ello. Suso, el vecino encargado de encender y apagar la gran linterna, también desconocía el secreto que encerraba el lugar. Y llegaron hasta el final del túnel. Una puerta les separaba del exterior. Javier tiró de ella y salieron hacia las rocas, junto al mar. Ya en la intemperie, les abofeteó un aire frío con miles de gotas estrellándose contra sus rostros, como agujas de alfiler. El agua estaba muy picada y lamía los acantilados con fuerza. Observó la zona y fijó sus ojos en el cuerpo del faro. Las nubes, de un azul intenso, eclipsaron la poca claridad que había.

—Inspector, tengo una pregunta —soltó el sargento pasando su mano por la nuca—. Si la asesina utiliza este pasadizo para entrar y salir, ¿por qué se deja la ventana abierta?

—Obviamente para despistarnos. No quería que descubriéramos la entrada secreta. Quería hacernos creer que entraba y salía por la ventana.

—¡O por descuido! También podría ser, ¿no? —contestó el sargento con interés.

—No creo que fuera por eso. Esa mujer da indicios de ser muy metódica. Así que no creo que sea por descuido.

—¡Claro! Supongo que no. ¿Habló con el dueño del balneario?

—Así es. Me dijo que uno de los niños que estuvo allí, durante la Guerra Civil y que tuvo relación con los hermanos, se estableció allí para trabajar.

—Interesante, inspector. ¿Ha hablado usted con el chaval?

—Sí. Fui a su casa. —Javier pasó su mano por la cara y miró en derredor.

—¿Alguna conclusión? —apostilló el sargento, apoyándose en su pierna sobre una roca.

—Pues que ese joven miente. Dijo que vio los cuerpos de los hermanos pero no fue sincero. Había algo en su mirada y en su voz que delató miedo, inseguridad.

—Y, ¿por qué *carallo* iba a mentir? —El sargento se quitó el tricornio y ordenó sus cabellos.

—¡Buena pregunta!, mi querido sargento, ¡buena pregunta! Desde luego, esto tiene que romper por algún sitio. Bien. Será mejor que vayamos al cuartelillo —anunció Javier.

Ambos volvieron a entrar por la puerta del pasadizo y precintaron el compartimento de entrada al faro. Ya en la jefatura, entró una mujer preguntando por el inspector Manzano.

—¡Inspector! La señorita Luciana quiere hablar con usted.

—Claro. Hágala pasar, cabo —ordenó. Luciana pasó el umbral de la puerta con retrainimiento. Su rostro lo decía todo. Saludó a Javier y se sentó con reparo, como si se fuera a romper de un momento a otro—. Pues usted dirá —comenzó apoyando sus codos en la mesa.

—No sabría cómo empezar —susurró con lágrimas en los ojos a punto de precipitarse por sus mejillas.

—¿Qué tal si empieza por decirme qué le ha traído hasta aquí? —contestó ofreciéndole un pañuelo.

—He venido hasta aquí a sabiendas de que no podrá hacer nada al respecto, señor inspector. —Secó sus ojos.

—Entonces, ¿por qué ha venido? —preguntó con naturalidad. A pesar de que estaba bajo sospecha, no quería hacerla sentir incómoda. Sabía que algo no iba bien en aquella mujer. Tal vez quería confesar los asesinatos ocurridos hasta el momento. A fin de cuentas, eran dos hermanos solitarios que habían ido al pueblo, después de tantos años, criados por un tío. Coincidió perfectamente con las vidas de los hijos del antiguo matrimonio fallecido que regentaba el faro.

—Porque si no lo cuento, reventaré de odio —respondió comprimiendo todos los músculos de su rostro. Javier agarró la jarra de la mesita auxiliar y sirvió un poco de agua. Después, se la ofreció a la mujer—. Gracias inspector.

—Bebió sujetando el vaso con las dos manos. Javier percibió el temblor en ellas—. He sido forzada por el señorito Marcial —soltó de golpe. El inspector volvió a tomar asiento e incorporó medio cuerpo hacia su mesa.

—¿Dónde ha ocurrido?

—En la posada. Encima de una de las mesas del comedor.

—Comprendo —dijo impotente.

—Sé que no puede hacer nada. Se lo dije antes de empezar a hablar. Son los amos del pueblo, pero también sé que es usted un hombre justo. Sé que encontrará la forma de hacerme justicia.

—Señorita Luciana, yo no soy ningún vengador que vaya haciendo justicia por ahí. Soy un inspector de Policía que sabe cuáles son sus funciones y limitaciones. También soy consciente de cómo funcionan las cosas en este pueblo. Pero le doy mi palabra que no quedará impune. La ley es la ley.

—Pero la ley es para los ricos, señor inspector. La ley que dice defender es solo para los poderosos. Soy una pobre desgraciada que no tiene dónde caerse muerta. Jamás pagaré ese desalmado por lo que me ha hecho.

—Confieso que cuando entró usted por esa puerta, pensé que venía a confesar los crímenes de los lacayos de don Fernando.

—Y, ¿por qué iba yo a hacer eso? —preguntó sorprendida.

—A ver, Luciana. ¿Qué espera que haga? ¿Que vaya y le pegue dos tiros? Mire, el que yo sea sobrino de doña Benigna y usted tenga buenas relaciones con ella no significa que pueda venir aquí a insinuarme tal disparate. —Javier se levantó de la silla con ímpetu—. Hallaré el modo de que pague por lo que le ha hecho. ¿Hubo testigos?

—No. Pero, aunque los hubiese, ¿usted cree que declararían contra él?

—¿Tiene alguna prueba de ello?

—Ninguna, ¡maldita sea!

—Y, ¿cómo sé yo que no me está mintiendo? —Javier sabía que no mentía.

—Se lo puedo jurar por mis padres que están enterrados allá arriba —señaló con el dedo en alza.

—¡Déjese de tonterías, Luciana! ¡Necesito pruebas!

—¡¿Qué pruebas quiere, inspector?! ¡¿Quiere ver los moratones que me ha dejado ese *fillo* de puta?! —aludió Luciana mientras se tocaba en el interior de sus muslos. Javier apartó la mirada en señal de respeto—. Yo no miento y lo sabe.

—Y entonces, ¿por qué me mintió cuando le pregunté acerca de Aleixo?

—Tenía miedo de que me relacionara con la muerte de ese desgraciado. Este pueblo está podrido. Todo el mundo le tiene miedo a don Fernando y al parásito de su sobrino. Todos trabajan para ellos. Los muy canallas tienen comprado a todo el mundo.

—Cálmese. Beba agua y cálmese. De una forma u otra, se hará justicia con ellos. Lo mejor que puede hacer es irse a su casa y seguir con su vida. Le prometo que esto no caerá en saco roto. ¿Alguien más sabe lo sucedido? ¿Se lo ha comentado a su hermano?

—No. Solo usted, inspector.

—Aprovechando que está aquí. Le informo de que el cadáver de Casto ha sido encontrado en el faro.

—¿De verdad? —Puso cara de sorprendida.

—Dígame, ¿dónde estuvo anoche entre las diez y las doce?

—Pero ¿también cree que lo maté yo? ¡Señor inspector, yo le juro a usted que...!

—¿Dónde, Luciana? ¡Dígamelo! —Javier fue contundente.

—En casa. Se lo juro. Con mi *avoa* (abuela).

—¿Puede alguien corroborarlo?

—No, señor. Mi propia abuela, pero..., ya sabe que no habla.

—Y, ¿su hermano?

—Ya le he dicho que mi hermano es muy independiente. Nunca me da explicaciones de donde va y donde no va.

—Está bien. Márchese y no salga de casa. No se le ocurra acercarse a ellos. No se meta en problemas. Mantendré a raya a Marcial y no volverá a acercarse por el hostel. Se lo prometo. No quiero que haga ni un movimiento hasta que no aclare los asesinatos. Y por su bien, será mejor que diga la verdad. Como demuestre que usted, su hermano o ambos están detrás de los asesinatos, me encargaré personalmente de meteros entre rejas de por vida.

—Gracias inspector —acertó a decir.

Luciana salió por la puerta de la misma forma que había entrado, pero la expresión de su cara le decía a Manzano que no iba a quedar conforme. Algo rondaba por la cabeza de la muchacha. Manzano tenía un mal presentimiento. Pensó que sería mejor tenerla vigilada. A Javier le hervían las entrañas al comprender que, a pesar de ser un agente de la ley, no podía hacer gran cosa por evitar las injusticias que se estaban cometiendo en aquellas tierras y delante de sus narices. También era consciente de que Luciana y su hermano podrían estar detrás de los crímenes. Eso le inquietaba, como le inquietaba no

tener pruebas de ello. Tenía que empezar a actuar. Era el momento de hablar con Fernando y Marcial para ponerlos en su sitio.

PAZOS DE CASTRO. CASTELOURIÑO.
18 DE MARZO DE 1952. 12:20 HORAS.

El sol resplandecía sin mucho éxito, pero al menos, dejó caer algo de luz y alegría. Manzano y el sargento llegaron en el vehículo oficial hasta la verja principal de los pazos. Un revuelo de pájaros salió en bandada; el sargento abrió la reja para poder meter el vehículo. La soledad habló por sí sola. No hubo un recibimiento como la última vez. El garaje estaba cerrado y solo el jardinero se divisó a lo lejos, puesto que estaba barriendo la hojarasca de una pequeña extensión de terreno. Al verlos, se paró y los observó. Saludó con la mano y continuó con sus quehaceres. Ricardo correspondió levantando la mano y Javier asintió alzando la cabeza.

—¿Qué va usted a decirle a don Fernando? —preguntó Ricardo con cierta reticencia.

—Pareciese que le tuviese miedo, Ricardo —contestó Javier con retintín.

—No es eso, inspector. Pero ya sabe que ese mal nacido tiene muchas influencias en las altas esferas. —Ricardo respondió con cautela. Sabía lo que Javier pensaba de todas aquellas influencias.

—Comprendo sus temores, pero también comprenda que las cosas se pueden hacer de dos formas: bien hechas o mal hechas. Si actuamos con inteligencia, podremos nadar tranquilamente y guardar las ropas, sargento. No subestime la ley en casos de poder y corrupción. La ley está para hacerla respetar. Si este hombre es culpable de algo, todo el peso de la justicia caerá sobre él. Se lo aseguro.

—¡Desde luego, transmite usted una seguridad impresionante! —Ricardo enarcó una ceja.

Los dos agentes llegaron a la puerta principal del pazo. Javier llamó al timbre y el propio Marcial abrió la puerta.

—¡Vaya! Si es usted, inspector. ¿Qué le trae por aquí? —preguntó Marcial con seriedad. Desde su último encuentro ya no le hacía tanta gracia ver la imagen de aquel servidor de la ley.

—Venimos a comunicarles el asesinato de su mecánico, Casto.

La cara de Marcial cambió por completo.

—¿Han cogido ya al asesino? —preguntó con cierto interés.

—Aún no. Estamos en ello. Si no le importa, me gustaría hablar con su tío.

—Claro. Pasen ustedes. Mi tío está en el salón. —Marcial acompañó su invitación con un gesto manual. Luego, los condujo hacia donde Fernando se encontraba sentado, inspeccionando una escopeta de caza. Alzó la mirada y puso cara de sorpresa al ver a los agentes allí.

—¿Qué les trae por aquí? Con usted quería yo hablar, inspector —dijo Fernando con cierta seriedad.

—¡Qué casualidad! Yo venía también para hablar con usted.

—Tengo entendido que está haciendo investigaciones acerca de mi difunta esposa —replicó mientras introducía una bayoneta de trapo por uno de los cañones del arma.

—Así es. —Javier se preparó para lo que le venía encima.

—Le dije que mi esposa murió de muerte repentina. Estaba delicada del corazón.

—Es muy respetable lo que dice, don Fernando. Pero dejemos que sea ella quien hable. Los muertos no mienten.

—¡Tenga cuidado con lo que dice! ¡Está hablando de mi esposa! —Hizo una parada en la limpieza del tubo.

—Una esposa que no está enterrada en sus tierras. No necesito consentimiento alguno por su parte. Además, el caso de doña Florina puede aclarar muchas incógnitas en esta investigación.

—No le entiendo. —Fernando encogió su rostro y posicionó la escopeta en su regazo.

—Es muy posible que su esposa fuese asesinada por la misma persona que ha matado a Aleixo. —Javier no quiso hacer saltar la liebre en Fernando y desvió el rumbo de las pesquisas—. He venido para hacerle saber que hemos hallado el cuerpo de su mecánico, Casto. Yo diría que ha sido ejecutado.

Fernando cambió el semblante de su rostro.

—¿No han cogido todavía a nadie como sospechoso?

—Aún estamos en ello, pero hay demasiadas cosas en el aire por resolver. Si quiere puedo ponerle un agente en sus tierras para darle protección.

—Gracias, pero no necesito su ayuda para defenderme. Aquel que pise mis tierras sin permiso sabrá lo que es sentir unas postas en su pecho. Nadie va a amedrentarme y mucho menos un asesino de tres al cuarto. —Cerró el cañón con un fuerte clic—. ¿Dónde han encontrado el cuerpo?

—En una de las ventanas del faro. Parece ser que ese faro es el punto de encuentro de todo lo que está ocurriendo en este lugar.

—¿Qué quiere decir? —Fernando enarcó una ceja.

—No lo sé. Dígamelo usted. Dos de sus trabajadores han sido asesinados allí. Ese faro es testigo de algún acontecimiento pasado y creo que sabe más de lo que dice.

—¿Me está acusando de algo, inspector? Porque no le consiento...

—Estoy investigando unos crímenes y no voy a permitir que nadie y repito, nadie entorpezca la investigación.

—¡Oiga usted...!

—¡Escúcheme y escúcheme bien! ¡Estoy al mando de este caso! ¡Aquí hay más mierda de lo que en un principio parecía haber! ¡Y le juro por el Altísimo y por el mismísimo Caudillo que si usted o alguien impiden que se esclarezcan los hechos de esta investigación, haré todo lo posible por meterle entre rejas! —dijo Javier exaltado.

—No es consciente de con quién se la está jugando, ¿verdad?

—No se le ocurra amenazar a un agente de la autoridad. No le tengo miedo, ni a usted ni a nadie de su talla. Estoy aquí de paso, intentando resolver un caso que no hay por dónde cogerlo. Hace muchos años ocurrió algo en este pueblo, y voy a averiguar tarde o temprano la verdad. Respecto a usted —se dirigió a Marcial—, no se le ocurra acercarse a la señorita Luciana. Si me entero de que tose a menos de cincuenta metros de ella, le meto en el calabozo y ya se me ocurrirá una buena razón para que esté ahí metido hasta que yo deje de pisar estas tierras. ¡¿Me ha entendido?! —Tío y sobrino quedaron como estatuas. Sin saber qué decir—. ¡Buenos días tenga! Sargento, nos marchamos. —Ambos dieron media vuelta ante la atenta mirada de los dos despiadados señoritos.

CASTELOURIÑO.

18 DE MARZO DE 1952. 16:35 HORAS.

Después de la visita de rigor a Fernando y Marcial, Javier se acercó al hospital para ver a *Isiña*. Durante el trayecto, no pudo apartar de su mente el caso que acontecía a Luciana. Si no era la asesina, temía que se tomara la justicia por su mano. Eso haría peligrar la investigación. Comprendía el odio que desprendía; Marcial la había forzado, la había deshonrado con total impunidad, pero no podía permitir que el caso se fuera todo por la borda por lo que tenía que vigilarla para que no cometiera una imprudencia.

El inspector sabía que Fernando estaba en el punto de mira de la asesina. Aun así, debía protegerlo, pero a la misma vez quería encerrarlo por todo lo que había hecho. Estaba seguro de que el caso andaba relacionado con los acontecimientos del pasado, entre ellos, los de su difunta esposa. Fernando tenía amistades influyentes en las altas esferas. Según él, había ido de caza con el mismísimo Franco, aunque muchos de los residentes jamás habían visto a Su Excelencia por aquellas tierras. Y rara vez se movía de allí para ir a ninguna parte. Tenía a otras personas trabajando para él.

Intentó dejar a un lado el caso; le inquietaba otro menester: *Isiña*. Tenía miedo por ella. Si se complicaba la neumonía, no quería ni imaginar las consecuencias que podía tener algo así. Deseaba llegar cuanto antes para ver cómo estaba. El inspector aparcó el vehículo cerca de la entrada principal. Se bajó raudo y caminó con paso firme y ligero hasta llegar a la habitación donde se encontraba la muchacha. Una vecina del pueblo acompañaba a la paciente, sentada en una silla de enea. Entró sigiloso para no romper el silencio que reinaba dentro de la estancia.

—¿Cómo está la paciente?! —dijo Javier casi susurrando.

—¡Buenas tardes, inspector! —correspondió la mujer en el mismo tono—. No muy bien. Ahora duerme un poco —concluyó con una sonrisa rota.

Isiña había pasado mala noche. No paraba de toser y eso le preocupó mucho a Javier. Intentó hablar con el médico que llevaba el historial de la paciente. Quería saber el estado en el que se encontraba la mujer que había conseguido hacerle olvidar a Julia casi por completo. Tocó en la puerta del despacho del doctor Cesáreo.

—¡Con su permiso! —Abrió la puerta y asomó la cabeza.

—¡Adelante, pase! —le recibió con una leve sonrisa.

—Buenas tardes, doctor. Soy el inspector Javier Manzano. Quería preguntarle por Isabel, la paciente de la habitación doscientos uno.

—Claro. La señorita Isabel. —Alcanzó una carpeta con el historial de la muchacha.

Isiña abrió los ojos. Miró a su derecha y encontró la tierna mirada de la vecina del pueblo. Sonrió y preguntó en un susurro por Javier. Dores la tranquilizó y le dijo que había ido un momento a preguntar unas cosas.

—Dores, no debería estar aquí. Estoy descuidando el trabajo —sonrió.

—¡Calla, calla! Ahora *o que tes que facer* (lo que tienes que hacer) es recuperarte. Pronto estarás bien y seguirás con tus quehaceres. Por el negocio no te preocupes. Ya le he dicho a Lúa que se haga cargo de todo en tu ausencia. —Acarició la mano de Isabel.

—¿A Lúa? Pero ¡si es una *rapaciña* todavía!

—¡Deja que se *ensine* (enseñe), que de *rapaciña* nada! Ya *ten* edad para ir aprendiendo. Además, yo la superviso de vez en cuando. Con doce años sabe lo que se hace. Así que tú tranquila que todo está controlado.

—Está bien, Dores, sé que puedo estar tranquila estando usted al mando —volvió a sonreír con dulzura.

—Dígame doctor. ¿Qué tipos de cuidados necesita Isabel?

—Bueno, tendrá que guardar unos días aquí. Su estado no es de los mejores. Nunca había tenido este tipo de episodios tan fuertes. El clima en esta parte del país le ha afectado notablemente.

—Así que, ¿Isabel ya aquejaba neumonía tiempo atrás? —preguntó Javier algo extrañado.

—¿Neumonía? Aquí nadie ha hablado de neumonía, inspector. Lo que Isabel tiene es tuberculosis.

—¿Cómo dice? —Javier cambió su cara a una tonalidad pálida. Un jarro de agua fría había caído sobre su cabeza.

—Pues que tiene tuberculosis.

—¿Cómo la ha contraído?

—Isabel no ha comido bien desde hace meses. Debió contraerla hace unos años pero estaba inactiva. Desde hace poco más de un mes se le ha reactivado.

—¿Cómo ha sido posible?

—El frío, la mala alimentación. Es lo más común.

—Pero, le habrá puesto un tratamiento, ¿no? —Javier se sentó en la silla. Las piernas le temblaban como a un niño. Sabía lo que aquella enfermedad traía consigo.

—Ahora mismo le hemos administrado antibióticos, aunque la enfermedad está muy avanzada. No podemos hacer gran cosa por ella.

El inspector se levantó de la silla de inmediato. No podía creer lo que estaba oyendo.

—¿¿Cómo que no pueden hacer nada por ella?! ¡¿Qué quiere decir con eso?! —dijo acercándose al doctor a solo unos centímetros de su cara.

—Lo siento mucho. Todo lo que podemos hacer es paliar el dolor y poco más.

—Pero ¡tiene que curarse! ¡Tiene que curarla, doctor! ¡Isabel es muy joven! ¡Tiene toda una vida por delante! —Javier agarró los brazos del doctor.

Cesáreo miró fijamente a los ojos de Manzano y arrugó un poco la comisura de su boca. Javier leyó la expresión de su cara. No había nada que hacer. Sintió una conmoción que le desgarraba las entrañas. Un fuego ardía por el pecho de Manzano que le subió hasta los ojos e hizo que se llenaran de lágrimas impotentes. Le fue imposible controlarse. Todo lo que había aprendido en la academia no le sirvió de nada; la capacidad de controlar sus sentimientos y dejar paso a sus razonamientos deductivos. Todo aquello que había estudiado fue inútil.

—Cálmese, inspector. Venga, siéntese. —El doctor le trajo un vaso con agua—. Tenga. Beba un poco. Tómese esto. —Le alcanzó una pequeña grajea. Javier guardó la compostura y pidió disculpas. Se tomó la pequeña pastilla y dio un trago de agua.

—¿Qué puedo hacer a estas alturas? —Aferró la mano a su nuca.

—Estar el mayor tiempo posible con ella y no mencionarle nada acerca de su enfermedad. Que se olvide totalmente. Intente hacerla sentir todo lo mejor que pueda.

—¿Podrá salir de aquí?

—No lo creo. Deberá descansar mucho. Lo mejor es que la cuide aquí hasta que llegue el momento —dijo el doctor poniendo su mano en el hombro

del hombre.

De repente, las lágrimas brotaron inevitablemente de sus ojos. La impotencia que sentía por la situación de *Isiña* le desgarraba por momentos el alma. Tenía que hacer algo especial por ella. Sintió una compresión en su estómago. Eran muchos los golpes emocionales que estaba sufriendo, tanto a nivel personal como profesional. Pero lo de la muchacha en cuestión fue un impacto demasiado grande para no sentirse triste y desolado. Después de lo de Julia, su gran amor perdido, Isabel había conseguido devolverle una alegría vital de otra forma.

Salió de aquel despacho destrozado y abatido como un ave que es sorprendida por un cazador escondido entre el cañaveral. Así se sentía Javier. Desconcertado por acontecimientos que abofeteaban su interior, su propia vida. Había descubierto un pueblo donde la ley era manejada al antojo por el poder económico; las argucias, las mentiras y los trapicheos de los terratenientes sin escrúpulos que movían los hilos de aquellas gentes humildes y trabajadoras. Se dirigió a los lavabos de la planta y se arrodilló ante la taza del inodoro para confesar su malestar y su rabia convertida en un amasijo de bilis y restos de un café. Se limpió con un trozo de papel higiénico, se compuso las ropas y enjuagó su boca. Después, entró a la habitación de *Isiña*.

Nada más entrar por la puerta, encontró la mirada de Dores con cierta sonrisa. El mensaje de Javier fue claro y contundente. Dores fue apagando su felicidad en la mirada del inspector. Todo estaba dicho. Los ojos de aquella vecina se impregnaron de un mar cristalino, a punto de desbordar, como una presa de agua cuando abre sus compuertas. Javier aguantó con entereza la situación. Sabía que no podía mirar a *Isiña* con aquellos ojos así que secó sus lágrimas. La chica yacía con los ojos entornados, como si estuviera dormida.

—¡Has vuelto! ¡Quédate un *ratiño* conmigo, anda! —pronunció con los ojos entreabiertos.

—¡Jamás me iré de aquí! —contestó con voz queda. Intentó por todos los medios disimular su afección.

—¿Ya te ha dicho el doctor Cesáreo lo que tengo? Este doctor es un charlatán. No le hagas caso, *Javiño*. Estoy bien, créeme.

El inspector se acercó a la cama y se arrodilló para estar todo lo cerca de *Isiña* que podía. Sonrió e intentó poner cara de nada. Pero sus ojos hablaban solos.

—No he hablado con nadie. Y claro que te pondrás bien. De eso estoy seguro —dijo mientras agarraba su mano con dulzura y forzaba una media sonrisa.

—Iremos a dar esos paseos por el pueblo, que no dimos en su momento. Te llevaré al Islote del Arao, frente a la costa, en el bote de Suso. El otro día hablé con él para pedírselo. Es un buen hombre —susurró.

—Iremos donde tú quieras, pero ahora descansa. Quiero que te repongas. —Javier miró a Dores, que lloraba en silencio.

—Vale, aunque quiero que me prometas una cosa.

—Te prometeré todo lo que quieras, pero duerme ahora. Descansa, cariño —dijo susurrando.

—Está bien. Te lo diré más tarde.

Isiña cayó en un sueño profundo, producto de los fármacos administrados. Javier se puso de pie y con los ojos empapados miró a Dores.

—No hay nada que hacer. Nada.

—Lo sé, inspector. Pero solo usted puede darle lo que más necesita en estos momentos.

Asintió con resignación, pero a la vez con la satisfacción de saberse importante en la vida de la persona que le había despertado, de nuevo, el amor verdadero.

CUARTEL DE LA GUARDIA CIVIL. CASTELOURIÑO.
18 DE MARZO DE 1952. 17:15 HORAS.

—Lo noto mal, señor —dijo el sargento a Javier mientras revisaba unos informes de 1931.

—Se muere, sargento. *Isiña* se muere. Y no puedo hacer nada por ella.

—Lo sé. Y créame que lo siento. Lo siento en el alma. Pero la vida es así...

—Para usted es fácil decirlo. Quiero a esa muchacha como si la conociera de toda la vida.

—Pues yo la conozco desde que éramos unos *rapaciños*, inspector. Nos hemos criado juntos en este pueblo de miserias y compañías.

—Lo siento, sargento. No quería...

—Ya lo sé, señor. No se preocupe. Solo quería que se hiciese cargo de la situación. Deberíamos centrarnos en el caso; esto está muy complicado. ¡Ah!, ¡por cierto! Tengo que decirle que yo también he hecho mis deberes.

—¿Sus deberes? ¿A qué se refiere? —preguntó sin mucho interés.

—¿Se acuerda que el forense encontró en algunos cabellos petróleo?

—Cierto. Así es.

—Resulta que he ido a la barbería de don Fulgencio y me ha comentado que eso del petróleo se usa para hacer pelucas.

—¿Podría ser usted un poco más conciso? —Javier no entendió bien aquello.

—Para hacer pelucas, los fabricantes utilizan una especie de queroseno en la fabricación a la hora de injertarlos en la base.

—Interesante, sargento. Es un hallazgo muy interesante. Eso explicaría algunas cosas. Incluso daría la vuelta a ciertas deducciones. Aunque no necesariamente, claro.

—Veamos. Repasemos los hechos. El vehículo encontrado en la caseta de pescadores, propiedad de don Fernando y que, al parecer conducía la noche del crimen el propio Casto, está limpio de huellas, a excepción de las propias huellas de la víctima en el volante y algunas partes del interior.

—Lo que no cabe duda es de que el faro de este pueblo es el protagonista de los acontecimientos que están ocurriendo. La asesina ha matado a estos dos hombres allí. Pero ¿por qué? Es obvio que están relacionados por extorsión. Los sospechosos de esa lista, confeccionada por el propio don Fernando, nos dejan pocos aspirantes. Bien. Recapitulemos. —Javier se levantó de su silla y se fue directo al encerado. Abrió el paquete de tizas intacto y cogió una. Empezó a escribir—. Aleixo y Casto. Dos personas relacionadas con don Fernando. Asesinados. Una pelota de goma, una nota en forma de acertijo hallada en el chaleco de la primera víctima, encontrada en los acantilados. También tenía un fuerte golpe en el dorso de la mano, provocado probablemente por un arma de fuego. Herida profunda a la altura del costado, producido por un puñal curvo. Encontramos pelusas de dos tipos, una pelusa común, y otra perteneciente a un tejido que, según el forense, pertenece a un vestido de mujer de color verde, así como cabellos negros y, en alguno de ellos había petróleo. Posiblemente, la asesina llevara una peluca, según las investigaciones que ha hecho usted, probablemente para ocultar su verdadero cabello. En este punto, hago el inciso de que este detalle puede que dé un giro importante a la investigación, especialmente a la identidad del asesino. Se baraja la posibilidad de que sea un hombre disfrazado de mujer. —El encerado iba tomando cuerpo y personalidad—. Luego tenemos a la segunda víctima. Es encontrada colgada del cuello y con un juguete a los pies. La figurita de un soldado. Otra nota de tipo acertijo es encontrada clavada con un cuchillo, en el cuerpo de la víctima. También debemos considerar que en un principio se barajó la posibilidad de que fuese uno de los niños del faro, en este caso la niña, puesto que las pruebas apuntan a una mujer. Se descarta, también por el momento, ya que parece ser que los niños murieron en un accidente en la colonia escolar de Oza, en La Coruña, tras estrellarse un avión de la fuerza aérea nacional. Al menos, eso dice uno de los testigos, un tal Raúl, que jura haber visto unos cuerpos con sus ropas. Tenemos una lista con una relación de nombres que nos ha proporcionado el propio don Fernando de posibles sospechosos. En la lista solo aparece Luciana... Aunque esta mujer tiene motivos concluyentes para matar, al menos a la primera víctima, no está muy claro. Sigue bajo sospecha. También está bajo sospecha su hermano Cayetano. Ninguno de los dos tiene coartadas para la noche del crimen de

Aleixo. Y todo esto que tenemos aquí, envuelto en un maremagno circunstancial. O sea, nada claro.

—Sí, pero ¿y si la asesina no está en la lista? —dijo el sargento arrimando la silla hacia la mesa de Javier.

—¿Qué quiere decir?

—¿Qué ocurriría si la asesina no estuviera necesariamente en esa lista? ¿Y si estamos buscando donde no es? ¿Por qué necesariamente tiene que ser alguien que esté endeudado económicamente con el señor Fernando?

—¡Buena observación, mi querido sargento! Eso nos llevaría a sospechar del resto del pueblo —dijo Javier con preocupación— y de los niños del antiguo farero, suponiendo que las declaraciones de ese tal Raúl no fuesen ciertas.

—Bueno, me ha dicho que tiene sus dudas respecto a esas declaraciones. Que el tal Raúl ese mintió.

—Así es. Pero la investigación muere en el balneario. Ahí se pierde la pista de los niños.

—Es cierto. En la declaración de este *rapaz*, los *nenos* mueren, pero aun así, suponiendo que no muriesen en el accidente del avión...

—Un momento —saltó Javier como si una luz se le hubiese encendido sobre su cabeza—. Hagamos lo que usted dice y supongamos por un momento que no hayan muerto. ¡Que estén vivos! Supongamos que simularon su muerte y que engañaron a todos los que estaban allí con la ayuda de este chico, Raúl. Imagínese por un momento que es usted uno de los chicos. ¿Cómo saldría usted de allí sin que le vieran?

—Por la noche, evidentemente.

—No puede. Hay enfermeras y personal de guardia en el exterior haciendo rondas de seguridad.

—Pues... no sé. Aprovecharía el descuido del personal.

—¡Exacto! Y, ¿qué mejor descuido que un gran caos?

—¿A qué se refiere?

—Piense un poco —Javier enarcó una ceja esperando una respuesta concisa del sargento.

—¡*Carallo!* ¡El caos del accidente del avión!

—Exacto, mi querido sargento. Ese tal Raúl es el único que jura y perjura haberlos visto tendidos en el suelo, reconociendo sus ropas. Ni siquiera vio sus caras.

—Pero entonces, eso plantearía una cuestión: ¿Por qué mentiría?

—Supongamos que no miente, que está convencido de que eran ellos. Momentos de caos, nerviosismo... Es razonable que, al ver aquellas ropas, las identificase como de ellos. Pero también imaginemos que este muchacho es el eslabón que les ayuda a escapar de allí. A fin de cuentas, era el que se veía con la niña.

—Muy bien, inspector. Pero, de ser así, ¿hacia dónde nos lleva eso? Estamos en el mismo punto de partida.

—Deme un segundo —Javier dio la vuelta a la pizarra sobre su eje y escribió los acertijos que la asesina había dejado en los cuerpos.

—«La sutil figura que nadie veía, arrancará las ánimas de las viles criaturas, que arrebataron la esencia de los inocentes mártires». Esta es la primera nota que la asesina deja en el cuerpo de Aleixo. «Aquel que perdió su inocencia, el mismo día que vio descender a su ascendiente, en el viento gélido de la noche. Entre tormentas de destellos y fuegos. En la gran oscuridad rugiente, de agua negra y muerte». Y esta es la segunda nota encontrada en el cuerpo de Casto. Bien. Veamos.

Javier y el sargento leyeron las notas repasando con cuidado su significado.

—Me va a perdonar, pero yo no veo nada aclaratorio en esas palabras —confesó Ricardo con expresión extraña. Javier observaba atentamente línea por línea.

—Por favor, sargento. ¿Tendría la amabilidad de acercarme mi bolsita de tabaco y mi pipa? —señaló con su mano sin quitar ojo de la pizarra.

—¡Faltaría más, señor!

—La sutil figura que nadie veía —comentó Javier encendiendo al mismo tiempo su pipa—. Obviamente, se refiere a alguien que estaba escondido.

—Buena observación, pero, escondido..., ¿dónde? —dijo Ricardo medio sonriendo.

—No lo sé. Recuerde que encontraron al niño aferrado a las escaleras, viendo a su padre asesinar a su madre. Recuerde también que es la versión oficial. Sigamos leyendo —Javier dio unas pequeñas caladas, exhalando el humo—. Es posible que lo sepamos al final del acertijo. «Arrancará las ánimas de las viles criaturas». Bien. Las ánimas refieren a las almas. Arrancará las almas, o sea, arrebatará la vida de las viles criaturas.

—¿Qué quiere decir con eso de las viles criaturas? No entiendo —preguntó el sargento señalando con el dedo el encerado.

—Supongo que se refiere a las personas que se encontraban allí, en aquel momento. Eso nos daría una pista de que no fue don Alejandro el que asesinó

a su esposa, sino que fue alguien que había allí el que lo hizo. Sigamos leyendo, sargento. «Que arrebataron la vida de los inocentes mártires». Creo que se refiere a las personas que allí se encontraban y mataron al farero y a su esposa. Luego, la persona escondida estaba en el faro. Veamos la segunda nota. «Aquel que perdió su inocencia, el mismo día que vio descender a su ascendiente». Volvamos al informe oficial. El hijo del farero presenció toda la escena. Es decir, el niño perdió la inocencia al presenciar el asesinato de su padre. El mismo día que vio descender a su ascendiente —Javier se detuvo en esa frase—. Esto quiere decir que la persona que estaba allí y que nadie veía, vio caer a su «ascendiente», o sea, a su progenitor. El niño vio que lanzaban a su padre por la ventana.

—¿Cómo sabe eso? —preguntó con rigor el sargento.

—Deducción y observación, mi querido sargento. Recuerde las fotos que le enseñé del farero. No encajaban con el informe redactado. El cuerpo estaba justo en la vertical de la caída. Eso quería decir que estaba muerto cuando cayó por la ventana hacia el acantilado. Sigamos. «En el viento gélido de la noche. Entre tormentas de destellos y fuegos. En la gran oscuridad rugiente, de agua negra y muerte». Debía haber una gran tormenta aquella noche. Está todo muy claro, sargento. El niño vio cómo asesinaban primero a su madre y luego a su padre. Para simular un crimen pasional, arrojaron el cuerpo de Alejandro por la ventana en una noche de tormenta y aguas bravas. Las aguas de la *Costa Da Morte*.

—Tiene razón, pero ¿quién asesinó a don Alejandro y a su esposa? —Ricardo observaba atentamente los razonamientos deductivos de Manzano.

—No lo sé, pero estoy seguro de que don Fernando tiene mucho que ver en todo este asunto, junto con sus lacayos muertos.

—Entonces, todo esto quiere decir que, ¿el niño está vivo? ¿Todo esto es cosa de Pablo?

—Es muy posible. Y nos quiere hacer creer que es una mujer, probablemente su hermana.

—Pero entonces, eso quiere decir que..., ¿están en el pueblo?

—Probablemente, sargento. Muy probablemente.

—¡*Nai de Deus!* Está bien. Recapitulemos. Supongamos que Silvia y Pablo estén vivos..., claro, ahora son adultos. Pero, si realmente escaparon de allí, de la colonia de niños..., ¿adónde irían?

—Si escapara de un sitio así, ¿adónde iría? Piense. Año 1938, en plena Guerra Civil.

—Si me fuese de un sitio así y no tuviera dónde ir, supongo que iría a una casa de acogida, un orfanato..., ¡un orfanato! —se sobresaltó.

—¡Bingo! Eso es, sargento —sonrió Manzano—. ¿Hay algún mapa por aquí de la zona?

—Sí, yo tengo uno en el cajón de mi mesa, espere un *momentiño*. —Se desplazó para alcanzarlo y lo ofreció a Javier—. Aquí tiene usted.

—Veamos. —Apartó algunos objetos y carpetas y desplegó el mapa sobre la mesa. El sargento se acercó para observar—. Oza está aquí —señaló con el dedo índice—. Haga el favor de indicarme dónde se encuentra el hospicio más cercano.

—Hay uno en La Coruña. Es el Hospicio General. No hay otro más cerca. También hay otro en este punto —señaló—, pero no creo que pudieran ir hasta allí. Queda bastante fuera del alcance de dos niños.

—Estupendo. Mañana a primera hora iremos para allá. Tengo un presentimiento, sargento. Creo que acabamos de abrir una puerta. También hablaremos con don Fernando. Ese hombre tiene mucho que esconder. Y por supuesto, con los hermanos del hostel, Luciana y Cayetano.

Javier tenía un subidón de adrenalina, pero los acontecimientos con respecto a *Isiña* mermaban las posibilidades de entusiasmo. Sabía que el golpe fuerte estaba por venir y no estaba preparado para ese impacto.

XIV

HOSPICIO GENERAL DE LA CORUÑA.
15 DE JUNIO DE 1939. 18:00 HORAS.

Habían pasado cuatro días desde la muerte de Pedro. Todos estaban apenados por el fallecimiento del niño, todos excepto Pablo. Los niños estaban en el patio interior. Silvia jugaba con algunas niñas. Pablo se encontraba solo, como de costumbre y jugaba con un cochecito de metal de color rojo. Llamó a su hermana, le hizo una señal y ambos se dirigieron a la sala de lectura.

—¿Qué quieres, Pablo? —preguntó la niña con curiosidad.

—Será mejor que no me llames Pablo. Llámame por mi nuevo nombre —replicó.

—Vale, pero dime qué quieres.

—Estoy preocupado. ¿Y si descubren que estamos aquí?

—¿Quién podría hacerlo? En la colonia creen que estamos muertos. Raúl prometió que diría eso.

—Pero jamás encontraron nuestros cuerpos. ¿Y si investigan?

—Aunque investigaran, ¿quién iba a saber que estamos aquí? Dimos unos nombres nuevos. Tranquilízate. —Silvia le pasó la mano por la cara para relajar a su hermano.

—Esa gente es muy lista. Pueden encontrarnos si se lo proponen.

—Créeme, estamos muertos. Nadie sospecha, nadie se va a interesar por un par de niños huérfanos que han muerto en la guerra. Anda vamos al patio y sigamos jugando —sonrió.

Pablo devolvió a su hermana una pequeña sonrisa muy poco convincente. Su mente maquinaba algo; tenía que asegurarse de que todos pensaran que estaban muertos para siempre.

HOGAR DE ROSA Y NICOLÁS. CASTELOURIÑO.
18 DE MARZO DE 1952. 20:35 HORAS.

La noche engullía todo el pueblo y el mar lamía la *Costa da Morte* como un *Kraken* a los barcos de los marineros en épocas remotas. Un viento helado envolvía cada casa, protestando en cada ventana que recorría a su paso. La mayoría de los vecinos se resguardaban en sus hogares, con las chimeneas encendidas, sin más compañía que la radio. Los marineros preferían el resguardo del bar con un buen vaso de aguardiente y de orujo blanco para entrar en calor y contar anécdotas ocurridas en alta mar. La pesca era buena en aquellas aguas turbulentas. Algunas veces, se cobraba la vida de algún pescador que otro. Era el precio por ser hijo de aquellas tierras.

—¿Vas a salir? —preguntó Rosita con cierto interés.

—A lo mejor. ¿Por qué? —Nico miró de reojo.

—¿Con este tiempo? Por saberlo. Últimamente sales mucho. —Se atusó el pelo, restando importancia.

—Puede que vaya a jugar con los muchachos.

—Bueno, al menos, te sirve de distracción —sonrió sin ganas.

—¿Qué harás tú?

—Lo de siempre. Algo de punto y escuchar la radio.

—Procura no acostarte tarde. Por las mañanas no hay quién te levante. Me voy a hacer unas cosas en la trastienda.

—¿Te echo una mano?

—No hace falta. Ya me apaño solo. Voy primero arriba a coger unas cosas.

—¿Te has tomado la pastilla?

—¡Que sí, *muller!* —sonrió.

Nico subió a la habitación y preparó una bolsa con algunas herramientas. Rosita aprovechó el momento para hacer una llamada desde la trastienda.

—Estaré sola. Se va a jugar con sus amigos..., sí, donde siempre..., pero espera mi llamada. Vale, un *besiño*.

Rosita colgó el teléfono con nerviosismo. De repente, tropezó con Nicolás.

—¿Qué haces aquí?

—¡*Carallo!* ¡Qué susto, Nico! Vine por una aguja para el punto.

—Y, ¿dónde está?

—No, no está aquí. Debí dejarla arriba en la habitación.

—¿Qué te pasa? Te noto asustada.

—Nada. No es nada. —Rosita se metió dentro de casa. Nico se quedó allí. Pensativo. Serio.

Cayendo la noche, Nico se fue. Rosita tomó su bolso y salió por la puerta. Recorrió unos kilómetros a pie. El viento había amainado bastante. Junto a un seto, esperaba una figura. Ella susurró un nombre.

—¿*Raliño*? ¿Eres tú?

—¡Aquí estoy! —susurró también. Rosita corrió hacia él y se abrazó como si no existiese un mañana. Ambos se besaron apasionadamente.

—¿Por qué has tardado tanto? Estoy cansado de verte a escondidas.

—He tenido que hacer unas cosas antes de venir para que pronto podamos estar juntos. Yo también estoy un poco cansada de estar así, pero debes tener paciencia. Pronto, muy pronto, *amorciño*, estaremos juntos y seremos muy felices. No puedo dejarlo así como así. Quiero hacer las cosas bien hechas. Entonces, nos iremos lejos. Iremos a la capital, a Madrid.

—Pero, allí no conocemos a nadie. ¿Qué haré yo en Madrid?

—Pues, trabajar.

—¿De qué?

—De lo que sea, mi amor, de lo que sea. En bares, en hostales. Tienes buena mano para la gente, *Raliño*. Saldremos adelante, te lo garantizo. Además, a mí me queda algo de dinero de mi familia. Podemos empezar con eso.

Ambos se abrazaron con fuerzas en aquella oscura noche y fría. Después, Rosita montó en su bicicleta y se despidió de su amor verdadero con un rápido saludo de mano, sin ser vista excepto por la mirada de su amado que la seguía con la mirada hasta perderse entre maleza y árboles. Otros ojos muy distintos observaban la llegada de Rosita. Era Nico, escondido en la esquina de la casa. Ella se bajó de la bicicleta y entró en los soportales. Él la abordó de repente.

—¿De dónde vienes?

—¡Vaya susto me has dado! De casa de Ceferina —improvisó.
—¿Esa *bruxa*? ¿Qué hacías allí?
—Fui a llevarle unas *cosiñas*. La pobre está muy mayor ya.
—Será mejor que te acuestes. Es muy tarde.
—Y, ¿cómo te fue a ti? —sonrió.
—Bien. Vamos a la cama. Mañana hay que trabajar.
Nico y Rosita entraron en casa. La tensión se palpaba entre ellos.

IGLESIA DEL SAGRADO CÁLIZ. LA CORUÑA.
18 DE MARZO DE 1952. 21:50 HORAS.

El padre Alberto había terminado de ordenar unas cosas del altar. Comprobó que unos hilos de polvo descendían de la cúpula agrietada. Miraba hacia arriba con preocupación puesto que la cúpula se estaba desmoronando muy poco a poco. La gran brecha cruzaba de un lado a otro hasta tocar parte del tambor. A pesar de las reiteradas peticiones del alcalde y alguna que otra humilde indirecta del padre Alberto, don Fernando se negó en redondo a hacer cualquier tipo de reparación y tampoco consintió que la iglesia se hiciese cargo de ella. El eclesiástico se encargó de recoger los pequeños escombros que se iban desprendiendo por los cambios de temperatura y las fuertes lluvias del momento. Pero lo cierto es que sus remordimientos eran cada vez más fuertes, a pesar de llevar una faja de esparto a modo de cilicio en sus costados, bien apretada. A todo ello se sumaba el desasosiego producido por los problemas de María Soledad. Le preocupaba el bienestar de la muchacha y el de su niño. Sabía que tarde o temprano tendría problemas con la ley. Debía pagar su pecado. Alberto había conseguido el perdón divino para ella, pero quedaba la parte terrenal. Ahí estaba atado de pies y manos. También cabía la posibilidad de que nadie más supiera lo ocurrido...

Una vez terminado su trabajo en el altar y en la capilla, marchó a la cama. Había sido un día laborioso. Cuando por fin concilió el sueño, una pesadilla le había perlado de sudor toda la frente. Su cuerpo se movía incesante en un baile perpetuo, de un lado a otro en el lecho. El sueño era inconexo: un edificio escuela en ruinas, un silbido ensordecedor le envolvía todo el cuerpo, la figura de un obispo señalándole con el dedo índice, cientos de bocas abiertas gritando al unísono. De repente, silencio absoluto. Sangre por todas partes. Alberto miraba sus manos. Las tenía manchadas de sangre. Las miraba horrorizado. De nuevo, la figura del obispo señalándole, inquisidor. Cientos

de lenguas de fuego se alzaban por doquier, alrededor del edificio en ruinas, que se acercaban rápidamente hacia él.

Alberto gritaba y gritaba. Incorporó medio cuerpo. Asustado, se levantó y se dirigió a la sacristía. Abrió el cajón de su mesa y cogió el látigo de castigo. Se despojó del camisón y desnudo, se arrodilló ante el Cristo sin clavos de la pared. Lo miró a los ojos y dijo unas palabras:

—Aquí estoy de nuevo ante ti, Señor. A ti encomiendo mi vida y mi alma, así como tu voluntad para que me impongas el castigo que consideres oportuno. Necesito purificar mi cuerpo y alejar los malos pensamientos. Dame fuerzas, ¡Dios mío!, para lograrlo y con este castigo que me impongo, te pido por las almas de aquellos inocentes que perdieron sus vidas por mi culpa. Amén.

El padre Alberto comenzó su ritual, como de costumbre. A un lado y otro de su espalda, iba golpeando incesante a boga de combate. Cuando empezó a sentir el fluido rojo por el torso, cesó y rezó unos Padres Nuestros con los brazos en cruz y la cabeza agachada. Se persignó y bebió un poco de agua de una jarra que descansaba encima de la mesa. Se acostó y dejó que el cansancio físico le abordara como un manto oscuro en la noche aborda un cielo frío en invierno.

Pero el padre Alberto no sabía que otros ojos observaban la escena, absortos y perplejos, ajenos a todo lo que encerraban aquellas cuatro paredes. Aquel cura estaba a punto de ver cumplidas sus rogativas para redimir sus grandes aflicciones.

PALLOZA DE CEFERINA. CASTELOURIÑO.
18 DE MARZO DE 1952. 23:50 HORAS.

El silencio del bosque era solo interrumpido por los sonidos de las aves nocturnas; búhos y lechuzas acompasaban el frío con sus preciosos pelajes. Las miradas atentas de las rapiñas eran repelidas por los pequeños roedores que pululaban por entre la hojarasca y pequeñas ramas del lugar. La humedad abrazaba a todas las criaturas de la zona. Una silueta se entremezclaba con algunos árboles, observando la *palloza* de Ceferina. Una luz asomaba por la ventana, dejando ver ciertas sombras móviles. Al parecer, otra persona se encontraba en el interior, a parte de la *meiga*. Un pequeño murmullo asomó cerca de la puerta de entrada. De pronto, se abrió y salió de allí una figura; parecía ser una mujer mayor. Los dos cuerpos se despidieron y Ceferina cerró la puerta tras de sí. Marcial esperó unos minutos hasta que pudo ver perderse de vista aquella señora que marchaba por el camino de pedregal. La noche se encargó de ocultarla. Se aproximó a la chabola con sigilo. En su recorrido, observó toda clase de movimientos y sonidos de las criaturas nocturnas. Cuando por fin llegó a su destino, llamó a la puerta con dos golpes secos. Una voz rota preguntó en el silencio de la noche.

—¡Un vecino que quiere saber su fortuna! —aludió.

—¡Ven otro día! ¡Ya es tarde! —vociferó alto y claro.

—¡No puedo! ¡Tiene que ser ahora, *bruxa*! ¡Anda!, ¡por *favorciño*! ¡Te pagaré bien! —Marcial sabía que Ceferina no se resistiría a una cuantía jugosa de dinero.

Un cerrojo se oyó tras la puerta. Los pernios chirriaron como un lamento de almas en pena. Asomó Ceferina. Marcial observó que el tiempo se había paseado por su cuerpo a sus anchas. Sus ojos, como canicas translúcidas, miraban casi al vacío.

—¡Es muy tarde! ¡Estoy cansada! —replicó mirando a Marcial de arriba abajo.

—Déjame entrar, anda. Solo será un momento. —Ceferina terminó de abrir la puerta para que pasara.

—¿Qué haces en mi casa? Un estirado como tú no suele portar por estos lugares —dijo enfurruñada—. ¡Pasa y siéntate! —señaló con su mano.

—No quiero sentarme. Solo quiero saber lo que le dijiste a Soledad —dijo de forma seca.

—¿Crees en el devenir? ¿Qué te importa a ti lo que yo le haya dicho a la rapaza? —Se rascó la cabeza.

—¡Déjate de charlatanerías, *bruxa* del demonio! —contestó mirándola fijamente a los ojos.

—No le he dicho nada. Solo que tenga cuidado. Eso es todo —respondió Ceferina sin mucho convencimiento. Sabía, desde aquel momento, que era Marcial quien estaba detrás de todo el mal que acechaba a Soledad. Él sonrió con ironía y miró en derredor.

—¿Crees que soy estúpido? —contestó con las manos en los bolsillos.

—¡Eres un ser despreciable! ¡Peor que tu tío! ¡Tendrás tu merecido, Marcial! —aludió la bruja sonriendo y enseñando unos dientes podridos por el tiempo. Ceferina cogió la baraja y se sentó a la mesa. Apoyó el bastón con el que se manejaba y tiró unas cuantas cartas. Las observó detenidamente. El viento soplaba tan fuerte que se dejó oír por entre los resquicios de la ventana. El tiro de la chimenea hacía bailar las llamas en una danza endiablada. Dio una pequeña carcajada seca—. Así que tú eres el que está detrás de todo, ¿no es así? —dijo ladeando la cabeza para mirar a Marcial.

—¿Qué sabes, *bruxa*? —la miró con intriga. Ceferina tiró dos cartas más a la remesa que había echado. Volvió a mirar con interés. Otra carcajada rota salió de su boca.

—¡Sí..., las cartas no mienten..., vas a tener tu merecido! ¡Las cartas han hablado! —sonrió con ganas. Marcial se dirigió a ella con paso firme y la empujó, tirándola al suelo. Ceferina soltó un quejido seco de dolor. Las cartas se esturrearon por su cuerpo y parte del suelo—. ¡Eres un *fillo* de puta! ¡Vas a tener la muerte que mereces! ¡Arderás en el infierno!

Ella intentó levantarse. Entonces Marcial agarró el báculo y lo alzó, dispuesto a asestarle un golpe en la cabeza. Ceferina puso sus manos por delante, pero nada pudo hacer. El mango del bastón dio en plena sien. Marcial volvió a levantar el arma golpeando en la misma zona. Ceferina murió tras el primer golpe mortal. La miró con desprecio y lanzó el cetro junto a la

chimenea. Después escupió sobre el cuerpo de su víctima. Removió los pocos muebles de que disponía la anciana y revolvió algunos enseres para que pareciese un robo. Dejó la puerta entreabierta y se fue de allí de la misma forma que había entrado. Con parsimonia y chulería, se perdió por la senda que llevaba al pueblo. Ceferina se llevó consigo el destino que deparaba a su asesino.

CASA CUNA DE LA MISERICORDIA. LA CORUÑA.
19 DE MARZO DE 1952. 08:32 HORAS.

Unas nubes de un azul oscuro intenso presagiaban lluvia inminente. Ambos miraron el cielo y el sargento masculló unas palabras.

—¡Como diga esto de caer, nos vamos a divertir de *carallo!*

—La verdad es que tiene pinta, aunque usted ya estará acostumbrado, sargento. Será mejor que entremos pronto. Lo malo es que nos va a pillar de vuelta —concluyó Javier Manzano.

Y no le faltó razón. Las primeras gotas empezaron a notarse en sus cuerpos. Subieron unas pequeñas escalinatas, de piedra viva. Ante una gran puerta de madera austera y fornida, adornada con forjas de hierro, Javier hizo sonar una campanilla. Una pequeña portezuela, situada en el centro, se abrió dejando notar un pequeño ruido de bisagras viejas. Unos ojos acompañados de un hábito negro hablaron con voz dulce.

—Buenos días, ¿qué desean, hermanos?

—Buenos días, hermana. Soy el inspector de Policía, Javier Manzano. Este es el sargento Ricardo Cayuela. Estamos aquí para hacerles unas preguntas. Si hace el favor de dejarnos pasar, le estaríamos muy agradecidos. —Javier sonrió cortés. Aquellos ojos correspondieron a la petición del inspector. La puerta se abrió y tras ella la silueta joven de una monja novicia que custodiaba el lugar. Atendió cordialmente a los agentes.

—Ustedes dirán, señores agentes.

—Verá, hermana. ¿Podríamos hablar con la persona encargada del hospicio, por favor?

—Claro. Pasen —dijo con cara angelical.

Los agentes accedieron a otra habitación, algo más pequeña, una especie de sala de visitas. Allí, una monja de unos sesenta y cuatro años, y entrada en carnes, atendió las necesidades de aquellas autoridades.

—Buenos días tengan ustedes. Soy la hermana sor Ignacia. ¿En qué puedo ayudarles? —dijo cordial.

—Queríamos hacerle unas preguntas acerca de unos niños que posiblemente pudieran haber venido aquí en busca de refugio en 1939.

—Entiendo. Queda algo lejos, señor inspector —sonrió—. Para eso tendría que mirar en los archivos del hospicio y aun así, no les prometo nada. Si hacen el favor de acompañarme.

Sor Ignacia los llevó a través de un pasillo lóbrego, con un suelo algo desportillado, por el pasar de los años. Los techos, abovedados en todo el lugar, daban aspecto de sobriedad y tristeza. La piedra viva de los muros terminaba de dar a todo el lugar un aspecto frío. Algunos niños correteaban, regalando algo de alegría al lugar.

La documentación se encontraba dentro de unos archivadores de madera de roble oscura. Sor Ignacia comenzó a manipular los cajones, ordenados por años. Un gran número de viejas carpetas se dejaban ver entre las diversas casillas, organizadas alfabéticamente.

—Veamos. Dice usted 1939.

—Así es, hermana —aludió Javier, ansiando lo que quería encontrar.

—Muy bien, pero ¿qué estamos buscando exactamente? —preguntó con gran curiosidad.

—Buscamos a dos hermanos, niño y niña, llamados Pablo y Silvia. Podrían haber llegado con ciertas heridas de un accidente. Los dos o alguno de los dos, por si le sirve de recordatorio. Tampoco es seguro.

—A ver qué tenemos por aquí. La verdad, no me suenan esos nombres. ¡Mucho tiempo transcurrido! ¡Mi memoria tampoco es la misma de antes! —exclamó la monja mientras buscaba en las carpetas de la época. Miró minuciosamente por un mar de documentos. Pero no encontró ningunos niños con esos nombres—. Lo siento, inspector. No hay nada referente a hermanos llamados Pablo y Silvia.

—Comprendo, hermana. Y, ¿no recuerda usted haber tenido hermanos en el hospicio? ¿De catorce y dieciséis años?

—¡Uy!, inspector. En veinte años imagínese la cantidad de niños que habrán pasado por aquí. Recuerdo haber tenido hasta cinco hermanos juntos. Se quedaron huérfanos en la Guerra Civil. Tengo algunos Pablos y también alguna Silvia que otra, sin relación alguna entre ellos. —Sor Ignacia sacó las carpetas y se las ofreció a Javier. Este le dio algunas al sargento. Ambos miraron en el interior buscando la información deseada. Después de un rato,

devolvieron la documentación a la clériga—. Quizá estuvieran en los archivos que se perdieron en el incendio que sufrimos, creo recordar allá por 1939.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó Javier con cierto interés.

—No sabemos con seguridad, pero creemos que fue por causa de una vela que alguien dejó encendida. Cuando nos dimos cuenta, el despacho estaba en llamas. Pudimos salvar lo que ve aquí, pero, algunos archivadores se perdieron irremediablemente. Tal vez, los niños que usted busca estuvieran en esas carpetas quemadas.

—Muchas gracias, sor Ignacia. No quiero entretenerla más tiempo. De todas formas, me gustaría darle el teléfono del cuartelillo por si recuerda algo —dijo mientras escribía en un trozo de papel, el número. Estrechó su mano con delicadeza.

—De nada. Ha sido un placer servirle. ¡Vayan ustedes con Dios!

La adrenalina de Javier se había evaporado como agua hirviendo. Ahora sabía que había perdido la pista de los niños para siempre. Pero algo en su interior estaba conectado con su intuición. Era como una bomba de relojería. Tarde o temprano le haría reactivar el motor de la deducción, la misma que había aprendido desde niño en aquellos libros y viñetas de los periódicos de un personaje carismático y peculiar llamado Sherlock Holmes.

XV

HOSPICIO GENERAL DE LA CORUÑA.
15 DE JUNIO DE 1939. 01:20 HORAS.

Pablo había conseguido una caja de cerillas y una vela de la pequeña capilla del orfanato. A esas horas, excepto una de las novicias que hacía la función de centinela, no había nadie despierto. La monja, no obstante, se encontraba en sus aposentos, sentada en un viejo sillón de escay, leyendo la Biblia. La puerta de la habitación contigua al despacho de sor Ignacia estaba abierta. Allí rezaban los archivos y expedientes de todos los niños. Pablo entró sin ser visto por la novicia de guardia. Su habitáculo se encontraba al fondo del pasillo. Era casi imposible que la religiosa pudiese ver u oír nada. El niño andaba descalzo y muy sigiloso llegó a la puerta, evitando el reclamo de los pernios. Una vez dentro, posó la vela en el suelo, cerca de los registros. Colocó alrededor unos papeles que cogió de encima de una de las dos grandes mesas de escritorio, encendió el cirio y lo dispuso todo de forma que al cabo de unos minutos pudieran prender los papeles y estos alcanzar la madera de los muebles. Después, salió de allí y se metió en la cama.

En cuestión de minutos, la sequedad de la madera hizo que aquello ardiera como la gasolina. Cuando la novicia se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo, gran parte de la habitación y de los muebles estaban en llamas. La campana sonó con energía y todas las clérigas hicieron una cadena humana para apagar el fuego con agua. Los vecinos más próximos que oyeron el alboroto del lugar se hicieron eco del suceso. Entraron rápidos para echar una mano. Mientras, una de las monjitas se encargó de hacer salir a los niños a la calle y afortunadamente no hubo que lamentar víctimas, pero sí daños materiales.

Cuando todo acabó, las hermanas acostaron a los niños. La madre superiora tuvo unas palabras con el resto de novicias y todas se extrañaron del

incidente. Sor Ignacia aumentó su preocupación. Sabía que estaba pasando algo extraño, pero no imaginaba qué.

PAZOS DE CASTRO. CASTELOURIÑO.

19 DE MARZO DE 1952. 11:48 HORAS.

Una vecina del pueblo había encontrado el cuerpo de la bruja Ceferina en su casa. Algunos agentes se habían personado allí para investigar la muerte de la anciana. Alguien había entrado con el propósito de robarle los pocos dineros que tenía y se había dado a la fuga, probablemente algún bandido oculto en los montes de los alrededores. Así quedó escrito en el informe. Por aquellas fechas, algunos forajidos se refugiaban en aquellas montañas, sobreviviendo de lo que robaban.

Bajo un cielo tejido de relámpagos y una lluvia intensa, Javier y el sargento Ricardo salieron de allí hacia los Pazos de Castro. El inspector quería hablar abiertamente y sin rodeos con don Fernando. Estaba convencido de que tenía mucho que explicar en lo ocurrido aquel 2 de febrero de 1931. La mayoría de las pistas conducían a una venganza personal. Durante el trayecto, los dos agentes comentaban acerca de lo sucedido en el faro.

—Veamos, señor. Está convencido de que la muerte del farero no fue un suicidio, sino un asesinato. Y eso lo sabe por las fotos de entonces, o sea porque no había desviación alguna del cuerpo desde la ventana hasta la zona donde cayó.

—Correcto.

—Y, ¿qué cree usted que pudo pasar?

—Pudo pasar de mil formas. La que yo he estado barajando todo este tiempo, a partir del informe que leí y ciertos rumores que circulan fue que, alguien ajeno al farero y a su familia estuvo aquella fatídica noche en su casa. Por alguna razón, hubo una discusión entre el matrimonio y el extraño. Forcejearon y la mujer murió.

—¿Cómo cree que murió? —preguntó el sargento achicando sus ojos, intentando imaginar todo lo que Javier iba especulando.

—No lo sé. Pudo deberse a una intervención repentina por parte de ella o pudo ser de cualquier otra forma. Pero ahora eso es irrelevante. Haciendo una

recreación general de los hechos, la primera en caer fue ella. Si sigo deduciendo, le diré que el esposo no fue. Debió ser esta tercera persona. Entonces, el farero, al ver a su esposa muerta, luchó con este en un acto de arrebató y rebeldía, acabando también muerto.

—¡Qué barbaridad, inspector! Siga, se lo ruego. —Ricardo no daba crédito a las deducciones del inspector Manzano. Era como estar enganchado a una radionovela.

—A partir de aquí, debió coger el cuerpo del farero y arrojarlo por la ventana del faro para hacer creer a las autoridades de entonces que fue un crimen pasional. El marido mata a su esposa en un acto de celos y luego se suicida al darse cuenta de lo que ha hecho. Pero, le recuerdo que un cuerpo vivo cae desviado varios metros antes de llegar al suelo. El cuerpo de Alejandro cayó recto, en la misma vertical que la ventana. A diferencia de Aleixo, que cayó desviado unos metros.

—Con todos mis respetos, inspector. No sé si aplaudirle o hacerle una reverencia. Es usted increíble. Jamás se me hubiese ocurrido pensar algo así a partir de unos cuantos datos. Sabe, tiene muchísimo sentido. Pero, entonces, ¿cree que hubo alguien más a parte de esta tercera persona?

—Ahí voy ahora, sargento. Esta tercera persona debió tener algún tipo de ayuda. Si recuerda, las notas que hemos encontrado en los cuerpos de las víctimas dicen que arrancará las ánimas de las viles criaturas. Eso significa que hubo más de una persona allí presente. El niño, Pablo, fue el que presencié todo y por eso sufrió una gran conmoción. Pero todo son conjeturas, sargento. No tenemos pruebas sólidas. Todo es circunstancial, deductivo.

—Realmente me deja usted perplejo con su teoría, inspector. Cuando lo cuenta, de repente todo adquiere sentido.

—Gracias, sargento. Pero, como le acabo de decir, no tenemos nada sólido. Debemos conseguir las pruebas que puedan refutar todas estas conjeturas. Estoy totalmente seguro de que don Fernando tiene mucho que decir al respecto.

—¿Cree que está involucrado directamente en el asesinato del farero?

—Apostaría mi placa. Recuerde también que se rumoreó, por aquel entonces, que la esposa del farero, Silvia, estaba encinta de don Fernando. Esa podría ser la chispa que iniciara todo. Y con respecto a la muerte de su esposa, doña Florina, creo que también tiene mucho que ocultar. ¿Por qué el doctor Rosique no le hizo la autopsia? ¿Cree realmente que el motivo fue por respeto a la difunta? Eso no se lo cree ni el tonto del pueblo.

—¿Tomasiño, señor? —contestó Ricardo extrañado, refiriéndose a un vecino de Castelouriño.

—No me refería a ese tonto en concreto, sargento. Pero también me vale —dijo Javier sonriendo sin malicia—. No obstante, la exhumación del cadáver y el posterior examen nos revelará la verdad.

—Esperemos que sí, inspector. Y, con respecto a los lacayos de don Fernando, ¿quién cree que los ha matado?

—Podría ser alguien que nos quiera hacer creer que es un crimen por venganza. La pelota de goma, el soldado de juguete, las notas jeroglíficas. Todo ello pueden ser pistas para hacernos creer que fue alguno de los hermanos, o quizá ambos. Quizá alguien sepa toda la verdad y esté recreando los acontecimientos que ocurrieron aquella noche. No estoy seguro y eso me pone muy furioso, maldita sea. Hemos perdido la pista de los chicos. Por otro lado, la única mujer de la lista y con motivos suficientes para matar a las víctimas es Luciana. No sé qué pensar de ella. Está su hermano, también sospechoso. Pero, lo que más me intriga de todo es esa maldita peluca. Puede que sea algún sujeto masculino que se pone peluca de mujer para confundirnos. Y eso me lleva a sospechar de ese Cayetano. No tiene coartada. Ninguno de los dos hermanos... Los he investigado, aunque no hay gran cosa. No he encontrado al tío que se hizo cargo de ellos, como si no hubiesen existido antes de vivir en el pueblo. Eso también me lleva a pensar en Andrés. Pudiera ser él. Francamente, todo esto me confunde.

—Llevan solo unos años aquí, pero fueron vecinos nuestros cuando eran niños. Yo no los recuerdo, ni a ellos ni a los niños del farero. Se dejaban ver muy poco por aquí. La verdad es que todo es muy confuso. ¿Cree que los niños del faro y ellos podrían ser los mismos? —dijo el sargento, llegando a las puertas de reja de los Pazos de Castro. Javier contestó a la pregunta enarcando una ceja mientras miraba al sargento.

Ambos entraron en las tierras de don Fernando. Los perros salieron a recibirlos con ladridos monstruosos. El jardinero, al ver el coche oficial, corrió hacia ellos para sujetar a los canes. Saludó y llevó los animales a las casetas para amarrarlos. Los agentes se dirigieron con paso firme hasta la entrada de la casa. Una silueta ya asomaba por una de las ventanas; portaba una copa de *brandy* en la mano. Vio a los agentes acercarse a la puerta. El sargento Ricardo la golpeó con el llamador en forma de puño. La criada hizo pasar a los agentes al salón, donde se encontraban Marcial y Fernando. Los agentes se quitaron sus respectivos sombreros, aunque prefirieron permanecer de pie, a pesar del ofrecimiento de Fernando de tomar asiento.

—Usted dirá, inspector —inició Fernando altivo.

—¿Qué ocurrió la fatídica noche del 2 de febrero de 1931? —Javier fue directo.

—¿Quiere que le hable de un día en concreto de hace veinte años, inspector? —Fernando puso cara de no saber a qué se refería Javier.

—Sabe perfectamente que esa fecha no pertenece a un día cualquiera.

—¿Qué está insinuando?

—No insinúo nada. Le digo que sabe usted perfectamente qué ocurrió.

—¡Ah!, claro. Se está refiriendo a lo que sucedió con Alejandro y Silvia. Y, ¿por qué tengo yo que saber lo que ocurrió? —Fernando se puso a la defensiva. No le gustó nada el tono inquisitivo del inspector.

—Mire, don Fernando. Conmigo se puede ahorrar todo este teatro. Lo que creo es que sabe más de lo que realmente quiere hacerme creer. Apostaría mi vida a que tuvo algo que ver en aquel nefasto suceso.

—¿Está acusándome de la muerte del farero y de su esposa? —Fernando apretó los puños.

—Dígame, ¿qué ocurrió aquella noche? —dijo Javier contundente.

—¡Lea el informe oficial, inspector!

—Claro. ¿El mismo que dice que se le practicaría la autopsia a don Alejandro por el propio médico del pueblo? ¿El mismo médico que le practicaría la autopsia a su difunta esposa, doña Florina y que nunca fue realizada? —Javier miró fijamente a Fernando.

—¿Cómo se atreve...?

—¡Me atrevo porque ya estoy harto de tantas mentiras con las que me voy tropezando a cada paso que doy en esta investigación! ¡Me atrevo porque es mi deber esclarecer los asesinatos de sus dos lacayos y de toda la basura que hay detrás de cada sospechoso, en especial de usted!

—¡Escúcheme y escúcheme bien! ¡No voy a consentirle más que me acuse sin pruebas y sin fundamento alguno! ¡Y mucho menos en mi propio pueblo y en mi propia casa! ¡Si quiero, le puedo hundir en la miseria con tan solo una llamada a su superior!

—¡Ahora escúcheme a mí! ¡No se le ocurra amenazar nunca a un agente de la autoridad! ¡No piense ni por un momento que porque tenga usted atemorizadas a las gentes de este pueblo puede hacer conmigo lo mismo! ¡Voy a terminar esta investigación, cueste lo que cueste y dejaré este caso cerrado! ¡Si está detrás de todo esto, le juro por mi honor que le encerraré en una celda hasta que se pudra en ella! ¡No me importa si tiene amigos en las altas esferas o conoce en persona al mismísimo Caudillo!

—¡Yo me hice cargo de todos los gastos del entierro de ese matrimonio! ¡Era buena gente! ¡¿Por qué iba yo a tener nada que ver con sus muertes?! — Fernando gritó encendido como un fósforo.

—Tal vez porque, ¡¿tuvo una relación secreta con la esposa de Alejandro?! ¡¿Porque tal vez esperaba un hijo suyo?! ¡No, no lo sé! ¡No tengo pruebas! ¡Pero las encontraré y averiguaré la verdad! ¡Vámonos, sargento! — terminó por decir Javier.

—¡Ese hombre mató a su esposa y luego se suicidó! ¡¿Me oye?! — Fernando siguió gritando mientras los dos agentes salían de allí. Marcial dibujaba una sonrisa irónica en sus labios.

BOSQUE DE CASTELOURIÑO.
20 DE MARZO DE 1952. 00:00 HORAS.

Nico sabía que Rosita se veía con alguien. La había estado vigilando tiempo atrás, aunque no quería creerlo. Pero esa noche vio una escena que le partió en dos. A pesar de aquello, su corazón era reacio a creer lo que sus ojos habían visto. Sabía que no podía tener relaciones con ella. Eso no era inconveniente para él. De hecho, lo prefería así. Sentía algo extraño en su interior. No comprendía muy bien cuáles eran sus sentimientos por su esposa. El no poder tener vínculos con ella le hacía sentir una culpabilidad y un dolor muy grande. Pero la quería. Quería a su mujer de una forma muy especial y eso le bastaba para estar a su lado hasta que la muerte los separase. Aquella noche vio a su esposa besarse y dejarse acariciar por otro hombre; se le partió el alma, pero también sintió una especie de conformidad, como si en el fondo comprendiera que era normal que su esposa tuviera necesidades que él no podía cubrir.

Nico se armó de valor y cuando Rosita y aquel hombre terminaron, esperó a que tomara su bicicleta y se marchara por donde había venido. Entonces, le salió al paso situándose justo enfrente, obligándole a parar. *Raliño* frenó en seco y observó la silueta con detenimiento. No podía ver nada. La luz de la luna no era suficiente para distinguir el rostro, ni siquiera a distancias cortas.

—¿Quién anda ahí?, ¿qué quiere? —preguntó *Raliño* algo asustado.

—Haga el favor de bajar de la bicicleta. Quiero hablar con usted.

Raliño sintió un frío en todo su cuerpo. Algo le decía que no iba a gustarle aquella presencia en aquellas horas intempestivas. Había mucho desalmado por aquellos montes; algunos cazadores furtivos, se dedicaban a robar a punta de escopeta. El muchacho sintió miedo, aun así, obedeció al desconocido. Se bajó de la bicicleta y la dejó apoyada en el mismo suelo pedregoso del camino. Intentó fijar la mirada en aquella sombra, imposible de percibir con

claridad. Nico se fue acercando con sigilo hacia el muchacho. Cuando estuvo a escasos metros de él, volvió a lanzar unas palabras.

—Solo quiero hablar con usted —dijo con voz fría y monótona. *Raliño* frunció el ceño. El miedo se apoderó de todo su cuerpo... Solo pudo articular una frase.

—¿Qué es lo que quiere de mí?

Raliño no imaginaba el desenlace de aquella pregunta.

INSTITUTO ANATÓMICO FORENSE. CARBALLO.
22 DE MARZO DE 1952. 09:12 HORAS.

Javier Manzano volvió a hablar con el juez que ordenó la exhumación del cadáver de doña Florina, la difunta esposa de don Fernando. Le rogó celeridad en el asunto, alegando que los resultados obtenidos darían un giro importante a la investigación. El inspector sabía que debía esperar por ley diez días, pero el convencimiento puesto en sus palabras al hablar con el magistrado, así como una carta personal firmada y lacrada por el propio padre de la difunta, señor de Figueroa, hicieron su efecto más inmediato. Su Señoría accedió a la petición impuesta. Llevaron el cuerpo al instituto forense de Carballo, donde le practicaron la autopsia. El propio doctor Remigio avisó a Javier Manzano para hablar sobre los resultados obtenidos; estaba deseando saber lo que había revelado la prueba definitiva...

—¿Qué tal, doctor?! —sonrió Manzano.

—¡Hola! ¡Bien! Pase a mi despacho, por favor —respondió con amabilidad. Al cruzar la sala, Javier visualizó el cuerpo de Florina, que estaba tapado con una sábana en una camilla de metal. Ambos se sentaron, uno frente al otro. El doctor levantó el teléfono e hizo una llamada interna. Ordenó que se llevaran el cuerpo a la sala de cámaras.

—Y, ¿bien? —dejó caer Manzano.

—Tengo que decirle que una simple autopsia, no hubiese revelado nada anormal en la víctima. A simple vista, la paciente murió de muerte natural: un fallo en el corazón. Y por el historial que tenía, no era de extrañar. Padecía una dolencia cardíaca coronaria. Como consecuencia de ello, arritmia. Puede desencadenarse por el estrés, sufrimiento físico o emocional.

—Comprendo. Pero supongo que ha encontrado algo, ¿verdad, doctor?

—Así es. Cuando se sabe lo que se busca, las pruebas son más claras. Le he practicado un análisis en el cabello. Ha revelado la existencia de un

fármaco llamado Loridipina.

—Sí. Lo he oído anteriormente. ¿Qué hace ese fármaco? —Javier sacó su bloc.

—Verá. En dosis normales, hace que el paciente se relaje y se calme. Relaja los músculos lisos del tracto respiratorio y otorga alivio a los pacientes que sufren de asma, bronquitis y tos convulsiva, entre otras cosas. Pero en dosis altas, tiene consecuencias letales. Una de esas consecuencias es un paro cardio respiratorio.

—Y supongo que ha encontrado usted bastante sustancia de esa en los cabellos de la víctima, ¿no es así? —dijo Javier mientras hacía un pequeño lapsus con su bolígrafo.

—Así es. Como para matar a un caballo.

—Por fin tengo lo que quería. Doctor, muchas gracias. No sabe cuánto le agradezco su ayuda.

—Es mi trabajo —se limitó a decir con una leve sonrisa de satisfacción.

—¿Podría tener una copia del informe?

—Tenga, la tenía preparada para usted.

Javier Manzano estrechó la mano del doctor y salió de allí con gran satisfacción en su rostro. Tenía la fuerza de un león y a don Fernando donde quería. Pero sabía que aquella prueba no le implicaba directamente, a pesar de saber por boca del párroco que doña Florina tenía miedo a la muerte. Tampoco lo hacía responsable. Cabía la posibilidad de que Florina la tomase por su cuenta para quitarse la vida, en un arrebato mental. Ahora el inspector necesitaba presionar a cierta persona para que confesara la verdad. Antes, debía ir a otro sitio mucho más importante.

HOSPITAL LABACA. LA CORUÑA.
22 DE MARZO DE 1952. 10:25 HORAS.

Pequeños rayos de sol intentaban hacerse hueco entre las nubes grisáceas, que amenazaban lluvia nuevamente. El teléfono comenzó a sonar como la alarma de un buque de guerra en un mar espeso por la niebla. El sargento Ricardo contestó raudo.

—Cuartelillo de la Benemérita. Al habla el sargento Ricardo... Sí... Sí... No, no está en estos momentos... Sí, no se preocupe. Me encargaré de darle la noticia. Muchas gracias. —Se levantó como alma que lleva el diablo, cogió las llaves del todoterreno y condujo directamente hasta el hospital de Labaca, en La Coruña.

—¿Cómo estás hoy, *Isiña*? —preguntó Javier con todo el afecto que cargaba su corazón.

—Algo mejor, *Javiño* —contestó, sonriendo—. Ya sabes que no tengo intención de irme sin enseñarte el Islote. Allí van muchos enamorados. Cuando salga de aquí iremos en la barca de Suso.

—¿Irte?, ¿dónde?

—Ya sabes, de este mundo —volvió a sonreír.

—No digas tonterías. Ahora descansa. No debes fatigarte.

—Con los medicamentos que me está dando el doctor, poca fatiga podría sufrir, créeme —seguía sonriendo—. Debo estar horrible.

—Estás preciosa. Eres la mujer más bella que he conocido —dijo él con los ojos encharcados.

—Eso se lo dirás a todas. Eres un romántico —*Isiña* susurraba con voz queda.

—¿Qué culpa tengo yo de que las mujeres me persigan?! —sonrió de medio lado.

—¿Cómo llevas la investigación?

—No muy bien. Pero te prometo que, en cuanto detenga a la persona responsable, serás la primera en saberlo.

—No has dicho a la sospechosa o la criminal. ¿Ya no estás seguro de que sea una mujer?

—De lo único que estoy seguro es de que te quiero más que a mi vida.

—¿Te das cuenta de que es la primera vez en todo este tiempo que me has dicho que me quieres? —sonrió emocionada.

—Lo sé. Y no me importa hacer el ridículo —sonrió también.

—Bueno, me lo has prometido —dijo *Isiña* casi entrando en un estado de sopor. Cerró los ojos y entró en un sueño dulce provocado por los medicamentos administrados. En ese momento, el sargento Ricardo entró por la puerta, casi sin ser detectado por Javier.

—¡Buenos días, inspector! —susurró levantando el brazo y descubriendo su cabeza.

—Buenos días, sargento. ¿Qué le trae por aquí? ¿Alguna novedad? —preguntó Javier secando sus ojos.

—Así es, señor. Han llamado del laboratorio para decirnos que las huellas encontradas en el cuchillo curvo tienen un nombre. ¿Cómo está *Isiña*?

—Ahora duerme... Y, ese nombre ¿es?

El sargento agarró fuerte su tricornio entre las manos.

—María de la Soledad Ridruejo García, señor.

—Está bien. Iremos a su casa. Antes quiero pasar por el cuartelillo. Por cierto, tengo novedades.

—¿Me las cuenta o tengo que preguntarle? —dijo el sargento con cierta broma.

—Se lo contaré por el camino.

—Perfecto. Volviendo a Soledad. Me cuesta creer que esa mujer tenga algo que ver en todo esto.

—¡A usted le cuesta trabajo creer todo, menos en fantasmas y *meigas*, sargento!

—¡Entiéndame, inspector! —soltó Ricardo con cierta molestia.

—Primero, tendremos que hablar con ella, a ver qué nos dice. Pero piense que las pruebas hablan, y cuando lo hacen, nosotros hemos de guardar silencio.

—Lo que usted diga, inspector.

Javier se acercó a *Isiña*. La miró un instante y le dio un beso en los labios. Después, salieron de la habitación sin hacer ruido, tomaron el vehículo y arrastraron ruedas sin perder tiempo. Estaba deseando interrogar a María

Soledad y sacar sus propias conclusiones. Pero Javier sabía que algo no cuadraba en la ecuación. No obstante, dejó que los acontecimientos hablaran por sí solos. Durante el trayecto, el inspector puso en antecedentes al sargento con la noticia de doña Florina. La reacción del sargento no pilló de sorpresa a Manzano.

XVI

HOSPICIO GENERAL DE LA CORUÑA.
21 DE JUNIO DE 1939. 10:00 HORAS.

Sor Fortunata tenía que hablar con la madre superiora de algo que le exprimía el estómago como una naranja a punto de ser convertida en zumo, una sensación se agolpaba en un amasijo de quemazón y nerviosismo en su interior. No sabía cómo abordar el tema con sor Ignacia. Aun así, sabía que era su deber comentarle los acontecimientos ocurridos con respecto a los niños. Algo le decía a la novicia que la discusión entre Pablo y Pedro podía guardar relación con la muerte de este. Se acercó al despacho y llamó a la puerta con dos suaves golpes.

—¡Adelante! —dijo una voz tras la puerta.

—¡Buenos días, madre! —exclamó la novicia con reparo.

—¡Buenos días, hija! ¡¿Qué ocurre?!

—Venía a comentarle algo que me inquieta. Hace unos días vi a Pablito con Pedro y Simón. Los dos niños se burlaban de Pablito y le rompieron una foto que tenía entre las manos.

—Y tú, ¿no interviniste? —preguntó sor Ignacia, extrañada.

—Tuve miedo, madre.

—¡¿Miedo dices, hija?! Miedo, ¿por qué?

—Había algo en el rostro de Pablo, algo que no sabría explicarle. Tenía los ojos llenos de un vacío escalofriante. Fue una situación que me dejó sin saber qué hacer. Era como si todo mi cuerpo no supiera reaccionar.

—¿Por qué me cuentas todo esto ahora? —Sor Ignacia quería saber hasta dónde quería llegar la hermana.

—Realmente, no lo sé, pero creo que aquel acontecimiento puede que estuviera relacionado con la posterior muerte de Pedro. Usted misma nos dijo que el doctor le informó que fue muy extraño el fallecimiento del niño, que había sufrido una asfixia.

—Así es. No obstante, comentó que podía deberse a un cólico miserere — concretó.

—Madre, ¿no ha observado que, desde que los dos hermanos vinieron, han estado ocurriendo cosas?

Sor Ignacia miró con detenimiento a sor Fortunata. No era la única que tenía esa intuición.

—Sí, así es. Me gustaría creer que nada tiene que ver con los acontecimientos ocurridos. No obstante, y a partir de ahora, deberemos observarle y vigilarle.

En los años venideros, Pablo y Silvia no dieron señales de sospecha. Los hermanos acordaron portarse correctamente para no ser inculcados ni tener problemas con las clérigas. Intentaron pasar desapercibidos hasta tener la mayoría de edad y salir de allí. Silvia se encargó de que Pablo no diera problemas y, gracias a sus consejos e influencia, se ganaron la confianza de algunas monjas, especialmente de sor Ignacia. No obstante, Sor Fortunata era contraria a creer en la inocencia de Pablo respecto a la muerte de Pedro. Pero el tiempo pasó y los niños dieron señales de colaboración y buen comportamiento.

CUARTELILLO DE CASTELOURIÑO.
22 DE MARZO DE 1952. 11:42 HORAS.

Nada más entrar Javier y Ricardo por la puerta, uno de los agentes se acercó al inspector para comunicarle que el padre Alberto se encontraba al teléfono. Se aproximó a la mesa y agarró el auricular a toda prisa.

—Al habla el inspector Manzano, ¿en qué puedo ayudarle? Ajá..., muy bien... Gracias, padre. Voy para allá de inmediato.

—¿Qué quería don Alberto? —preguntó Ricardo con gran curiosidad.

—Dice que María Soledad está con él. La tiene bajo su protección.

—¿Protección? Ese hombre es un pobre iluso —aludió Ricardo con socarronería.

—Es un buen hombre. Lo hace con la mejor intención —añadió Javier mientras ambos salían nuevamente por la puerta.

El tiempo estaba, como de costumbre, revuelto. Empezaron a caer las primeras gotas hasta llegar a una llovizna fina y penetrante. El coche oficial llegó a la puerta de la iglesia y los agentes bajaron sin perder tiempo. Allí les esperaba el padre Alberto; su cara reflejaba dolor y sufrimiento.

—¡Buenos días, padre! —saludó Javier a la vez que se quitaba el sombrero.

—¡Mala cara tiene usted! —añadió Ricardo.

—¡Y no es para menos, hijo! Pasen. —Alberto cerró la puerta a cal y canto. Las cinco personas que había ya en el interior miraron con extrañeza. Pasaron a la sacristía y allí el cura informó de lo sucedido a los agentes.

—Como ya le puse en antecedentes hace unos días, con respecto a la difunta mujer de don Fernando, debo confesar que no fui del todo sincero con usted. ¿Se acuerda cuando me preguntó si sabía quién era la mujer que supuestamente quedó encinta de don Fernando? Pues se trata de María Soledad.

—Continúe, padre —saltó Ricardo poniendo cara de estar viendo una de esas películas clásicas de cine de verano.

—El caso es que María Soledad vino a verme para confesarse. No debiera contar esto, pero creo que es necesario que sepan todo esto. María Soledad me contó que fue forzada en la propia casa de don Fernando. El resultado de aquel forcejeo fue el nacimiento de una criatura. Aquello generó cierto odio en ella. Así que se armó de valor y escribió una carta a doña Florina, explicándole todo lo sucedido.

—Y, ¿qué ocurrió cuando doña Florina vio aquella carta? —interrumpió Ricardo.

—A eso voy, Ricardo, a eso voy, hijo. Doña Florina creyó al pie de la letra todo lo que Soledad le había contado. Supongo que porque conocía bien a su marido y de lo que era capaz. Y también porque sería testigo de ciertos devaneos por parte de don Fernando. El caso es que doña Florina escribió otra carta en contestación a la primera y la hizo llegar a Soledad.

—¿Hacia dónde nos conduce todo esto, padre? —replicó Ricardo con toda la atención del mundo.

—Todo esto nos lleva a que la primera carta fue descubierta por Marcial, sin que don Fernando supiera nada de la existencia de estas notas. Tengo entendido que Marcial tiene en su poder la primera de ellas. Está instigando a Soledad para que le entregue la segunda carta, que es la prueba definitiva de que David, el niño de Soledad, es el hijo legítimo y bastardo de don Fernando. Al parecer, Marcial se siente amenazado por la supuesta herencia de los Castro.

—¿Sabe qué dice esa segunda carta? —preguntó Javier cruzándose de brazos.

—No, pero puedo intuirlo. De todas formas, la única persona que puede contestar a esa pregunta es Soledad. Sería conveniente que hablaran con ella.

—Si me dice dónde está, podremos hacerlo.

—En mi casa. Yo he preferido dormir en la sacristía y cederle a ella y a su niño mi habitación, para que estén tranquilos.

—Es un bendito, padre. Tiene el cielo ganado. No me extraña que esta mujer tenga tanto odio en su cuerpo, aunque lo que no entiendo es por qué matar a Aleixo y a Casto —aludió Ricardo. Javier lo miró con ojos inquisitivos.

—¿Ha dicho que Soledad ha matado a los dos trabajadores de don Fernando?

—No se preocupe por eso ahora. Llévenos con ella, por favor.

El padre Alberto no podía dar crédito a lo que había escuchado por boca del sargento. Les condujo por entre algunos pasillos del interior de la iglesia. Subieron unas escaleras angostas hasta llegar a la puerta de la casa. Una vez allí, el cura llamó con los nudillos al tiempo que pronunció su nombre, en voz alta. No hubo respuesta. Nadie abrió la puerta. El párroco tomó la decisión de tantear el picaporte. Se abrió sin problemas. Los tres entraron con precaución. El cura volvió a pronunciar su nombre. Allí no había nadie.

—¿Sabe dónde puede haber ido? —preguntó Javier con preocupación.

—Puede que haya ido a su casa. Me comentó anoche que tenía que coger unas cosas. Desde luego con mi desaprobación. Le dije que no era conveniente que asomara por allí y que, si lo hacía, lo hiciese de noche.

—Gracias por todo, padre. Vamos sargento.

—¡Un momento, Javier! Le ruego que me deje ir con ustedes.

—De ninguna manera. Ya ha hecho bastante.

—Insisto, Javier. Creo que puedo serle de utilidad.

—Está bien. Venga con nosotros, pero manténgase al margen, por favor.

Los tres salieron de allí como alma que lleva el diablo. Por el camino, ninguno habló y un silencio se mantuvo durante todo el trayecto, silencio que olía a preocupación. El padre Alberto no podía creer que Soledad fuese la responsable de haber matado a dos personas, pero también sabía que la mujer era responsable de un pecado terrible. Estaba entre dos aguas, aunque quería creer en su instinto.

El vehículo llegó al lugar. Ricardo frenó en seco. Los tres bajaron sin perder tiempo. Se acercaron a la casa dispuestos a llamar. Los agentes y el padre Alberto se miraron entre sí. La puerta estaba forzada. Algo no iba bien en el interior de la vivienda.

CASA DE MARÍA SOLEDAD. CASTELOURIÑO.
22 DE MARZO DE 1952. 10:45 HORAS.

Soledad había llegado a su casa de la mano de su hijo. Dejó al niño en su habitación y sin perder el tiempo, cogió la pala de jardinería dispuesta a excavar junto al nogal. Antes, tuvo unas palabras para su entrañable árbol.

—¿Qué voy a hacer sin ti? Tendré que abandonar este pueblo. No me imaginaba que tuviera que irme de esta forma. Pero la vida continúa. Siento que te quedes aquí. Te voy a echar mucho de menos. A pesar de todos los sufrimientos que he tenido. Bueno. No puedo entretenerme más.

Sin más, Soledad comenzó a escavar. No tardó mucho en hacer sonar lo que parecía un sonido metálico ahogado. Pasó su mano por el objeto en cuestión. Era una vieja lata oxidada. Terminó de desenterrarla y la sacudió para limpiarla un poco. Allí, de rodillas se dispuso a abrirla. En el interior, había unos papeles cuidadosamente doblados. Los extrajo y le dio un repaso rápido. Volvió a doblar aquellas hojas manuscritas y unas lágrimas corrieron por sus blanquecinas mejillas. Unos golpes en la puerta retumbaron por toda la casa. Soledad dio un pequeño respingo. Metió rápidamente la carta entre sus pechos y su ropa, y lanzó la lata a un rincón del patio. Se acercó con sigilo hasta la puerta. Dos fuertes golpes se volvieron a oír.

—¿Quién es? —preguntó asustada. Sabía de quién se trataba.

—¡Abre! ¡Soledad! ¡O tiro la puerta abajo! —contestó la voz tras la puerta.

—¡Vete de aquí, Marcial! ¡*Non tes dereito a vir á miña casa!* ¡Vete! —gritó la muchacha para intimidar al canalla.

—¡Tengo todo el derecho del mundo, desgraciada! ¡Está bien! ¡Tú lo has querido! —Marcial lanzó dos patadas a la puerta. Fueron suficientes para hacer saltar el cerrojo y romper el cerquillo que sujetaba el puente. Soledad dio un pequeño grito ahogado. Se llevó las manos a la boca. Se arrinconó en

la pared sin poder moverse—. Ahora me vas a dar esa carta. Me la vas a dar *ou che xuro polos meus collons que che meto un tiro aquí mesmo*. —Marcial metió la mano en su costado y sacó un revólver y apuntó directamente al pecho de María Soledad, que pegó su espalda a la pared, con fuerza. Abrió los ojos como platos. El niño salió del interior de la casa y corrió hacia su madre. Se aferró con fuerza a una de sus piernas. Marcial miró al chico con cara de desprecio—. ¡No vayas a creer, ni por un momento, que no apretaré el gatillo porque esté tu bastardo aquí! ¡Venga! ¡Dame esa carta, puta!

—No la tengo —dijo lo primero que le vino a la cabeza.

—No te creo. Sé que la tienes guardada. ¡¿Dónde está?! ¡Mira que no tengo todo el día! Dámela y me marcharé por donde he venido. No te haré nada. Ni a ti ni a tu *fillo*. —Marcial empezaba a ponerse algo nervioso.

—¡Te juro que no la tengo! Sabía que me traería problemas, así que la quemé —reiteró Soledad.

—¡Eres una embustera! —exclamó encendido—. Sabes que esa carta incrimina a mi tío en tu violación y certifica a tu hijo como su hijo. No estoy dispuesto a perder la herencia que me pertenece.

—¡¿Que te pertenece?! ¡Tú nunca has trabajado! ¡Has sido un parásito, un vividor! ¡No reclames lo que nunca te has ganado con el esfuerzo del trabajo! ¡Igual que tu tío! Heredó de su padre, don Anselmo. ¡Ese sí que era un hombre, un señor! ¡De los pies a la cabeza! ¡No como vosotros!

Marcial se acercó a Soledad. Le propinó un golpe en la cara, con la culata del arma. El pequeño David rompió a llorar y ella lo cogió en brazos y lo calmó un poco.

—¡Dile a tu bastardo que se calle! —replicó Marcial sin dejar de apuntar ahora a los dos.

—Por Dios, Marcial, ¡baja el arma! ¡No le hagas daño a mi niño! ¡Te lo suplico!

—¿Me lo suplicas, desgraciada? Dame la carta y te dejaré en paz. ¡Niégate y te pego un tiro delante de tu hijo! ¡Y después le pegaré otro a él! —Marcial montó el percutor.

—¡Está bien, está bien! ¡Te la daré! ¡Pero por Dios, baja el arma! —suplicó Soledad poniendo su mano temblorosa por delante. Entonces sacó la carta de sus pechos y se la ofreció a su atacante—. Aquí la tienes.

Marcial asió el manojito de papeles y leyó. Mientras lo hacía, una sonrisa se le iba dibujando en su boca.

—Con que la habías quemado, ¿verdad? Bien. Así me gusta —dijo mientras volvía a alzar el arma contra Soledad—. ¿Crees que iba a dejarte sin

más a ti y a tu bastardo?

—¡Dios mío! ¡¿Qué vas a hacer?! —preguntó ella, abrazándose a su niño con todas sus fuerzas, apoyando la cabeza de la criatura contra su hombro.

—¡Lo que tenía que haber hecho hace mucho tiempo! ¡Lo mismo que hice con esa *bruxa* del *carallo*! —Marcial apuntó al pecho de Soledad.

De repente, una figura entró por la puerta a gran velocidad y saltó sobre Marcial. Ambos cayeron al suelo de forma estrepitosa. Un forcejeo tuvo lugar entre el padre Alberto y Marcial. Un disparo sonó en mitad de la confusión y uno de los dos dejó de moverse. Marcial se quitó de un empujón el cuerpo del clérigo y apuntó a Javier, quien le ordenó tirar el revólver, pero Marcial no tenía intención de hacerlo. El inspector disparó sin dilación, acertando en la cabeza. Marcial quedó de bruces con los ojos abiertos, mirando hacia ningún sitio. Un hilo de sangre corrió desde su frente abriéndose paso hasta una de sus mejillas. Soledad se agachó con los ojos cerrados, llorando a lágrima viva. Estaba tan aferrada a su niño que era imposible quitárselo de los brazos.

Manzano se lanzó entonces hacia el padre Alberto, que estaba gravemente herido. No tenía fuerzas para exhalar un quejido. Javier taponó la herida en el costado.

—¡Aguante! ¡El médico vendrá enseguida! —dijo, abrazándolo por el cuello—. ¡Ricardo, vaya por el médico, por Dios! —Ricardo salió de allí como una bala a discreción en busca del doctor Rosique. María Soledad se quedó sentada en el suelo, abrazada y meciendo a su niño. El padre Alberto tuvo unas palabras.

—Lo siento mucho, Javier. Siento tener que irme de esta forma. Pero era lo mejor para mí.

—¡No hable! ¡Por favor! ¡Saldrá de esta, se lo prometo!

—No prometa lo que no puede, Javier. Sé que lo hace con la mejor intención. Pero, si algo merecía en esta vida era morir de esta forma. No merezco seguir viviendo.

—¡No hable, se lo ruego...!

—Déjeme confesarle algo mientras pueda. Se lo suplico. Me dijo que, si necesitaba a un amigo, podía contar con usted, ¿lo recuerda? —manifestó con un hilo de voz y media sonrisa fracasada—. Durante la Guerra, yo era un simple cura que daba clases en una escuela de niños huérfanos. Todo lo que tenía que hacer era enseñarles unas materias, inculcarles valores en la vida y hacerles sentir todo lo buenamente posible. Una mañana, durante la clase, me ausenté para ir al baño. Dejé a uno de los niños a cargo de la clase. Ya sabe usted, para que los demás no alborotasen. Nunca ha funcionado eso.

Entonces, los perros del lugar comenzaron a ladrar y a correr como posesos por la zona. Todos sabíamos qué significaba aquello. Al cabo de unos minutos, las sirenas comenzaron a sonar endiabladas, avisando del peligro. Debíamos correr hacia los sótanos del edificio. Los aviones de los Nacionales se disponían a lanzar sus bombas. Salí de los baños asustado, pero en vez de dirigirme a la clase en busca de los pequeños para guiarlos hacia la puerta del refugio, corrí solo para resguardarme en un almacén y me metí debajo de una robusta mesa. Corrí como un maldito cobarde. Cuando pasó todo, el centro estaba destruido. Todo en llamas. Una de las bombas había caído en el aula y mis niños habían perecido. ¡Todos, Javier! —gritó con lágrimas en los ojos—. ¡Abandoné a mis criaturas por mi cobardía! ¡Por mi culpa murieron allí! Desde entonces, solo le pedía a Dios que me llevara con ellos. Aunque no lo mereciese, le pedí que me permitiera estar con ellos. Era lo único que deseaba. Solo merezco morir como un monstruo, abandonado y solo. Ni siquiera el castigo impuesto por mí mismo, durante años, fue suficiente para mitigar mi conciencia y mi alma.

—Tranquilícese. Ya todo ha pasado. Ha sido usted muy valiente salvando la vida de esta mujer. Dios estará con usted siempre —manifestó, compungido.

El padre Alberto acarició la mejilla del inspector, le sonrió en un acto de benevolencia y exhaló su último respiro mientras le hacía la señal de la cruz en la frente. Javier le cerró los ojos. Entonces, Ricardo y el doctor Rosique entraron por la puerta. Manzano los miró y negó con la cabeza. El doctor Rosique se acercó a Soledad. Ella y su niño estaban bien, afortunadamente. Javier dejó apoyado, en el suelo de la entrada, el cuerpo del padre Alberto, junto con el de Marcial.

María Soledad se levantó con su niño, ayudada por el sargento. El doctor Rosique la hizo sentar en una silla para examinarla con más detenimiento. Ricardo se acercó al comercio más próximo para llamar por teléfono a los compañeros del cuartelillo. A los pocos minutos, un par de agentes se presentaron allí para custodiar los cuerpos hasta ponerlos a disposición judicial. Después, el sargento cruzó unas palabras con Javier.

—¡Vaya un momento para detener a Soledad! Y con su niño delante. ¡Carallo! —exclamó.

—Usted hágase cargo del niño en cuanto termine el doctor de examinarla. Haga que uno de los muchachos eche un vistazo por la casa, a ver si encuentra algo sospechoso. Yo la interrogaré en algún sitio discreto. Para llevarla al cuartelillo siempre hay tiempo.

—Lo que diga, inspector.

Después de un pequeño examen de rutina, Soledad se quejaba de un fuerte golpe en la mejilla producido por el impacto del arma de Marcial. Por lo demás, estaba bien. El doctor se marchó solo y el sargento Ricardo tomó al pequeño David en brazos. Bastaron unas cuantas carantoñas y payasadas varias para hacerse con el niño. David rio y estuvo cómodo con la autoridad competente. Y mientras se ocupaba de la criatura, Ricardo ordenó a uno de los compañeros dar un repaso a todo el interior como al exterior de la vivienda. Mientras, Javier acompañaba a Soledad al patio, donde se sentaron.

—Quería darle las gracias por haber salvado la vida de mi niño, y por supuesto la mía, claro. No puedo creer que el padre Alberto esté tendido ahí fuera. Ha sido muy bueno conmigo —dijo Soledad todavía con el susto en el cuerpo y lágrimas en los ojos—. Será mejor que vea usted lo que Marcial quería con tanto ahínco recuperar —terminó de decir Soledad entregándole la carta. Javier cogió la misiva y la abrió:

Querida María de la Soledad:

Ante todo, le agradezco la sinceridad y el valor que ha tenido para escribir esta carta. Quiero que sepa que estoy consternada ante tales hechos realizados por mi esposo. Desde hace un tiempo, tenía las sospechas de los devaneos que mi marido ha estado teniendo con algunas mujeres, no solo en mi propia casa sino, también fuera de estos pazos. El que yo no haya podido darle heredero alguno y otros menesteres conyugales que no vienen al caso exponer en estas líneas, no le autoriza a tener ciertas libertades, ni siquiera como señor de estas tierras.

Le ruego acepte mis disculpas como mujer y esposa. Hacerle llegar mi más sincero pesar ante el hecho ocurrido: la vergüenza y la deshonra que ha provocado mi esposo, no solo en los Pazos de Castelouriño, ensuciando el buen apellido de los Castro, sino como cruel ejemplo para las gentes de este pueblo, el cual quedará por siempre marcado y mancillado. Y quiero hacerle saber que no ha de faltarle nada a su pequeño, desde el mismo día de su nacimiento, si usted me lo permite. Yo misma me encargaré personalmente de que don Fernando de Castro y Sanjurjo se haga responsable de ese niño que lleva su sangre.

Querida señora, quisiera cerrar estas líneas con el convencimiento de que sabrá usted guardar silencio, al menos hasta que yo pueda hablar con él y arreglar este asunto tan lamentable. Le prometo que todo se resolverá a su favor en cuanto tome las riendas de la situación. Mi esposo se arrepentirá de todo el daño que ha causado durante todo este tiempo. Gracias por su comprensión. Reciba un cordial abrazo de esta afligida sierva de Dios.

Florina de Castro Sanjurjo de Bouza y Castello

—Será mejor que guarde esto. Es una prueba importante a su favor con respecto a su niño. Verá, Soledad. Ha sido toda una casualidad que hayamos desarticulado los planes de Marcial. Veníamos a detenerla y llevarla al cuartelillo para interrogarla.

—¿Por qué quiere usted hacer eso, inspector? —preguntó ella con preocupación. Temía que el padre Alberto le hubiese puesto en conocimiento su mayor pecado. Pero también sabía que lo había contado bajo secreto de confesión y tarde o temprano tendría que declarar ante la justicia no divina.

—El padre Alberto me llamó por teléfono para decirme que la tenía bajo su protección. Íbamos a venir a su casa directamente, pero su llamada nos hizo ir a la iglesia. Usted ya no estaba allí, así que vinimos aquí. Supusimos que estaría recogiendo algunas cosas y fue cuando el padre Alberto..., bueno, ya sabe. Verá, han aparecido sus huellas en el cuchillo que encontramos en la escena del crimen de Casto. También, la herida que tenía Aleixo en su costado coincide con la hoja del mismo cuchillo.

—¿Qué cuchillo? —Soledad preguntó absorta en la más absoluta ignorancia.

—Un cuchillo de hoja curva. Se suele utilizar para recoger setas comestibles. ¿Qué puede decirme de esto? —La mujer quedó estupefacta durante unos segundos. Luego, reaccionó ante la pregunta.

—Bueno, vera..., yo..., es cierto que tengo un cuchillo de esa forma. Lo suelo utilizar para recolectar champiñones y especialmente corteza de carballo. Hago infusiones con ellas, ¿sabe? —dibujó una sonrisa frustrada.

—Dígame. ¿Por qué hemos encontrado sus huellas en ese cuchillo? ¿Mató a Aleixo y a Casto? —Javier fue directo al grano.

—¡No! ¡No, por Dios, no! ¡Yo no he matado a esos hombres! Verá, hace dos semanas perdí un cuchillo curvo como el que usted dice que han encontrado.

—¿Dónde lo perdió?

—Debí perderlo en el bosque. Cuando llegué a casa lo eché en falta, pero no le di mayor importancia. Pensé que se me habría caído por aquí, en el patio, o quizá en la cocina, no lo sé.

—¿Cuánto hace que tiene ese cuchillo? —Javier quería llevarla a otros sitios.

—Lo compré en la ferretería. Donde se compran todos los cuchillos.

—¿Cuánto tiempo tiene ese cuchillo, lo recuerda?

—Creo que unos dos o tres meses..., quizá cinco. —Javier estudiaba las expresiones faciales de la mujer. Sabía que estaba diciendo la verdad, hasta el momento. Soledad se había convertido en la sospechosa número uno, después de Luciana.

—Dice que lo perdió en el bosque y lo echó de menos cuando llegó a casa.

—Así es, pero hay algo que...

—¡Qué! Dígame lo que recuerda. Es muy importante. —Javier quería toda la verdad. Se inclinó hacia adelante con todos los sentidos puestos en ella. Aquel gesto parecía como si le fuese a brindar la oportunidad de averiguar todo.

—No entiendo cómo pudo caerse del canasto. Yo lo metí allí cuando terminé de cortar los carballos. Quizá se me cayera de la cesta con el vaivén del brazo. No estoy segura.

—Y, ¿qué hizo luego?

—Me vine a casa... Un momento... Me encontré con un vecino del pueblo, con Nico.

—¿Nicolás, dice usted? —Javier arrugó su cara como un papel dispuesto a ser arrojado a la papelera.

—Sí, pasó por allí. Me saludó muy atento. Es muy buena persona. Se ofreció a ayudarme.

—Y, ¿qué más?

—Nada más. Estuvimos hablando de esto y de aquello. De cosas del pueblo.

—¿De qué cosas en concreto? ¿Las recuerda?

—A ver..., creo que hablamos de don Fernando, de lo tirano que es y de cómo nos trata.

—Y ¿qué le dijo Nicolás?

—Que tuviera cuidado con los cometarios que hacía y todo eso. Confieso que le dije que, si por mí fuera, estarían muertos esos dos, y sus lacayos ahorcados y arrojados por ahí.

—Comprendo. ¿Alguna cosas más? —Javier la miró con ojos indagadores.

—Nada más... Bueno, también pasó *Rosiña* por casa para que le vendiera unas infusiones, pero nada más. Eso es todo, se lo juro. Yo no he tenido nada que ver con la muerte de esos dos. Jamás se me ocurriría acercarme a ellos.

En esos momentos, Ricardo entró en el patio con algo en la mano. Llamó la atención de Manzano.

—Inspector, ¿podría acercarse un momento, por favor?

—¿Qué ocurre? —Se levantó y se dirigió al sargento.

—El compañero ha encontrado esta bolsa en la parte de atrás de la casa. Estaba escondida entre unos matorrales. —Ricardo la abrió. Contenía una peluca de color castaño y una pistola. Ambos se miraron. El inspector cogió la bolsa y se dirigió a Soledad.

—¿Qué puede decirme de esto? —Javier mostró el interior a la mujer.

—¿Qué es eso? —preguntó perdida.

—Dígamelo. Estaba justo detrás de su casa.

—Le juro que no tengo ni idea de qué hacía eso detrás de mi casa, inspector.

—Soledad, no tengo más remedio que detenerla.

Uno de los agentes del cuartelillo llegó en una bicicleta. Debía darle noticias a Manzano.

—Inspector. Disculpe. Han llamado del hospicio de La Coruña... Una tal hermana Fortunata asegura que tiene algo muy importante que decirle. — Javier notó cierto desasosiego en su interior. A pesar de las pruebas obtenidas recientemente, tomó una decisión.

—Está bien. Voy a dejarla bajo la custodia de los agentes que se quedarán en su casa, junto con los cuerpos del padre Alberto y de Marcial. Queda usted detenida, por el momento.

Ricardo tomó un par de mantas y tapó los cuerpos en señal de respeto. Después, se persignó. Javier dio unas cuantas órdenes a los compañeros. Aquella llamada del hospicio hizo sonar una pequeña voz de alarma en su cabeza; tenía una fuerte corazonada a pesar de haber sido encontrada aquella bolsa que inculpaba a María Soledad.

CASA CUNA DE LA MISERICORDIA. LA CORUÑA.
22 DE MARZO DE 1952. 12:35 HORAS.

El tiempo no mejoraba y se cerró en banda, como una tuerca oxidada a su perno. El cielo se vino abajo como un criminal confeso después de un interrogatorio policial. La lluvia caía a manta y cubría toda la región gallega. Afortunadamente, los ánimos de los agentes prevalecían por encima de toda inclemencia meteorológica. Durante el trayecto, las conjeturas entre Javier y Ricardo sobrepasaban las teorías más verosímiles que podían postular dos agentes de la ley. Los nervios estaban a flor de piel, especialmente los de Manzano. Estaba llevando todo el peso del caso, además de otros asuntos personales.

La idea de que *Isiña* se estaba apagando y la impotencia de no poder hacer nada, le corroía las entrañas. A excepción de Julia, ninguna otra persona le había preocupado tanto. La muerte de sus padres conllevó un varapalo muy grande en su vida, pero no saber nada sobre Julia, le intranquilizaba. Bien era cierto que, las últimas noticias que tuvo de ella fueron en aquel caserón derruido por las bombas y el fuego de una guerra sin sentido. Allí consumaron su amor eterno. Después de aquello, no volvió a saber nada más de la chica... Pero la relación con *Isiña*, había sido intensa en aquellos días. Había encontrado en ella un rayo de luz; esa chispa de sentimiento puro, mucho más que el que había sentido por Julia, un amor que desapareció de su vida, un día de mayo de 1938.

—Me pregunto qué querrá esta monja —dijo Ricardo sin quitar la vista de la carretera.

—Probablemente haya recordado algo. O tal vez, que les hagamos una donación —Javier miró al sargento, que sonrió de medio lado.

—Sea lo que sea, espero que valga la pena. Sinceramente le digo que este caso me está tocando ya mucho los cojones. Y perdóneme usted la expresión.

—No se preocupe, sargento. A mí también me está tocando mucho la moral, créame. Vine a este pueblo con la intención de tener unas vacaciones tranquilas y me encuentro de lleno en una investigación criminal. ¡Justo lo que necesitaba! —exclamó con sorna.

Los agentes bajaron del coche. Ambos subieron las solapas de sus prendas. Javier ajustó su gorro y tiró el cigarrillo que fumaba dentro del vehículo, a la mitad.

El sargento llamó a la puerta con el puño. Dos golpes secos bastaron para avisar a las monjas de que alguien quería entrar. Esta vez abrió una novicia muy joven. Los hizo pasar hasta el despacho de sor Ignacia. No tardaron mucho en ser atendidos. Ricardo miraba en todas direcciones, contemplando la humedad que se filtraba por las paredes y esquinas, haciendo que estas se desprendieran como la carne de un leproso.

—¡No sé si hace más frío en la calle o aquí! —espetó con cara de estar incómodo.

—Le noto tenso. Ande, siéntese un poco —contestó Javier sonriendo. Sor Ignacia entró en ese momento y cerró la puerta con suavidad. Sonrió y saludó a los agentes—. Gracias por su llamada. Supongo que son noticias importantes las que nos han hecho venir hasta aquí —señaló el inspector con cierto nerviosismo.

—Así es. —Les invitó a acompañarla a la habitación contigua, donde se encontraban los archivos—. Como ya les conté cuando vinieron por primera vez, la mayoría de los archivos se quemaron en un supuesto accidente. Vinieron buscando información acerca de unos hermanos. Han pasado bastantes años y también muchos niños. El caso es que una hermana nuestra, sor Fortunata, que ya no está aquí, pero que se encuentra de visita por unos días, estuvo recordando tiempos pasados, con nosotras. —Sor Ignacia se dirigió a uno de los cajones de los escritorios y sacó una carpeta—. Fue cuando sor Fortunata recordó a dos hermanos que llegaron aquí pidiendo ayuda. Eran huérfanos.

—¿Los recuerda usted? —preguntó Javier frunciendo el entrecejo.

—Vagamente, inspector. Mi memoria no es la que era, pero sor Fortunata me ayudó contándome cosas que yo había olvidado por completo, y otras cosas que me fueron confiadas por ella misma. Tengo que decirle, inspector, que esta información ha llegado a mí por pura casualidad, aunque estoy segura de que será de cierta relevancia en el asunto que le compete y por el cual les he hecho venir.

—Usted dirá, madre. —Javier era todo oídos.

—Creo que sería mejor que fuese la propia hermana la que debiera contarles lo sucedido. Ella tiene muy buena memoria y yo no sabría explicarles bien. —Sor Ignacia abrió la puerta y envió a una de las hermanas para avisar a sor Fortunata—. Ella es la sobrina del médico que trató al chico de una enfermedad mental, cuando se fueron de aquí.

Unos golpes sonaron tras la puerta. La cara de la hermana Fortunata asomó por ella.

—Con su permiso, madre.

—Pasa, hija mía. Te presento al inspector Manzano y su compañero, el sargento Ricardo.

Javier y Ricardo se levantaron y saludaron formalmente. La hermana Fortunata se sentó y comenzó a contar su relato, un relato que sorprendió mucho a todos.

—Y así fue cómo supimos la verdadera identidad de los niños. Cuando vinieron por primera vez, el niño presentaba heridas de bastante gravedad. El médico que lo atendió solo pudo practicarle un apaño, por así decirlo. Pero hubo que ingresarlo en el hospital. Por suerte, el expediente de esos hermanos lo guardé en otro sitio, días antes de que ocurriera el incendio.

—Comprendo. Y supongo que, la carpeta que tiene sor Ignacia entre las manos es el expediente, ¿no es así? —Javier alzó la mano en señal de reclamo.

—Así es. —Sor Ignacia se lo ofreció. Abrió la carpeta de inmediato. Ricardo se levantó raudo y se puso a la derecha de su jefe en funciones. Ambos ojearon la documentación. De repente, Javier exhaló unas palabras y ambos cruzaron sus miradas.

—¿Está usted leyendo lo mismo que yo, sargento?

—¡No puedo creerlo! ¡¿Quién iba a imaginarlo?! —acarició su mentón.

—¡Vamos, sargento! ¡Tenemos trabajo que hacer! —El inspector giró sobre sus pies, como si tuviese un muelle resorte en sus piernas—. ¡Gracias, madre! ¡No sabe usted lo importante que ha sido esta información para nosotros! ¡Prometo devolverle la carpeta!

Los dos agentes salieron de allí como lobos hambrientos para dirigirse al pueblo. A pesar de saber el nombre de los niños, no iba a ser fácil afrontar la situación.

CARRETERA HACIA CASTELOURIÑO.
22 DE MARZO DE 1952. 14:10 HORAS.

Durante el trayecto, Javier Manzano empezaba a atar cabos con Ricardo, mientras la lluvia no dejaba de sacudir a toda la región con fuerza.

—¡Dios Santo! ¡Es increíble! ¡Todo lo que nos ha contado la hermana Fortunata es francamente increíble!

Los limpiaparabrisas no daban abasto para apartar el agua y dejar algo de visibilidad. Aun así, Ricardo pisaba el acelerador más de la cuenta. El frente nuboso prometía un duro temporal; el color gris predominaba por toda la zona dejando un panorama triste y lúgubre.

—Estoy pensando en la peluca, sargento —espetó Javier agarrado al manillar de la puerta.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Ricardo mientras tomaba una curva a gran velocidad.

—La bolsa que encontraron los compañeros, detrás de la casa de Soledad, con la peluca y la pistola. Estoy seguro de que la utilizó para despistarnos. Se puso la peluca para hacernos creer que era una mujer. Un poco de maquillaje, la confusión de la noche... Hay que reconocer que el muchacho es bien parecido.

—¿Es posible creer en todo esto? —Ricardo abrió los ojos.

—Yo en lo único que creo es en Dios Padre y su Hijo que vino a este mundo a salvarnos de las inmundicias, sargento. Pero al menos, cuadra con mi teoría. ¡¿Cómo si no iba a llevarse, de una forma tan sencilla, a dos cuerpos como templos sin utilizar la fuerza física?! Se puso la peluca y se maquilló como una mujer para engatusar a las víctimas y llevarlas al faro. Con Aleixo consiguió amedrentarlo gracias a la pistola, una Luger alemana que le robó a su tío Andrés, cuando este fue a visitarlo a la colonia de Oza. Es

imposible hacerse con alguien del tamaño de Aleixo, cuerpo a cuerpo o con una simple navaja. Y con Casto, probablemente hizo lo mismo.

—Comprendo, señor. Todo va encajando. Y la herida en el dorso de la mano de Aleixo debió ser como usted dijo. Debió darle un buen golpe para intentar quitársela. ¡Quién iba a pensar que aquellos niños estaban entre nosotros! —Ricardo sintió un escalofrío de emoción, viendo cómo las piezas iban encajando al fin.

Llegaron al lugar indicado y salieron del vehículo con recelo. Javier fue el primero en salir. Le siguió Ricardo, a un par de pasos tras él. Llamaron con fuerza. La lluvia caía sin compasión. El sol apenas se apreciaba en todo el lugar, dando una tonalidad grisácea y difuminada. La puerta se abrió. Tras ella, una mujer que miró con sorpresa a los agentes.

—¡Inspector!, ¡sargento! ¿Qué se les ofrece? —preguntó inocentemente.

—Buenas tardes, Rosita. O, ¿debo llamarla Silvia? —Javier se quitó el sombrero y pasó la mano por todo el cabello.

—Así que ya está usted al corriente de todo, ¿verdad? —se limitó a decir—. Por favor, pasen. —Los dos agentes entraron hasta la pequeña sala de estar. Silvia les rogó sentarse.

—Tiene mucho que explicarnos, Silvia.

—Lo sé. ¿Puedo hacerle una pregunta, inspector? —dijo con voz compungida.

—Preferiría ser yo quien hiciera las preguntas, pero está bien. Dígame.

—¿Cómo se han enterado de la verdad?

—Si no le importa, me gustaría esperar a esa parte. Se lo diré en su oportuno momento —cortó Javier de raíz—. Antes de nada. ¿Dónde está Nicolás? Mejor dicho... ¿Dónde está Pablo?

—Se marchó esta mañana, bien temprano, para hacer unos trabajos. Supongo que vendrá esta tarde.

—Cuénteme qué ocurrió la noche de aquel 2 de febrero de 1931.

Silvia se levantó de su silla. Un nerviosismo se apoderó de ella, como si aquella pregunta le hubiese hecho revivir un tormento dormido por el tiempo. Dio unos pasos por la habitación y se volvió hacia los agentes. Apretó sus manos entre sí con desazón.

—Yo estaba en mi habitación, dormida. Entonces, un ruido me despertó. Vi que mi hermano no estaba en su cama. Me levanté. Llovía mucho. Podía oír los truenos cómo partían el cielo en dos. Fui hasta las escaleras. Allí estaba él, aferrado a los barros del pasamanos, con la respiración muy agitada. Me acerqué y me arrodillé. Le pregunté qué era lo que le pasaba.

Pablo no contestaba y solo se limitaba a respirar muy rápido. Estaba conmocionado. Tenía los ojos muy abiertos. Parecía estar en un trance, como esas personas que se levantan por la noche y no saben lo que hacen. Yo me asusté mucho. Volví a preguntarle pero no respondía. Entonces, bajé las escaleras y vi a mi madre tirada en el suelo. Me acerqué a ella y la llamé, pero no respondía. Tenía una gran brecha en la sien y su cabeza reposaba sobre un charco de sangre. Volví a subir para llamar a mi padre, aunque no se encontraba en su habitación. Así que bajé y vi la ventana abierta. Me asomé a ella. No se veía nada. La noche estaba oscura como la boca de lobo. Solo se podía oír el sonido de la lluvia. En ese momento, varios relámpagos iluminaron todo el exterior del faro. Allí estaba su cuerpo, tendido en las rocas. Supe que era mi padre. Fue horrible.

—Lo siento de veras. ¿Cómo se enteró de lo que pasó en realidad?

—Mi hermano fue internado en el hospital de Labaca, en La Coruña. Allí estuvo un tiempo. En las reiteradas visitas que le hice, logré al final que me contara lo que vio esa noche. Solo así supe lo que en realidad le había pasado a mis padres. Ese desgraciado de don Fernando había ido a casa para ofrecerle dinero y olvidar el asunto. Había estado con ella y se había quedado encinta. Mi madre quiso pegarle, pero don Fernando le dio un golpe y la mató en el acto. Mi padre se volvió loco y también quiso pegarle. Don Fernando cogió el atizador de la chimenea y golpeó a mi padre en la cabeza. Una vez en el suelo, se acercó y le volvió a golpear hasta matarle. Con la ayuda de Aleixo y Casto montaron una escena para que pareciese que mi padre había matado a mi madre en un acto de celos. Lo arrojaron por la ventana. Las autoridades dijeron que se había suicidado al darse cuenta de lo que había hecho con mi madre.

—Comprendo. Dígame, ¿sabía usted lo que su hermano hizo durante su estancia en el hospital?

—¿A qué se refiere, inspector?

—Había una enfermera llamada Berta —Javier miró su libreta—. La encontraron en una sala, sentada en un sillón, con una carta en la mano y sin vida. Muerta, por un ataque al corazón, probablemente. Pero, cierto paciente aseguró haber visto a su hermano asfixiándola.

—Yo..., no tenía constancia de eso —contestó con cierta sorpresa.

—Y con respecto al accidente de su tía Herminia... ¿No sabía usted nada? Su tío Andrés me contó que cuando se levantó de la cama para ver qué fue aquel golpe, les encontró a usted y a su hermano junto a la entrada. Su tía yacía en el suelo y muerta al final de las escaleras. ¿Qué ocurrió?

—Mi hermano la empujó. Se lo merecía. Yo no hice nada por remediarlo —comentó alterada.

—Dígame. ¿Qué fue del arma que perdió su tío en el campamento de Oza?

—Mi hermano se la robó. Tenía planes para uno de los niños del campamento.

—¿Qué tipo de planes? ¿Con un tal..., Mateo, tal vez? —Quería saber la verdad sobre aquel niño encontrado muerto en circunstancias misteriosas.

—No sé nada de eso. —Silvia comenzó a ponerse cada vez más nerviosa.

—¿Por qué lo encubre?

—No lo hago, inspector. Mi hermano fue un enfermo. Tuve que cuidar de él. Gracias a mí pudo llevar una vida digna y normal.

—¿Por qué se hizo pasar por su esposa? —Javier hizo la pregunta decisiva.

Entonces Silvia rompió a llorar, retorcida en un mar de lágrimas. Dio unas vueltas por la sala e intentó calmarse. El inspector se levantó de la silla y fue a buscar un poco de agua...

—Durante el tratamiento, mi hermano tenía pesadillas. Sufría efectos secundarios. Uno de esos efectos era la pérdida de memoria. Lagunas vacías. Se me ocurrió que, para quitarle esos sufrimientos, podía llenar esas lagunas con recuerdos nuevos. Por eso le hice creer que era mi esposo en vez de mi hermano. De todas formas, el accidente de avión que le provocó la herida en la pierna le afectó a sus partes. Lo dejó impotente. Mi hermano ya no era un hombre para estar con una mujer. Así que le hice creer que no me importaba; que yo le quería así, tal cual. Se acostumbró a ser el marido senil de Rosita. También había olvidado su verdadero nombre. Le dije que se llamaba Nicolás, así podíamos hacer una nueva vida en nuestro pueblo natal. No se acordaría de nada, pero al parecer empezó a recordar ciertas cosas, cosas horribles como los verdaderos asesinos de nuestros padres. —Silvia rompió a llorar de nuevo.

—Entiendo —acertó a decir algo consternado por la situación. Ricardo asintió compungido y miró a Javier—. Su hermano tendrá que responder ante la justicia. Lo comprende, ¿verdad? —Silvia observó al inspector con lágrimas en los ojos, asintiendo con pena—. Su hermano se disfrazaba de mujer para confundirnos y hacernos creer que era una mujer la que perpetraba los crímenes. Encontramos una bolsa con una peluca y el arma reglamentaria de su tío. Probablemente quería hacernos creer que era usted la que había

cometido los asesinatos, una vez hubiésemos averiguado sus verdaderas identidades.

—Nunca lo vi haciendo esas cosas, inspector.

—Está bien. Le voy a pedir algo, Silvia. Si viene su hermano antes de que demos con él, compórtese con normalidad, como si no supiese nada. Salga de casa y diríjase al cuartelillo. Nosotros haremos el resto. ¿Lo ha comprendido?

—Los agentes se levantaron de sus sillas. Javier hizo un gesto de cabeza a Ricardo. Antes de salir de la habitación, se volvió hacia Silvia—. ¡Ah!, ¡por cierto!... Con respecto a su pregunta de cómo he averiguado la verdad... Sepa usted que no ha sido fácil. Unas fotos de sus padres y una investigación profunda nos han llevado hasta ustedes. No olvide lo que le he dicho con respecto a su hermano...

Javier y Ricardo salieron de allí. Ya en la calle, el inspector tuvo una corazonada.

—Tenemos que ir a los pazos de don Fernando. Es muy posible que Pablo haya ido para rendir cuentas con él. —Se metieron rápidos en el vehículo. Javier sabía que tenía razón. Era su deber salvar la vida de aquel tirano, a pesar de todo.

—No sé yo qué decirle, inspector. Ese Fernando es un buen tirador. Seguro que a lo más mínimo se parapeta tras su escopeta de caza.

—Es muy posible, pero ese hombre no tiene ni idea de a quién se enfrenta.

Manzano sabía muy bien que Pablo buscaba venganza. Fernando era el último eslabón que quedaba suelto. El tiempo corría en contra del señor de aquellas tierras, malditas por un crimen que había quedado impune. Aquel déspota estaba en peligro y Javier tenía la obligación moral y profesional de protegerlo. A pesar de ello, había algo que le inquietaba, pero en aquel momento siguió su lógica, la misma que le había proporcionado, a lo largo de su carrera como policía, la resolución de muchos casos difíciles de resolver.

XVII

CENTRO CIUDAD. LA CORUÑA.
15 DE MARZO DE 1944. 10:00 HORAS.

Los chicos salieron del orfanato con la bendición del personal eclesiástico. Sor Ignacia y sor Fortunata respiraron el día que los jóvenes marcharon con la mayoría de edad para afrontar la vida como adultos. Nunca se encontraron pruebas sobre su implicación en los acontecimientos tan nefastos ocurridos en el pasado: la muerte de Pedro, la quema de archivos...

Después de visitar varios comercios de La Coruña, Silvia consiguió trabajo en casa de un adinerado estraperlista en el centro de la ciudad. Con lo que ganaba, había podido arrendar una pequeña vivienda en los alrededores; allí vivían modestamente.

Don Severiano, que así era cómo se llamaba el contrabandista, había sugerido a la chica que se quedara interna en su casa con la baja intención de obtener ciertos favores. Silvia, viendo venir las intenciones de aquel hombre, agradeció el gesto y prefirió rehusar la invitación. Así que vivía con su hermano, que también trabajaba haciendo recados en un bazar dedicado a vender desde un destornillador hasta enseres de costura.

Corrían tiempos muy duros a mediados de los años 40. La comida escaseaba y había muy poco género en los comercios. El mercado negro era apto solo para los adinerados. Oficialmente, no se podía comprar nada en ninguna parte, excepto acelgas, nabos y cebollas. Las dos cartillas de racionamiento, una para la carne y otra para el resto de productos alimenticios que el Gobierno de Franco había creado, no eran suficientes para paliar el hambre en el país. El boicot de otros países hacia España fue muy duro. Argentina fue la única nación que se dignó a enviar comida.

Pero en casa de don Severiano no faltaba de nada. Había hecho fortuna comprando alimentos por todo el país y vendiéndolos a precios desorbitados. Alguna vez que otra, había intentado aprovecharse de Silvia: le ofrecía

comida para llevar a casa a cambio de que se dejara tocar. La chica eludía muy bien esos enfrentamientos, conformando al crápula con otros menesteres.

A pesar de todo ello, Silvia y Pablo habían tenido mucha suerte al dar con una persona como don Severiano. Después de todo, la muchacha jamás se ganó comida para llevar a casa, se las apañaba para sacar todo cuanto quería para ella y para su hermano los fines de semana. Su valor y su coraje hicieron de la supervivencia un arte. Pero una noche, aprovechando que el contrabandista se encontraba fuera, Silvia metió a Pablo en la casa. El dueño no llegaría hasta el día siguiente. La chica preparó una cena para dos.

—¡Vamos, pasa! —dijo Silvia con una dulce sonrisa en su cara.

—¿No vas a tener problemas por esto? —preguntó Pablo sin mover un músculo de su cara. La bombilla de la pequeña lámpara del recibidor arrojaba una tenue luz amarillenta, dando austeridad al lugar.

—No va a venir hasta mañana. Así que tenemos la casa para nosotros.

—Está bien, pero cuando terminemos de cenar nos vamos a casa.

—Venga, siéntate. —Descorrió la silla. Pablo la miró extrañado. Después, se sentó a la mesa y cruzó sus manos. La chica comenzó a servir los platos. Primero acomodó a su hermano.

—Aquí tienes. ¡Anda, empieza a comer que se enfría! ¡Ya verás qué rico está! Son alimentos muy buenos. Don Severiano compra lo mejor.

—No me gusta ese hombre, Silvia.

—En el fondo no es malo. Se gana la vida así —dijo ella sin convencimiento alguno.

El resto de la casa presentaba un aspecto fantasmagórico; ninguna luz encendida excepto la del recibidor y un par de quinqués que había prendido Silvia en la cocina. Eran exigencias de su propietario, contrario al derroche en tiempos difíciles, unido a su avaricia y ambición desmesurada.

—Eres demasiado buena, Silvia —aseguró Pablo llevándose un pedazo de carne a la boca. Lo masticó como si fuese un autómata.

—Cómete la comida, anda. No sabemos cuándo tendremos ocasión de comer algo así.

—¿Qué será de nosotros, Silvia?

—¿A qué te refieres? —Le extrañó la pregunta.

—Quiero decir, ¿qué pasará con nosotros el día de mañana?

Y entre las palabras de los jóvenes, un ruido de llaves intentando abrir la puerta de la entrada, se oyó con cierto eco que retumbó por el pasillo. Los chicos se quedaron atónitos. Silvia reaccionó de inmediato.

—¡Rápido! ¡Metete en la alacena! —acertó a decir con nerviosismo.

Pablo corrió hacia el armario y se escondió allí, desde donde podía observar entre las rendijas de la puerta. Don Severiano apareció por la puerta silbando. Fue hasta la cocina y encontró a Silvia de pie, junto a la mesa, sonriendo.

—¡Vaya! ¡¿Qué está pasando aquí?! —preguntó sorprendido. Llevaba un maletín en la mano. Lo dejó descansar encima de una silla.

—Buenas noches, don Severiano —respondió ella mientras se remetía el pelo tras la oreja. Tenía los nervios a flor de piel. Sabía el temperamento que gastaba el estraperlista.

—¿Por qué hay dos platos a medio comer en la mesa? ¿Quién ha estado aquí? —Frunció el ceño.

—Nadie, don Severiano. Es que dijo que a lo mejor venía hoy y quise sorprenderle con una cena en condiciones.

—¿De qué estás hablando, *filliña*? ¡Yo no dije que viniera hoy y mucho menos a ti! ¡Aquí está pasando algo! ¡Dime qué está ocurriendo! —exclamó medio gritando.

—De verdad, nada —sonrió nerviosa.

—¿Acaso has traído a alguien a mi casa? ¿No se te habrá ocurrido hacer eso, verdad? —La cara de don Severiano se puso encendida. Pablo seguía observando toda la escena a través de los resquicios de las puertas.

—¡No, claro que no! ¡De verdad!

—Entonces dime, ¿para quién es ese segundo plato?

—Es que..., verá usted..., le dije a mi hermano que viniera a comer algo. Quería cenar con él —soltó la chica de golpe.

—Y ¿quién te ha dicho a ti que puedes traer a tu hermano a esta casa? ¿Con qué permiso?

—Es que..., me encontraba muy sola y, pues...

—Y, ¿dónde está tu hermano? —preguntó inquisitivo.

—Se ha ido. Comió un poco y se fue.

—Bueno, mujer. No te preocupes, ya no estás sola —sonrió fríamente—. Pero, esta cena te va a costar un precio —aseveró desabrochando el cinturón de su pantalón al mismo tiempo. Silvia miró con horror la escena.

—Vamos. Ven aquí —demandó mientras se acercaba a ella muy despacio.

—No, por favor. Don Severiano, se lo suplico.

—Anda, no seas *parva*. Verás cómo te gusta.

—No, por favor, don Severiano. No lo haré más, se lo juro. No volveré a traer a nadie a esta casa.

El dueño de aquel hogar austero y sin vida se iba acercando cada vez más a la chica con ojos de sátiro y de obsceno deseo. Consiguió arrinconarla hasta que no pudo retroceder ni un ápice más. Pablo observaba la situación sin inmutarse; sus ojos se abrían a un mundo que le trajo recuerdos traumáticos de antaño. Veía cómo aquel hombre acercaba su cuerpo con los pantalones bajados hasta los tobillos y a su hermana arrinconada en el mesado. Entonces, el chico empezó a respirar con celeridad, aferró sus dedos a las lamas de las puertas y apretó con todas sus fuerzas. La respiración iba siendo cada vez más acelerada. Aquel miserable había conseguido inmovilizar a Silvia con su orondo cuerpo hasta ponerla acostada en el suelo. Tenía la mano derecha sobre su boca para ahogar los gritos de terror que exhalaba.

—¡Estate quieta y será más fácil, *carallo!* —espetó aquel cuerpo sudoroso que intentaba bajarle las calzas. Silvia se resistía por momentos. Jadeaba e intentaba desaferrarse de aquel montón de grasa. Don Severiano, por el contrario, se apretaba más a ella intentando arrancarle el jersey con la otra mano. No se daba cuenta de que estaba asfixiándola. Los quinqués encendidos conferían al lugar un aspecto tétrico iluminando sombríamente aquella escena esperpéntica.

De pronto, como salido de la nada, Pablo salió gritando de la alacena. Agarró uno de los cuchillos que había colgados en una barra de hierro y le asestó por la espalda una puñalada certera a la altura del corazón. Los ojos de don Severiano se abrieron como las varillas de un abanico. Bastaron dos segundos para caer encima de la muchacha.

Silvia rompió a llorar bajo un ataque de nervios. Al cabo de unos minutos, agarró el cuerpo muerto del hombre y lo rodó hacia un lado. Se incorporó despacio hasta quedar sentada, apoyó su espalda en el mueble y rodeó sus piernas flexionadas con la cabeza entre ellas. Lloró hasta que no pudo más. Después, se puso de pie y abrazó a su hermano. Pablo había mantenido la calma inmediatamente después de quitarle de encima a aquel desgraciado. Parecía un maniquí. Lánguido. Sin reaccionar. Solo acertó a decir unas palabras.

—¿Qué hacemos con tu señorito?

Silvia lo miró fijamente. Secó sus lágrimas y contestó a su hermano.

—Esperaremos a que sea más tarde.

—Y luego, ¿qué? —preguntó Pablo sin moverse. Parecía una marioneta al servicio de cualquiera que le diera instrucciones. El apelativo de «niño marioneta» con el que *Antoíño* «El Loco» le había bautizado era más que acertado.

Silvia pensó y fue consciente de que ambos debían actuar de inmediato: qué hacer con aquel cuerpo inerte. Tendrían que esconderlo de alguna forma y desaparecer de allí. Afortunadamente, nadie los vio entrar en el edificio. Silvia había sido vista por última vez sobre las cinco de la tarde, hora en la que termina sus labores desde las ocho de la mañana. Y la muchacha tenía un plan que no podía fallar.

PAZOS DE CASTRO. CASTELOURIÑO.
22 DE MARZO DE 1952. 16:10 HORAS.

Los agentes llegaron hasta la puerta de hierro. Ricardo se bajó del vehículo con prisa y la abrió. Esta vez los perros no salieron a recibirlos. Estaban tirados sobre el suelo pedregoso, muertos, con el cuello partido. Encontraron al jardinero maniatado, detrás de la vivienda de la servidumbre. Lo interrogaron. Un golpe le vino desde atrás. No vio nada. Se acercaron hasta los soportales del caserío, sacaron sus armas y llamaron a la puerta, que cedió al primer golpe. Estaba abierta. Los dos compañeros se miraron temiéndose lo peor. Aun así, entraron con precaución. El sargento Ricardo dio unas voces.

—¡Don Fernando! ¡Don Fernando! —exclamó con las dos manos puestas en su pistola reglamentaria apuntando hacia delante.

—¿Está usted ahí? —dijo Javier Manzano elevando el tono de voz. Pero allí no contestaba nadie. Todo parecía normal. No había desorden alguno ni signos de lucha. Javier miró a Ricardo y ambos dijeron una palabra que retumbó en la habitación de la sala del comedor.

—¡El faro! —contestaron al unísono.

Los agentes salieron raudos, montaron en el coche y recorrieron las calles del pueblo a gran velocidad hasta llegar a la gran linterna.

FARO DE CASTELOURIÑO.
22 DE MARZO DE 1952. 16:20 HORAS.

Javier Manzano y Ricardo dejaron el vehículo frente a la robusta puerta de entrada. Se percataron de la ausencia del agente que custodiaba el lugar por lo que sacaron sus armas. El inspector se acercó despacio y tanteó la manija: estaba cerrada. Hizo unas señas al sargento y ambos fueron hacia el escarpado para bajar hasta la puerta de atrás, donde Javier repitió la operación, pero esta vez sí hubo suerte. Entraron con cuidado hasta el rellano bajo la escalera de caracol. La oscuridad engullía todo el lugar y Javier sacó la linterna del bolsillo de su gabardina. Los agentes advirtieron unas voces apagadas en el piso de arriba por lo que Manzano apagó la linterna. Con suma delicadeza, evitando hacer ruido, subieron por la escalera, sujetándose a la pasarela para caminar con paso firme y seguro. Una vez arriba, se posicionaron a cada lado de la entrada al salón. Allí estaban don Fernando y Pablo. El primero, sentado y sujeto a una silla de anea con cuerda de esparto. Pablo le apuntaba con un arma, propiedad del reo, y paseaba frente a él.

—¿Por qué estás haciendo esto? Nunca ha habido problemas entre nosotros. ¿Qué cojones haces? —exclamaba Fernando haciendo esfuerzos por zafarse de la cuerda que lo mantenía sentado.

—No sabes quién soy, ¿verdad? —dijo Pablo sonriendo—. Yo maté a tus bastardos. A esos dos esbirros tuyos. Igual que voy a hacer contigo.

—¿De qué estás hablando, loco del *carallo*? ¿Tú mataste a Aleixo y a Casto? ¿Por qué lo hiciste? —Fernando frunció el ceño. Se detuvo en su intento de desprenderse de aquella silla. Se calmó un poco. Tal vez porque quería oír lo que aquel loco tenía que contarle.

—¡Sigues sin saber por qué! Deberías hacer memoria. Remontarte al año 1931 —Fernando cambió su cara. Estaba algo confuso. Todavía no sabía a qué se refería Pablo con lo de recordar aquel año.

—¿A qué te refieres? ¡Habla de una vez, joder! —Fernando empezó a mover sus manos intentando librarse de la cuerda. Mientras, Pablo comenzó a explayarse y lo hizo caminando de un lado a otro, sin perder la vista de los ojos del reo.

—Fue la noche en la que entró en el faro dispuesto a sobornar al farero para que se marchara del pueblo. Pero él le echó de allí. No quería su maldito dinero untado con el esfuerzo y sacrificio de todos los que están a su servicio. Insultó a Alejandro en su propia casa. Usted los mató. Primero a su esposa a la que golpeó como a un perro sarnoso.

—¡Escúchame! ¡Eso fue un accidente! ¡Yo no quería que aquello terminara así! ¡Créeme! —exclamó mientras seguía en su intento de librarse de aquella guita. Sus movimientos eran lentos pero precisos.

—¿Un accidente? Usted mató luego a Alejandro.

—¡No, no es cierto! ¡Vino a atacarme y yo solo me defendí! —argumentó frenético.

—¡Cállate, hijo de puta! ¡¿Defenderte?! ¡Cogiste el atizador de leña y le golpeaste con todas tus fuerzas! ¡No tuviste suficiente que volviste a golpearlo dos veces más en el suelo!

—¿Cómo sabes tú todo eso? —Fernando estaba sorprendido ante aquella fiel explicación de los hechos—. ¡Allí no había nadie! ¡Sus hijos dormían! ¡No hubo testigos! ¡¿Quién coño eres tú? —preguntó perdido en su mismo soliloquio.

—¡Soy Pablo! ¡El hijo de Alejandro y Silvia! ¡Usted le arrebató sus vidas! ¡Ayudado por sus perros de presa! Esos dos *fillos* de mala madre que hacían todo lo que usted les decía.

—¡Así que era cierto! Dijeron que habías quedado en *shock* porque presenciaste la muerte de tus padres. Y por eso no podías hablar. Pensé que todo eran habladurías.

—Gracias a mi entereza, me fui recuperando y pude recomponer todo lo que vi aquella noche. Sabía que mis pesadillas tenían un significado; gracias a ellas he podido recordar cómo hizo usted para que pareciese que fue mi padre el que mató a mi madre —Pablo ofreció un extraño gesto y retorció su rostro como una bola de papel. Convulsionaba su cara por momentos en un intento de recordar algo y comenzó a balbucear palabras—. Mi hermana..., mi hermana es Rosita..., pero no se llama así..., ella es..., se llama..., —se agarró la cabeza fuertemente con sus manos—. Se llama..., ella se llama... ¡Silvia!

—No irás a matarme ahora, ¿verdad? ¡Aquello pasó hace muchos años! ¡Te recompensaré! ¡Te lo juro! ¡Te daré mucho dinero y podrás volver a rehacer tu vida!

—¡No quiero su maldito dinero! ¡Quiero que pague por lo que hizo!

En ese momento, Manzano entró en la sala para interrumpir la fiesta.

—¡Quieto, Pablo! ¡No lo haga! ¡Baje el arma! —gritó Javier encañonando al hombre.

—¡Inspector! ¡Por fin ha venido! Mejor. ¡Así podrá ver cómo me cargo a esta rata inmunda! —dijo Pablo con la cara desencajada.

—¡No lo haga! ¡Por favor! No merece la pena. Deje que pague en la cárcel.

Ricardo estaba al otro lado de la sala. Encañonando también a Pablo.

—Dígale al sargento que se marche. ¡Dígaselo! —ordenó Pablo con cierto temblor en sus manos.

—¡Sargento, espéreme abajo! ¡Yo me hago cargo de la situación!

—¿Está seguro, inspector? —preguntó Ricardo con los ojos algo asustados.

—¡Hágalo, sargento! —reiteró Manzano.

—Como ordene, inspector.

Ricardo enfundó su arma y se fue abajo. Se quedó haciendo guardia en la misma puerta. En el exterior, la lluvia apretaba con fuerza y las nubes grises eclipsaron el poco sol que asomaba por entre ellas.

—Tiene que intentar calmarse, Pablo. Sé por todo lo que pasó. No tiene culpa de nada. Pero ahora debe bajar el arma. Le llevaré al cuartelillo y hablaremos allí, ¿de acuerdo? —dijo intentando hacerle entrar en razón.

—¡Usted no lo entiende, inspector! ¡Este bastardo mató a mis padres! ¡Destrozó nuestras vidas! ¡Merece ser ejecutado aquí y ahora!

La cara de Pablo estaba pálida por completo. Sus ojos no reaccionaban a la cordura. Y Fernando había conseguido desprenderse de las cuerdas que lo ataban; arremetió contra los dos en un arrebato que ninguno esperaba y cayeron al suelo. Fernando cogió la pistola de Pablo y corrió escaleras abajo; salió enflechado, como un toro sale por la puerta de toriles. Allí esperaba Ricardo que no vio venir la jugada. Fernando empujó al sargento, tirándolo en un pequeño barrizal que se había formado en la entrada. Subió al coche oficial y arrastró ruedas, perdiéndose calle abajo. Pablo asió la cuerda, ató las manos del inspector aprovechando su caída y tomó su arma.

—No haga una estupidez. ¡Por el amor de Dios! ¡No complique más las cosas!

—Lo siento, inspector. Debo hacer lo que debió terminarse hace muchos años —apostilló saliendo a toda prisa de allí. En el exterior, encañonó al sargento y le pidió que no se le ocurriera seguirlo. Pablo se dirigió al coche de las autoridades que custodiaba el faro y que estaba aparcado muy cerca, en un pequeño arcén. Montó en el vehículo y marchó calle abajo, intentando dar con Fernando.

Ricardo se preocupó de inmediato por la suerte de su compañero de fatigas, así que subió corriendo las escaleras y lo vio atado de manos, intentando levantarse. Le ayudó a ponerse en pie y le quitó la cuerda.

—Pero ¿qué *carallo* ha ocurrido?

—¡Ya habrá tiempo para explicaciones! ¡Deme su arma y quédese aquí! ¡Puede que vuelvan al lugar donde ocurrió todo!

—¡Pero señor...!

—¡Hágame caso! —concluyó Javier, enfundándose el arma del sargento en el costado y saliendo de allí, a toda máquina. No sabía dónde podían haber ido, pero tomó calle abajo, igual que los prófugos. Confió en su instinto, que nunca le fallaba.

IGLESIA DEL SAGRADO CÁLIZ. CASTELOURIÑO.
22 DE MARZO DE 1952. 17:52 HORAS.

Javier Manzano, en su recorrido a pie, pidió prestada una bicicleta a un vecino que se encontraba cercano al faro. Pasó por la plaza de la iglesia y allí vio los vehículos oficiales con las puertas abiertas. Dejó aparcada la bicicleta, apoyada en uno de los coches. La entrada de la iglesia se encontraba abierta. La lluvia caía sin compasión en Castelouriño. El inspector estaba empapado, pero eso no le impidió desenfundar el arma y acercarse hasta la capilla. Asomó la cara con cuidado; pudo ver a Pablo rezagado detrás de una de las columnas y a Fernando, refugiado entre el púlpito y un gran jarrón de piedra que sustentaba unos ramos de flores. Entró con mucho sigilo, sin ser visto. Se situó a la derecha de Pablo, pero justo en el otro extremo. Entonces, un relámpago se coló por las vidrieras, alumbrando la penumbra del gran salón. El ruido del agua impactaba en los vitrales. Pablo habló en voz alta.

—¡Sal de ahí, cobarde! ¡Da la cara, hijo de puta! —Se levantó y disparó hacia donde se encontraba Fernando. El sonido tronó como si fuera a partir el edificio en dos.

—¡Estás loco! ¡Ya te he dicho que fue todo un accidente! —contestó Fernando gritando.

Javier se posicionó para apresar a Pablo desde atrás, pero se dio cuenta de la presencia de Manzano y apuntó el arma hacia él. Disparó una vez. El inspector se escondió tras la columna que le sirvió de parapeto. Un trozo de piedra saltó por los aires.

—¡No sea insensato, Pablo! ¡Deje que la justicia actúe! ¡Don Fernando no tiene escapatoria! ¡Será juzgado por la muerte de sus padres!

—¡No se puede demostrar, inspector! ¡Ese hombre siempre hace lo que quiere! ¡No me diga que va a ser juzgado! ¡Sé muy bien qué saldrá de todo

esto! ¡Lo sé! —Pablo se pasó el brazo por la cara y se agarró a la columna con fuerza.

—¡Tengo pruebas! ¡Créame! ¡Será juzgado por asesinato!

Pablo se levantó y empezó a disparar contra Fernando hasta que se quedó sin munición. Aun así, siguió apretando el gatillo como si hubiese entrado en un trance perpetuo de ira y dolor. Cuando Fernando se percató de la situación, salió de su escondite y apuntó a Pablo. Disparó y la bala impactó en su pecho; cayó al suelo como un saco de arena. Javier salió de detrás de la columna donde se encontraba parapetado y apuntó a Fernando.

—¡Tire el arma! ¡He dicho que tire el arma! —gritó con contundencia.

Los dos hombres se encontraban a pocos metros. Ambos se apuntaban mutuamente. El sonido de un trueno estalló en medio de la iglesia. Pablo, malherido, a un par de metros de los pies de Fernando. Su respiración se aceleraba por momentos.

—¡No pienso tirar el arma, inspector! ¡Ya le dije que estaba usted en mis dominios! ¡No consiento que nadie me diga lo que debo o no debo hacer en mis tierras!

—¡Será mejor que tire el arma! ¡No juegue conmigo! —Javier acomodaba más su visión en el punto de mira, dispuesto a disparar si fuese necesario.

El agua se filtraba, por momentos, entre las grietas de la cúpula, formando una pequeña catarata, tanto que produjo el movimiento de un trozo del domo. Fernando no se percató de la vibración. Javier sí se dio cuenta, pero todo se desarrolló demasiado rápido. Un gran trozo de arco de piedra, del tamaño del púlpito, se desprendió de inmediato cayendo a plomo. El ruido hizo que Fernando mirara hacia arriba. No le dio tiempo a reaccionar. Ni siquiera a saber qué estaba ocurriendo. Aquel gran pedrusco lo aplastó como se aplasta a un insecto con la suela del zapato. El hombre quedó sepultado bajo aquellos escombros.

Javier Manzano miró hacia un lado, arrugando su cara como un papel a punto de ser arrojado a la papelera. Corrió hacia Pablo que estaba muy malherido. La bala le había perforado parte de un pulmón, respiraba con dificultad y sangraba en abundancia. Intentó taponar la herida, pero sabía que nada podía conseguir con aquello. Pablo intentaba hablar...

—Tranquilícese. No hable... —El inspector presionaba sin éxito el orificio y rodeó el cuello del herido, incorporándolo un poco.

—No importa. No hay nada que hacer. Me muero. Solo quiero decirle que siento mucho haberle ocasionado tantos inconvenientes. Mi mente está algo confusa. Hablé con el amante de mi mujer. Ya no sé lo que es real y lo que

no; si realmente soy un asesino o lo he soñado. —Espató sangre por la boca—. Gracias por todo. Dígale a Silvia que la quiero mucho.

Pabló exhaló su último aliento y dejó sus ojos entreabiertos. Javier lo miró consternado y cerró con su mano ensangrentada los párpados de aquel muchacho. Ricardo entró por la puerta de la iglesia, con la respiración agitada. Se dobló un poco y apoyó las manos en sus rodillas. Abrió la boca para tomar aire.

—¡Inspector! ¡¿Se encuentra bien?! —Javier volvió la cabeza y le hizo un gesto asintiendo. Apoyó la cabeza de Pablo en el frío suelo de piedra viva y se levantó lentamente—. ¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Ricardo con gran desconcierto.

—El destino, que ha hecho justicia divina. Eso es todo.

Ricardo miró hacia el gran pedrusco y vio un gran charco de sangre y los brazos separados de lo que hacía unos instantes era el cuerpo de un ser despreciable y arrogante.

—¡Comprendo! —acertó a decir con cara de asco.

—¡Venga! ¡Vayamos al cuartelillo! ¿Cómo están los compañeros?

—Bien. Están bien. Con dolor de cabeza, pero bien.

Ambos abandonaron el lugar. Ya en el cuartelillo, hicieron unas llamadas telefónicas y se sirvieron un café bien caliente. Javier hizo los honores.

—Tenga, sargento. Le sentará bien.

—Gracias, señor —se limitó a decir—. Todavía me cuesta creer que Nicolás fuese Pablo.

—Parece ser que todo encaja, sargento —asintió Javier con la taza rozando sus labios—. La peluca que se colocaba para hacernos creer que era una mujer... El vestido de su hermana... Los juguetes junto a las víctimas. Ese muchacho debió sufrir mucho.

—Me gustaría felicitarle por la gran labor que ha hecho —dijo Ricardo ofreciendo su mano.

—Es mi trabajo, sargento. Pero gracias. Reconozco que ha sido bastante complicado.

—¡Dígamelo a mí! Yo, un agente de la autoridad de un pequeño pueblo, sumergido en una investigación criminal. ¡Yo! ¡Un simple Guardia Civil!

—No se menosprecie, sargento. Al menos, le habrá servido de experiencia.

—Sin duda alguna, inspector. Dígame una cosa, ¿cree que podría ser un policía del cuerpo de la Brigada de Investigación Criminal?

—¿Está usted pensando en pasarse a la BIC, sargento?

—La verdad es que sí. Me gustaría dejar este pueblo. Nada me ata aquí. No tengo esposa ni hijos.

—Venga a verme algún día a Cuenca o a Madrid. Hablaremos de ello.

—Le estoy muy agradecido. Bueno, creo que sería conveniente descansar un poco. Mañana será un día intenso; mucho papeleo que rellenar y muchas cosas que explicar a las autoridades.

—Tiene usted razón.

—No me haga mucho caso, pero le noto algo raro —apuntó el sargento.

—¿Qué quiere decir? —dejó su taza en la mesa.

—Pues que da la impresión de que no está muy conforme con el resultado del caso.

—¿Eso cree? No sé, tal vez.

—Señor, ¿le importaría llamarme Ricardo? Me sentiría mejor si así fuera.

—Por supuesto, con la condición de que usted me llame Javier.

La mañana siguiente prometía ser complicada y llena de trabajo. Ricardo también tenía razón en algo. La cara del inspector Manzano no encajaba con la resolución del caso. Muy en el fondo, tenía la sensación de que algo se le había pasado por alto.

CEMENTERIO DE LOS REMEDIOS. CASTELOURIÑO.
23 DE MARZO DE 1952. 10:00 HORAS.

La lluvia había dado cierto descanso al pueblo de Castelouriño y el sol se dejó ver con timidez el día después de los hechos producidos. El frío azotaba sin compasión y entumecía las articulaciones de todos sus habitantes. En resumen, un día triste para todos. El padre Alberto ya no daría más homilías en aquellas tierras. El entierro lo ofició un párroco de la capital. Silvia secaba sus lágrimas, enlutada en un vestido negro con mantilla, ocultando su rostro. Todos estaban allí. Javier y Ricardo observaban a todos los presentes.

Al mismo tiempo, Fernando y Marcial eran enterrados en la cripta de los Castro, en la soledad más absoluta excepto por los funcionarios que realizaban el trabajo. Ya no extorsionarían y oprimirían a sus gentes. La mayoría de los lugareños se alegraban en silencio de la muerte de los tiranos. Otros lo celebraban por todo lo alto. A pesar del pasado turbio de Pablo, fue enterrado con dignidad y en la misma fosa donde, veintiún años atrás, fueron enterrados sus padres: Alejandro y Silvia. Los vecinos más allegados le honraron sepultura.

Javier Manzano se percató de una silueta que observaba desde lejos todo el ritual. No pudo ver con precisión quién era ya que solo se marcaba el contorno de lo que parecía un hombre joven, a pesar de la escasa luz solar que desprendía la mañana. Terminada la ceremonia, la figura que contemplaba desde la distancia dio media vuelta y se perdió por la espesura de unos grandes arbustos y árboles.

Todos marcharon de allí cabizbajos, murmurando sobre los recientes acontecimientos que flotaban en el ambiente. La noticia de que Nicolás era en realidad Pablo, el hijo del antiguo farero y su esposa, se corrió como la pólvora por todo Castelouriño. Piki no fue menos en celebrar, con disimulo, lo que la justicia divina había hecho con los crueles terratenientes.

Después del responso, Javier se personó en la consulta del doctor Rosique. Debía responder ante la justicia por los falsos testimonios en una investigación de asesinato. El doctor organizaba una pequeña maleta con algunas camisas y otras prendas de vestir.

—¡Inspector! ¡¿Qué le trae por aquí?! —preguntó sorprendido.

—¿Se marcha de viaje?

—Así es.

—¡No ha ido al funeral de su amo! —soltó Javier como una bomba.

—¿Amo? ¿Qué está usted diciendo? ¡Don Fernando no era mi amo, era un amigo! —respondió nervioso—. No he podido ir. Salgo de inmediato para la capital. —Tomó asiento.

—¿Algún motivo en especial? —preguntó con cierta sorna.

—Tengo a un familiar muy enfermo que requiere mis cuidados.

—Usted y yo tenemos una conversación pendiente —advirtió Manzano mientras se quitaba el sombrero y le daba vueltas entre las manos.

—No le comprendo, inspector. —El doctor sabía muy bien a lo que se refería—. Creí que ese tema ya estaba claro y zanjado.

—¡Sabe que no es así! ¡Usted sabía muy bien lo que le ocurrió a doña Florina!

—¡Doña Florina murió de un infarto! ¡Su corazón no lo pudo soportar! ¡Estaba delicada! —Se levantó de su silla.

—La autopsia ha revelado Loidipina en sus cabellos, un compuesto cuyo principio activo es la Belladona. ¡¿Qué fue lo que le dijo don Fernando?! ¡Hable, doctor! —Javier demandó una respuesta inmediata. El doctor Rosique se derrumbó. Perdió la mirada en su mesa. Se sentó despacio. Sabía que no podía ocultar por más tiempo la verdad. Observó al inspector durante unos segundos.

—Cuando llegué, doña Florina estaba tirada en el suelo. Me acerqué a ella, me arrodillé y le tomé el pulso. Carecía de él. Estaba fría. Era tarde para practicarle una reanimación. Don Fernando estaba en un rincón de la mesa, impávido, mirando la escena. Yo sabía que había tenido algo que ver con su muerte. Me incorporé y le pregunté. Me dijo que su mujer se había desplomado de repente. Era algo extraño. Su esposa se tomaba siempre su medicina, tenía mucho miedo a la muerte. Así que le pedí a don Fernando que me confesara la verdad ya que cuando le practicaran la autopsia todo saldría a la luz. Me di cuenta del cambio tan radical de su rostro. Le prometí que de aquellas paredes no saldría nada y que haría todo lo posible por ser yo el que practicara una falsa autopsia. De hecho, no la hice, me limité a redactar un

falso informe. Pero a cambio tendría que decirme la verdad para saber a qué enfrentarme. Fue entonces cuando me confesó que le había dado una dosis triple de Loridipina disuelta en la copa de vino. Ese medicamento en concreto lo tomaba para conciliar el sueño. Para relajarse. Llevaba mucha tensión en su vida. Demasiados disgustos. Entonces le pregunté por qué lo hizo y contestó que doña Florina sabía lo del niño bastardo de María Soledad. Doña Florina le había exigido hacerse responsable de la criatura y aceptarlo como su hijo y futuro heredero. Era una señora de los pies a la cabeza.

—Comprendo, y entonces decidió liquidarla y usted le sirvió de cómplice, como le sirvió de cómplice en el caso del farero y su esposa. Cambió los informes forenses. La pregunta es ¿por qué, doctor?

—Empecé trabajando como médico en la fábrica de don Fernando. Un día me ausenté de la clínica durante un rato. Di una vuelta por las instalaciones y observé que uno de los cuadros eléctricos estaba lanzando unas chispas, como si algo se estuviese quemando. Así que se me ocurrió desconectar el machete de corriente, pero aquello provocó una especie de cortocircuito que hizo que una de las máquinas de la planta de envasado reventara en pedazos, llevándose por delante la vida de dos trabajadores. Era un matrimonio del pueblo. Después de todo lo sucedido le dije a don Fernando lo que había hecho. Lo que no sabía era que mi confesión la utilizaría en mi contra. Llegó a chantajearme con denunciarme si no accedía a sus voluntades.

—Y esas voluntades llegaron con el tiempo, ¿no es así, doctor? Dígame, ¿quién era aquel matrimonio?

—Los padres de Cayetano y Luciana. Me enteré poco después. Los niños se habían ido con un hermano del padre y con la abuela. La mujer perdió el habla cuando se enteró de la noticia. Su tío se encargó de todo. Hace unos años, los hermanos regresaron al pueblo para hacerse cargo del negocio del hostel. Me sentía tan culpable que intenté congraciarme con ellos. Quería ayudarles con su abuela de alguna manera, pero Luciana malinterpretó mis intenciones, así que tuve que dejar de ofrecer mis servicios médicos y atender a la anciana cuando lo necesitara.

—Doctor, ¿qué revelaron realmente las autopsias de Silvia y Alejandro?
—Javier fue inquisitivo.

—Silvia estaba encinta de don Fernando. No tuve más remedio que amañar los informes.

—Está bien, doctor. Siento mucho todo el sufrimiento que ese hombre le ha causado, pero queda detenido por cómplice en los asesinatos de doña

Florina y anteriormente, de don Alejandro y su esposa, doña Silvia. Por favor, póngase de pie.

Javier esposó al doctor y salieron de allí hacia el cuartelillo. Antes de marchar, Rosique echó un vistazo atrás... Miró su mesa por última vez.

Tras alojar al doctor en una de las celdas, el inspector corrió hacia el hostel de Luciana. Allí, junto a su hermano, recibiría una buena noticia. Las deudas adquiridas con don Fernando habían sido anuladas. Les contó lo sucedido con sus padres y las buenas intenciones del doctor Rosique. También se acercó al Ayuntamiento de Castelouriño puesto que había un asunto pendiente con el alcalde. Tenía la obligación de informarle de que estaba enterado de sus misteriosas ausencias en el Hostel La Muñeira.

—Inspector, ¿qué le trae por aquí? —Venancio tenía mala cara. Reflejaba una tristeza absoluta.

—Quería hablar con usted de cierto asunto. —Javier miró en derredor. No sabía muy bien cómo abordar el asunto que le acontecía en aquel momento.

—¿Viene a devolverme el arma?

—No, precisamente. No se preocupe. Le traerá el arma un compañero en un par de días. Como le dije hace unos días, tenía que comprobar su coartada en el hostel.

—Bueno, supongo que ya carece de importancia. El caso ya ha sido resuelto, ¿no es así?

—Así es, sí. Pero no vengo por lo del caso en cuestión. Cuando pregunté a la dueña del hostel por usted, efectivamente su nombre figuraba en el libro de registros. Pero no pasaba la noche en aquella pensión, lo hacía en casa de otra persona.

—Permítame que le diga, inspector, que eso no le concierne —respondió violento.

—Es cierto. Tranquilícese. Quizá no me concierna, pero, como le dije, tuve que ir a esa casa para comprobar que, realmente, pasaba la noche allí.

—Y ¿bien? —Venancio se levantó de su silla, esperando una respuesta.

—¿Sabe su mujer que la engaña con otro hombre? —soltó Javier como jarro de agua fría.

—¿Va a denunciarme, inspector? —contestó con otra pregunta. Durante unos eternos segundos se hizo un silencio absoluto.

—No tengo intención alguna. No me compete a mí meterme en asuntos de esta índole. Pero, como amigo le aconsejo que no haga sufrir a su esposa. Es una buena mujer.

—Permítame ponerle en conocimiento de que la persona a la que fue a ver falleció esta mañana a causa de una paliza en una manifestación en La Coruña. Recibí una llamada del doctor que asistió a mi amante. Le dijo que yo era el único pariente que tenía. Cuando llegué estaba en un estado casi agónico. Cuando me vio sentado a su lado, me sonrió. Le dije que debía dejar esas reuniones, que no le conducirían a nada. Yo estaba dispuesto incluso a dejar a mi familia por él —sus ojos comenzaron a llenarse de agua—, pero no me hizo caso; siempre dispuesto a luchar por todo lo que le parecía injusto. Él me daba las esperanzas y las ilusiones por las que luchar en esta vida. Con un hilo de voz y una pequeña sonrisa me dijo que me amaría siempre. Después se apagó como la llama de una vela. Ahora no tengo fuerzas ni agallas para dejar a mi familia. Supongo que me toca seguir con esta farsa y dejar que el tiempo haga su trabajo.

—Está bien, no se preocupe. Esta conversación no saldrá jamás de estas cuatro paredes. Haga usted lo que tenga que hacer. Siento mucho todo esto. Es usted un buen hombre, Venancio. Espero que todo le vaya bien. Buenos días...

Javier Manzano se levantó de la silla, lentamente, se puso el sombrero y se despidió de Venancio con un apretón de manos; la contrapartida: una mueca triste por parte del alcalde.

De vuelta al cuartelillo, el inspector debía de ultimar, junto con Ricardo, el informe de todo lo acontecido. Nada más entrar por la puerta, Javier saludó a los agentes con ímpetu. Se sentó en su mesa y pidió a Ricardo el informe. Al poco, María de la Soledad pidió permiso para acceder a la oficina. La mujer tenía interés en confesar algo que le recomía los intestinos.

—Soledad. ¿Qué se le ofrece?! —dijo Javier con extrañeza ofreciéndole una silla frente a su mesa. Javier tomó asiento y cruzó las manos.

—Vengo a confesarle un crimen, inspector —soltó de golpe con lágrimas en sus ojos.

—¿Cómo dice?! No comprendo...

—Como dijo el padre Alberto, que en paz descanse y Dios lo tenga en su gloria: mi pecado fue perdonado de espíritu, pero tarde o temprano tendría que dar cuentas a la justicia terrenal. Y por eso estoy aquí, para cumplir con mi delito.

—Pues, usted dirá —apostilló con toda la expectación del mundo. Se inclinó hacia delante y apoyó sus brazos encima de la mesa—. Soy todo oídos, Soledad.

—Yo maté a mi marido. No está en el extranjero como todo el mundo cree.

—¡Explíquese, por favor!

—Mi marido jamás salió del pueblo. Ni siquiera de mi casa. Tuvimos una discusión. Él me reprochaba lo de mi hijo. Se había enterado de que don Fernando me había violado, aunque creyó que era por mi culpa, porque yo le había hecho insinuaciones. No creyó que fuese don Fernando el que me forzó. El caso es que dijo que se marchaba, que se iba para siempre. No quería saber nada de mí ni de mi niño. Yo insistía en que había sido don Fernando el que se tomaba esas libertades. Jamás le insinué nada a ese *fillo* de puta. Pero no creía nada de lo que le decía. Estaba ciego de ira y dolor. Se acaloró en la discusión. Intentó agredirme y levantó su puño para golpearme. Yo me aparté y tropezó con la alfombrilla, perdió el equilibrio y se golpeó la frente con el alféizar de la ventana. Me puse muy nerviosa. Me arrodillé y lo zarandé, pero no se movía. Me asusté mucho.

—¿Por qué no lo comunicó a la autoridad del pueblo?

—¿Cree que me iban a creer, inspector?

—Le habrían hecho la autopsia, Soledad. La verdad siempre prevalece. Se habría descubierto que había sido un accidente. Dígame, ¿dónde enterró usted el cuerpo?

—A los pies de mi árbol. El nogal que tengo en el patio.

—Comprendo. ¿Sabe que tendremos que desenterrar el cuerpo y practicarle la autopsia?

—Haga lo que tenga que hacer, inspector. Si tiene que encerrarme, hágalo. No me importa. He estado sufriendo casi toda mi vida. No quiero sufrir más. Ahora, ya estoy en paz con Dios y con la justicia. Solo me arrepiento por mi hijo.

—Escúcheme, Soledad. Si como bien dice fue un accidente, no tiene que preocuparse de nada. En cuanto revele que fue un accidente fortuito, quedará libre de todo cargo. Podrá usted vivir en paz.

—¿Me permitirá dejar a mi hijo con una vecina de confianza mientras se realiza la investigación, inspector? —preguntó Soledad con lágrimas en sus ojos.

—No hará falta. Lo hará usted misma. Confío en usted.

—¡¿De verdad?! ¡¿De verdad me va a permitir usted estar con mi *fillo*, mientras tanto?! ¡Dios! ¡Gracias, inspector! ¡Se lo agradezco con toda mi alma!

—No hay de qué. Es usted una buena mujer. Solo le pido que permanezca en el pueblo hasta que concluya toda la investigación. El sargento Ricardo se hará cargo del caso.

—¡Dios le bendiga, inspector! ¡Dios le bendiga! —acertó a decir, llorando a lágrima tendida.

Javier la acompañó a la puerta. Llamó a Ricardo y le puso en antecedentes y posteriormente le dio las oportunas instrucciones. Los integrantes del equipo forense y el juez instructor se personaron en casa de Soledad y desenterraron el cuerpo de *Manoliño*. El cadáver fue conducido al instituto forense de Carballo para la posterior autopsia.

—¡Vaya, no termina uno de sorprenderse! ¡¿Quién lo iba a decir?! ¡Después de esto!, ¡¿me permite que le invite a un bocadillo y una cerveza en el Bar de Xaviño?! ¡Son la una menos cuarto y la verdad, me vendría bien tomar algo sólido! —espetó el sargento mientras se frotaba la barriga y daba unos golpecitos en ella.

—Tiene toda la razón. Le tomo la palabra, pero invito yo. Después quiero pasar a ver a *Isiña*. Este caso me ha privado mucho de estar con ella. —Javier se resistía a asimilar el crítico estado de la mujer.

El bar estaba bastante saturado; pescadores y jubilados celebraban un gran acontecimiento.

—¡*Xaviño!*, ¡*Xaviño!* ¿Qué celebran? —preguntó Ricardo alzando la voz entre el gentío.

—¡*Carallo* sargento! ¡Pues qué van a celebrar! ¡La muerte del *fillo* de puta de don Fernando! ¿Le parece poco? —soltó una carcajada.

—¡Comprendo! —Ricardo pidió comanda y se fue a una mesa libre que quedaba con Javier. Cada uno tomó una jarra de cerveza y brindaron por una amistad fortuita, unida por un caso difícil y retorcido.

—Bueno, Javier. Y ahora, ¿qué? Nos hemos quedado sin cura, sin médico..., ¡no sé qué va a ser de este pueblo!

—No se preocupe por eso. Mañana traerán a otro doctor para que se ocupe de ustedes. Lo del cura es cuestión de tiempo. Supongo que el obispado ya ha tomado cartas en el asunto. Quizás en una semana o dos...

—Ya..., bueno. Supongo que todo esto tenía que ser así.

—¿Qué quiere decir? —Javier tomó otro trago. La mayoría de los clientes del bar miraron hacia la mesa de los agentes y levantaron sus copas a modo de brindis.

—Una muerte muy justa, si me permite decirlo. Supongo que ese cacique se merecía morir como un perro. Eso de que la espada de Damocles ha caído

de la forma más justa, no me cabe la menor duda. —Tomó su bocadillo y propinó un buen mordisco—. Dios, en su infinita justicia, ha querido que acabasen como se merecían. Y cuando digo acabasen me refiero a todos ellos.

Maruxiña se acercó a la mesa y con una gran sonrisa, se dirigió a los agentes.

—¿Qué tal? ¿Les falta algo, señores agentes? —preguntó sin dejar de sonreír. Ambos la miraron y negaron con la cabeza. Pero Javier vio algo colgando del cuello de la mujer, frunció el entrecejo y miró fijamente el colgante, como si acabara de recordar algo importante.

—¿Qué lleva usted colgado? —preguntó inquisitivo.

—¿Esto? Esto es la medalla de la Virgen de los Remedios. Me la dio una monja que pasó por aquí hace ya algunos años. ¿Qué ocurre, inspector?

—¡Dios Santo! ¡Pues claro! —Una leve sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios.

—¿Le ocurre algo? —espetó Ricardo.

—¡Coja su abrigo! ¡Nos vamos! —Javier jaló su gabardina del respaldo y lanzó la silla contra la pared. Ricardo le siguió los pasos. Las miradas de algunos pescadores marcharon con ellos en su frenética huida.

XVIII

VIVIENDA DE SILVIA Y PABLO. LA CORUÑA.
24 DE DICIEMBRE DE 1949. 20:40 HORAS.

El aislamiento político y económico que sufría España desde 1945 llevó a muchos a una vida de puro sacrificio, en todos los sentidos. Gracias a la idea de Silvia, ella y su hermano alcanzaron un estatus algo superior a la media. Los hermanos habían conseguido engañar al destino. Tras la muerte de don Severiano, nadie fue testigo de nada; la chica había sido requerida por las autoridades, manifestó que había abandonado el domicilio de la víctima a las cinco en punto de la tarde para dirigirse a su casa, de la que no salió hasta por la mañana para ir a trabajar.

El forense dictaminó que la hora aproximada de la muerte fue las nueve de la noche. Según el informe policial, don Severiano había sido asaltado en su propia casa por uno o más individuos para robarle el dinero que había amasado. La casa estaba revuelta. Armarios y cajones sembraban el suelo por doquier. Alguien registró todo el interior en busca de dinero, probablemente el libro de registros monetario que encontraron reflejaba doscientas mil pesetas, cantidad nunca hallada. La implicación de más atracadores fue deducida por la corpulencia de la víctima.

El caso fue cerrado de inmediato. Dado el historial y la trayectoria laboral del finado dedujeron que serían muchos los enemigos que se granjeó el fallecido durante el tiempo que dedicó su vida al comercio del estraperlo en el mercado negro, un terreno peligroso y lleno de intereses creados.

Silvia y Pablo, desde entonces, podían obtener alimentos y contar con una vida decente dentro de la precariedad que asolaba el país. Además, Pablo consiguió un buen tratamiento médico. Gracias a ello, hizo muy buenos progresos hasta llegar a tener un comportamiento normal. Jamás, bajo ningún concepto, debía dejar la medicación. Pero aquel procedimiento tenía efectos secundarios: pérdida de gran parte de la memoria e incapacidad como hombre

para cumplir con una mujer. El médico le advirtió a Silvia de los peligros que podía conllevar. Aun así, la chica prefirió que su hermano tomase la medicación. La joven aprovechó aquellos efectos secundarios, al principio, para darle a Pablo una segunda identidad. Cuando el muchacho se adaptó a la medicación, ya no era Pablo, sino Nicolás. Olvidó por completo su vida anterior y Silvia hizo de él un hombre nuevo, con una nueva personalidad.

Silvia había encontrado trabajo en otra casa; labores para un matrimonio mayor que la trataban muy bien en todos los aspectos. Gracias a ello, en gran parte el dinero de don Severiano pudo estar guardado a buen recaudo. La muchacha tenía otros planes para darle salida. Y Pablo ocupaba parte del tiempo en arreglar cosas rotas, daba igual que fuese un grifo o una bicicleta.

Aquella tarde, la chica había dispuesto todo para una cena de Nochebuena. El pequeño salón de la casa estaba adornado con guirnaldas brillantes y bolas rojas, ordenadas en una suerte en forma de puentes de un extremo a otro de la habitación. Pablo oía noticias en la radio mientras Silvia terminaba un poco de carne a la plancha y calentaba algo de lacón con grelos. Los chicos habían adoptado a su vida diaria sus nuevos nombres, los mismos que dieran en el hospicio a Sor Ignacia.

—¡Nico! ¡Ven a la *mesaña*, anda! —alzó la voz con cierta alegría en su cara.

—¡Ya voy! —Nicolás se levantó del sillón raudo y se abrochó la camisa.

Rosita terminó de hacer todo y se sentaron a la mesa. Encendió un par de velas y las colocó justo en el centro. Después sirvió dos vasos de vino tinto.

—Verás qué bueno. Come —dijo ella, sonriendo.

—Oye, Rosa. ¿Qué vamos a hacer?

—Quisiera que nos fuésemos de aquí, de la capital. He pensado que podríamos irnos a vivir a la costa. Te sentará bien, ya lo verás —dio un trago a su vaso de vino.

—Junto al mar. No es mala idea —sorbió de la cuchara un poco de comida.

—Me han hablado de un *puebliño* precioso. Está junto al mar. ¿Te gustaría vivir junto al mar?

—Estaría bien —contestó mientras pasaba su mano por la frente.

—Entonces, decidido —sonrió.

—Y, ¿qué pueblo es? —preguntó intrigado.

—Se llama Castelouriño. Tiene unas vistas preciosas.

—Será como una luna de miel. La luna de miel que nunca tuvimos, Rosa.

—Nico cambió el rostro de su expresión.

—Así es, mi vida..., ¿qué te pasa? ¿Por qué te has puesto triste? —le agarró la mano.

—Siento no poder ser un marido como Dios manda. El no poder satisfacer tus...

—No. No lo digas. No te preocupes. Yo te quiero igual. Olvida eso. No lo necesito. Te quiero tal y como eres. No lo olvides nunca, Nicolás.

El muchacho volvió a sonreír.

—No me llames Nicolás. Sigue llamándome Nico. Me gusta más.

—Está bien. Como tú quieras, Nico —sonrió Rosita—. Seremos felices a nuestra manera.

—Ahora, cenemos. Disfrutemos de nuestra cena. —Rosita levantó su vaso de vino. Nico imitó el ademán. Ambos brindaron con una amplia sonrisa.

—¡Por nosotros! —dijo ella.

—¡Por nosotros! —dijo él.

CASA DE NICOLÁS Y ROSA. CASTELOURIÑO.
23 DE MARZO DE 1952. 11:54 HORAS.

A Javier se le habían encendido todas las alarmas en su cabeza. Había caído en la cuenta de un detalle insignificante, aunque importante, un pormenor que daría un giro brutal al caso. Estaba a punto de hacerse justicia, que caería, como un jarro de agua fría, sobre el verdadero culpable. Manzano no pudo esperar a que el vehículo terminara de estacionar en el rellano, frente al negocio de Silvia. Se bajó como alma que lleva el diablo. El negocio, contiguo a la casa, estaba cerrado. Era normal. Tres días por el fallecimiento de un familiar. El inspector leyó un cartel adosado en la persiana: «Cerrado por defunción». Pero sabía que esa no era la verdadera razón...

Llamó a la puerta contigua al comercio. Tres golpes secos se hicieron de notar. La puerta no se abrió de inmediato. Cuando por fin lo hizo, Silvia manifestó en su rostro cierta sorpresa al ver a Manzano frente a ella.

—¡Inspector, usted aquí! ¿Ocurre algo? —preguntó mientras se afianzaba al canto de la puerta sin abrirla más de lo necesario.

—Quería comentarle algo importante.

—Usted dirá, inspector —sonrió con cierto fracaso.

—Si nos permite pasar, tendré el gusto de ponerla al corriente de ciertos detalles —aseveró con serenidad.

Silvia miró a los dos agentes con cierto nerviosismo. A pesar de ello, terminó de abrir la puerta y les dejó entrar. Les hizo pasar a la sala de estar. Allí les rogó que tomaran asiento. Javier apartó un pañuelo de su butaca y lo acomodó en el reposabrazos. Ricardo se sentó a su lado. El inspector se incorporó para poder hablar con más soltura. Silvia se cruzó de piernas y entrelazó las manos por encima de sus rodillas.

—El otro día, cuando hablé con usted, logró convencerme de todo cuanto me dijo acerca de su hermano. Y no le estoy diciendo que me hubiese

mentido, no. Ni mucho menos. Solo que no fue del todo sincera, si me permite la expresión.

—Perdone, pero no le entiendo —dijo muy seria mientras remetía su pelo detrás de la oreja en un acto nervioso.

—Es muy fácil —introdujo la mano en el bolsillo de su gabardina y sacó su pipa, que llenó de tabaco—. ¿Me permite? —sonrió.

—Claro. Por supuesto.

—Gracias. —La encendió y dio unas caladas profundas. Exhaló el humo como saboreando una inminente victoria—. Usted solo dijo verdades a medias. Verdades como que se hizo pasar por su esposa para quitarle a su hermano sufrimientos, llenarle de recuerdos nuevos y cosas así. Pero lo que en realidad estaba omitiendo era que se hizo pasar por su mujer para rehacer en la mente de Pablo los planes que tenía para deshacerse de él.

—¡No entiendo qué quiere decir! ¡Eso no es así! —dijo Silvia transformando su rostro en una expresión de asombro. Se levantó de la silla y se puso detrás con las manos agarrando el respaldo.

—Lo sabe perfectamente. Usted, la hermana que siempre estuvo cuidando de su hermano pequeño, siempre detrás de él, dando la cara por él, salvándole de los obstáculos, siempre preocupada... Ya estaba harta de estar protegiéndole de todos los peligros. Tenía derecho a vivir una vida al lado de la persona de la que realmente estaba enamorada. No del doctor que conoció cuando salieron del orfanato, con el que mantuvo una relación y al que convenció para que la ayudara a perpetrar sus planes sin que él mismo supiera lo que estaba haciendo realmente. Así es, Silvia. El doctor. El tío de sor Fortunata. El médico que usted cameló para llevar a cabo su objetivo. Lo convenció para que tratara la enfermedad de su hermano a la misma vez que manipulaba su mente a su antojo. Así fue como nos enteramos de todo. Usted quería vivir junto al amor de su vida, Raúl: el niño del que se enamoró en la colonia de Oza durante la Guerra Civil. Su hermano habló con él hace unos días. Eso le creó más confusión aún. ¡Por favor, salga de la habitación, Raúl! —Javier alzó un poco la voz para que le escuchara la persona que se encontraba escondida en el interior de la casa. Una figura masculina se dejó ver entre las sombras de una luz amarillenta, proveniente de una lámpara de pie.

—¿Es eso verdad? ¿Esos eran tus verdaderos planes? —preguntó Raúl. Silvia se acercó al hombre con arrebató y se abrazó a él con fuerza.

—¡No, *Raliño*, no! ¡No le escuches!, ¡no le hagas caso! ¡Nada de lo que dice es cierto! —dijo Silvia mirándole a los ojos, con lágrimas en los suyos.

—¿Hiciste pasar a Pablo por tu esposo? Ahora entiendo su desconcierto. Cuando hablé con él no sabía nada. Ni siquiera se acordaba de mí. Le extrañó que le hablase de ti como su hermana.

—Permítame comprobar algo —dijo Javier en un momento de máxima tensión. Sacó unas llaves de su bolsillo y las lanzó a Silvia de repente, que las cogió al vuelo en un acto reflejo—. Las ha cogido usted con la mano izquierda. Eso corrobora una de mis teorías. Usted apuñaló a Aleixo en el costado con la navaja curva que le había quitado a María Soledad cuando fue a su casa para comprar infusiones. Mató a Aleixo y a Casto. Planeó todo con el propósito de inculpar a su hermano. Le lavó el cerebro haciéndole creer que había sido él. Le hablaba por las noches, mientras dormía, aprovechando el tratamiento que estaba tomando. Le platicaba para convencerle de que había sido él quien perpetraba los asesinatos, explicándole paso a paso cómo los había cometido usted, hasta el punto de llegar a convencerle. Intentó hacernos creer que era Pablo, disfrazado de mujer, como segunda opción. Dejó la bolsa con la peluca y la pistola de su tío Andrés detrás de la casa de María Soledad. Quería inculparla a ella, con la doble intención de que descubriéramos al final que era su hermano, intentando inculparla a usted, quedando libre de toda sospecha.

—¡No tiene pruebas de lo que está diciendo! ¡Ninguna! —exclamó Silvia en un arrebató.

—No voy a negarle que lo había planeado a la perfección y confieso que llegó a convencerme de su inocencia. De hecho, los juguetes que dejó en las escenas de los crímenes llegaron a confundirme: la pelota de goma y el soldadito de plomo, juguetes pertenecientes a su hermano, probablemente. Así como los acertijos tan bien urdidos que apuntaban directamente a Pablo como el autor directo de los asesinatos.

—El inspector se refiere al soldadito de plomo que tu hermano me dio antes de que os fuerais del campamento, ¿verdad? El mismo que te di cuando nos vimos aquella noche, en el bosque, ¿no es así? —Raúl se desligó del abrazo de su amada y le dio la espalda. Silvia se sentó lentamente en la silla, bajó la cabeza y cruzó los dedos de las manos. Las lágrimas le corrían por las mejillas, cayendo entre sus rodillas.

—Pero no cayó en un detalle, un elemento que, debo de reconocer, me pasó desapercibido por unos instantes —apuntó Javier mientras sonreía cabizbajo, con cierta ironía. El sargento Ricardo estaba disfrutando con la explicación de su jefe—. Debo confesar que no reparé en el indicio de no ser por *Maruxiña*. Una luz se encendió en mi cabeza. Recordé entonces lo que la

madre superiora del hospital de La Coruña me dijo acerca de las medallitas que daban en aquellos años. Solo las entregaban a las niñas. Esa fue la pista que me condujo a usted. La medalla de Santa Lucía que fue encontrada en el lugar de los hechos, cuando encontramos el cuerpo de Aleixo en los acantilados. Se le debió caer en el forcejeo con la víctima.

Silvia quedó con una expresión rota de fracaso. Sabía que Javier había dado en el clavo. Ya no había vuelta atrás.

—Esos *fillos* de puta arruinaron nuestras vidas. Primero, la de mi hermano. Luego, la mía a través de mi hermano. Cuando pudo contarme todo lo que vio aquella noche, empecé a tener horribles pesadillas... La cara de mi hermano aferrado a las escaleras, mi padre asustado, gritando, desesperado, mi madre cayendo muerta al suelo. Después, con el tiempo, tener que cuidar de Pablo. Entregué mi niñez y mi adolescencia en cuerpo y alma a sus atenciones. No podía dejarlo solo. Tenía que protegerle. Es cierto que mató a algunas personas. A Berta, la enfermera del hospital. Ya después, en el orfanato, a un niño que le hacía la vida imposible. Mi tía Herminia y el doctor Eusebio, fueron cosa mía. Él fue el responsable de trastornarle. Le daba medicamentos de prueba, corrientes eléctricas que le alteraron la mente. Mi hermano se había levantado aquella noche. Fui tras él y lo metí en una de las habitaciones. Lo dejé encerrado hasta que me encargué del doctor. Después le abrí la puerta y salió de allí hacia la su cama. Me alegro de haberlo hecho. Personas como él no deberían ejercer la Medicina. Mi tía se encargó de amargarnos la vida. No estoy arrepentida de ello. Volvería a hacerlo, si fuese necesario. —Miró a Javier con ojos de odio.

—¿Qué ocurrió con Mateo?

—Mateo era un matón que le gustaba meterse con nosotros. Quiso la pistola de mi tío. Mi hermano estaba a punto de dársela. A cambio de ello, no nos molestaría más. Pero no quiso prometer nada. Mi hermano se vio obligado a matarlo. Lo arrastró hasta la verja que rodeaba el campamento y allí lo dejó a la suerte de las alimañas del bosque.

Javier se levantó de su asiento, miró a Silvia y alzó su mano en un acto pensativo.

—¡Dígame una cosa más! Su hermano me dijo que el dinero para levantar el negocio lo consiguió de su padre. Obviamente, eso no fue así. ¿De dónde sacaron el dinero, Silvia?

Silvia respondió con ojos inyectados en rabia y dolor y le confesó el trágico desenlace en casa del estraperlista.

—Supo hacerse rico a costa de las gentes pobres. Ese mal nacido intentó forzarme. Una noche llevé a mi hermano a cenar a la casa, aprovechando que ese desgraciado no estaba. Pero llegó por sorpresa. Mi hermano se escondió y presencié cómo intentaba abusar de mí. Se volvió loco. Agarró un cuchillo y lo apuñaló por la espalda. La Policía creyó que había sido un ajuste de cuentas de alguien al que le debía dinero. Tuvimos suerte. Tenía guardado bajo el colchón doscientas mil pesetas. Las mismas que me llevé y guardé hasta que llegamos aquí.

—Otra cosa más. Esto es mera curiosidad. ¿Por qué encendía luces en el alféizar de la ventana del faro durante treinta y cinco minutos exactamente?

—Fue el tiempo que transcurrió desde que oí el portazo hasta que encontré a mi hermano aferrado a los barrotes de la escalera.

—Comprendo. Por favor, póngase de pie —dijo Javier acercándose a ella—. Silvia Fernández, queda usted detenida por los asesinatos de Aleixo y Casto. Así como otros que acaba de confesar —procedió a esposarla—. ¡Sargento!..., haga el favor. —Javier entregó a la mujer por el brazo a Ricardo que la agarró con suavidad y la condujo hacia la puerta.

Los cuatro marcharon de allí. Mientras el sargento introducía a Silvia en el coche oficial, el inspector tuvo unas palabras para Raúl.

—Voy a pasar por alto las declaraciones que hizo con respecto a los hermanos. Me mintió deliberadamente. Podría meterle entre rejas, si quisiera.

—Inspector, yo le juro a usted...

—¡Lo sé! Por eso no se lo voy a tener en cuenta. Usted ha sido manipulado. No era consciente de sus planes. No sabía nada de todo esto. Por ello, no voy a detenerle. Será mejor que se marche —concluyó mientras se ponía su sombrero y daba media vuelta para dirigirse al coche. El sargento se acercó a él para preguntarle algo.

—¿Cómo sabía que el chaval estaba escondido en el interior de la casa?

—Elemental, mi querido Ricardo. En el entierro observé la figura de un hombre que contemplaba toda la ceremonia desde el montículo que hay frente al cementerio. Estuvo un buen rato hasta que terminó todo. Aunque no pude verle con claridad, sabía que se trataba de Raúl.

—No se le escapa a usted una.

Subieron al vehículo y marcharon de allí, bajo la fuerte lluvia, testigo de la detención de la verdadera culpable.

HOSPITAL LABACA. LA CORUÑA.
23 DE MARZO DE 1952. 13:28 HORAS.

Bajo una fuerte lluvia que comenzó a caer en un día de color plomizo; parecía más tarde de lo normal, una jornada triste, fiel reflejo del sentir de algunos lugareños, Ricardo se encargó por entero de Silvia puesto que Manzano tenía en mente otros menesteres más allá de su labor en aquel pueblo lleno de secretos y vidas atormentadas. Había resuelto con éxito un caso, fuera de su zona cotidiana, en un lugar con una mentalidad muy distinta. Miró su reloj: casi la una y media. Pensó que sería buena hora para hacer una visita especial. No podía posponer por más tiempo aquella cita. Tenía que ver a Isabel, *Isiña*, como a ella le gustaba que Javier la llamara. Tomó uno de los vehículos estacionados en el cuartelillo y marchó para el hospital. Ansiaba verla. Sabía que no le quedaba mucho más tiempo. Un fuego le recorría las entrañas, arrasando con tristeza e impotencia todo su ser. El tiempo corría en su contra.

El inspector recorrió las escalinatas de la entrada principal del hospital, saltando los escalones de dos en dos. El ascensor lo llevó a la planta, donde se encontraba la habitación de *Isiña*. Tía Beni había decidido hacerle compañía ese día. Javier entró con sigilo. Dores, la vecina y acompañante por momentos de la muchacha, se encontraba sentada en una de las sillas de visita. Benigna despertó de una pequeña cabezada. En cuanto vio a su sobrino, sonrió triste. La lluvia golpeaba los cristales del ventanal. El sol se negaba a salir y para dar un poco de tregua. Todo el horizonte se cubría de un gran manto oscuro. Parecía saber los acontecimientos que barruntaba. Manzano pasó casi de puntillas, para no despertarla. Se acercó a la cama casi sin respirar. La mujer dormía plácidamente, pero algo le decía que su amor estaba allí, observándola. Abrió los ojos con lentitud y sonrió. Alzó su mano para que Javier la agarrase. Él la apretó suave, la acarició con vehemencia a la vez que sonreía con ternura.

—Hola, *Javiño*. ¿Qué tal el caso? —dijo casi susurrando.

Los fármacos estaban haciendo su efecto. *Isiña* estaba sedada. La enfermedad había ganado terreno a un paso acelerado. Su respiración era algo ralentizada y quebradiza. Javier alcanzó una silla y se sentó a su lado. Tía Beni se levantó y salió de la habitación.

—Ya estoy contigo, *Isiña*. No voy a moverme de aquí hasta que no salgas por esa puerta conmigo. —Javier apretó un poco su mano mientras comprimía un lado de su cara a modo de sonrisa.

—No voy a salir de aquí, *Javiño*. Lo sé. No pasa nada. Solo que me hubiese gustado ser madre. Podríamos habernos casado y formar una bonita familia —sonrió—. Pero Dios no ha querido darme algo así. Creo que hubiese sido bonito.

—No digas esas cosas, cariño. Vas a salir de aquí. Lo primero que haremos será ir a ese islote, al final de la pequeña cala. ¿Cómo se llama? ¡El Islote del Arao! ¡Eso es! ¡El que me prometiste que me enseñarías! —contestó Javier con los ojos inundados de lágrimas contenidas.

—No te preocupes. Siempre estaré contigo. Es lo que deseo. Le pediré a Dios que me deje estar a tu lado, siempre, cuidando de ti hasta que encuentres a Julia.

—Por favor, cállate. No soporto que digas esas cosas. —Javier rompió a llorar como un niño. Apretó la mano de la chica mientras cerraba sus ojos con fuerza. Un río de agua corrió por todo su rostro como un torrente, arrastrando todo a su paso.

—No llores, por favor, Javi —pidió sin dejar de sonreír. El inspector abrió los ojos y se calmó un instante. Las gotas de lluvia seguían golpeando con más fuerza el cristal—. Bésame. Lo último que quiero tocar y recordar son tus labios —apretó la mano de su enamorado.

Javier besó a Isabel con suavidad y delicadeza, con un amor como jamás había sentido. No pudo compararlo con sus sentimientos más hondos hacia Julia, el amor más buscado de su vida. La adoración por *Isiña* traspasaba unos límites que no comprendía, unos sentimientos que jamás supo interpretar, pero sí descubrir, en lo más profundo de su ser. La muchacha le había mostrado una perspectiva nueva, una ventana a un mundo diferente del que estaba acostumbrado a vivir.

Isiña cerró sus ojos para saborear y sentir con toda su alma aquel beso tan especial. Jamás la habían besado con tanta intensidad y tanto amor; un amor puro y sincero. Cuando Javier terminó de besarla, se retiró unos centímetros para contemplar su rostro. La muchacha había cerrado los ojos por última vez.

Dejó de apretar su mano. Había dejado de sentir. El hombre acarició su mejilla mientras lloraba en silencio de rabia e impotencia.

Y la lluvia seguía golpeando en el cristal, ajena a todo lo que acontecía.

Manzano apretó los ojos hasta borrarlos de su cara. Apoyó la cabeza en el vientre de su amada. Después de unos segundos de rabia contenida, la destapó y la levantó en brazos. Dores puso las manos en su boca; abrió los ojos sin poder dar crédito a lo que el inspector estaba haciendo. Le pidió que abriese la puerta. Salió con ella de allí, dispuesto a cumplir la promesa hecha por su chica.

Una vez fuera, la lluvia les recibió sin compasión. Él la introdujo en la parte de atrás del vehículo. La dejó acostada. La miró un segundo, parecía dormida. Subió al volante y arrastró ruedas, con rabia y dolor en el cuerpo y en la mente. Se dirigió al pueblo. Esta vez, el trayecto le pareció más corto. Aparcó al lado de la caseta de pescadores, justo donde, hacía unos días, encontraron el coche de don Fernando, conducido por Casto. Encontró a Suso dentro de la caseta, estaba preparando unas cosas para llevarlas al faro, un faro maldito que había sido el protagonista de unos crímenes por amor y odio. Javier le pidió que lo llevara al Islote del Arao. El nuevo farero accedió con dolor, aun siendo consciente de las condiciones en las que se encontraba *Isiña*.

Durante el recorrido en barca, Manzano se aferraba al cuerpo de la muchacha como si de un tesoro se tratara hasta que llegaron a la orilla del islote. Javier desembarcó con el cuerpo de la difunta y pisó el suelo. Se arrodilló y tuvo unas palabras para ella. La lluvia seguía abrazando sus cuerpos. Suso quedó unos metros atrás, como testigo de aquel gran amor.

—¿Ves?! ¡Ya estamos aquí! ¡Por fin has cumplido tu palabra! ¡Dijiste que vendríamos al islote! —Miró en derredor, llorando y empapado por las fuertes lluvias—. ¡Es precioso! ¡Como tú lo eres! ¡Te prometo que vendré cada vez que pueda! ¡Nunca voy a olvidarte, amor mío! ¡Te llevaré siempre conmigo! ¡Te lo juro! —Hundió su cabeza en el pecho de aquel ángel exánime.

Suso no pudo contener la emoción. Aquella escena le oprimió el alma. Se echó las manos a la cara y lloró como un niño.

Epílogo

1

Habían pasado dos días desde la muerte de *Isiña*. Javier Manzano no estaba para fiestas y no quería permanecer por más tiempo en el pueblo. Tía Beni había hablado con él, intentando consolarle de alguna forma, con el fin de que terminara de pasar unos días agradables antes de su partida. Le preocupaba que su sobrino terminara su visita en aquellas circunstancias, aunque al menos había conseguido ver cómo Piki se reencontraba con su hija Alba, su nieto y su yerno, a los que no conocía todavía. El reencuentro fue muy emotivo.

Eran demasiadas sensaciones fuertes para un hombre que había tenido ausente los sentimientos en las profundidades de su ser; acostumbrado a vivir solo desde la muerte de sus padres, entregado al trabajo, a la seriedad, a una profesión en la que rara vez necesitaba de una risa o un abrazo. Javier no había experimentado un amor tan intenso, casi desde el final de la Guerra Civil en su reencuentro con Julia. Lo suyo con *Isiña* había sido muy especial. Le había reavivado sensaciones muy dormidas.

El día anterior, Piki y su familia junto con tía Beni y Javier, habían celebrado una comida familiar. Pero no fue lo mismo sin *Isiña*. Había tristeza en el ambiente. No obstante, la balanza se compensó bastante con la alegría que sentía Piki hacia su nieto. El niño hizo que todo se suavizara un poco y se centraran en el momento. Y allí rezaron unas plegarias por la muchacha y por el padre Alberto. Finalmente, la conversación amenizó los ánimos. Todos pudieron disfrutar de una velada de sentimientos encontrados pero tranquilos.

Todo estaba dispuesto para la vuelta de Javier a su rutina diaria en Cuenca. No fueron las vacaciones que él esperaba. Tal vez hubiese sido mejor haber estado con su gran amigo Federico y haber privado a sus sentimientos de todas las emociones surgidas durante su estancia en Castelouriño.

Allí estaban todos: Tía Beni, la primera, Piki, Alba y su marido con el niño apoyado entre las piernas de su madre, Ricardo, dispuesto a estrechar la mano del hombre que le había enseñado un mundo de conocimientos profesionales. Jamás los habría descubierto sin su ayuda. Soledad se había quedado rezagada del grupo, junto a su niño. Quería agradecerle de alguna forma haber podido quedar fuera de toda culpa, tras las ulteriores investigaciones acerca de la muerte de su marido.

El autobús esperaba sin prisa.

Benigna se abrazó a su sobrino como si no hubiese un mañana. Lloró con sentimientos mezclados. Alegría de haberlo tenido y tristeza por dejarlo marchar. Javier estrechó la mano de Piki con fuerza.

—Espero que sean muy felices. Espero que haga feliz a mi tía, Ignacio —sonrió.

—Piki. Para usted soy Piki. Solo así me llaman mis amigos —devolvió la sonrisa.

—¡Ricardo! —estrechó la mano del sargento, también con fuerza—. Espero verle por allí, si es que decide pasar a la Brigada.

—Cuenta con ello, Javier —aseveró emocionado. También se despidió de Soledad con un gesto de mano a modo de saludo.

—Espero verte pronto, *sobriño*. Por favor, no te olvides de mí. Y no te olvides de escribir —dijo Tía Beni antes de que Javier pusiera un pie en el peldaño del autobús.

—Yo también lo espero, tía. Pero será mejor que vaya usted a verme. En Cuenca o quizá en Madrid, o donde quiera que esté trabajando. No podría volver aquí después de lo de *Isiña*. No tendría fuerzas, al menos en unos años. Cuídese mucho, tía —terminó Javier mientras subía al autobús.

Ya en el interior, el hombre se sentó pegado a la ventanilla. Bajo la atenta mirada de todos, el autobús partió de allí lentamente. Los siguió con los ojos, hasta perder todo contacto visual. Al salir del pueblo, contempló los campos verdes cubiertos de un cielo grisáceo y húmedo que prometía lluvia inminente. Apoyó su cabeza y miró en la lejanía a través de la ventanilla. Cerró los ojos y sonrió con dulzura al recordar el rostro de aquella muchacha. Rememoró ciertos momentos con ella, sin perder la sonrisa. Las gotas de lluvia golpearon en el cristal, creando pequeños riachuelos, deslizándose por su rostro. Sería la última vez que vería aquellas tierras de penumbra y superstición, comarcas olvidadas de la mano de Dios.

Al día siguiente, Javier Manzano pasó por la comisaría. Se presentó a su jefe y saludó a los compañeros. Dio las explicaciones oportunas y volvió a la rutina diaria, a la vida que estaba acostumbrado a vivir. Miró carpetas y nuevos expedientes, nuevos casos, nuevas detenciones. Se levantó de su mesa y salió de su despacho. El recuerdo de *Isiña* estaba muy presente en su cabeza. No había forma de centrarse. Marchó a la calle sin rumbo fijo, entró en una pequeña droguería, compró un gran cirio y se dirigió a la iglesia de San Andrés. En el altar, se postró ante la imagen del Cristo, se persignó y rezó una plegaria. Después se dirigió a la figura de la Virgen y colocó la gran vela a sus pies. Sacó el encendedor y leyó la dedicatoria grabada. Sonrió. Lo encendió y pronunció su nombre: Isabel. La mujer que despertó en su corazón un amor auténtico adormecido desde hacía años.

Bibliografía y documentación

Los años del hambre, de Carlos Barciela López, catedrático de Historia e Instituciones Económicas de la Universidad de Alicante.

Radio en el coche, una historia de compañía, de Vicente Cano.

Los años del No-Do, de RTVE.es

Reportaje: *El mundo más allá del fin del mundo*. Fundación José Antonio Quiroga y Piñeyro. Centro Oncológico de Galicia.

El Franquismo Primera parte, de Stanley G. Payne.

La sociedad española de los años 40, de Ángel Bahamonde Magro.

El tratamiento de las psicosis funcionales en España a principios del siglo XX, de J. J. Plumed Domingo, L. M. Rojo Moreno. Hemeroteca de La Vanguardia.

El negocio de la Guerra Civil en Galicia 1936-1939, de Margarita Vilar y Elvira Lindoso (Universidad de La Coruña).

Ángeles Cortés Sánchez, vidente y experta en quiromancia.

Cuando llegó la penicilina, de Isabel F. Lantigua (El Mundo.es).



JOSÉ CARLOS GARCÍA CORDÓN, conocido literalmente como CARLOS DOSEL (Cartagena, 1970) estudió técnico especialista en electricidad industrial, entre otras titulaciones del mismo entorno profesional. A pesar de ello, su gran debilidad siempre ha sido el mundo de las letras, ya que desde su adolescencia tenía muy claro que lo que en realidad deseaba era escribir. Su pasión por la lectura le llevó a cruzar la línea y lanzarse a publicar su primera novela: *El legado del mal*. En su hasta ahora corta carrera literaria, ha obtenido diversos reconocimientos por algunos de sus relatos y artículos expuestos en su blog personal: «<http://doseladas.blogspot.com.es/>». En 2018, publicó su segunda novela *Sombras en el faro*.